

Las memorias carcelarias de una mujer japonesa

Kaneko Fumiko

abril de 1997

Contenido

Introducción	4
Prefacio	10
Padre	12
Madre	19
El pueblo de Kobayashi	28
familia de la madre	34
Mi nuevo hogar	38
Talangnan	39
Los Iwashitas	41
Mi vida en Corea	42
I	42
II	42
III	44
IV.	45
EN	45
VI.	46
VII.	48
VIII.	49
IX	50
X	53
XI	54
XII	54
XIII	56
XIV.	57
XV.	59
XVI.	64
XVII.	66
XVIII.	67
XIX	70
De nuevo en casa	73

En la boca del tigre	79
El vórtice del sexo	86
¡Adiós padre!	96
¡A Tokio!	97
Casa del tío abuelo	98
chica de noticias	101
Vendedor ambulante	110
Mucama	117
Vagabundo	123
¡Un trabajo propio!	132
Epílogo	141
Glosario	142

Introducción

MIKISO HANE

KANEKO FUMIKO (1903–1926) escribió sus memorias, traducidas aquí, mientras estaba en prisión. habiendo sido declarado culpable de un complot, las autoridades acusaron de asesinar al emperador.

Su vida, como muestran sus memorias, fue una vida de miseria, privaciones y dificultades desde la primera infancia. Sus padres no estaban legalmente casados y no inscribieron su nacimiento en el registro familiar. Desde la Restauración Meiji, el gobierno había exigido que cada hogar tuviera a sus familiares registrados en la oficina del gobierno local. Un niño nacido fuera del matrimonio a menudo se registraba como hijo de los padres de la madre. Esto no se hizo con Fumiko hasta 1912, cuando fue inscrita en el registro familiar de su abuelo materno como su hija. Una persona que no estaba inscrita en ningún registro era, de hecho, una no persona. Para asistir a la escuela, conseguir un empleo o tener algún estatus legal, una persona tenía que presentar un certificado de registro familiar. Por lo tanto, cuando Fumiko se matriculó por primera vez en la escuela no tenía ningún estatus legal, por lo que no se le permitió matricularse como estudiante auténtica; se le permitió asistir sólo como auditora.

Fumiko no sólo no tenía ningún estatus legal, sino que era prácticamente huérfana. Su padre bebía mucho y no lograba mantener un trabajo estable. Jugaba, tenía un temperamento violento y golpeaba a menudo a su esposa. Finalmente abandonó a su familia y se fue con la hermana de su esposa. La madre de Fumiko, a su vez, pasó de hombre en hombre. Ella y su familia se encontraban en un continuo estado de pobreza, e incluso consideró vender a Fumiko a un burdel.

En 1912, cuando Fumiko tenía nueve años, fue enviada a Corea para ser puesta al cuidado de su abuela paterna, que vivía con su hija. El marido de la tía de Fumiko era miembro de la administración colonial japonesa en Corea, que había sido anexada por Japón en 1910.

La abuela de Fumiko la trataba de forma cruel, casi sádica, como si fuera un miembro no deseado de la familia. Fue castigada duramente por las razones más triviales y se la mantuvo prácticamente en la miseria. En un momento dado, como revelan sus memorias, incluso pensó en suicidarse. Las únicas personas de las que Fumiko pudo obtener algo de consuelo y apoyo fueron los coreanos de su círculo familiar. Sin duda, esto explica su identificación con los estudiantes y activistas coreanos que encontró en Tokio después de su regreso a Japón.

Después de anexarse Corea, Japón impuso duras medidas administrativas contra el pueblo coreano. Se emplearon fuerzas policiales y militares para aplastar cualquier resistencia a la ocupación japonesa; Se confiscaron grandes extensiones de tierras de cultivo a los agricultores coreanos, reduciéndolos al arrendamiento y la pobreza. Muchos abandonaron su tierra natal para buscar empleo en Japón, donde fueron utilizados como trabajadores de la construcción y mineros, a menudo en duras condiciones. En marzo de 1919, justo antes de que Fumiko fuera enviado de regreso a Japón, los coreanos organizaron una manifestación masiva exigiendo la independencia de su nación. Al menos dos mil coreanos perdieron la vida y veinte mil fueron arrestados.

El trato despiadado que recibió por parte de sus padres y su abuela, así como su observación de la dura administración militar japonesa en Corea, sin duda condicionaron a Fumiko a

rebelarse contra todas las personas e instituciones autoritarias. De una vida de penurias, soledad y miseria surgió una personalidad fuerte que finalmente se volvió contra toda autoridad y abrazó una filosofía de vida nihilista y anarquista. En respuesta a los funcionarios que la interrogaron después de su arresto, ella escribió:

Habiendo observado la realidad social de que todos los seres vivos en la Tierra están incesantemente comprometidos en una lucha por la supervivencia, que se matan entre sí para sobrevivir, concluí que si hay una ley absoluta y universal en la Tierra, es la realidad de que los fuertes comen. el débil. Ésta, creo, es la ley y la verdad del universo. Ahora que he visto la verdad sobre la lucha por la supervivencia y el hecho de que los fuertes ganan y los débiles pierden, no puedo unirme a las filas de los idealistas que adoptan un modo de pensar optimista que sueña con la construcción de una sociedad sin autoridad y control. Mientras todos los seres vivos no desaparezcan de la tierra, las relaciones de poder basadas en el principio [de que los fuertes aplastan a los débiles] persistirán.... Entonces decidí negar los derechos de toda autoridad, rebelarme contra ellas y arriesgar no sólo mi propia vida, sino la de toda la humanidad en este esfuerzo.[1]

Quizás su vida como miembro desfavorecido de la sociedad moldeó su perspectiva y personalidad más que la discriminación que las niñas y mujeres de Japón tuvieron que soportar en el Japón Meiji y Taisho. Pero el hecho de que Fumiko fuera mujer explicaba sin duda la forma en que la trataban sus padres y otros familiares. Así, Fumiko sufrió no sólo las privaciones económicas y las injusticias que padecieron los miembros de la clase baja de la sociedad, sino también las restricciones y la discriminación que todas las mujeres japonesas tuvieron que soportar. Muchas mujeres de voluntad fuerte como Fumiko lucharon desesperadamente por hacer valer su voluntad y luchar por su autonomía y realización personal.

Esto se revela en los comentarios de Fumiko sobre por qué eligió escuelas a las que asistían principalmente hombres cuando fue a Tokio. Estaba decidida a no ser un segundo violín frente a los hombres. Mujeres como Fumiko, al encontrar las instituciones existentes y los intereses arraigados indiferentes, si no hostiles, a su lucha por la justicia y el reconocimiento de su derecho a ser tratadas igual que los hombres, recurrieron a los movimientos reformistas o revolucionarios de izquierda.

Se esperaba que las mujeres bajo el gobierno Tokugawa vivieran de acuerdo con el ideal confuciano de subordinarse a los hombres. Un erudito confuciano japonés, Kaibara Ekken (1630-1714), prescribió el comportamiento ideal para las mujeres, especialmente las de la clase samurái, en su *Onna daigaku* (Gran aprendizaje para las mujeres). Afirmó que desde temprana edad la niña debía observar la distinción que separaba a hombres y mujeres. Como esposa, la mujer debía servir fielmente a su marido como éste servía a su señor feudal. "Debe considerar a su marido como señor, y debe servirle con toda adoración y reverencia." [2] En todos los asuntos debía obedecer a su marido. Una viuda no debía volver a casarse y debía observarse una estricta fidelidad conyugal. La práctica de la primogenitura se seguía entre la clase samurái y a las mujeres no se les concedía ningún derecho de propiedad. En la clase samurái, el cabeza de familia tenía autoridad absoluta sobre los miembros de su hogar, incluso el poder de la vida y la muerte. Un marido podría ejecutar a una esposa infiel. El trato a las mujeres era menos

estricta entre la gente de la ciudad y el campesinado, pero los gobernantes alentaron a todas las clases a emular a la clase samurái en las relaciones entre hombres y mujeres.

Cuando el gobierno feudal del shogunato Tokugawa terminó con el establecimiento del nuevo gobierno Meiji, se instituyeron numerosos cambios sociales, políticos, económicos y culturales, pero mejorar el estatus de la mujer no estaba en la lista de reformas a implementar. Los obstáculos insuperables que impedían a las mujeres afirmar su individualidad persistieron mientras los sistemas políticos y legales, los usos y costumbres sociales y los imperativos económicos las obligaban a desempeñar papeles subordinados a los hombres. Fukuzawa Yukichi (1835-1901), defensor del liberalismo

reformas, comentó sobre la situación de la mujer: “En casa no tiene bienes personales, fuera de casa no tiene ningún estatus. La casa en la que vive pertenece a los miembros varones de la familia y los hijos que ella cría pertenecen a su marido. No tiene propiedades, ni derechos, ni hijos. Es como si ella fuera un parásito en un hogar masculino.”[3]

Varias mujeres participaron en el movimiento para ganar “la libertad y los derechos del pueblo” en los primeros años Meiji con la esperanza de que las mujeres se beneficiaran si el movimiento tenía éxito, pero cuando se adoptó la Constitución Meiji en 1889, a las mujeres no se les concedió ningún derecho político. De hecho, las autoridades restringieron aún más los derechos de las mujeres. En 1882 el gobierno prohibió a las mujeres pronunciar discursos políticos; en 1890 les prohibió participar en cualquier actividad política, o incluso escuchar discursos políticos. El código civil de 1898 otorgó al cabeza de familia una autoridad prácticamente absoluta. Al cabeza de familia se le dio el derecho de controlar la propiedad familiar, fijar el lugar de residencia de cada miembro del hogar, aprobar o desaprobado matrimonios y divorcios, etc. La esposa era tratada como una menor bajo la autoridad absoluta del cabeza de familia. Una disposición establecía que “los lisiados y discapacitados y sus esposas no pueden emprender ninguna acción legal”.[4]

Los burdeles fueron sancionados por el gobierno y las familias empobrecidas vendieron a sus hijas a estos establecimientos en la mayoría de los pueblos y ciudades de Japón. También en el ámbito de la educación las niñas fueron discriminadas, aunque la Ley de Educación de 1872 exigía la educación tanto de niños como de niñas. La razón para educar a las niñas era prepararlas para que llegaran a ser “buenas esposas y madres sabias”, es decir, para realizar las tareas domésticas. No se hizo hincapié en educar a las niñas más allá del nivel de la escuela primaria. Algunos padres creían que incluso este nivel de educación era innecesario o incluso perjudicial para las niñas. A la poeta Higuchi Ichiyō (1872–1896), hija de un funcionario gubernamental de nivel inferior, no se le permitió completar ni siquiera la educación primaria porque su madre creía que “es perjudicial para una niña recibir demasiada educación”.] El número de niñas que asistían a la escuela primaria permaneció muy por debajo del de los niños, y no alcanzó el nivel del 50 por ciento hasta finales del siglo XIX. En 1895 había sólo treinta y siete escuelas para niñas más allá del nivel primario, y la mayoría de ellas estaban dirigidas por misioneros. No se creó un colegio para mujeres hasta 1911.

Una lección de un libro de texto de moral publicado en 1900 decía: “Las niñas deben ser amables y elegantes en todo. En su conducta y manera de hablar, no deben ser duros... La locuacidad y los celos son defectos comunes entre las mujeres, por lo que se debe tener cuidado para protegerse contra estos defectos. Cuando una muchacha se casa debe servir fielmente a su marido y a sus padres, guiar y educar a sus hijos”. Un artículo en una revista educativa publicado en 1887 afirmaba: “Lo masculino es yang y lo femenino es yin. En consecuencia, es natural que las mujeres permanezcan en la casa y sean dóciles.”[6] Así, en las escuelas para niñas, las artes domésticas como la economía doméstica, la costura y Se destacó la artesanía.

Estos no son el tipo de ideales que una persona como Fumiko podría respetar. Era una mujer de voluntad fuerte y mente independiente. Esto se ve en la vida que llevó en Tokio, como se revela en sus memorias. Ella no siguió la tradición de que le arreglaran el matrimonio como intentó su padre. Fue a Tokio para construir su propia vida y continuó sus estudios mientras trabajaba como vendedora de periódicos, vendedora de jabón, empleada doméstica y camarera. Como ella indica, se había sentido desilusionada al asistir a una escuela para niñas en el centro de Japón, donde se hacía hincapié en la economía doméstica. Quería estudiar matemáticas, inglés, chino clásico y eventualmente ingresar a la escuela de medicina, por lo que eligió una escuela a la que asistían principalmente hombres. Su feminismo se revela cuando dice que quería competir académicamente con los hombres y ganar. Aunque su educación fo

irregular, claramente ella era una persona brillante. Leyó mucho y estuvo expuesta a las ideas de Bergson, Herbert Spencer y Hegel. Recuerda que quedó especialmente impresionada por pensadores nihilistas como Max Stirner, Mikhail Artsybashev, Nietzsche y Kropotkin.

El Tokio al que fue Fumiko en 1920 era un lugar apasionante. No sólo era la sede del gobierno, sino también el centro de la vida económica, cultural e intelectual de Japón. Hervía de ideas liberales y radicales. Los autócratas de la vieja línea Meiji estaban siendo reemplazados por líderes de partidos políticos y defensores del gobierno parlamentario. El movimiento de izquierda aparentemente estaba en auge, estimulado por la victoria de los bolcheviques en Rusia en 1917. La primera marcha del Primero de Mayo se llevó a cabo el año en que Fumiko llegó a Tokio. La izquierda radical había sufrido una dura derrota en 1910-1911 con el juicio y ejecución de Kōtoku Shusui, Kanno Sugako y otros acusados de conspirar para asesinar al emperador. Pero después de la Primera Guerra Mundial y la victoria bolchevique, apareció en escena un resurgimiento de las actividades de socialistas, comunistas y anarquistas.

Con la segunda marcha del Primero de Mayo en 1921, muchas mujeres activistas se unieron al grupo. En 1922, el Partido Comunista se organizó encubiertamente, pero el gobierno actuó rápidamente para aplastar al partido y arrestar a sus líderes.

Las mujeres que deseaban afirmar su individualidad y ganar igualdad y justicia tendían a gravitar hacia grupos de izquierda que desafiaban a las autoridades e instituciones establecidas. Entre las organizaciones de mujeres más destacadas se encontraba la Sekirankai (Sociedad de la Ola Roja), cuyos miembros tenían estrechos vínculos con los círculos de izquierda, especialmente los comunistas.

Como muestran las memorias de Fumiko, se encontró con varios comunistas y socialistas, incluido Kutsumi Fusako,[7] quien aparece como Kunō en sus memorias. Trabajó como camarera en un restaurante llamado Socialist Oden. Fumiko no se unió a ninguna de las organizaciones feministas; se mantuvo fuera de la corriente principal de los grupos radicales organizados. Finalmente, Fumiko se unió a Pak Yeol (1902-1974), un nihilista coreano. Sus memorias no analizan las actividades que realizaron los dos, pero los registros judiciales de su interrogatorio revelan sus fuertes convicciones políticas.

Aunque Fumiko tenía fuertes creencias antagónicas al orden establecido, ella y Pak Yeol hicieron poco que fuera perjudicial para las autoridades o el sistema emperador, contrariamente a los cargos formulados contra ellos después de su arresto. Lo único que hicieron fue organizar una organización nihilista de dos personas a la que llamaron Futeisha (Sociedad de Descontentos). Y, sin embargo, fueron arrestados el 23 de septiembre de 1923, dos días después del gran terremoto, cuando toda la región centrada en Tokio cayó en un completo estado de desorden. Aprovechando el caos, el gobierno y las autoridades militares se propusieron aplastar, y en muchos casos asesinar, a comunistas y organizadores sindicales. También durante la histeria que resultó del terremoto, se difundieron entre la gente rumores descabellados de que los coreanos descontentos estaban aprovechando el desastre para robar, saquear y matar gente. Como resultado, se formaron grupos de vigilancia y cientos de coreanos inocentes fueron asesinados. Una estimación no oficial sostuvo que hasta 2.600 coreanos fueron asesinados en ese momento.[8] Fumiko y Pak Yeol fueron víctimas de este movimiento dirigido contra los izquierdistas y Coreanos.

Las autoridades arrestaron a los dos y los pusieron bajo "custodia protectora". Luego los acusaron de alta traición. Fueron acusados de conspirar para asesinar al emperador, una acusación completamente falsa. Algunos creen que esto se hizo para justificar el asesinato de coreanos demostrando que había coreanos peligrosos en el extranjero, lo que representaba una amenaza para la sociedad. Los dos fueron acusados en julio de 1925, llevados a juicio en febrero del año siguiente y el 25 de marzo de 1926 condenados a muerte. Pero las sentencias fueron conmutadas por cadena perpetua diez días después para mostrar la "misericordiosa benevolencia del emperador". Fumiko se negó a aceptar la conmutación,

y cuando le entregaron el certificado, miró al jefe de la prisión y rompió el documento. Pak Yeol aceptó la conmutación y permaneció en prisión hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

Los dos fueron enviados a prisión en Utsunomiya, en la prefectura de Tochigi, cerca de Tokio. Fumiko se negó a realizar el trabajo que le habían asignado en prisión, pero unos tres meses después pidió que le permitieran trabajar tejiendo cuerdas de cáñamo. A la mañana siguiente, el 23 de julio de 1926, se descubrió que se había ahorcado con la cuerda que había tejido.

Durante el transcurso de su interrogatorio, Fumiko expresó desafiante sus creencias políticas. Sin duda, las autoridades utilizaron su rechazo del sistema imperial para justificar su acusación y sentencia de muerte. Fumiko rechazó audazmente el sistema de valores de su sociedad, que oprimía a individuos indefensos. Expresó el rencor que sentía hacia sus padres y afirmó que rechazaba todos los principios morales, especialmente la piedad filial. Cuando se le preguntó sobre su familia, respondió: "No tengo familia en el verdadero sentido" y señaló el hecho de que había sido abandonada por sus padres.

"Ella [Madre] incluso consideró venderme a un prostíbulo.... Mis padres no me brindaron amor y, sin embargo, trataron de obtener de mí todo beneficio que pudieran... [La piedad filial] se basa en la relación entre los fuertes y los débiles.... Sólo se recubre con el atractivo término "piedad filial". Fumiko afirmó que el único camino que podía seguir era "negar los

derechos de toda autoridad, rebelarse contra ellas y arriesgar no sólo mi vida sino la de toda la humanidad en este esfuerzo". Así, recurrió al nihilismo y decidió trabajar por la destrucción de todas las cosas. Entre las instituciones que esperaba destruir estaba el sistema imperial. Se unió a Pak Yeol, explicó, porque ambos acordaron trabajar para derrocar el sistema imperial. "Por naturaleza, los seres humanos deberían ser iguales", pero en Japón la gente es desigual debido al sistema de emperadores. Las autoridades afirman que el emperador es un dios, pero en realidad es como cualquier otro ser humano. "Así que pensamos en lanzarle una bomba para demostrarle que él también morirá como cualquier otro ser humano", dijo Fumiko al interrogador. [9]

Sin duda, este pensamiento herético persuadió a los jueces a condenar a muerte a Fumiko y Pak Yeol a pesar de que evidentemente no habían hecho ningún intento de poner sus ideas en práctica. Parece que lo único que hicieron fue hablar de derrocar el sistema existente.

Fumiko se mantuvo desafiante hasta el final. En noviembre de 1925 escribió en su cuaderno: "Los derechos de las personas están siendo sacudidos por quienes detentan el poder tan fácilmente como si se tratara de balonmano. Los funcionarios del gobierno finalmente me metieron en prisión. Pero déjame darles un consejo. Si deseas evitar que el incidente actual dé frutos, debes matarme. Puede que me mantengan en prisión durante años, pero tan pronto como me liberen, seguiré como antes." [10]

Las opiniones de Kaneko Fumiko son notables para una mujer joven de su época. Tenía apenas veinte años, una educación limitada y había crecido en una atmósfera en la que el patriotismo y la lealtad al emperador se consideraban el núcleo moral de la vida japonesa. No sólo es notable que ella haya formulado una filosofía social y política tan herética, sino que su negativa a humillarse ante las autoridades es aún más extraordinaria. Se negó a acobardarse ante los fiscales y jueces y expresó sus opiniones con franqueza, valentía y decisión.

Las actas de su interrogatorio no se hicieron públicas hasta después del final de la Segunda Guerra Mundial. La imagen presentada al público en general era la de una mujer degenerada y nefasta. Una fotografía de Fumiko sentada en el regazo de Pak Yeol fue entregada a oficiales militares de derecha, quienes la utilizaron para resaltar el carácter decadente de los "traidores" y también para criticar al gobierno del partido existente, para desacreditarlos por mimar al gobierno. traidores. El público compró la imagen presentada por

las autoridades. Incluso los reformadores radicales y liberales prácticamente condenaron a Fumiko al olvido. Sólo un diccionario biográfico de mujeres la incluye. Después de la guerra, cuando algunos escritores buscaron su tumba, la encontraron en una ladera coreana, en un lugar aislado, olvidado incluso por Pak Yeol, quien, tras salir de prisión, regresó a Corea para desempeñar un papel activo en el movimiento para unificar Corea del Norte y Corea del Sur. Se convirtió en un funcionario bastante destacado en Corea del Norte y falleció en 1974.

En prisión antes de suicidarse, Fumiko compuso algunos poemas. ,Uno de ellos, descubierto después su muerte, dice:

La pequeña hierba se retorció alrededor de mi dedo.
Cuando tiro suavemente de él, grita débilmente: "Quiero vivir.
"Con la esperanza de no ser sacado, se hunde.
Me siento malo y triste.
¿Es este el fin de su amarga lucha por la vida?
Me río suavemente de eso.

[11]

¹ Mikiso Hane, Reflexiones sobre el camino a la horca (Berkeley: University of California Press, 1988), págs.

² Basil C. hamberlain, Things Japanese (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1939), pág. 501.

³ Fukuzawa Yukichi Hensenkai, ed., Fukuzawa Yukichi senshū (Tokio, 1951–52), 5:10.

⁴ Tanaka Sumiko, Jyōsei Kaihō no shisō to kōdō, senzen-hen (Tokio: Jiji Tsūshinsha, 1975), pág.112.

⁵ Ibid., pág. 137.

⁶ Ibid., pág. 130.

⁷ Kutsumi Fusako (1890-1980) se unió a un organizador sindical comunista, Mitamura Shirō, y participó activamente en el movimiento en las décadas de 1920 y 1930. Más tarde se involucró en la red de espionaje encabezada por Richard Sorge, un periodista alemán en Japón que obtuvo información de un amigo en la embajada alemana y la transmitió a la Unión Soviética. Fue encarcelada en 1941 y permaneció allí hasta el final de la Segunda Guerra Mundial.

⁸ Imai Seiichi, Taisho demokurasi (Tokio: Chiio koron sha, 1966), págs. 376–93.

⁹ Hane, Reflexiones, págs. 119-24.

¹⁰ Ibid., pág. 123.

¹¹ Nihonjin no jiden (Tokio: Heibonsha, 1980), 6:491.

Prefacio

COMENZÓ repentinamente a las 11:58 a. m. del primero de septiembre del duodécimo año de Taisho [1923]. Un violento balanceo en lo profundo de la tierra sacudió la región de Kanto, sobre la que se asienta la capital, Tokio. Las casas crujieron y gimieron, se retorcieron grotescamente y se derrumbaron. Los habitantes fueron enterrados vivos, mientras que los que tuvieron la suerte de huir a tiempo corrieron gritando como animales enloquecidos. Lo que una vez había sido un próspero centro del mundo civilizado se transformó en el espacio de un momento en el mismísimo infierno.

Una réplica fue seguida por otro violento temblor y otra réplica más. Se produjeron incendios por toda la ciudad y grandes columnas de humo se elevaron hacia el cielo como si procedieran de un volcán gigante. Tokio pronto quedó bajo un manto de vapor espeso y negro. Los terribles temblores dejaron a la población presa del miedo. Entonces esos escandalosos rumores comenzaron a difundirse y estalló el caos.

No pasó mucho tiempo antes de que la policía nos detuviera por orden de los funcionarios de seguridad de la capital. No soy libre de explicar aquí los motivos de mi arresto; Baste decir que poco después fui citado para ser interrogado ante el Tribunal de Investigación Preliminar del Tribunal de Distrito de Tokio.

Un guardia me condujo hasta la puerta del tribunal, donde me esperaban un juez y una taquígrafa. El asistente del tribunal me vio y comenzó a preparar el asiento del acusado, mientras yo permanecía en silencio junto a la puerta, con el velo de paja de los prisioneros en la mano. El juez me miró con expresión fría. Incluso después de que me senté, siguió mirándome como si fuera imperativo para él ver hasta mis entrañas. Sin embargo, cuando habló, lo hizo en un tono tranquilo.

"¿Eres Kaneko Fumiko?"

Cuando respondí que así era, procedió a presentarse de manera bastante amistosa. manera.

"Estoy a cargo de su caso. Mi nombre es el juez del tribunal preliminar Takematsu".

"Veo. Espero que seas indulgente", dije con una sonrisa.

Entonces comenzó el interrogatorio formal, pero el juez parecía querer aprovechar este interrogatorio formal para averiguar qué necesitaba para la investigación. Anotaré la conversación tal como tuvo lugar, porque ayudará a comprender lo que sigue en este relato. Comienza el juez.

"Primero, ¿dónde está tu lugar de residencia original?"

"La aldea de Suwa, condado de Higashi-yamanashi, prefectura de Yamanashi".

"¿Cómo llegarías allí en tren?"

"Enzan es la estación más cercana."

"Hmm... Enzan", dijo el juez con una ligera inclinación de cabeza. "Entonces tu pueblo está cerca del pueblo de Ōfuchi. Conozco bastante bien a Ōfuchi. Conozco a un cazador allí. Voy allí a menudo en invierno".

No conocía a quién se refería Ōfuchi y dije: "Me temo que me tienes a mí. En realidad, Suwa Village... bueno, verás, es mi lugar original de residencia, pero en realidad sólo pasé dos años allí".

"Mmm. Y usted no nació allí, ¿verdad? él dijo.

"No. Mis padres me dijeron que nací en Yokohama".

"Veo. ¿Y cómo se llaman tus padres? ¿Dónde viven?"

No pude evitar sonreír para mis adentros. El juez se propuso preguntar qué debía saber ya por el informe policial. Sin embargo, respondí lo más directamente que pude.

"Es un poco complicado, pero en el registro mi padre figura como Kaneko Tomitaro y mi madre, Yoshi. Pero en realidad esos son los nombres de los padres de mi madre, mis abuelos".

El juez se mostró sorprendido y luego me preguntó sobre mis verdaderos padres.

"El nombre de mi padre es Saeki Fumikazu. Creo que ahora está en Hamamatsu, prefectura de Shizuoka. El nombre de mi madre es Kaneko Kikuno. No estoy del todo seguro, pero creo que vive cerca de la casa de sus padres. En el registro mi madre figura como mi hermana mayor y mi padre como mi cuñado".

"Un momento", interrumpió el juez, "eso suena un poco extraño. Sigo la parte de que tu madre figura como tu hermana, pero si tu madre y tu padre tienen nombres diferentes y viven en lugares diferentes, es como si no estuvieran relacionados en absoluto".

"Así es", respondí abatido. "Mi madre y mi padre se separaron hace mucho tiempo. Ahora mi padre está casado con la hermana menor de mi madre, mi tía, y vive con ella".

"Veo. Bueno, supongo que hay una explicación. ¿Cuándo se separaron tu madre y tu padre?"

"Debió haber sido hace unos trece años. Yo tenía alrededor de siete años en ese momento".

"¿Y qué te pasó entonces?"

"Fui con mi madre".

"¿Y tu madre te crió sola a partir de entonces?"

"No en realidad no. Poco después de que mi padre se fuera, mi madre y yo también nos separamos. Después de eso, ni mi madre ni mi padre volvieron a tener mucho que ver conmigo".

Cuando dije esto sentí toda mi historia, todo mi pasado, bien dentro. Estúpida de mí, hasta tenía lágrimas en los ojos. Es posible que el juez se haya dado cuenta de esto, porque dijo con cierta simpatía: "Debe haber tenido una vida dura. Llegaremos a todo eso a su debido tiempo".

Luego tomó los papeles que estaban sobre la mesa del taquígrafo y comenzó a interrogarme sobre el incidente en sí. Sin embargo, como dije antes, no puedo escribir sobre eso aquí. De hecho, no tendría ningún sentido.

Pero entonces el juez me ordenó escribir algo sobre mi vida pasada. Parece que hay una disposición en la ley que dice que al acusado se le debe preguntar no sólo qué puede usarse en su contra, sino también qué cosas pueden estar a su favor. Quizás mediante esta disposición poco utilizada el juez esperaba llegar a algo de mis antecedentes que pudiera explicar por qué había cometido algo tan atroz. Por supuesto, puede que esa no sea la razón en absoluto. Es posible que simplemente me haya ordenado que hiciera esto por curiosidad. No importa. Escribí el registro de mi educación tal como me dijeron, y estas memorias son ese relato. No sé si se mencionó en el juicio o no. Pero ahora que el juicio ha terminado, ya no puede serle útil al juez, así que le he pedido que lo devuelva. Se lo enviaré a mis camaradas con la esperanza de que les ayude a comprenderme mejor. Además, si mis compañeros consideran que vale la pena, espero que lo publiquen.

Mi mayor deseo, sin embargo, es que esto lo lean los padres, y no sólo los padres, sino también los educadores, los políticos y las personas con conciencia social. Me gustaría que todas las personas que desean mejorar este mundo lean esto.

Padre

PUEDO RECORDAR que tenía cuatro años. En ese momento yo vivía con mis padres biológicos en Kotobukichō en Yokohama. Por supuesto, en ese momento no sabía a qué se dedicaba mi padre, pero por lo que escuché más tarde deduzco que era detective en la comisaría de policía de Kotobuki. Este período aparece en mi memoria como el único período demasiado breve de mi vida en el que supe lo que era la verdadera felicidad. Porque en aquel momento, según recuerdo, yo era la luz de la vida de mi padre.

Mi padre siempre me llevaba con él al baño público. Todas las noches me escondía bajo la cortina de la entrada, sentada sobre sus hombros y rodeando su cabeza con los brazos. Y cuando me llevaba a la barbería, como siempre hacía, estuvo a mi lado todo el tiempo, molestando al barbero con sugerencias sobre cómo afeitarme la línea del cabello o las cejas. Si no estaba satisfecho, tomaba la navaja en la mano y me afeitaba él mismo. Mi padre era quien escogía la tela de mi ropa, y si algo mío necesitaba ser arreglado en los hombros o en la cintura, se lo señalaba a mi madre y le hacía sacar aguja e hilo para arreglarlo. También fue mi padre quien permaneció junto a mi cama cuando estuve enferma y me cuidó. Siempre estaba poniendo su mano en mi frente y tomándose el pulso. Nunca tuve que decir una palabra en momentos como ese; Mi padre sabía lo que quería solo por mi apariencia y me lo consiguió.

Mi padre siempre se esforzaba mucho cuando me alimentaba. Cortaba la carne en trozos pequeños para que yo pudiera comerla fácilmente y le quitaba hasta las espinas más pequeñas al pescado. Siempre probaba el arroz o cualquier líquido caliente antes de dármele, y si estaba demasiado caliente lo enfriaba pacientemente. En otras palabras, mi padre hacía todo lo que normalmente haría la madre en la mayoría de los hogares.

Ahora me doy cuenta de que no estábamos en una buena posición, pero mis primeras impresiones de la vida no fueron en absoluto desafortunadas. Incluso entonces nuestra casa estaba bastante deteriorada y nunca parecíamos tener suficiente, pero mi padre se enorgullecía de ser el hijo mayor de una buena familia que, según él, tenía su ascendencia en algún aristócrata. De hecho, había vivido una vida relativamente próspera y sus abuelos lo habían mimado cuando era joven. Entonces, aunque en realidad éramos pobres, él actuó como si nada fuera diferente de los viejos tiempos.

Aquí, sin embargo, terminan mis gratos recuerdos. En algún momento me di cuenta de que mi padre había traído a una mujer joven a la casa. Ahora había constantes peleas y insultos entre mi madre y la otra mujer. Mi padre siempre se ponía del lado de la otra mujer y yo tenía que mirar cómo golpeaba y pateaba a mi madre. Algunas veces mi madre lo dejó, a veces durante dos o tres días seguidos. Cuando eso pasó me dejaron en casa de un amigo de mi padre.

Yo era todavía pequeña y esa era una época muy triste para mí, sobre todo cuando mi madre se marchaba. Pero luego la mujer simplemente desapareció, al menos eso me pareció a mí. Pero después de eso vimos cada vez menos a mi padre.

Recuerdo que mi madre me llevó para traer a mi padre a casa desde lo que ahora me doy cuenta que era un burdel. Recuerdo que mi padre se levantó en ropa de cama y empujó a mi madre fuera de la habitación. Pero de vez en cuando mi padre llegaba a casa tarde por la noche cantando a todo pulmón, y mi madre lo atendía dócilmente y le colgaba la ropa en el clavo de la pared. Pero si encontraba un envoltorio de caramelo o cáscaras de naranja en la manga de su kimono, le miraba con reproche.

Míralo y dile: "Solo mira esto. ¿No podrías haber traído alguna cosita a casa para tu propio hijo?

Por supuesto, mi padre ya había dejado la policía en ese momento, pero nunca supe a qué se dedicaba. Lo que sí sé es que siempre había muchos hombres alborotadores en la casa bebiendo y jugando a las cartas, y que mi madre se peleaba constantemente con mi padre y se quejaba de que así no era forma de vivir. Esta vida debe haber llegado a ser demasiado para mi padre, porque finalmente se enfermó. La familia de mi madre ayudó y lo hospitalizaron. Mi madre se quedó con él y a mí me llevaron a la casa de sus padres, donde mi abuela y mis tías jóvenes me cuidaron durante más de seis meses. Aunque estuve separada de mis padres, el tiempo que pasé allí fue bastante agradable.

Cuando mi padre se recuperó, me enviaron a casa. Ahora vivíamos junto al mar, que se consideraba más beneficioso para la salud de mi padre y para la mía propia; porque yo era un niño enfermizo. La casa estaba ubicada en la costa de Isogo en Yokohama, y estábamos empapados de agua salada y arrastrados por la brisa del mar desde la mañana hasta la noche. De hecho, este período me transformó en una persona sana, pero no puedo decir si fue una bendición o un plan cruel de la naturaleza para atarme a la vida de sufrimiento que el destino tenía reservada.

Cuando mi padre y yo nos recuperamos, la familia se mudó nuevamente. El lugar estaba un poco alejado de Yokohama y era una de catorce o quince casas en un pueblo rodeado de campos de arroz. Una mañana del invierno que nos mudamos –recuerdo que estaba nevando– nació mi hermanito.

Era otoño y yo tenía seis años cuando vino mi tía, la hermana menor de mi madre. (Del período intermedio sólo recuerdo que nos mudábamos constantemente). Mi tía tenía una enfermedad femenina y, como no podía recibir el tratamiento adecuado en el campo, debía quedarse con nosotros e ir a un hospital cercano. . Ella tenía entonces veintidós o veintitrés años, era una mujer esbelta y bonita, vivaz, amigable y meticulosa en todo lo que hacía. Se llevaba bien con la gente y sus padres la querían mucho. Pero al poco tiempo, se había desarrollado una relación extraña entre esta tía y mi padre.

Mi padre tenía un trabajo como empleado en un almacén en el paseo marítimo, no lejos de nuestra casa. Pero en este trabajo, como en otros que había tenido, a menudo se quedaba en casa con algún pretexto endeble. En consecuencia, no estábamos muy acomodados, razón por la cual, según tengo entendido, mi madre y mi tía hilaban hilo de cáñamo a destajo en casa. Todas las mañanas mi madre envolvía en una bufanda las tres o cuatro bolas de cáñamo que habían hilado y se iba con mi hermano pequeño a cuestras a cobrar su mísero salario.

Entonces sucedía algo extraño: apenas mi madre salía de la casa, mi padre llamaba a mi tía a la habitación de tres esteras cerca de la entrada donde él estaba tendido. Mi tía se quedaba allí mucho tiempo, aunque no podían tener mucho de qué hablar. Se despertó mi viva curiosidad y un día me levanté de puntillas y miré a través de un desgarro en el papel de la puerta corredera. Lo que vi no me sorprendió especialmente, porque no era la primera vez que presenciaba una escena como ésta. Desde mucho más joven había visto a menudo a mis padres en momentos sueltos, algo que nunca les molestaba lo más mínimo. Por tanto, era bastante precoz y mi interés por el sexo se había despertado cuando tenía cuatro años.

La chispa de la pasión parecía haberse apagado en Madre. Ella nunca se enojó mucho conmigo ni expresó ningún afecto fuerte. Mi padre, en cambio, se enojaba muchísimo cuando me regañaba, mientras que en sus momentos tiernos demostraba un cariño exagerado.

¿Cuál de estas dos personalidades me atrajo? Cuando era pequeño estaba más cerca de mi padre, y si no me hubiera dado cuenta de que él era la causa de los problemas de mi madre, probablemente lo habría hecho.

Siempre he estado cerca de él. Pero en algún momento me apegué más a mi madre y la seguía a todas partes, aferrándome a su manga. Sin embargo, cuando vino mi tía, mi padre no me dejó salir con mi madre. Tenía todo tipo de trucos para convencerme de que me quedara en casa.

Ahora me doy cuenta de que estaba tratando de encubrir lo que él y mi tía estaban haciendo y disipar las sospechas de mi madre. Tan pronto como mi madre salía de casa, mi padre me daba unos cuantos sen y me enviaba a jugar para deshacerse de mí. No le pedí dinero, pero él me daba algo, más de lo habitual, y me decía que saliera a jugar y que no volviera por un tiempo. Pero cuando mi madre llegaba a casa, él se quejaba de mí con ella. "Este chico es realmente descarado", decía. "Ella sabe lo blando que soy, y tan pronto como te vas, me molesta para que te dé cambio y luego sale corriendo".

Era fin de año, Nochevieja, según recuerdo. Mi madre había salido a comprar algunas cosas con mi hermano pequeño a la espalda. Padre, tía y yo estábamos sentados alrededor del kotatsu en la sala de estar. Era una noche húmeda y húmeda, y tanto mi padre como mi tía parecían deprimidos, lo cual era inusual en ellos. Finalmente mi padre levantó la cabeza del kotatsu y dijo muy solemnemente: "¿Por qué mi hogar tiene tanta mala suerte? ¿No va a cambiar alguna vez esta mala suerte? Si tan solo apareciera algo en el nuevo año".

Las personas son los peones del destino, y hasta que la suerte no cambie no hay nada que se pueda hacer para mejorar su suerte. Esto es lo que creía mi padre supersticioso y lo que le había oído repetir innumerables veces desde que tengo uso de razón.

Las dos estuvieron hablando de algo por un rato, y luego mi tía se levantó y fue a buscar su caja de peines al armario. "Supongo que este servirá", dijo la tía mientras sacaba un peine. "Aunque es demasiado bueno", dijo, examinándolo. "Parece una pena".

"Vas a tirar la cosa", respondió el padre, "y no hay ninguna regla que diga que tiene que ser cierto tipo, siempre y cuando sea un peine".

Luego, mi tía se puso un peine con varios dientes rotos en el cabello y realizó los movimientos de sacudirlo.

"No es necesario que lo aprietes tanto. Simplemente deslízalo por encima del flequillo", dijo el padre. "Si tu corres Si andas por el terreno baldío frente a la casa, caerá".

La tía hizo lo que le dijeron y salió. Unos minutos más tarde regresó y el peine se había caído.

"Eso debería ser suficiente", dijo el padre. "La mala suerte se ha ido y mi suerte cambiará para bien. en el año Nuevo." En ese momento llegó mamá a casa.

Mientras mamá tomaba de su espalda al bebé que lloraba y lo amamantaba, mi tía deshizo el paquete con las compras. Veinte o treinta trozos de mochi, siete u ocho rebanadas de pescado, unas cuantas bolsitas de papel, un battledore barato con papel decorativo rojo pegado... ese era todo el contenido. Este fue el alcance de nuestros preparativos para el nuevo año festivo.

Durante las vacaciones de Año Nuevo vino de visita mi tío materno. Sin embargo, tan pronto como se fue a casa, mi abuela vino a llevarse a la tía a casa con ella. Pero la tía no se fue y la abuela tuvo que regresar sola a casa. Por lo que escuché más tarde, parece que el tío se dio cuenta, cuando vino de visita en Año Nuevo, de cómo estaban las cosas entre mi padre y mi tía. Cuando se lo contó a la familia, la abuela estaba tan preocupada que fue ella misma a buscar a la tía y llevarla a casa con el pretexto de que estaba arreglando un matrimonio para ella. Mi padre, por supuesto, no quiso oír hablar de esto. Incluso insinuó que casarla antes de que se hubiera recuperado por completo sería poner en peligro su vida.

"No", había argumentado la abuela, "será bueno para ella. El hombre es rico y ha prometido que tan pronto como se convierta en su esposa, será puesta bajo el cuidado de un médico".

Pero mi padre prolongó su vieja frase sobre el destino y dijo que debido a su mala suerte había tenido que empeñar todos los kimonos de mi tía. Por supuesto que no podía enviarla a casa, dijo, sólo con lo que tenía ahora. Otra excusa fue que la constitución de mi tía era demasiado débil para trabajar en el campo. No siempre estaría tan mal y con el tiempo seguramente podría hacerle una buena pareja en la ciudad. La casaría y él mismo actuaría como padre. Dio todo tipo de excusas como ésta y al final logró evitar que mi tía se fuera a casa.

Pobre abuela. Por supuesto, ella no le creía a mi padre, pero no era más que una simple mujer de campo y no era rival para el astuto hombre de la ciudad y su aluvión de mentiras. Regresó a casa habiendo fracasado en su misión.

Con el Dios de la Desgracia ahuyentado, mi padre debió haber lanzado un profundo suspiro de alivio. Pero mamá se sentía más miserable que nunca y después de eso hubo incesantes disputas en casa. ¿Y mi tía?

Mi tía no irradiaba exactamente felicidad. Ella estaba fuera durante dos o tres meses seguidos, y más tarde me enteré de que se había escapado de mi padre y se había puesto a trabajar como criada. Pero mi padre anduvo por ahí investigando tenazmente hasta que la localizó. La segunda vez que trajeron a la tía, nos mudamos nuevamente. El lugar estaba en Kuboyama en Yokohama, en la ladera de una colina. Si avanzabas cinco o seis cuerdas llegabas a un templo y un crematorio.

Mi padre, por supuesto, no estaba trabajando, pero de alguna manera conseguimos dinero para alquilar una casa habilitada como tienda justo al pie de la colina en Sumiyoshi-chō. Aquí mi padre abrió una heladería. La gestión real de la tienda recayó en mi tía. Mi padre iba allí durante el día "para llevar la contabilidad y cuidar las cosas", como él decía, y mi madre y nosotros, los niños, nos quedábamos en casa en la colina. Sin embargo, esto fue sólo al principio; No pasó mucho tiempo antes de que casi nunca se molestara en volver a casa. Mi madre, mi hermano pequeño y yo habíamos sido hábilmente sacados por completo de la vida de mi padre y mi tía.

Yo tenía entonces siete años [seis en el actual sistema de cómputo de edades]. Cumplí años en enero, así que tenía la edad adecuada para comenzar la escuela ese año. Pero no pude ir a la escuela porque nunca me habían inscrito en el registro familiar. No he tocado este tema de no estar registrado, pero será mejor que lo analice aquí.

Mi nacimiento nunca fue registrado por la razón obvia de que mi madre nunca había sido inscrita en el registro de mi padre. Mucho más tarde supe por mi tía lo que creo que es la explicación más probable. Según la tía, mi padre nunca tuvo la intención de quedarse con mi madre. Deliberadamente nunca la inscribió en su registro familiar porque tenía la intención de deshacerse de ella tan pronto como encontrara una mujer mejor. Por supuesto, es posible que le haya dicho esto a la tía para ganársela. O tal vez simplemente consideró imposible registrar como su esposa en la supuestamente ilustre familia Saeki a la hija de un campesino de Kōshū. Sin embargo, sea cual sea la razón, así es como sucedió que a la edad de siete años todavía no estaba registrado.

Mi madre había vivido con mi padre durante más de ocho años sin decir una palabra acerca de no estar inscrita en su registro familiar. Sin embargo, no podía quedarme callado porque me impedía ir a la escuela. Siempre había disfrutado aprendiendo y ahora molestaba constantemente para que me permitieran ir a la escuela. Mi madre finalmente dijo que me registraría por el momento como su hijo ilegítimo. Pero mi padre, siempre preocupado por las apariencias, no quiso oír hablar de esto.

"¡Qué!" él criticó. "¿Quieres decir que la considerarías hija ilegítima? Se avergonzaría de ello por el resto de su vida".

No es que mi padre hiciera el menor esfuerzo por inscribirme en su propio registro y enviarme a la escuela. Y a pesar de toda su preocupación declarada, nunca se molestó en enseñarme ni una sola letra de

el silabario kana. Estuvo demasiado ocupado bebiendo, jugando a las cartas y holgazaneando todo el día. Había llegado a la edad para ir a la escuela, quería ir, pero no podía. Más adelante en mi vida encontré un pasaje que decía lo siguiente. Quizás el lector pueda imaginar cómo me sentí cuando lo leí.

Con la gloriosa Era Meiji comenzaron las relaciones con Occidente. Japón despertó como un gigante despertado de un largo sueño y comenzó a caminar, saltando más de medio siglo de una sola zancada. El Rescripto sobre Educación se promulgó a principios de la Era Meiji y se construyeron escuelas primarias incluso en los distritos rurales más remotos. Los hijos de todo ser humano, independientemente de su sexo, que no estén física o mentalmente incapacitados para asistir a la misma, reciben educación obligatoria del Estado a partir de abril del año en que cumplen siete años. De este modo, una nación entera recibió los beneficios de la civilización.

Pero para mí, que no estaba registrado, estas eran sólo palabras vacías. No era de un pueblo remoto: vivía en Yokohama, justo al lado de la capital del país. Ciertamente era descendiente de seres humanos y no había nada malo física o mentalmente en mí. 'Pero no pude ir a la escuela. Había muchas escuelas: escuelas primarias, escuelas secundarias, escuelas secundarias para niñas, colegios, universidades, incluso Gakushūin [escuela para hijos de aristócratas]. Los hijos e hijas de la burguesía, con sus ropas de estilo occidental, sus zapatos elegantes, algunos incluso en automóviles, entraban por sus puertas. Pero a mí... ¿de qué me sirvió todo esto?

Tenía dos compañeros de juegos que vivían un poco más arriba de nosotros en la colina. Ambos tenían mi edad y ambos iban a la escuela. Todas las mañanas, los dos bajaban la colina tomados de la mano pasando por delante de nuestra casa, balanceando los brazos y cantando mientras caminaban con su hakama granate y con grandes cintas rojas colocadas alegremente a un lado de la cabeza. Me sentí miserable de envidia mientras me apoyaba en el cerezo frente a la casa y los veía pasar.

Si no hubiera existido la escuela en este mundo, habría pasado la vida con muchas menos lágrimas. Pero entonces nunca habría visto la alegría que vi en los rostros de esos niños.

Por supuesto, en ese momento todavía no sabía que toda alegría que algunos experimentan se paga con el dolor de otros.

Quería ir a la escuela con mis dos amigos, pero no pude. Quería leer, escribir, pero ninguno de mis padres me enseñó ni una sola letra. El padre no podía molestarse y la madre no sabía leer. Solía extender los trozos de periódico en los que estaban envueltas las compras de mi madre y fingir que estaba leyendo.

Debió ser alrededor del verano de ese año cuando, un día, mi padre encontró por casualidad una escuela privada no lejos de la tienda de mi tía, justo en Sumiyoshi-chō, donde vivíamos. No habría ningún problema por no estar registrado, así que se decidió que iría a la escuela aquí.

“Escuela” es una palabra demasiado elegante para describir este lugar, que en realidad no era más que una habitación de seis esteras en una casa adosada en ruinas. El tatami estaba sucio y roto, el relleno de paja salía en algunos lugares, y una media docena de cajas de cerveza Sapporo alineadas a los lados servían como escritorios para los niños. Aquí comenzó mi carrera como escritora. La maestra, “Ossho-san”, como la llamaban los niños, debía tener alrededor de cuarenta y cinco años. Se recogió el pelo en un pequeño moño hacia la parte delantera de la cabeza y llevaba un delantal a rayas sobre su yukata sucia.

Todos los días caminaba por el camino desde la casa en la colina, pasando por la tienda de mi tía, hasta esta espléndida escuela, con mis cosas envueltas en una tela que estaba atada a mi espalda. Los otros diez niños que pisaron las tablas que cubrían la alfombra en el pequeño callejón donde se encontraba la escuela probablemente procedían de circunstancias similares a las mías. Después de que mi padre me metió en esa escuela privada, la casa adosada del callejón, me llevó aparte. "Ahora mira, sé un buen niño", dijo,

eligiendo sus palabras. "No quiero que le digas a ninguno de los hombres que vengan que vas a la escuela de Ossho-san. No sería bueno para mí si otras personas se enteraran, ¿ves?"

La tienda de mi tía estaba haciendo un buen negocio, pero ella no ganaba dinero. Era imposible salvar nada porque mi padre bebía y jugaba a las cartas todos los días. Además, en ese momento ella y mi padre estaban tan absortos el uno en el otro que la gente incluso hablaba de ello.

Aun así, las cosas no estaban tan mal en casa de mi tía. Fuimos mamá, mi hermano pequeño y yo quienes pasamos momentos difíciles. Un día no teníamos nada para comer. Era la hora de cenar y en la casa no había ni un grano de arroz. Mi madre nos llevó a mi hermano pequeño y a mí a ver a mi padre, que estaba en casa de un amigo. Pero aunque mamá le imploró, papá no salió de casa para hablar con ella. Supongo que mamá había llegado al límite, porque de repente abrió, desde el porche, la puerta corredera de la habitación y entró. Cuatro o cinco hombres estaban sentados bajo una lámpara brillante jugando a las cartas. La madre explotó: "¡Eso pensaba! ¡No hay un grano de arroz en la casa, los niños y yo no tenemos nada para cenar, y tú te sientas aquí, bebiendo y jugando a las cartas!"

El padre se puso de pie, lívido de rabia. Empujó a mamá fuera del porche, saltó tras ella descalzo y empezó a golpearla. Si los hombres no lo hubieran agarrado y retenido, no hubieran calmado a mi madre y no hubieran llevado a mi padre de regreso a la habitación, quién sabe lo que le habría hecho.

Se salvó de una paliza, pero tuvimos que irnos sin ni un grano de arroz ni un centavo para comprar. Subimos la colina en silencio.

"¡Hey espera!" Vino una voz desde atrás. Era el padre. "Ha venido con algo de dinero para arroz", pensamos, pero no fue eso en absoluto. Qué hombre tan cruel y diabólico era. Estábamos allí, expectantes, esperando ayuda, y él gritó: "Kikuno, espero que estés satisfecho. Hiciste un gran trabajo humillándome frente a esa gente. ¡Maldita sea, me hiciste perderlo todo y no dejaré que lo olvides!"

Mi padre tenía ahora uno de sus zuecos de madera en la mano y empezó a golpear a mi madre con él. Luego agarró la parte delantera de su kimono y amenazó con arrojarla por la colina. Estaba oscuro entonces, pero durante el día se podía ver que era una pendiente pronunciada con una maraña de arbustos y zarzas al pie. Mi hermano pequeño estaba llorando en la espalda de mi madre, y yo los rodeaba impotente y tiraba de la manga de mi padre para intentar detenerlo. Entonces recordé que un amigo de mi padre, un hombre llamado Koyama, vivía un poco más abajo de allí, en una casa adosada de madera. Corrí a la casa del hombre, gritando a todo pulmón.

"Pensé que era él", dijo el hombre. Acababa de sentarse a cenar, pero tiró los palillos y salió volando de la casa para ayudar.

Apenas había comenzado en la escuela privada cuando llegó la época del festival Bon. Ossho-san les dijo a todos los niños que trajeran dos tipos de azúcar como regalo de mitad de año. Esta fue probablemente la única remuneración que recibió, pero en mi caso, no había manera de que yo pudiera cumplir. No sólo nos estaba costando bastante llegar a fin de mes, sino que la casa estaba en tal estado de confusión que nadie podía preocuparse por mí y mis problemas en la escuela. Por eso tuve que dejar la escuela antes de haber aprendido todo mi katakana.

La tienda de mi tía no había sobrevivido al verano y los dos se habían mudado de nuevo a nuestra casa en la colina. El alboroto en casa volvió a ser peor que antes y mis padres se peleaban al menos una vez cada tres días. Siempre me puse del lado de mi madre cuando mis padres peleaban. También le respondí a mi padre, y esto hizo que me golpeará del mismo modo que golpeó a mi madre. Una vez, cuando llovía a cántaros, nos dejó a los dos fuera de la casa en medio de la noche.

La relación entre padre y tía era tan acogedora como siempre. Pero la familia de la tía insistió en que volviera a casa y, finalmente, con el consentimiento de su padre, ella dijo que lo haría. No hace falta decir que esto nos animó muchísimo a mamá y a mí.

Pero mi padre dijo que no podía dejar que tía se fuera sin ropa decente, así que usó el dinero que había conseguido al deshacerse de la tienda para comprarle ropa interior larga de crepé, un fajín y una sombrilla, que en aquel momento valían alrededor de diecisiete o dieciocho yenes. Y así como él mismo había supervisado mi cuidado cuando yo era pequeña, ahora insistía en comprarle estas cosas a mi tía. Pero esta vez fue una mujer, no un niño, a quien prodigó su cuidado y atención.

Era otoño. Mi padre empacó todas las pertenencias de mi tía y puso la mejor ropa de cama que teníamos en la casa. Mi madre, mi hermano pequeño a cuestas y yo fuimos a despedir a mi tía. Mientras caminábamos, mi madre seguía disculpándose con lágrimas en los ojos. "Lamento mucho tener que enviarte a casa sin apenas un punto en la espalda, con tu boda por delante y todo eso. Pero con nuestra suerte así, ¿qué podría hacer?"

Recorrimos sólo la mitad del camino y luego regresamos a casa. Padre, que acompañó a la tía durante todo el camino hasta la estación, Regresé por la tarde.

¡Qué noche tan maravillosa tuvimos! Incluso yo, a pesar de lo joven que era, sentí un tremendo alivio. ¡Qué silencio, qué paz! Pero mamá y yo no sabíamos nada del tiempo de paz que nos esperaba. Cuatro o cinco días después, mi padre volvió a desaparecer.

"¡Oh, esto es demasiado! Los dos simplemente se escaparon y nos dejaron", pronunció mamá con los dientes apretados.

Hirviendo de rabia y conscientes de que buscábamos una aguja en un pajar, nos dispusimos a localizarlos. Y un día sí los encontramos; Vimos la ropa de cama que se habían llevado de casa tomando el sol. Sin embargo, nos hizo mucho bien; ¡Solo terminamos con otro golpe de ese zueco de madera!

Madre

ABANDONADOS por el Padre, estábamos completamente perdidos. Al principio todavía teníamos algunas cosas que podíamos vender para comprar comida, pero pronto se acabaron. Padre, por supuesto, no nos envió nada. Teníamos que vivir de alguna manera, así que no puedo culpar a mi madre por lo que hizo al relacionarse con un herrero llamado Nakamura. Aunque yo era demasiado joven para entender por qué, recuerdo que el tono de mi madre era claramente de disculpa cuando me habló del acuerdo. "Este hombre trae a casa un buen salario diario de un yen con cincuenta sen. Las cosas serán mucho más fáciles para nosotros que antes y podrás ir a la escuela y todo, ¿ves?"

Nakamura vino un día con un pequeño bulto con sus pertenencias y eso fue todo: estaba viviendo con nosotros. Salía todas las mañanas vestido con un mono y llevando su almuerzo a una fundición cercana. Tenía unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años, cabello canoso y ojos hundidos y malvados. Bajo y encorvado, tenía una figura muy pobre. Mi padre había sido criado como un joven señor y menospreciaba a los trabajadores. Supongo que esta actitud se me había contagiado, porque apenas podía soportar hablar con Nakamura, ese don nadie, y mucho menos acercarme a él. Aunque era, al menos por el momento, mi padre adoptivo, lo llamé "Señor" como lo haría con un extraño. Mi madre no se molestó en corregirme; de hecho, ella misma se refirió a él burlonamente como "Bigotes" a sus espaldas.

Solía captar sus palabras y responderle, y él a su vez usaba cualquier excusa para acosarme. Cuando mamá estaba fuera de casa, él se comía un poco de arroz y luego

Pon el recipiente de arroz en lo alto, fuera de mi alcance. O me envolvería en la colcha y la arrojaría al armario. Una noche me ató con una cuerda fina como si fuera una pelota y me suspendió de la rama de un árbol a la orilla de un río cercano. Madre debía haber sabido que este tipo de cosas estaban pasando, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, excepto, por supuesto, maldecir a mi padre y a mi tía por ponernos en esta situación en primer lugar. "Un día recibirán lo que les espera", decía, "y terminarán muertos en la alcantarilla".

Pero lo más triste que me pasó mientras vivíamos con Nakamura no tuvo nada que ver con su acoso: se llevaron a mi hermano pequeño. Un día escuché a Nakamura y a mi madre hablando. "Cuanto antes lo lleves, mejor. Mientras vaya a ser suyo, debería irse antes de que crezca demasiado", dijo Nakamura.

"Dárselo a un hombre así, no puedo evitar preocuparme. ¿Pero qué más puedo hacer?"

Sabía de qué estaban hablando y estaba tan molesta que finalmente salí y pregunté: "Mamá, ¿Le vas a dar a Ken a alguien?"

Mi madre explicó que cuando ella y mi padre se separaron, acordaron que ella me criaría y que mi padre se quedaría con mi hermano. Me sentí miserable de todos modos. Mi hermano era el único amigo verdadero que tenía. Pero más que eso, quería a alguien a quien pudiera amar. Le supliqué: "¡Mamá, por favor! A partir de mañana no saldré a jugar nada. Cuidaré de Ken todo el tiempo, desde la mañana hasta la noche. Lo cuidaré tan bien que ni siquiera llorará. No lo lleves a casa de papá. ¡Por favor, mamá, por favor! Estaré tan sola sola".

Pero mamá no quiso escuchar. "No funcionará, Fumi. Si ese niño se queda, será mucho más difícil para ti y para mí. Y además tu padre ha estado aquí preguntando por él."

Por mucho que le supliqué, mi madre no cedió. Al día siguiente, cuando Nakamura estuvo fuera, volví a sacar el tema. "Mamá, si Ken tiene que ir a casa de papá, déjame ir con él. Tengo miedo de estar aquí sola con ese hombre".

Pero los adultos tienen su propio razonamiento. Madre hizo oídos sordos a mis súplicas; parecía incapaz de entender cómo me sentía. Este iba a ser mi destino, y al final no pude hacer nada más que someterme a este poder superior a mí.

Poco después mi madre puso a mi hermano boca arriba y lo llevó a casa de mi padre. Ellos viven en Shizuoka entonces, y había que tomar el tren para llegar allí.

Poco después de que mi hermano se fuera, nos volvimos a mudar, o mejor dicho, alquilamos una habitación en casa de otra persona. La casa, que estaba contra una cerca hecha de durmientes de ferrocarril carbonizados al lado de las vías, tenía solo una habitación de seis esteras y una habitación de cuatro y media. Había cinco en la familia y el hombre era estibador o algo así. Vivían en la habitación de seis esteras y nosotros ocupábamos la habitación más pequeña. El lugar estaba increíblemente sucio. En la puerta corredera había un periódico amarillento y hollín pegado, y la paja asomaba del tatami roto. El agujero más grande estaba en el tatami debajo de la ventana, y mamá puso allí el largo hibachi para taparlo. Puso trozos de cartón sobre los otros agujeros y los cosió lo mejor que pudo con hilo blanco. Eso evitó que el polvo subiera a la habitación.

Nakamura continuó trabajando en la fundición, mientras que su madre encontró trabajo clasificando frijoles en un almacén junto a un río cercano. Sin embargo, no me quedé solo en casa. Una escuela primaria del barrio había cedido a las fervientes súplicas de mi madre y me permitió asistir a la escuela aunque no estaba matriculada.

Naturalmente, quedé encantado; Incluso olvidé mi soledad por perder a mi hermano pequeño. Porque ésta no era una escuela pasajera como la que había asistido antes; era todo lo que alguna vez había soñado que debería ser una escuela. La mayoría de los niños parecían provenir de buenas familias. Las niñas tenían ropa hermosa y cada día llevaban una cinta diferente en el cabello. Algunos incluso fueron llevados a la escuela por criadas o criados. Pero una vez más tuve que sufrir por esto. No llevaba mucho tiempo yendo allí cuando nos dijeron que no usáramos pizarras, que se suponía que eran malas para los pulmones, sino que lleváramos un lápiz y una libreta para usar. Para mí, sin embargo, esto no sería fácil. Nakamura nunca me los habría comprado y mi madre no pudo conseguir el dinero de inmediato. Tuve que faltar varios días a la escuela hasta que pude comprarlos. Mi madre quería transferirme a una escuela menos costosa pero no pudo debido a las normas de residencia.

Entonces, un día, mi padre apareció de la nada. Debía haber estado vendiendo algo en ese momento porque llevaba un gran bulto de tela a la espalda. Su rostro estaba demacrado; Incluso yo me sorprendí cuando lo vi. Pero me alegré de verlo, este padre mío con quien tenía tantos motivos para resentirme. Dejó el bulto en un rincón y, mientras estaba sentado hablando con Nakamura junto al hibachi, sentí lo muy por encima que estaba del otro hombre. Incluso quería que él volviera a mimarme, y cuando Nakamura se alejó por un momento, puse mi boca en la oreja de mi padre y le susurré: "Cómprame una pelota de goma". ¡Cuánto añoraba un balón como el que tenían todos mis compañeros de juego del colegio!

Esa noche mi padre me llevó a la feria. Cuando dejamos el camino frente a la casa, dijo: "¿Qué tal un paseo a cuestas?" y se agachó para ponerme sobre su espalda tal como me había puesto sobre sus hombros cuando yo era un niño pequeño. En la feria encontré unas pelotas de goma en uno de los puestos y mi padre dijo que podía tener la que quisiera. Tomé dos, uno grande y otro pequeño, ambos con diseños de flores rojas. Había muchas otras cosas colgadas en el soporte y las miré completamente absorto.

"¿Algo más que quieras?" preguntó el padre. Negué con la cabeza. "Pobrecita...", dijo mi padre con una voz que se ahogó mientras nos íbamos apresuradamente. "Claro, hay muchas cosas que todavía quieres. Y quiero conseguirlos para ti. Pero 'tu Padre es tan pobre'. Ten paciencia conmigo, eh, Fumiko".

Sentí que iba a llorar, pero logré controlarme. Aunque sólo era una niña, me habría dado vergüenza llorar delante de toda esa gente. Caminamos un rato por la feria nocturna y luego nos fuimos a casa. Cuando salimos de la calle brillantemente iluminada hacia el callejón oscuro y desierto, mi padre volvió a hablar. "Fumiko, tu padre era malo. Por favor, perdóname. Todo lo que hice estuvo mal, y fuiste tú inocente la que tuvo que sufrir. Pero sabes, Fumiko, no siempre seré así de pobre. Y luego lo primero que voy a hacer es hacerte feliz. ¿Esperarás hasta entonces?

En realidad, mi padre estaba llorando ahora y se atragantó cuando intentó contener los sollozos. Yo también estaba llorando en ese momento, pero no como un niño. Y cuando hablé fue ya de adulto. "No me importa. No me importa lo pobre que seas. Sólo llévame contigo. Por favor, llévame a casa de Ken".

"Sé cómo te sientes, lo sé", respondió el padre, ahora sollozando sin control. "Te llevaría si pudiera. No importa lo pobre que seas, no te dejaría morir de hambre. Pero si te llevara conmigo ahora tu madre no tendría a nadie. Eres el único que tiene tu madre. Así que ten paciencia un rato. Escucha lo que te dicen tu madre y este padre y espera. Padre va a venir a buscarte, de verdad que lo hará".

El padre dejó de caminar y se quedó allí, llorando, al costado del camino. Me aferré a su espalda y también lloré. Pero no continuó así por mucho tiempo, y cuando por fin habló, su voz era bastante controlada. "Bueno, vámonos a casa ahora. Tu madre estará esperando". Luego partió con paso firme. Cuando entramos al callejón al lado de la casa, me dejó en el suelo y me secó las lágrimas con un pañuelo blanco.

Aquella noche, ya entrada la noche, mi padre volvió a cargar el bulto sobre su espalda y se dirigió penosamente a casa. Después de esa visita, todas las noches salía corriendo a la calle frente a la casa y observaba a la gente que pasaba, porque realmente creía que mi padre vendría a buscarme. Pero nunca lo hizo.

Nos mudamos nuevamente y lo primero que hizo mamá fue ir al director de la escuela primaria del barrio y rogarle, con lágrimas en los ojos, que me admitiera. Su petición finalmente fue concedida.

Comparada con la que acababa de asistir, esta escuela estaba francamente en mal estado. La mayoría de los alumnos eran hijos de gente pobre, por lo que debería haberme sentido como en casa allí, pero siempre me dejaron perfectamente claro que no me querían.

Al comienzo de la clase por la mañana, el profesor llamó a la asistencia. Aunque estuve presente con tanta seguridad como cualquiera, mi nombre nunca fue mencionado. Los nombres serían pronunciados hasta el niño que estaba a mi lado y me pasarían por alto. Ahora, por supuesto, me doy cuenta de que esto no era importante, pero es difícil cuando eres un niño que te menosprecien de esa manera. Las veces que no llegaba tarde deliberadamente, abría el escritorio y asomaba la cabeza dentro mientras el maestro tomaba lista. O abriría un libro y leería. Cuando la maestra me regañó por esto, simplemente jugueteé con las manos en el delantal.

Una mañana, aproximadamente un mes después de comenzar la escuela allí, le entregué al maestro el sobre con la matrícula escolar. En ese momento me llamaron a la sala de profesores. No sabía para qué me convocaban, pero no estaba preocupado. Mi maestro me mostró el sobre que le había dado y me dijo: "Tengo tu sobre aquí, pero no hay nada dentro. ¿Qué pasó?"

Por supuesto que no tenía la menor idea. Mi madre había puesto la tarifa en el sobre y yo lo tenía traído a la escuela. Respondí de la única manera que pude: "No pasó nada".

"Si no pasó nada, ¿por qué no hay dinero en este sobre? Compraste algo camino a la escuela, ¿no?"

"No."

"Entonces supongo que perdiste el dinero en el camino".

"No. Lo tenía en mi bolso..."

El director, con una expresión amenazadora en su rostro, se unió al ataque. Me acusó de gastar el dinero en dulces. Finalmente registraron mi bolso, pero no encontraron nada, ni el dinero ni nada que pudiera haber comprado con él. Estaban más enojados que nunca, convencidos de que yo había gastado el dinero. Pero por mucho que me reprendieran, lo cierto era que yo simplemente no sabía qué había pasado con el dinero; y me mantuve firme.

El chico de la oficina salió corriendo a buscar a mi madre. Convocado ante el director, Madre

Al principio estaba perdido. Pero no pasó mucho tiempo antes de que se diera cuenta de lo que debía haber sucedido.

"Esta chica nunca haría algo así. Oh no, ella nunca haría eso. Anoche puse el dinero en el sobre y ella puso el sobre en su bolso para no perderlo. Mi marido vio eso. Colgó la bolsa en la pared y creo que mi marido pudo haber sacado el dinero cuando se fue a trabajar. No sería la primera vez que esto sucede".

La madre incluso pasó a dar ejemplos. Sabía que esto había estado sucediendo. Un día me fui a casa llorando porque un lápiz que había puesto en mi cuaderno no estaba allí cuando llegué a la escuela. Y no fue sólo una o dos veces que este tipo de cosas habían sucedido.

El director debió haberse conmovido por lo que le dijo su madre. Yo estaba allí y todavía recuerdo lo que le dijo. "Es una lástima que una buena chica como ésta tenga que quedarse en ese tipo de ambiente. Me pregunto si considerarías dármele en adopción. Haría todo lo que estuviera en mi poder para cuidarla bien".

Si dijo esto por simpatía genuina hacia mí o porque se le ocurrió que podría resolver su propio problema de no tener hijos, no lo sé. Sin embargo, estaba encantado porque no sólo se habían disipado esas terribles dudas sobre mí, sino que el director había tenido la amabilidad de hacerme esta oferta.

Mi madre le dio las gracias, pero, por supuesto, no podría haberse separado de mí. "Este es el único hijo que tengo. Ella es la única alegría que tengo. No importa lo difícil que sea, quiero criarla yo mismo". El director no prosiguió con el tema. Mamá me tomó de la mano y nos fuimos a casa.

Madre y Nakamura debieron haberse peleado después de esto. Había salido a beber con frecuencia antes de este incidente; de hecho, probablemente era para eso que necesitaba el dinero de mi escuela. Pero ahora empeoró. A veces su madre encontraba recibos o facturas de restaurantes en los bolsillos de su ropa de trabajo, pero él la molestaba escatimando más en comida o se quejaba de que desperdiciaba carbón.

Cuando salimos de Nakamura cogimos nuestras pertenencias y nos fuimos a casa de un amigo. Mi madre me dejaba allí durante el día mientras ella salía a buscar trabajo y me avisaba antes de salir por la mañana. "No se debe jugar en la calle de enfrente; Nakamura podría encontrarte. Deduzco que mi madre había dejado a Nakamura en contra de sus deseos.

Mi madre deambulaba todos los días buscando trabajo, pero no encontraba nada en la ciudad de su agrado. Pero una amiga suya tenía un hermano mayor que supuestamente era capataz en una fábrica de seda en el campo, y evidentemente mi madre decidió ir allí. Parecía bastante complacida cuando me lo contó. "Este hombre aparentemente es un capataz, por lo que debe tener mucha influencia. Si nos confiamos a él, estoy seguro de que se mostrará comprensivo y todo saldrá bien".

La dependencia de mi madre era tan grave que incluso a mí me molestaba, por muy joven que fuera. Era incapaz de dar un paso por sí sola sin alguien que la apoyara. Pero yo era sólo un niño; Tuve que hacer lo que mamá dijo.

Fuimos al molino, pero no salió nada. No había nadie allí, ni capataz ni otra persona, de quien pudiéramos depender. El hombre en cuestión resultó ser un sirviente que trabajaba en la cocina. Estuvimos allí tres meses, sin embargo, aunque lo único que recuerdo de ese tiempo es que mi padre apareció un día con unos dulces coreanos para mí.

Me alegré mucho de verlo. Había cumplido su promesa y había venido por mí, pensé, así que las cosas debían estar mejorando para él. Sin embargo, esto no fue así. Mi padre tenía un aspecto horrible, incluso peor que cuando me compró esa pelota de goma en la feria nocturna.

Mamá dejó de trabajar en el molino cuando llegó papá y vivimos con él. Los dos estaban como antes. Entonces el padre volvió a desaparecer. No puedo recordar cuánto tiempo estuvo con nosotros ni cuándo se fue, tan poco significamos el uno para el otro en ese momento.

Regresamos a la ciudad; mi madre evidentemente había encontrado trabajo allí en una hilandería. Alquilamos un piso en una casa adosada y comencé de nuevo en la escuela con el comprensivo director. No teníamos nada, así que por supuesto la vida no fue fácil, pero solo nosotros dos y sin obstáculos, las cosas salieron bastante bien. Aunque solitarias, nuestra vida tenía una profunda intimidad, y pensé que, salvo alguna calamidad, los dos podríamos haber seguido así bastante felices. Quería orar con todo mi corazón joven e infantil para que pudiéramos permanecer así para siempre, pero por supuesto esto era imposible.

Por un lado, estaba la arraigada dependencia de mi madre, y por otro, ella era el tipo de mujer, ahora me doy cuenta, que no puede vivir sin un hombre. Esta vez se unió a un joven. Tenía veintiséis o veintisiete años, siete u ocho años menos que mamá. Lo conocí porque alquilaba una habitación en casa de una viuda amiga de mi madre. Llevaba un pañuelo de seda azul y tenía el pelo largo y bien peinado con raya, que mantenía pegado con pomada. Siempre estaba holgazaneando fumando cigarros. Creo que mi madre ya había decidido vivir con él cuando me dijo: "Dicen que es muy trabajador. Y siendo tan joven, si trabaja duro, tú y yo tendremos las cosas fáciles".

No me gustó en absoluto. De todos modos fui un poco descarado e intenté objetar de manera indirecta. "No creo que sea tan trabajador, mamá. Yo mismo lo vi ayer, y anteayer, y anteayer, simplemente dando vueltas".

Pero mamá no le hizo caso. Un resfriado, insistió, le había impedido ir a trabajar los últimos días. días. Y de todos modos, ¿no había dicho la viuda que era inusualmente trabajador?

No pudieron haber pasado más de tres días después de esta conversación que vino a nuestra casa. ... y nunca se fue.

Kobayashi era el nombre del hombre. Era un trabajador portuario y el hombre más holgazán que puedas imaginar. A mi madre lo había obligado más o menos la viuda de mediana edad en cuya casa se alojaba; de hecho, habían estado viviendo como marido y mujer. Incluso esta mujer, que tenía un historial de varias condenas, lo encontró demasiado, por lo que se deshizo de él hábilmente engatusando a su madre para que se hiciera cargo de él.

Una vez que Kobayashi entró en la casa, nunca salió. En las pocas ocasiones en que salía a trabajar, pronto regresaba caminando, diciendo que había llegado demasiado tarde y se había perdido el trabajo, o alguna excusa por el estilo. Al poco tiempo, mi madre dejó su trabajo en la fábrica y los dos se quedaron tumbados todo el día. Intentaron deshacerse de mí siempre que pudieron.

Una noche, pasadas las nueve, estaba haciendo los deberes o algo así en un rincón de nuestra única habitación de seis colchonetas. Madre, que estaba retozando con Kobayashi en la cama junto a mí,

De repente me dijo que fuera a comprarles unas batatas asadas. Buscó debajo de la colcha junto a su cabeza, sacó su monedero y me lo arrojó casualmente. Tres o cuatro monedas de cobre y níquel cayeron y rodaron sobre el tatami.

"Mamá, ¿batatas a esta hora?" Protesté. "Ese hombre de las batatas cierra temprano; Ya estará en la cama.

La madre se molestó y gritó: "Ese no es el único hombre de las batatas. Ve al que está al lado de la casa de baños en la calle de atrás; estarán abiertos. ¡Ahora vete! Me estremecí ante la mención de este lugar, porque para llegar allí tendría que pasar bajo los grandes árboles del bosque que rodea el Santuario Hachiman.

"Mamá, ¿no puedo comprar pasteles en su lugar? La pastelería está justo allí, donde hay luz.

"¡No! Dije batatas", gritó. "Haz lo que te dicen. Vete, chica cobarde. Qué
¿Hay algo que temer?

La mirada amenazadora de mi madre me convenció. "Bueno, ¿cuántos debería conseguir?"

"Hay cinco sen al pie de la mesa", dijo mamá desde debajo de las sábanas, señalando con la barbilla. "Consigue todo lo que puedas para eso". Cogí el dinero de mala gana, me levanté y, cogiendo el trapo para hacer la compra, bajé al porche de la cocina.

Cuando abrí la puerta y miré hacia afuera, me estremecí; ¡El viento era tan fuerte y la noche tan oscura! A lo lejos se oía el agudo entrecortado de las badajas de madera del vigía de incendios. A la izquierda se alzaba el Santuario Hachiman, completamente oscuro. Una quietud sepulcral flotaba sobre el bosque que parecía mucho más inminente ahora que durante el día. ¡Y tendría que pasar por todo esto yo solo! No había forma de escapar de ello; Tendría que irme.

Estaba petrificada delante de la puerta, cuando de repente mamá se levantó y se acercó. "¡Quieres irte!" Ella me empujó y cerró la puerta detrás de mí. Tendría que resignarme a mi destino. Haciendo acopio de cada gramo de coraje, comencé a correr con todo lo que podía, temiendo lo peor. Ahora ni siquiera puedo recordar cómo atravesé ese bosque. En la tienda le pedí al hombre que envolviera las batatas calientes en el paño y luego hice otra carrera sin parar a casa a través del bosque, corriendo como si me estuvieran persiguiendo. Volé hacia la casa.

Pero el espectáculo que me recibió fue tal que tuve que desviar la mirada y huir una vez más hacia la oscuridad exterior. Mi madre no quería batatas en absoluto; ella sólo había querido deshacerse de mí.

Llegó la primavera y con ella la ceremonia de fin de curso escolar. Aunque las autoridades de la escuela, en su benevolencia, me permitieron asistir a clases, no me entregaron un certificado y por lo tanto no pude pasar a la siguiente clase. Una vez más, mi madre acudió al director para suplicar en mi nombre y él finalmente accedió a entregarme una carta indicando que había completado el primer grado. Asistí a la ceremonia con un kimono de tela kasuri que pertenecía al hijo de una conocida de mi madre y un obi de crepé azafrán.

La mesa al frente del salón estaba cubierta con un mantel blanco y llena de certificados y premios. Los profesores y las madres, vestidos con kimonos bordados con sus respectivos escudos familiares, estaban sentados rígidamente en filas a cada lado. Los niños, que también iban ataviados con sus mejores galas, estaban sentados detrás de la mesa.

Comenzó el programa y después de un breve discurso el director llamó uno a uno a los niños a la mesa y les entregó a cada uno un certificado y un premio. Los niños los tomaron, sonriendo de orgullo, y regresaron a sus asientos.

Fui el último en ser llamado. Cuando escuché mi nombre, me deslicé entre las filas de niños y me paré frente a la mesa, también sonriendo, por supuesto. Me incliné profundamente y levanté las manos en alto para

recibir el certificado. El director me entregó un trozo de papel. Eso es todo lo que era: ¡sólo una simple hoja de papel! Los otros niños habían recibido un certificado cuadrado con letras reales, pero para mí sólo había un trozo de papel de arroz doblado en el que habían garabateado con pincel y tinta unos pequeños caracteres. La cosa cayó sin fuerzas en mis manos.

Qué mortificada me sentí. Era como si toda esta ceremonia, mis compañeros con sus certificados y premios, sus familias y los profesores alineados a ambos lados, todo se hubiera realizado con el único propósito de humillarme. En primer lugar, nunca debería haber venido. ¡Y pensar que incluso tuve que pedir prestado un kimono de niño para usarlo!

Eso no estuvo tan mal. Pero en casa las cosas iban de mal en peor y sólo podíamos comer vendiendo nuestras pertenencias. Incluso el contenedor de comida se fue, al igual que el hibachi. Uno tras otro, se fue eliminando todo lo que podía convertirse en dinero en efectivo. Finalmente llegó mi turno: me iban a vender como empleada doméstica en un burdel.

Aunque era joven, me di cuenta de lo difícil que estábamos pasando por conseguir comida. Sin embargo, un día mi madre trajo a casa un adorno para el pelo con adornos de flores de ciruelo rojo que me había comprado. Esto era algo que siempre había deseado y estaba fuera de mí de alegría. Mi madre me peinó el pelo y colocó el adorno en él. Como solo tenía un kimono a mi nombre, por supuesto no tenía nada nuevo que cambiarme, pero mi madre alisó el kimono que llevaba para que se viera lo mejor posible. Ella hablaba todo el tiempo de lo mal que estábamos y de la lástima que era dejarme así hasta que, antes de darme cuenta, estaba a punto de llorar.

Entonces, sin embargo, mi madre de repente adoptó un tono alegre. “Pero sabes, Fumi, tienes suerte de que haya alguien que esté dispuesto a aceptarte. No son pobres como nosotros. Incluso podrías terminar viajando en un buen carruaje”.

Me desanimé ante la idea de dejar a mi madre y ser entregada a extraños. Pero al darme cuenta de lo difícil que estaba pasando mi madre al cuidar de mí, sentí que si había un lugar como ese que me quisiera, estaba preparado para ir. Naturalmente, no tenía idea de a qué se refería el “carruaje” [matrimonio con un hombre rico], pero la idea de viajar en un vehículo así era bastante placentera. Por eso salí de casa con mi madre con emociones encontradas.

La casa a la que me llevó mi madre parecía bastante bonita. Los dos nos sentamos en el porche de la puerta y esperamos un rato hasta que apareció una mujer de mediana edad con un obi de satén negro e intercambió saludos con mi madre en un tono condescendiente.

En retrospectiva, queda claro que la mujer trataba con geishas y prostitutas; en otras palabras, era una traficante de carne humana. Ella me miró larga y duramente. Entonces, la mercancía entre ellos, mi madre y esta mujer de mediana edad comenzaron su regateo.

“Di lo que quieras, la niña es demasiado joven. Pasarán como mínimo cinco o seis años antes de que sirva para algo y, mientras tanto, será sólo un gran gasto. No podemos dejarla jugar todo el día, ¿sabes? Hay que enviarla a la escuela y tiene que graduarse, aunque sólo sea la escuela primaria. Y luego habrá que capacitarla antes de que podamos tenerla atendiendo a los clientes. Puedes ver que va a significar hundirse mucho en ella antes de que pueda mostrar algo”. Esta era la línea de enfoque del otro lado...

¿Y madre? Creo que mamá estaba realmente angustiada. Ella contuvo las lágrimas cuando habló. “Yo—yo nunca vería a esta niña convertirse en prostituta por dinero. No me importa el dinero. Es que soy muy pobre; Pensé que podría ser mejor para ella de esta manera”.

“Y tienes razón. Si logra algo por sí misma, una prostituta puede terminar en una situación bastante acomodada”. El comprador estaba golpeando a Madre en su punto débil, pero su oponente también estaba decidido a aprovechar este giro en la conversación. La madre sacó entonces la copia del registro familiar del padre.

hermana que había traído con ella con el propósito de impresionar a la mujer con la supuesta alta posición social de mi familia, los fulanos del lado de mi padre. "Con un entorno familiar como éste, puede estar orgullosa de sí misma; y estoy segura de que saldrá adelante", concluyó la madre.

La mujer probablemente sintió que ya tenía a su presa en la trampa. La madre no quedó insatisfecha con la cantidad ofrecida y el asunto parecía casi resuelto. Aunque me di cuenta de que este arreglo no era lo que mi madre me había dicho cuando partimos hacia este lugar, no tenía idea de qué era una geisha o una prostituta. Y considerando que me iban a enviar a la escuela y a enseñarme buenos modales, las perspectivas de venir aquí no parecían del todo malas.

Pero cuando la discusión llegó a dónde me iban a enviar, mi madre empezó a dudar. La mujer dijo que debía ir a Mishima, que está en la línea Tokaido. La expresión de madre se nubló cuando escuchó que el lugar era Mishima. "Me pregunto si no podría ser un lugar más cercano", casi suplicó la madre. "Mishima está tan lejos; Casi nunca podría verla".

"No, supongo que no", dijo el otro, algo desconcertado. "Lamentablemente no hay apertura Cerca a. Mishima es el único lugar que tiene una posición que ofrecer".

La madre pidió repetidamente un lugar más cercano, pero la mujer se negó. La madre finalmente se rindió. "Supongo que tendremos que pedirte ayuda en otro momento". Madre rechazó la oferta a regañadientes y regresamos a la casa oscura y lúgubre. ¡Me imagino lo feliz que habría sido en ese lugar! No creo que la propia madre creyera lo que decía acerca de que era para mi felicidad. Si realmente hubiera pensado eso, no habría rechazado la oferta sólo porque no podía verme tan a menudo como deseaba.

Incapaz de deshacerse de su última "posesión", la familia se encontraba en una situación desesperada. El casero estaba prácticamente todos los días pidiendo a gritos el alquiler y las tiendas del barrio ya no nos daban nada a crédito. Evidentemente, en ese momento mamá y Kobayashi tuvieron una conversación tranquila, porque una noche nos cargamos con las cosas que quedaban en la casa y nos escabullimos en la oscuridad. Aterrizamos en un albergue en las afueras de la ciudad; Finalmente habíamos tocado fondo. Alquilamos una habitación de tres esteras. Los ocupantes que vivían uno encima del otro en el resto de la casa incluían un trabajador portuario, un reparador de paraguas, un adivino, un prestidigitador y una especie de carpintero. La mayoría de los huéspedes vagaban por la casa día tras día, y sólo cuando estaban absolutamente desesperados se ponían de mala gana su happi, suavizaban las arrugas de su hakama rota y se ponía a trabajar. De camino a casa, bebían sake barato hasta quedar estupefactos, y luego empezaba el alboroto. Apostaban, intentaban superar las extravagantes jactancias de los demás y terminaban en una gran pelea.

Kobayashi, que para empezar era bastante vago, no estaba dispuesto a irse después del trabajo en una atmósfera como ésta. Estaba completamente disgustado, aunque sólo era un niño. Finalmente llegó al punto en que logró la hazaña de pasar días enteros profundamente dormido en un rincón de la habitación.

Casi nunca hacíamos tres comidas al día, y ni siquiera una, la mayoría de las veces. Mi estómago siempre estuvo vacío. Hasta el día de hoy, cada vez que tengo hambre, recuerdo la vez que vagaba por las calles hambriento y encontré arroz chamuscado tirado en un montón de basura. Me lo metí en la boca, rezando para que nadie me descubriera. ¡Ay qué bueno estuvo!

Mi madre se disculpaba constantemente conmigo. "Lamento mucho todo lo que has tenido que pasar".

"Es todo desde que ese hombre vino a vivir con nosotros", decía, deprimiéndola aún más.

"Pensé que ese tipo era un buen trabajador. Pero lo he tenido; He aprendido mi lección. Estábamos mejor solos, sin importar lo que dijeran los demás. Si tan solo nos hubiéramos quedado como estábamos, solo nosotros dos, nunca hubiéramos tenido que caer tan bajo". La madre bajó la cabeza y su discurso se interrumpió en algunos lugares. Cuando volvió a levantar la cabeza, parecía resignada y su voz era clara.

“Pero no podría irme ahora aunque quisiera. Si tan solo hubiera seguido adelante y hubiera dejado ese momento que estaba planeando”.

No sabía a qué se refería, pero me molestó verla tan desprovista de respeto por sí misma.

Mi madre siempre estaba persiguiendo a Kobayashi, pero moverlo habría sido como mover una piedra de molino. Evidentemente se dio por vencida, pues empezó a trabajar a destajo hilando hilo de cáñamo. Pero mamá también renunció al cabo de un tiempo y se quedó tirada con indiferencia, como si le pasara algo malo.

Sin embargo, por muy malas que fueran las cosas, yo era un niño y, como todos los niños, quería salir a jugar. Un día estaba jugando a la orilla del río con unos niños del vecindario cuando mi madre se acercó con pasos pesados y me llamó.

“¿Qué pasa, mamá?” Respondí.

Preguntó con voz apagada si había cerezos molidos alrededor. Los niños son amables y todos ayudaron en la búsqueda. Pronto encontramos uno al pie de un puente cercano.

En realidad, uno de los niños sabía dónde buscar porque ella misma lo había estado vigilando, esperando a que creciera. Pero ella lo arrancó de raíz y se lo dio a mamá.

“Gracias”, dijo mamá, y luego arrancó la raíz, la metió en la manga de su kimono y se fue a casa.

Esa noche vi la raíz de cerezo molida amarilla envuelta en un periódico viejo junto a la lámpara de aceite en el estante de nuestra habitación. Ahora me doy cuenta de que mi madre estaba embarazada en ese momento y creo que quería la raíz de cereza molida para abortar.

El pueblo de Kobayashi

Por fin llegó el OTOÑO. No sé cómo lo hicieron, pero mi madre y Kobayashi lograron conseguir algo de dinero y me llevaron con ellos a la aldea natal de Kobayashi. No recuerdo el nombre del pueblo, pero estaba ubicado en el condado de Kitatsuru, en lo profundo de las montañas de la prefectura de Yamanashi.

La familia de Kobayashi eran agricultores y al menos podían sobrevivir. Había tres hermanos, ninguno de ellos muy inteligente; pero de los tres, Kobayashi, que era el segundo hermano, era con diferencia el más astuto. Cuando su padre murió, él, y no el mayor, se hizo cargo de la gestión de las finanzas y al cabo de un tiempo se fue con parte del dinero de la familia. La familia estaba preocupada por él, pero hacía mucho tiempo que no sabían nada. Cuando de repente apareció con una mujer mayor, todos quedaron gratamente sorprendidos y todos hicieron todo lo posible para hacer lo que pudieron por él.

Como dije, no recuerdo el nombre del pueblo, pero la aldea se llamaba Kosode. Era un lugar tranquilo con catorce o quince familias, todas ellas emparentadas como en una sociedad de clanes.

Cuando llegamos, no había un lugar para vivir, pero todos se unieron y se decidió que se limpiaría una leñera ubicada al oeste de la casa paterna de la cuñada de Kobayashi para que pudiéramos vivir allí.

El lugar se había utilizado para almacenar troncos y paja y ahora se encontraba en un estado casi irreparable: el suelo estaba podrido, las paredes se estaban desmoronando y el techo goteaba cuando llovía. Pero después de clavar algunos tablones viejos, enyesar las paredes con una mezcla de barro y rellenar las grietas con paja, se volvió habitable. La choza era un espacio cuadrado del tamaño de una habitación de diez esteras y tenía piso de madera. En la parte trasera se colocaron dos tatamis viejos, y esta área sirvió como sala de estar, comedor y dormitorio. Cortamos parte del suelo cerca de la entrada para hacer una chimenea, pero como el lugar originalmente era una leñera, no había ni puerta ni umbral.

En las noches de verano nos conformábamos con una estera de paja colgada sobre la entrada, pero para el frío invierno conseguíamos de alguien un par de puertas viejas y las atábamos a la entrada con una cuerda. Sin embargo, en las noches en que había tormenta de nieve, ésta no impedía el viento helado y la nieve, y a menudo nos despertábamos por la mañana y encontrábamos un montón de nieve junto a la chimenea. Como si el lugar no fuera lo suficientemente malo, al otro lado de nuestra endeble pared, a la izquierda, había un establo, mientras que a nuestra derecha estaba la letrina que compartíamos con la casa principal, lo que hacía de este un lugar tan asqueroso como se podría esperar. encontrar.

Pero, maravilla de las maravillas, una vez que Kobayashi se estableció aquí, empezó a trabajar. Por el momento recibiría un salario por fabricar carbón vegetal para su familia. Mi madre cosía para las casas del barrio y, a cambio, traía daikon, patatas y otras verduras, de modo que al menos teníamos algo para comer. En cuanto a mí, por primera vez desde aquella experiencia humillante en la ceremonia de fin de curso iba a la escuela. Tendré más que decir sobre esta tierra de aprendizaje que tanto me cautivó, pero primero será mejor que dé una visión general de cómo era la vida en la aldea de Kosode.

Para una persona de la ciudad acostumbrada a los edificios de siete y ocho pisos y a los escaparates brillantemente iluminados de Ginza, para alguien que va a citas o cafés en un automóvil privado, para

A alguien que sabe encender un ventilador en verano o una calefacción en invierno, lo que voy a contarle le parecerá, sin duda, increíble. Sin embargo, tenga la seguridad de que no miento ni exagero.

A mi modo de ver, la prosperidad de la ciudad se basa en un intercambio entre el campo y la ciudad, un intercambio en el que se engaña al país.

Kosode, como dije, era una especie de sociedad primitiva compuesta por catorce o quince familias interrelacionadas. Estaba situada en la base de una montaña bastante empinada, pero como estaba orientada al sur recibía bastante luz solar. Sin embargo, en este pueblo no había ni siquiera un campo de arroz; sólo estaba la montaña y los jardines que habían sido excavados en sus laderas. De primavera a verano, la principal industria del pueblo fue el cultivo de gusanos de seda. Los campos estaban plantados con un poco de cebada y morera, así como de hortalizas para el consumo propio de los aldeanos; En suelo arenoso se plantó wasabi. En invierno los hombres iban a las montañas a hacer carbón mientras las mujeres se quedaban en casa tejiendo bolsas de paja. Supongo que entre el 70 y el 80 por ciento de los ingresos de los aldeanos de esta aldea montañosa procedían del carbón vegetal.

Por supuesto, la dieta de los aldeanos era muy sencilla. Su arroz estaba mezclado con cebada como el nuestro, pero el de ellos era inferior al arroz de nuestra prisión. Aunque el nuestro es sólo cuatro partes de arroz por seis partes de cebada, el arroz es arroz pulido. Los aldeanos, sin embargo, nunca vieron ni siquiera un grano de arroz pulido. Por otro lado, su arroz no tenía los insectos, las piedras diminutas y los trozos de paja que tiene el nuestro. Y allí, como aquí, las verduras se cocinaban sin azúcar. El único pescado que había en el pueblo era el salmón, y estaba tan salado que prácticamente saltabas de la piel cuando le dabas un mordisco. Sin embargo, tenías suerte si conseguías eso una vez al mes.

Pero, por favor, no supongan que la gente no estaba sana con esta sencilla dieta: lo estaban. Y sólo hace falta ir a las montañas para saber por qué. Los akebi, peras y castañas que tanto abundan en la montaña son ricos en las "vitaminas" de las que tanto se habla estos días además del azúcar y las calorías que tanto faltan en nuestra dieta. Los adultos eligieron estas cosas tal como lo hicieron los niños. Lo que quedó fue comida para los cuervos y los ratones, y lo que pasó desapercibido pesó las ramas, finalmente se cubrió con tierra y se pudrió justo en la rama.

Si alguien quería cazarlos, los conejos y otros animales pequeños saltaban en la montaña detrás del pueblo o en el bosque en el camino a la escuela. Nadie lo hizo; sin embargo, los niños simplemente los perseguían por diversión.

Estaba realmente cerca de la naturaleza en ese momento. Este período me permitió apreciar lo ideal, lo saludable y lo integrada que es la vida en el pueblo. ¿Por qué entonces la vida de los aldeanos se ha vuelto tan miserable? No sé cómo era en la antigüedad, pero en la era Tokugawa [1600-1867] y en esta era civilizada actual, las aldeas han sido desangradas en todo su valor en beneficio de las ciudades.

En mi opinión, si una aldea puede cultivar gusanos de seda, los campesinos deberían hilar hilo de seda y usar ropa de seda, incluso para trabajar. No necesitan comprar "ropa de campo" de algodón a rayas ni obi a los comerciantes de la ciudad. Pero, por supuesto, los aldeanos no pueden hacer esto. Los aldeanos venden sus capullos y carbón a la ciudad y luego deben darse la vuelta y comprar algodón y adornos para el cabello de calidad inferior, perdiendo a cambio el dinero que ganaron para la ciudad.

La tentación, el dinero, está ahí, y venden sus capullos y carbón para conseguirlo. Los comerciantes de las ciudades vienen a los pueblos para aprovecharse de ellos. Un vendedor ambulante empaqueta cajas de mercancías que lleva a la espalda hasta un pueblo. Puede haber diez cuellos de kimono en una caja, algas y productos secos en otra, artículos de fantasía en otra y dulces variados en otra; Por si acaso, se añaden a la pila un par de zuecos de madera, más algas y comestibles. No necesita molestarse en vender de casa en casa en el pueblo; él simplemente

Elige una casa de aspecto relativamente próspero y se instala allí temporalmente. "El comerciante está aquí", anuncia alguien, y en poco tiempo la noticia se ha extendido por todo el pueblo. Luego las mujeres acuden en tropel para recogerlo todo, mirarlo con nostalgia y preguntar precios.

"Vaya, eso es caro", comenta alguien. "Vaya, hace no diez días la señora Omasa compró esto por veinte sen en la ciudad". El vendedor ambulante tiene una explicación, que tiene todo el tiempo del mundo para explicar, de por qué el artículo no es tan caro y en qué se diferencia del otro.

No se trata sólo de engañar, sino de hacer creer al cliente que tiene que tener un artículo determinado, pase lo que pase. La negociación se prolonga una y otra vez. ¿Y por qué no? Incluso si el vendedor ambulante tiene que pasar la noche en el pueblo, sólo paga una cuarta o quinta parte de lo que tendría que pagar por una habitación en la ciudad. Incluso podría resultar que sea recibido como huésped en una casa ajena y no tenga que pagar nada. Poco importa el tiempo que lleve; Incluso si sólo vende unas pocas cosas, todavía sale adelante.

Las niñas compran collares y adornos para el cabello sin decírselo a sus padres. Las madres vienen con capullos o seda cruda hilada a mano o caquis secos, o wasabi todavía cubierto de tierra y envuelto en paja, y cambian estas cosas por algo que vale sólo un tercio de su valor. Año tras año, estas personas roban a los aldeanos el fruto de su arduo trabajo.

El correo se entregaba sólo una vez por semana aproximadamente. En invierno, cuando llegaba el cartero, se quitaba los zapatos, se instalaba en el kotatsu y pasaba el tiempo tomando tazas de té y charlando con la familia, o leyendo y comentando postales y mostrando fotografías que sacaba del correo. para ser entregado a otras familias. A la hora de comer se levantaba tranquilamente y regresaba a casa. Cuando había correo para el templo, se refugiaba en las habitaciones del sacerdote y le hacía compañía durante un sencillo juego de go tras otro, sin darse cuenta de que el día pasaba.

Pero permítanme volver al tema de la escuela. La escuela del pueblo estaba situada en las afueras de una ciudad llamada Kamosawa y constaba sólo de una sección de escuela primaria con quizás sesenta o setenta alumnos. Esta era la escuela peor equipada que había visto desde la casa de "Ossho-san", y el maestro, si se le podía llamar así, era un bebedor empedernido que podía volverse bastante violento.

La escuela estaba situada aproximadamente a un ri de Kosode, bajando por una solitaria carretera de montaña. La nieve era muy profunda en invierno, y las niñas y los niños se envolvían toallas alrededor de las mejillas y calzaban botas hechas de corteza de bambú.

Aunque no muchos, había algunos artículos como bolígrafos, papel y tinta que necesitábamos para la escuela. Pero en este pueblo no existía el dinero en efectivo. Un niño que necesitaba algo iba a la escuela con una o dos bolsas de carbón de producción casera en la espalda para llevarlo a la tienda al lado de la escuela. Los niños podían obtener los suministros que necesitaban en esa tienda hasta que se agotara el valor de cambio del carbón. He aquí otro caso de trueque. Pero hay una cosa sobre esto que no debo omitir. ¿Qué edad crees que tenían los niños que cargaban una bolsa entera de carbón en sus espaldas sobre un ri arriba y abajo del sendero de la montaña? Esto lo hicieron niñas de nueve años.

Yo también quería intentarlo, pero para una chica de ciudad como yo estaba fuera de discusión. Por un lado, mi familia nunca había tenido tanto carbón para llevar.

Mientras estoy en esto, permítanme mencionar algo que, aunque trivial, a alguien criado en la ciudad le resultaría difícil imaginar. En el pueblo, la gente nunca usa papel cuando va al baño. Hacerlo sería el colmo de la extravagancia. Incluso para escribir cartas, el único papel que tenían los aldeanos era el que estaba demasiado hollín y roto para servir como cobertura de las puertas correderas. ¿Qué usaron en lugar de papel? Ponían ramas y trozos de bambú del tamaño de un palillo en las cajas de sus baños; después de su uso estos se colocarían en otra caja. Cuando mucho sucio

Cuando se acumulaban los palos, los llevaban al arroyo al pie de la montaña y los lavaban para usarlos nuevamente. Esto es un hecho; No lo estoy inventando.

Un día, a principios de primavera, nació un niño en nuestra casa. La abuela de Kobayashi estaba encantada. La bebé se llamó Haruko, en honor a la temporada, y su nacimiento se celebró como el de la primogénita. Cargaron a la yegua con cinco o seis sacos de carbón y la llevaron, con su potro al trote detrás, a la ciudad que estaba a cinco o seis ri de distancia. Regresó con un magro fardo a la espalda de cosas compradas a cambio del carbón: un poco de arroz, algunas sardinas secas y algo de ropa. Estos eran en celebración de los primogénitos. Haruko resultó ser una niña sana.

Eran finales de marzo y una vez más iba a asistir a una ceremonia que conmemoraba la conclusión del año escolar. ¡Cuántas veces me habían humillado en esta ocasión! Pero esta vez me salvaría. La maestra había dicho que ese era el país y que a mí me darían un certificado igual que a los demás niños aunque no estuviera registrado. A pesar de lo limitados que estábamos, mi madre logró hacerme un kimono de tela de algodón a rayas con una chaqueta a juego para la ocasión. Salí hacia la escuela con mi nuevo atuendo con todos los demás niños, bailando de alegría.

La ceremonia, un asunto austero, comenzó y todos sonrieron al recibir sus certificados. Sin embargo, a pesar de lo que me había dicho el profesor, yo y sólo yo no obtuve ninguno. Hasta el último momento seguí pensando que esta vez sería yo, esta vez seguro.... Finalmente supe que no tenía sentido esperar más.

La ceremonia terminó y todos se prepararon para regresar a casa. Sin embargo, simplemente me quedé allí aturdido. Entonces la profesora se acercó a mí y agitó ante mis narices el certificado y el premio de honor. "Tengo sus certificados, dos de ellos, aquí mismo. Ahora si los quieres dile a tu madre que venga a buscarlos, ¿ves?"

Alrededor de la época de la ceremonia, las familias de los niños siempre enviaban algo, normalmente sake, a la maestra. Estaba diciendo con tantas palabras que podría tener los certificados a cambio de sake. Mi familia no le había enviado nada a la maestra. Para empezar, no teníamos nada que enviar y no creo que mamá se diera cuenta de lo que se esperaba.

¡Oh, qué mortificada estaba! Caminé a casa solo por un camino secundario para evitar a los otros niños, y cuando llegué a casa lloré a mares junto al hogar. Mi madre dijo, para consolarme y que no me preocupara, que tomaría el saké y conseguiría los certificados para mí. Pero el dolor no desaparecería. "No, mamá, no los quiero". Nada de lo que dijo pudo disuadirme y finalmente abandoné la escuela.

Estaba desolado. Es imposible hacerlo adecuadamente. expresar lo que sentí en ese momento, pero ¡ay cómo lloré! Lloré hasta que las lágrimas dejaron de salir. Esto continuó durante varios días. Entonces, un día, de la nada, apareció mi tío, el hermano menor de mi madre.

El primer Año Nuevo después de nuestra llegada a este lugar, le escribí una tarjeta a mi familia para mi madre; Así supo el tío dónde estábamos. Mi madre me había dicho en ese momento por qué enviaba la tarjeta. "Después de todo lo que pasó, no podría pedirles directamente que vinieran a buscarnos, pero creo que si ven esta tarjeta podrían venir solos a llevarnos a casa". Ella habló de volver a casa con frecuencia después de eso. 'Tendremos que aguantar muchas conversaciones si volvemos a casa, pero sería muy bonito no tener que vivir así de pobres. Y piensa en lo contentos que estarían tu abuela y tu abuelo. Mamá estaba convencida de que, si enviaba esa tarjeta, su familia, que había estado preocupada por nosotros desde que papá se fue, vendría inmediatamente a buscarnos.

"¡Bueno, si no es hermana!" Dijo el tío mientras entraba.

"¡Usted vino! ¡Usted vino!" La madre lo saludó con lágrimas rodando por su rostro.

Los dos simplemente se quedaron allí, hablando lo más felices posible. Lo que pude deducir de la conversación fue que el tío había querido venir tan pronto como recibieran nuestra tarjeta de Año Nuevo. (Parece que incluso una mujer podría haber hecho el viaje en dos días). Pero la nieve era tan profunda que tuvo que regresar tres veces para esperar a que se derritiera. También entendí que, tal como mi madre esperaba, el tío había venido con el propósito de traerla a casa.

Tan pronto como Kobayashi llegó a casa, comenzó una conferencia en el acto. La madre y el padre de Kobayashi y sus familiares cercanos vinieron a participar. La discusión se prolongó durante algún tiempo, pero el resultado fue que mamá podía irse a casa si eso era lo que quería. El problema era qué hacer con el bebé, que todavía estaba amamantando. La anciana madre de Kobayashi la regañó. "¿No podrías habernos avisado un poco? Si tan solo nos hubieras dicho antes, estoy seguro de que podríamos haber solucionado algo".

Aunque al principio no entendí a qué se refería "resolver algo", gradualmente comencé a comprender entender. La respuesta de la madre proporcionó una pista. "Pensé en eso, pero... la pobre".

Esto me recordó algo que había escuchado antes, una información extraída de una conversación entre mi madre y la chica de la casa al oeste de la nuestra que se había casado con un miembro de una familia de un pueblo cercano. "Este no es el tipo de cosas de las que se habla, pero... bueno, realmente no fue tan difícil", le dijo suavemente a mamá mientras los dos se sentaban junto al hogar. "Era así... y ella seguía mirando al 'bebé y pensando: '¿Aún no? ¿Aún no?' ... La vecina dio a luz a un niño cuando aún no estaba casada y se deshizo de él en silencio para salvar a las familias".

Madre escuchó en silencio, con el rostro pálido, como si hubiera sufrido un shock terrible. "Pobre cosa ...", suspiró por fin.

Tenía miedo de que "se hiciera algo" con respecto a Haruko, pero después de discutir el asunto durante varios días se decidió que dejaríamos a Haruko con la familia de Kobayashi. El día después de que se tomó la decisión, mi madre y yo nos fuimos con el tío. Yuki, la hija menor de la casa principal, envolvió a Haruko en una chaqueta de transporte a la espalda y fue hasta las afueras de la aldea para despedirnos. La emocional chica estaba llorando hasta el punto de que sus ojos se enrojecieron, pero Haruko, la imagen de la paz y la alegría, permaneció profundamente dormida en la cálida chaqueta, ajena a lo que estaba sucediendo.

Aunque ya habíamos avanzado mucho más allá del pueblo, nos resultó imposible dejarlos. Sólo cuando llegamos al pie de la colina donde gira el camino nos despedimos de ellos. Pero ni siquiera entonces las piernas de mi madre pudieron sostenerla. Sólo habíamos dado cuatro o cinco pasos cuando ella se giró y volvió a caminar tambaleándose. Tomó al bebé de la espalda de Yuki, se sentó en la orilla cubierta de hierba al lado del camino y, sacudiendo al bebé que aún dormía para despertarlo, le metió un pezón en la boca. La madre sollozaba convulsivamente y, mientras acariciaba la cara del bebé lactante y le frotaba las mejillas, le repetía lo mismo una y otra vez a Yuki, que estaba de pie junto a ella, también llorando. "Cuidala, Yuki. Por favor, cuidala..."

Parecía como si la madre nunca abandonaría al niño, pero el tío, que estaba aproximadamente un chō por delante, le gritó y ella finalmente se levantó y volvió a poner a Haruko en la espalda de Yuki. Sin embargo, ella no dejó de sollozar. Cada dos o tres pasos, mi madre y yo nos deteníamos y mirábamos hacia atrás, siempre para encontrar a Yuki parada allí en el mismo lugar junto a la curva del camino. En otra curva del camino, unos chō más adelante, mi madre y yo nos volvimos una vez más para mirar hacia atrás, pero en ese momento sólo podíamos distinguir vagamente a Yuki, envuelto en la niebla de la mañana. El llanto estridente de Haruko, sin embargo, rompió la quietud de la mañana de la montaña, lanzando acusaciones, por así decirlo, contra la madre y la hermana que la habían despertado de sus sueños sólo para irse y abandonarla.

Esa fue la última vez que vería a mi única hermana. Y eso fue hace más de diez años.
Me pregunto si Haruko todavía está viva o ya ha muerto.

familia de la madre

LA TARDE del segundo día después de dejar Kosode llegamos a un pequeño pueblo llamado Kub-otaira. Ya sólo quedaba un ri desde la casa familiar de Madre, sólo tuvimos que seguir adelante un poco más, pero Madre se contuvo. Le daría vergüenza, dijo, regresar al pueblo en plena luz del día.

El tío se adelantó, mientras nosotros íbamos a la barbería y luego le comprábamos un regalo a la abuela. Ya era de noche cuando llegamos a la casa de mi madre.

Por supuesto, la abuela y el abuelo estaban felices de vernos, pero su alegría sin duda estaba teñida de tristeza. Mamá y yo sentimos lo mismo.

La familia estaba formada por la abuela y el abuelo, que habían dividido la casa y vivían retirados en la parte trasera; mi segunda tía, que se había casado con un miembro de la familia de un comerciante en un pueblo a dos ri de allí; mi tío menor, que ya no vivía en casa; y el tío mayor que había venido a buscarnos y que ahora era el cabeza de familia. Tenía un hijo de dos años. Vivía con la familia de mi tío, mientras mi madre consiguió un trabajo en una fábrica de bobinas de seda donde había trabajado cuando era joven. La idea era que ella trabajaría y ahorraría dinero hasta que yo fuera mayor.

Me sentía sola, pero al menos me sentía segura y los días transcurrieron en paz. Pero un gran la desgracia estaba reservada.

Una noche de aquel verano mi tía me despertó de un profundo sueño. Frotándome los ojos somnolientos, la seguí hasta la sala de estar junto a la cocina donde, para mi sorpresa, encontré a mamá. Ella estaba allí sentada, con el obi desabrochado, comiendo. Me había comprado un kimono de verano de muselina y un kimono largo. Por supuesto que estaba contento, pero también me preocupaba que ella hubiera vuelto a dejar el trabajo. Aquí no había sucedido nada que la hubiera obligado a regresar a casa, y con toda razón debería haber estado lejos, en la ciudad, en su trabajo. Sin entender de qué se trataba y sin querer preguntar, volví a la cama.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que me enterara. La madre se apresuró a regresar a casa en respuesta a un telegrama: "Padre gravemente enfermo; Ven inmediatamente". El abuelo, por supuesto, estaba en plena forma, y al día siguiente se celebró un consejo familiar en el que participaron la madre, el abuelo "críticamente enfermo", la abuela, el tío y la tía. Me dijeron que saliera a jugar, pero me negué a irme.

"Dice que son tres hijos; pero que son todos grandes, así que no les debe importar". dijo el abuelo.

La abuela recogió la pelota. "La familia está bastante bien. Y lo mejor de todo es que son gente de pueblo; No estarías en el campo como aquí. Sería el mejor partido que hayas tenido".

Finalmente entendí que estaban hablando de una propuesta de matrimonio de un hombre adinerado llamado Furuta que había estado casado antes y que tenía una tienda de abarrotes cerca de la estación en Enzan. ¿Qué me pasaría a mí?, me pregunté, si mi madre fuera allí. La miré nerviosamente, buscando una pista, pero este problema parecía ni siquiera se le había ocurrido. "Supongo que tienes razón", dijo, como si estuviera pensando en otra cosa. La familia la instó a aceptar la oferta y finalmente ella respondió, casi con indiferencia: "Oh, supongo que lo intentaré. No tendría que obligarme a quedarme si no me gustara; Siempre tengo a este niño en quien apoyarme".

Me puse de pie de un salto, presa del pánico. "¡Mamá, por amor de Dios, no te vayas! ¡Te lo ruego, por favor no te vayas! Le rodeé el cuello con los brazos y lloré.

"Perdóname, niña".

Todos intentaron consolarme con una serie de argumentos sobre cómo podría ver a mi madre a menudo ya que ella viviría cerca, y cómo este matrimonio en realidad también sería para mi bien porque me permitiría ir a la ciudad, etc., etc. ... Finalmente se decidió que Madre ir.

¡Así que así debía ser! Ella me estaba dejando, abandonándome para buscar su propia felicidad, tal como mi padre lo había hecho una vez con nosotros dos. Ya he escrito sobre la vez que apareció mi padre y me compró una pelota de goma después de haberse ido y dejarnos. Me alegré mucho de verlo entonces. Pero él nunca cumplió su promesa de volver por mí, "pase lo que pase". Hacía mucho que había renunciado a mi padre y a su amor, y sólo tenía a mi madre de quien depender, y ahora ella también me había abandonado. No puedo evitar recordar la vez que me iba a vender a un burdel. Se suponía que era por mi propio bien, pero esa no era la verdadera razón. Ella sólo quería hacer su vida un poco más fácil.

¡Si pudiera gritarle al mundo a todo pulmón, lanzaría maldiciones a todas las madres y padres del mundo! "¿Realmente amas a tus hijos? O, una vez superada la etapa del amor maternal instintivo, ¿no finges simplemente amarlos cuando en realidad sólo piensas en ti mismo? Yo decía: "¿Estás seguro de que tu amor no es un amor falso, como el de mi Madre? Ella realmente no amaba a su hijo. Calculó, incluso cuando la abandonó, que si sus planes no funcionaban, algún día regresaría para vivir de su hijo".

Me he dejado llevar. Pero estas palabras surgen de la desesperación que sentí en ese momento, y que siento hasta el día de hoy, y se me debe permitir pronunciarlas.

Mi madre se fue y yo me quedé en casa de mi tío y fui a la escuela primaria. Para entonces ya no me hacía ilusiones sobre la escuela. Y de hecho aquí también me trataron como a un equipaje no deseado. En la clase de gimnasia, por ejemplo, siempre me decían que era "demasiado" y me hacían llegar hasta el final de la fila, aunque no era ni mucho menos la más pequeña. No era tan malo si había un número par de niños; pero si no, siempre era yo el que sobraba y el que quedaba atrapado al final.

En las materias del aula, a excepción de caligrafía y dibujo, era mejor que nadie; pero nunca recibí una libreta de calificaciones como los demás.

Empezaba a hacer frío cuando, un día, llegó mi madre con su hijastro más pequeño. Aunque había maldecido cuando ella se fue, me alegré de verla. Sin embargo, cuando dijo que quería llevarme a su nuevo hogar de visita, yo no quise ir. Pero ella me presionó y finalmente cedí.

La nueva familia de mi madre vendía comestibles, utensilios de cocina, artículos de papelería y cosas por el estilo. Allí me hice amigo de los niños enseguida, pero por alguna razón no simpatizaba con el marido de mi madre. Sólo había pasado dos noches allí cuando pedí volver a casa.

"No me digas que ya quieres irte a casa", dijo mi madre con tristeza. Intentó persuadirme para que me quedara, pero yo insistí en que quería irme. Finalmente ella se rindió. Sacó su tocador a la terraza donde me peinó y luego me dio un bolso de brocado chino rojo y un cordón que sacó del cajón superior de su cómoda. "Pensé en ti cuando encontré este material en el fondo de la cómoda e inventé estas cosas sin decírselo a nadie".

Luego la madre entró en la tienda y se apresuró a envolver en un paño tres latas de comida, una bolsa de azúcar blanca y un par de sandalias de paja con tiras de cuero rojo. Ocultando el bulto bajo su manga, me tomó de la mano y salió de la casa. Cuando llegamos al molino al lado

En el matorral de bambú en las afueras de la ciudad, ató el bulto firmemente a mi espalda y luego me compró algunos dulces baratos en una tienda cercana.

"Come esto en el camino y ten cuidado de no perderte. Es un buen camino, ¿sabes? Diles en "En casa buscaré una oportunidad y volveré a verlos un día de estos".

La madre estaba al borde de las lágrimas. Yo también sentí ganas de llorar, pero simplemente asentí. Sí, quería Lloré, pero algo me detuvo. Oh, qué sola y retraída me estaba volviendo.

Cuando llegué a casa, comencé de nuevo en la escuela. No me desagradaba la escuela a pesar de que me hacían sentir indeseado. De hecho, ir a la escuela era el único placer que tenía. Luego, cuando el invierno ya casi había llegado, llegó mi abuela paterna, que vivía en Corea.

Mis dos abuelas tenían casi la misma edad, cincuenta y cinco o cincuenta y seis años, pero la abuela de Corea tenía una tez agradable y gozaba de mejor salud. Sin embargo, fue su ropa la que realmente marcó la diferencia. La chaqueta Ōshima tsumugi y otras galas que llevaba proclamaban que allí estaba la matrona de una buena familia; ciertamente la hacían parecer más joven que la abuela y las otras mujeres del campo aquí.

Ella había venido por mí: quería llevarme de regreso a Corea para criarme en su casa. ¿Por qué? En Corea vivía con la hermana menor de mi padre, quien, al parecer, no podía tener hijos propios. Cuando tenía tres o cuatro años, se había decidido que, si efectivamente esta tía no tenía hijos, me llevaría a criar como si fuera suyo. El plan no salió bien porque después de que Madre y Padre se separaron, la familia no sabía dónde estaba Madre. Pero con el regreso de mi madre a casa, este viejo plan revivió.

La abuela también dijo que sentía cierta responsabilidad por el hecho de que mi padre hubiera dejado a mi madre y se hubiera escapado con mi tía. Sin embargo, en general ya no había esperanzas de que mi tía en Corea tuviera un hijo propio, y la solución perfecta parecía ser llevarme a criarlo. La familia aquí también creía que yo estaría mejor en la casa de mi otra abuela acomodada, especialmente ahora que parecía que mi madre se había adaptado a su nuevo matrimonio. Así el asunto quedó rápidamente resuelto.

Mi abuela de Corea me había traído ropa hermosa. Había un obi de satén rojo que debió costar treinta y cinco yenes, y cosas que nunca había visto antes: un kimono de manga larga, un abrigo, una hakama y un kimono formal con el escudo de la familia, como también. además de un chal, zuecos de madera y cintas. La abuela decía que en casa había muchos más.

El hecho de no estar registrado supuso un problema para mi abuela de Corea, que tenía que pensar en la posición social de la familia. Decidieron, por tanto, registrarme como la quinta hija de mi abuela por parte de madre.

La ropa que había traído era magnífica más allá de mis sueños más locos, y me dijeron que me la pusiera. Una y otra vez levantaba las mangas del kimono y contemplaba el magnífico obi con una exquisita mezcla de timidez y alegría. "Pronto estarás de camino a Corea", dijeron todos, "así que anda con tus cosas bonitas para despedirte".

Me puse el traje de crepé de seda, el obi de satén y una cinta roja y recorrí con mi tía la escuela y las casas del barrio. La ropa era tan impresionante que las mujeres del vecindario se acercaron más tarde a la puerta trasera y preguntaron si podían echarle otro vistazo.

"Qué maravilloso por Fumi", dijeron todos, como si todo lo que había pasado nunca hubiera sucedido.

Por supuesto, mamá también vino. Ella no estaba menos encantada que los demás. "¿No sería lindo, Kikuno", dijo mi tía, "si tuviéramos una fotografía?"

"Oh, lo sería. Si tan solo hubiera un fotógrafo cerca", respondió la madre.

"¿Una fotografía? Oh, te tomaremos uno y te lo enviaremos tan pronto como lleguemos a casa", dijo la abuela de Corea, disfrutando del asombro que le produjo este comentario. "Un fotógrafo viene a nuestra casa una o dos veces al mes; Le enviaremos una foto de inmediato".

"¡Oh, por favor hazlo!" todos dijeron.

Lo que dijo la abuela a continuación aumentó aún más mis esperanzas. "Pero ya sabes, sólo será por un tiempo que no podrán verse. Si se gradúa como debería, la enviaremos a una escuela secundaria para niñas. Y si saca buenas notas allí, la enviaremos a una universidad para mujeres, lo que significa que tendrá que ir a Tokio y podrá ver a su familia todo el tiempo".

Oh, sí, ella también prometió algo más. Si iba con ella, dijo, nunca me obligarían a hacer nada que no quisiera hacer. Y la familia podía estar segura de que no sólo recibiría todo lo necesario, sino también juguetes y cualquier otra cosa que mi corazón deseara.

No hace falta decir que todos lloraban de alegría. Por supuesto, yo también estaba muy feliz.

Era un día brillante, sin nubes y con un poco de frío en el aire cuando, inundado por las bendiciones. Sobre todo, partí con mi abuela hacia Corea.

Mi nuevo hogar

¡Por fin estaba en Corea, Corea, resplandeciente con la promesa de felicidad! ¿Pero Corea me concedió lo que me había prometido? El lector conocerá la respuesta en el transcurso de lo que sigue, pero me gustaría señalar lo que sentí en este punto, para que el lector no se sienta desconcertado por el cambio abrupto. En una palabra, me sentí un poco decepcionado. Sentí que iba a recibir sólo una ínfima parte de lo que deseaba de mi abuela: ser amado por ella como a un nieto. También me sentía incómoda sabiendo que poseía muy pocas de las cualidades que ella esperaba encontrar en mí. Pero de ninguna manera había perdido la esperanza. Todavía me aferraría al Dios de la Felicidad que me estaba esperando.

Finalmente llegué a Corea y a mi hogar allí. Fue en la ciudad de Bugang en Chung Cheon Bug Do. El nombre de la familia era Iwashita. El lector sin duda se sorprenderá ante este nombre, Iwashita, así que será mejor que explique por qué, si yo fuera un Saeki, la familia de la madre de mi padre se llamaba Iwashita, no Saeki.

Su abuela se casó a los quince o dieciséis años en Hiroshima, pero su marido murió cuando ella tenía veintisiete años, dejándola con cuatro hijos, el mayor de los cuales sólo tenía nueve años. Poco después perdió a los dos más jóvenes. Mi padre, el mayor, finalmente se escapó de casa y sólo quedó una hija, mi tía. Poco después de graduarse de la escuela secundaria para niñas en Hiroshima, esta tía recibió una propuesta de matrimonio de un oficial naval, pero la abuela la rechazó. La siguiente propuesta fue de un funcionario del gobierno. Aunque nunca lo había conocido antes, la abuela echó un vistazo al hombre y supo que ese era el indicado. Prácticamente concluyeron el matrimonio en el acto. Aunque el hijo mayor, mi padre, estaba desaparecido y, por lo tanto, hubiera sido natural haber adoptado al hombre en la familia de la abuela, no lo hicieron; Mi tía entró en la familia del hombre. Pero aunque mi tía era legalmente miembro de su familia, como la abuela estaba sola y le gustaba su yerno, se fue a vivir con la joven pareja. La familia llevaba el nombre de su cabeza legal, Iwashita, no el nombre de la abuela y el padre, Saeki. Por eso mi nuevo hogar era el de los Iwashitas.

Talangnan

¿CÓMO era ese lugar donde vivían los iwashitas, Bugang? Era un pequeño pueblo situado a lo largo del ferrocarril Seúl-Pusan. Allí vivían tanto japoneses como coreanos, pero la mayoría eran coreanos y sólo había unas cuarenta familias japonesas. Sin embargo, las dos nacionalidades no estaban integradas, sino que formaban grupos separados y autónomos. Los coreanos tenían una oficina de distrito y un jefe de distrito que manejaba todos los asuntos de la comunidad coreana, mientras que los japoneses tenían una oficina que funcionaba en gran medida como una oficina de aldea en Japón y una persona con rango de jefe de aldea que manejaba los asuntos de la comunidad coreana. población japonesa.

La comunidad japonesa estaba formada por una posada, un almacén general, una papelería, un consultorio médico, una oficina de correos, una barbería, una guardería, una tienda de dulces, una tienda de zuecos, un carpintero y los profesores de la escuela primaria. También había cinco casas de policías militares japoneses, tres familias campesinas, dos burdeles, el jefe de la estación, cuatro empleados ferroviarios, tres o cuatro casas de trabajadores de la construcción ferroviaria, seis o siete personas que prestaban dinero a los coreanos a un alto interés, dos comerciantes de productos marinos y dos o tres familias que tenían pequeñas tiendas de cigarrillos y dulces de un centavo.

Para entender cómo era esta pequeña comunidad japonesa, hay que recordar que estas personas originalmente habían venido aquí para ganar dinero. No había ningún espíritu comunitario como tal que los uniera. El dinero lo era todo. La gente con dinero tenía poder; y este grupo, de hecho, dirigía el pueblo. Estas personas con dinero y ocio, que vestían estilos que habían estado de moda hace unas temporadas en Japón, eran la clase que ejercía su influencia.

Los miembros más poderosos de esta clase tenían, además de dinero, campos y arrozales que constituían la principal fuente de ingresos. Los siguientes en importancia eran la policía militar, el jefe de estación, los médicos y los maestros de escuela. A sus mujeres se las llamaba respetuosamente okusan, mientras que a las esposas de los que estaban debajo de ellos, los comerciantes, agricultores, trabajadores y carpinteros, se les llamaba okamisan.

Por tanto, se podía considerar que la aldea constaba de dos clases, y éstas eran tan distintas entre sí como el aceite y el agua. Rara vez hubo intercambio entre los dos. El círculo de personas a las que uno invitaba a su casa, ya fuera para un servicio en memoria de un antepasado muerto o para una celebración, estaba rígidamente circunscrito. Dentro de la clase se intercambiaban no sólo los dulces que se comían en las fiestas navideñas y en el Festival de las Estrellas, sino también los pasteles de arroz de Año Nuevo. Éste no fue el intercambio amistoso entre aldeanos relacionados por lazos de sangre; era estrictamente una cuestión de obligación. A cambio, uno daba el número exacto de artículos, o algo de igual valor, que lo que le habían dado.

No era inusual que las familias pellizcaran y ahorraran para participar en un llamativo intercambio de regalos. La gente era generalmente vanidosa y ostentosa en público, y las mujeres siempre vestían sus ropas más caras en festivales, funerales y similares.

Aunque Bugang era sólo una pequeña aldea, dado que era una parada en la línea troncal, a menudo pasaban por allí grupos de dignatarios o funcionarios gubernamentales. En tales ocasiones era prácticamente obligatorio que los escolares, la policía militar, los ciudadanos con espíritu cívico e incluso las mujeres se apresuraran hasta el final de la estación y se colocaran en ordenadas filas para recibir o despedir a estos VIP.

Los hombres generalmente vestían trajes con insignias de "Miembro de la Cruz Roja", y las mujeres vestían kimonos de crepé de seda estampados con insignias de "Sociedad Patriótica de Mujeres" en el pecho. Alguno

la gente incluso llevaba medallas que parecían monedas de dos sen, en conmemoración de la apertura de la carretera Chungju-Bugang. Sin embargo, cuando descubrieron en qué vagón se encontraban los VIP, el tren ya había pasado. Quizás una vez cada diez el tren se detenía en la estación durante un minuto entero, y luego un funcionario vestido con haori y hakama presentaba a través de la ventanilla del tren una bandeja decorada con papel crepé rojo con las tarjetas de visita de las personas que habían salido.

Si ocurría algún evento importante, la gente realizaba una procesión con antorchas o una mascarada. De vez en cuando establecían una cabaña en un terreno baldío en un terreno elevado donde bailaban, tocaban instrumentos, cantaban y representaban obras de teatro y pasajes de kyōgen. Costumbres como estas son justo lo que esperarías encontrar en una nueva colonia. Proporcionaron un medio para que hombres y mujeres se divirtieran un poco y rompieron la monotonía. Este entretenimiento, sin embargo, era sólo para los que pertenecían a la primera clase; la gente de segunda clase eran meros espectadores pasivos.

Los Iwashitas

La familia de mi tía, los iwashitas, estaban completamente inmersos en este mundo y eran, de hecho, una de las familias más influyentes del pueblo. Aunque no eran extensas, su propiedad incluía cinco o seis terrenos boscosos, así como arrozales y campos secos que alquilaban a coreanos.

Los ingresos que generaba esta tierra se prestaban con un alto interés, una vez más a los coreanos. La casa de los Iwashita estaba ubicada en un terreno elevado en el lado norte del ferrocarril.

La forma en que la gente del pueblo se refería a sus respectivos barrios era un ejercicio de mutua vanidad. La gente que vivía en el lado sur de la aldea se refería a su área como la "ciudad" y al norte como el "campo", mientras que los que vivían en el lado norte llamaban al lado sur el "distrito de la clase trabajadora" y su propia zona "alta de la ciudad".

La casa de mi tía estaba en la parte más alta de la "alta ciudad". Tenía forma de llave, un techo bajo de paja y estaba equipado con calefacción por suelo radiante al estilo coreano. Sólo había cuatro habitaciones, todas de cuatro esteras y media, dos a cada lado de la casa. Aunque parecía deteriorada, la casa era bastante espaciosa por dentro. Había dos dependencias en la parte trasera de la casa y un almacén de arroz al otro lado de un jardín con hortalizas y árboles frutales.

Mi tío era un hombre tranquilo y afable de la prefectura de Nagano. Había estado a cargo del mantenimiento de las vías del ferrocarril, pero había dimitido para asumir la responsabilidad de un accidente en el que un tren descarriló y volcó, matando e hiriendo gravemente a varias personas. Desde entonces había vivido una vida tranquila aquí en el campo. Mi tía, diez años menor que él, era alta, delgada, refinada y muy astuta, un tipo masculino, sensato, por así decirlo. Le encantaban las cartas y, a menudo, invitaba a jugar a mujeres de su clase. También podía tocar el koto y bailar. En primavera recolectaba warabi en las montañas y en otoño, setas. En resumen, se entregó generosamente a todos los pasatiempos de la típica esposa burguesa.

La gente del barrio se refería a mi abuela como la dueña "jubilada" del casa. Sin embargo, ella era todo menos jubilada; ella dirigía el lugar.

Mi vida en Corea

I

MADRE, abuela, tía y todos los aldeanos me habían despedido felicitandome por la buena suerte que me esperaba. Yo también tuve visiones agradables del futuro cuando fui a Corea. Pero apenas llegué me di cuenta de que, después de todo, la vida en la que estaba entrando no iba a ser tan feliz.

No esperaba nada tan fino como un kimono de crepé de manga larga y un obi, pero creía que mi abuela me daría el tipo de kimono que a menudo había visto usar a las chicas de clase media. No me importaban especialmente los juguetes prometidos, pero suponía que tendría los libros que quería. Y también pensé que aquí habría gente que me amaría en lugar de la madre y el padre que no tuve. Pero ninguna de estas cosas iba a ser mía.

Naturalmente me decepcioné, pero estaba acostumbrado a la decepción, así que no fue tan difícil de soportar. Pero poco después de llegar sucedió algo que me hizo sentir verdaderamente desolada. Un día vino de visita una mujer a la que no conocía. Al verme, le dijo a la abuela, sin duda para halagarla, que era una “niña simpática”.

La abuela no pareció nada complacida y respondió de la manera más informal que pudo. “¿Oh ella? Ella es de una familia que conozco poco, gente muy pobre. No sabe comportarse y no puede hablar más que en el lenguaje más atroz. Es suficiente para hacer sonrojar a uno. Pero sentí pena por ella y terminé acogiéndola”.

No me opuse a que ella se refiriera a la pobreza de mi familia; Sabía muy bien lo desesperadamente pobre que era. ¿Pero por qué, ay por qué, la abuela no le dijo a la mujer que yo era su nieta, la hija de su hijo mayor? Mis sentimientos no eran tan explícitos como lo son ahora, pero sabía que algo andaba muy mal. Y esa no fue la única ocasión; La abuela explicó mi presencia a todos de esa manera. Me dijeron que respondiera lo mismo si me preguntaban sobre mí. La abuela incluso añadió una amenaza para aclarar su punto. “No lo sabes todavía, pero en lo que respecta al registro, no tienes ninguna relación con nosotros. Entonces, si la verdad sale a la luz, usted y su familia tendrán que vestirse de rojo”. No lo entendí del todo, pero me di cuenta de que vestir de rojo indicaba humillación y me sentí lo suficientemente intimidado como para nunca contarle a nadie la verdadera situación en los siete años que viví allí.

Debieron haber pensado que mi manera tosca de hablar y mis modales groseros nunca serían adecuados para una hija en su refinado hogar, que solo mancharía el apellido de la familia. ¿Pero cómo podría haber entendido eso entonces? Después de todo, había ido allí plenamente convencido de que iba a ser su hijo.

II

Llevaba menos de diez días en Corea cuando comencé en la escuela primaria del pueblo. Era un edificio de un piso con techo de paja en el medio del pueblo. Cuando abriste la cintura-

Desde una ventana corrediza alta en el aula se podía ver los campos, el mercado y la multitud de gente, burros, vacas y cerdos.

Era una escuela administrada por el pueblo y había menos de treinta alumnos en total. El maestro era un anciano de buen corazón de unos sesenta años cuya única calificación para enseñar era estar relacionado con el médico del pueblo. Desafortunadamente, no había tercer grado cuando entré a la escuela, así que me pusieron con los alumnos de cuarto grado. Mis estudios de primer grado, dos semanas de las cuales transcurrieron en aquel lugar con cartones de cerveza por pupitres, habían durado seis meses, durante los cuales me había mudado no menos de cuatro veces. El segundo grado había durado cinco meses y el tercero ni siquiera cuatro meses. Y ahora aquí estaba yo, en cuarto grado, con sólo nueve años de edad. Supongo que esperaban mucho que me pusieran en cuarto grado, pero quedé bastante satisfecho. Entonces me dijeron algo que me agradó aún más. "Mira, Fumi, para un hijo de gente pobre como los Kanekos, no importaría cómo te comportaras; pero de ahora en adelante, aunque sea temporalmente, irás a la escuela como hijo de la familia Iwashita. Tienes que tener eso en cuenta y estudiar mucho. Si se queda atrás de los niños campesinos o hace algo que nos avergüence de usted, se le privará del apellido".

Estaba encantado, porque eso significaba que, después de todo, realmente era hijo de los Iwashita. Y efectivamente, todos los demás niños me llamaron "Iwashita". Además, gracias a la familia de mi tía, recibí un premio a la excelencia en el examen anual y tenía el nombre "Iwashita Fumiko" inscrito con hermosa letra en mi certificado.

Sin embargo, cuando llegué a quinto grado, he aquí que el nombre que aparecía en mi boleta de calificaciones y en mi certificado era "Kaneko Fumiko". ¿Me habían despojado del derecho a llevar el nombre Iwashita en apenas medio año? No me había quedado atrás en mis estudios con respecto a los niños campesinos, ni recuerdo haber hecho nada que hubiera avergonzado el nombre Iwashita. ¿Por qué entonces ya no era Iwashita Fumiko? Creo que puedo suponer lo que pasó.

Cuando comencé la escuela me dieron una habitación en la casa vacía en el jardín para usarla como estudio. Me dijeron que me encerrara en esta sala tan pronto como llegara a casa de la escuela y revisara mis lecciones allí, una hora para cada materia. Quizás esté fuera de lugar que diga esto sobre mí, pero no necesitaba estudiar. No recuerdo dónde aprendí, pero ya podía leer a lectores de sexto grado cuando estaba en segundo grado, y en tercer grado podía leer el libro de texto de moral de la escuela secundaria sin dificultad. Era tan bueno en matemáticas que no recuerdo haberme topado nunca con un solo problema en todo el plan de estudios de la escuela primaria que me causara problemas. Cuando tenía once o doce años, podía multiplicar mentalmente dos cifras de cuatro dígitos. Y en el canto, si el profesor repetía una canción cuatro o cinco veces, yo la recordaba perfectamente. Lo único que no se me daba bien eran materias técnicas como caligrafía y dibujo. Por lo tanto, no había absolutamente ninguna razón para que yo repasara o preparara la lección.

Cuando llegué a mi habitación y me desahugué de mi mochila, no había nada que hacer excepto masticar las galletas que mi tía me había dado y preguntarme si alguna vez se acabaría el tiempo.

Una vez estaba tan aburrido que salí corriendo de la habitación antes de que fuera el momento, con la esperanza de que me dejaran ir. "No tengo que repasar, abuela. Lo haré bien".

Mi abuela me miró y dijo: "Ahora no estás con gente pobre como los Kanekos, y no vas a salirte con la tuya con maneras tan perezosas como una de ellas".

Aunque me dolió que hubieran malinterpretado mis intenciones, me armé de valor para intentarlo de nuevo. "Pero puedo leer bien sin hacer ninguna revisión. Quiero leer libros más difíciles e interesantes". Por supuesto, mi solicitud fue rechazada.

"No quiero nada de tus labios. Tienes todo lo que puedes manejar con tus libros escolares".

Esta era una orden y tenía que obedecer. Al principio intenté repasar mis lecciones, pero se volvió ridículo y finalmente comencé a divertirme haciendo muñecas o jugando con una pelota. Habría pedido que me dejaran jugar afuera, ya que de todos modos solo estaba jugando, pero sabía que me regañarían, así que me contenté con jugar a escondidas, con mi texto y mi cuaderno abiertos frente a mí. Sin embargo, la abuela debió haberse dado cuenta, porque de vez en cuando entraba sigilosamente a mi habitación y de repente abría la puerta, generalmente para encontrarme jugando. Ella me daría una reprimenda tremenda. Después de que esto sucedió cinco o seis veces, ella me quitó el tiempo de estudio. No hace falta decir que este fue el mayor error que pude haber cometido. Con esto, sin duda, les di la primera buena razón para considerarme incapaz de ser el sucesor de la familia Iwashita.

III

Las materias en las que era pobre eran las técnicas como caligrafía, dibujo y, más tarde, costura. No me desagradan estos temas y no creo que sea innatamente malo en ellos. Pero desde el comienzo de mi carrera escolar en Yokohama nunca me dieron papel, pinceles y lápices para dominar estas materias, ni pude asistir a la escuela con suficiente regularidad. Me di cuenta de lo mala que era mi escritura cuando llegué a Corea y decidí trabajar para mejorarla. Pero la familia no me dio suficiente papel para hacerlo.

Pedía papel el día que teníamos caligrafía, pero tía solo me dio dos trozos y estaban llenos de arrugas. En realidad, eran papel en el que estaban envueltos los pequeños obsequios que traía a casa de sus visitas sociales. No soy quisquilloso, pero difícilmente podría entusiasmarme escribiendo con un papel como ese. Sin embargo, si cometía un error, no había nada más que usar. Por esta razón probablemente entregué no más de un trabajo de caligrafía de cada tres desde que estaba en cuarto grado hasta que me gradué de la escuela primaria superior. Quizás por eso escribo tan mal y por eso, hasta el día de hoy, ni siquiera puedo sostener correctamente un pincel.

Nunca olvidaré un incidente relacionado con la clase de dibujo. En quinto grado empezamos a usar pinturas, así que tuve que pedirle a la familia que me comprara algunas. Pero sabiendo lo difícil que era conseguirles incluso lo más necesario, dudé en preguntar, y cuando lo hice, fue con gran temor.

"Muéstrame tu libro de arte", dijo el tío.

Traje mi libro y él lo inspeccionó superficialmente. "Bueno, si esto es todo lo que las necesitas, las pinturas que tengo te servirán". Mi tío me dio tres frascos viejos de los colores básicos, rojo, azul y amarillo, y dos pinceles gastados de su caja de pinturas.

Las pinturas se agotaron en poco tiempo. En ese momento, la tienda de útiles escolares del pueblo vendía un nuevo tipo de pintura que venía en barras que se frotaban como si fuera una barra de tinta. Los colores quedaron muy bien, pero lo más importante fue el hecho de que era nuevo y todo el mundo lo estaba usando. Yo también quería este tipo de pintura. Después de todo, esto era algo que tenía que tener para la escuela, así que después de mucha deliberación una mañana me armé de valor para pedirlo: un juego de pinturas que costaba doce sen.

"Si es algo que realmente necesitas, te lo compraré", dijo el tío. La tía también dio su consentimiento, pero la abuela no lo permitió.

"Ahora mira, tú", dijo, dejando sus palillos y dirigiéndome una mirada amenazadora. "¿No me digas que ya lo has olvidado? No estabas registrado. Y sabes lo que eso significa, ¿no? Si una persona no está registrada, es como si no hubiera nacido. Gente así ni siquiera puede ir a la escuela. Y si van, sólo se burlan de ellos, ¿no? Bueno, lo sentí

para usted y le inscribimos en nuestro registro. Si no te hubiera ayudado, hoy todavía no estarías registrado y no podrías ir a la escuela con todos los demás como lo haces ahora. Así que ten en cuenta el hecho de que sólo por nuestra bondad vas a la escuela. Pero parece que nunca puedes recordar tu lugar. Siempre es 'tengo que tener esto, tengo que tener aquello'. Bueno, sigue así y te sacarán de la escuela. Solo recuerda eso cuando abras esa boca tuya. Depende de mí si vas a la escuela o no”.

Nunca recibí las pinturas, no es que importara. Pero cómo hirió mi orgullo volver a escuchar esa palabra, “no registrado”, que siempre me decían. Esto lo escribo ahora como adulto, pero la verdad es que cuando era joven no sabía que la razón por la que no podía ir a la escuela o, si iba, me trataban diferente, era que no estaba registrada. Y sin saber el motivo, mi humillación y vergüenza fueron mucho peores. Sólo cuando fui a Corea me enteré de que no estaba registrado.

¿Pero fue mi culpa? Ni siquiera sabía que no estaba registrado. Mis padres lo sabían y deberían haberles hecho sufrir las consecuencias. Pero fui a mí a quien las escuelas le cerraron las puertas; Yo era a quien la gente menospreciaba. Incluso mi propia abuela, mi propia carne y sangre, la sostuvo sobre mí.

Pero yo había nacido. ¡Estaba vivo, está bien! Dejemos que la abuela diga lo que quisiera sobre “no naciendo”, estaba vivo y lo sabía.

IV

En el verano del año que estaba en quinto grado, la escuela se convirtió en escuela pública y se añadió una sección de primaria superior. El anciano profesor fue sustituido por un joven que había estudiado en la escuela de profesores. Aproximadamente en esta época se emprendió un proyecto a gran escala para mover las vías del ferrocarril; Además, se descubrió tungsteno en las montañas cercanas. Esto provocó una afluencia de japoneses a la aldea y la matrícula escolar aumentó a más de cien prácticamente de la noche a la mañana. Se construyó una nueva escuela en una propiedad de la familia de mi tía, al pie de una colina en el centro del pueblo. Pero esta nueva escuela tenía sólo un salón de clases más que la antigua escuela de un solo salón y, al igual que la anterior, tenía un solo maestro. Por tanto, la educación que se impartió allí dejó mucho que desear. Como mi familia no me daba los materiales que necesitaba, siempre le pedía prestados pinturas y lápices a la nueva maestra, cuyo nombre era Hattori. Sé que sintió lástima por mí, pero tenía que ganarse el favor de los grandes del pueblo; así que, aunque venía a menudo a visitar la casa de mi tía, nunca aproveché la oportunidad para ofrecer su opinión o hablar en mi nombre. Supongo que es digno de lástima.

EN

Cuando tenía doce o trece años, me pusieron a trabajar en la cocina bajo las órdenes de mi abuela. De heredera de la familia Iwashita, había descendido al puesto de sirvienta. De hecho, todas las tareas domésticas recaían en mí, desde lavar el arroz en el frío invernal hasta encender el fuego debajo del calentador de piso, desde limpiar la chimenea de la estufa de petróleo hasta fregar en el retrete. No es que me queje, ni mucho menos. Estoy agradecido por la formación que obtuve. Pero yo también soy una persona y, además, una mujer. Sucedió algo que fue difícil de soportar.

No recuerdo si era primavera u otoño, pero el día estaba frío y húmedo. El tío había ido a una reunión de su grupo de poesía y el sirviente, Kō, estaba machacando arroz junto al granero al final del patio. Dentro, la abuela tocaba el shamisen detrás de las puertas correderas cerradas y la tía bailaba. Era un día tranquilo y yo estaba sola en la cocina, en cuclillas frente a la estufa. Adormecido por el letárgico golpe del mortero, la llovizna de la lluvia y los conmovedores tonos del shamisen, me perdí en mis propios pensamientos melancólicos y saboreé la tranquilidad que me brindaba mi soledad.

Cuando las verduras que estaba hirviendo en la estufa estuvieron listas, las saqué de la olla y las sumergí en agua fría. Luego llevé la cacerola al desagüe junto al pozo y estaba a punto de verter el agua hirviendo cuando de repente el vapor caliente golpeó mis brazos desnudos. Sentí que no iba a lograrlo y, efectivamente, el mango se soltó y la sartén se cayó y se hizo añicos.

¡Ahora lo has hecho! Pensé... demasiado tarde, por supuesto. No es que sintiera que había hecho nada malo; de hecho, cuando la abuela volvió a la cocina le hablé sin rodeos de lo de romper la olla. Ella empezó a gritar. "¡Qué! ¿Rompió la olla? ¡Patrón descuidado!

Me encogí de miedo y me quedé allí mirando a la abuela. Ella se enfrentó a mí y, cuando terminó, dijo que tendría que pagar por una olla nueva. Consentí dócilmente. Unas dos semanas después, la abuela fue a la ciudad a comprar la olla.

La vieja vasija no podía haber costado más de setenta sen cuando la compró cuatro o cinco años antes, pero mientras tanto los precios se habían disparado y ahora la vasija supuestamente costaba un yen, veinticinco sen. "La tapa no estaba rota, así que no tuve que comprarla. Y como hice otras compras mientras estaba fuera, pagaré el billete del tren yo misma", dijo la abuela.

En todo el tiempo que estuve en casa de mi abuela, solo me dieron dinero para gastar una vez, los diez sen. ¿Cómo, entonces, pagué este yen y veinticinco sen con mi salario de sirvienta? Como dije, nunca recibí ni un solo sen por mi trabajo. El bote se pagó con los doce o trece yenes que mi familia había juntado para darme como regalo de despedida cuando me fui a Corea.

NOBROTROS

Pero al menos había algo de consuelo en el hecho de que podía comprar con dinero parte de la ira de mi abuela cuando rompía algo. Fue cuando no pude pagar con dinero que lo tuve difícil. Porque a veces me lo quitaban mediante castigo corporal.

Recuerdo cuando tenía trece años y era el segundo día de las vacaciones de Año Nuevo. La familia Iwashita estaba reunida alrededor de la mesa del desayuno comiendo la sopa de Año Nuevo cuando, por alguna razón, uno de los palillos de la abuela se partió en dos. Yo fui quien puso los palillos en el portapapeles de cada persona antes de las vacaciones, por lo que la culpa, naturalmente, recayó en a mí.

La abuela, pálida de rabia, me arrojó el palillo y se lanzó a una reprimenda. "¿A qué se debe todo esto? Es un mal augurio, te lo digo, justo al comienzo del Año Nuevo. Fumi, estás intentando desearme la muerte, ¿no? Tendré que recordar eso".

Recogí el palillo que ella me había arrojado y, efectivamente, los gusanos habían hecho dos agujeros justo en el centro. No me había dado cuenta, y por eso debería haberme culpado. Pero ¿por qué habría querido desearle la muerte a mi abuela? Ni siquiera sabía que uno podía desear la muerte de una persona haciendo algo como esto.

"Lo lamento. Me temo que no me di cuenta", dije para disculparme. Pero la abuela no perdonaría a mí.

¿Qué debería haber hecho? Basándome en experiencias pasadas, sabía que tenía dos opciones. Podría seguir insistiendo en que había sido un accidente o admitir el cargo y prometer tener más cuidado en el futuro. Pero no hubiera podido decir muy bien que sí, que había deseado que mi abuela muriera; ¡Bien podría haberles dicho que siguieran adelante y me mataran! Y además, no era cierto. Pero la abuela no aceptó mi negativa. Ella me dio mi castigo habitual.

Sólo pensar en "mi castigo habitual" es suficiente para hacerme estremecer. Inmediatamente me enviaron afuera sin permitirme tomar el desayuno de Año Nuevo. Era una de esas mañanas coreanas bajo cero. Tenía frío y hambre, pero como no quería que me vieran ahí parada como una tonta, me escondí detrás del retrete. Había un muro de un lado y del otro lado habían cortado la colina donde se iba a construir una casa. Ni una sola vez los rayos del sol llegaron a este lugar.

La nieve acumulada allí se había convertido en hielo y era imposible evitar resbalarse.

Los vientos de Manchuria que soplaban de vez en cuando me arrojaban arena y nieve a la cara.

Intenté ponerme de pie. Intenté agacharme. Me derrumbé y lloré. Intenté fantasear sobre cómo sería una vida feliz para olvidar lo miserable que era. Por supuesto, nada ayudó. Al cabo de un rato la abuela salió a darle de comer a las gallinas. "Bueno, ¿te gusta? ¿Es bueno poder jugar así? El rostro de la abuela se contrajo en una fea mueca. Ella no hizo ningún gesto de reconciliación y siguió caminando rápidamente. Corrí tras ella y tiré de su manga, pidiéndole perdón; pero ella sólo apartó mi mano. ¡Qué desamparado estaba! Sólo al final del día, después de que la familia hubo terminado de cenar, fui finalmente perdonado.

En Corea, cuando la temperatura desciende por la noche, el frío es feroz. La piel de mi cara estaba dura como una tabla por el frío y el cansancio, y mis piernas, rígidas como postes, estaban tan entumecidas que no sentía dolor cuando las pellizcaba. Tenía tanta hambre que me mareé.

Por fin me permitieron volver a la casa, pero me castañeteaban tanto los dientes y estaba tan completamente sin fuerzas, que ni siquiera podía sostener un par de palillos.

Este tipo de cosas sucedió más veces de las que quisiera contar. Pero lo que fue particularmente malo fue cuando la abuela me preparó deliberadamente para hacer algo malo, o cuando me culpó por algo que ella misma había hecho. Pero ya he dicho suficiente sobre esto.

Sin embargo, hay una cosa que debo agregar. Al final de este castigo, merecido o no, siempre me hacían pedir disculpas y jurar que nunca volvería a cometer esa fechoría. Quizás pensaron que esto era necesario para mantener su dignidad. O tal vez creyeron que era por mi propio bien.

Desde mi propia amarga experiencia, hay una cosa que me gustaría decir: ¡Hagan que los niños asuman la responsabilidad sólo por lo que realmente han hecho! De lo contrario, les robas el verdadero sentido de responsabilidad, los vuelves serviles y les enseñas a tener dos caras, tanto en el pensamiento como en la acción. Nadie debería tener que hacer promesas sobre sus acciones a otro. La responsabilidad de lo que uno hace no puede confiarse a un custodio. Cada persona, y sólo ella, es sujeto de sus acciones. Sólo cuando uno se dé cuenta de esto será capaz de actuar con responsabilidad, autonomía y verdadera convicción, sin engañar a nadie y sin temer a nadie.

Los métodos disciplinarios que usaron mi abuela y los demás me convirtieron en un mentiroso astuto. Si rompía incluso un plato, me preocupaba muchísimo. Con mi abundante cabellera, a menudo rompía peines, por ejemplo; y cada vez me preocupaba tanto por ese peine que no podía comer. Aunque no quería ocultar lo que había hecho, me aterrorizaba contárselo a la familia. Temiendo el abuso, verbal y corporal, que recibirían, invariablemente

Perdí la oportunidad inicial de hacer mi confesión. Me angustiaba entre decírselo ese día o posponerlo para el siguiente, hasta que días enteros habían pasado, momento en el que realmente estaba tratando de ocultar lo que había hecho. Envolvía un cuenco roto en papel y lo metía en el fondo de su caja, o intentaba volver a unir un peine roto con granos de arroz y volver a colocarlo sigilosamente entre los demás artículos de su estuche. Estaba triste y deprimido. Debido a la ansiedad y el miedo en el que vivía, nunca pude estar en paz.

VII

Al escribir sobre este período de mi vida, debo decir algo sobre el sirviente, Kō. Aunque no era un hombre muy brillante, Kō era honesto, directo y un trabajador inusualmente duro. Nunca intentó dejar el trabajo, ni era el tipo de hombre que podría haberse embolsado, incluso sin darse cuenta, cualquier cosa que perteneciera a su amo.

Kō tenía esposa y tres hijos. Su hija mayor era bonita y un hombre se había ofrecido a comprarla por tres libras de arroz sin pulir. Mi abuela, sin embargo, le dijo a Kō que no la vendiera. Si esperaba hasta que la niña tuviera doce o trece años, dijo, podría conseguirle cien yenes. Aunque Kō estaba desesperado, cedió ante mi abuela y siguió alimentando a la niña.

A Kō le pagaban alrededor de nueve yenes al mes, dos o tres yenes menos que el salario actual. Sin embargo, este acuerdo no duró mucho. Mi abuela pensó que podría salir aún mejor si le pagara parte en arroz en lugar de efectivo. Ella le dio alguna excusa y comenzó a pagarle dos yenes de su salario en arroz, y además arroz de muy mala calidad, que estimó en dos sen más barato por cada cinco shō de lo habitual.

Por tanto, Kō era extremadamente pobre. Nadie en su casa tenía suficiente para comer y en el frío del invierno sus hijos temblaban en bolsas de arroz de cáñamo. Incluso el propio Kō, el pilar de la familia, literalmente era dueño sólo de la ropa que llevaba puesta. De hecho, mi abuela siempre lo criticaba por lo sucios que eran y por que no podía permitir que él deshonrara a la familia. Una tarde de invierno muy fría, Kō, parado afuera, tuvo la siguiente conversación a través de las puertas correderas cerradas con mi abuela adentro.

"Señora, le pido disculpas por preguntar, pero me pregunto si mañana podría tener el día libre. Hay algo que realmente tengo que hacer".

La abuela, que estaba acomodada en el cálido kotatsu, se enfrentó a él. "¡Qué! Así de simple: 'Dame el día libre'. ¿Tú también, eh? Quiere ver cuánto puede salirse con la suya. Bueno, sigue así y verás qué pasa".

"Oh, no. No es eso en absoluto. Realmente no puedo venir mañana".

"¿Es eso así? ¿Bueno, por qué no? ¿Esperando a tus parientes ricos de Seúl? La abuela y la tía se miraron y se rieron por este pequeño chiste.

"No, no es eso. Verás", respondió Kō, muy avergonzado, "es el lavado..."

"¿Lavado? Bueno, si es sólo lavar, no hay razón para que tengas que hacerlo. Para eso está tu esposa, ¿no? ¡Habla de malcriar a una mujer!

¡Qué contraste: la maldad de los dos de dentro y la miseria de la pobre alma de fuera!

Aunque era sólo una niña (no, precisamente porque era una niña), odiaba a mi abuela y a mi tía por un sentido de pura justicia más en ese momento que en toda mi vida.

“No es que sea amable con mi esposa, señora. Verás, sólo tengo este conjunto de ropa; Así que mientras mi esposa los lava y los seca al fuego, les vuelve a poner el acolchado y los cose, la única manera de mantenerme caliente es quedarme debajo de la colcha”.

Los dos se rieron a carcajadas. Luego, acabando con la idea de que deberían darle al hombre algo más para ponerse, simplemente accedieron a su petición.

Kō era un gran trabajador, pero estaba condenado a la pobreza. Una vez estuvo a punto de renunciar, pensando que si volvía al trabajo de construcción de ferrocarriles que tenía antes, podría ganar diecisiete o dieciocho yenes; pero la abuela no lo dejó ir. Ella lo convenció de que incluso si ganaba diecisiete o incluso dieciocho yenes, el trabajo no era tan bueno como lo que estaba haciendo para ella. Y además, dijo, él debería tener en cuenta todas las generosidades que se le presentaron en su empleo.

“Tienes que recordar que el alojamiento es gratuito; y cuando esté realmente presionado, le daremos un anticipo de su salario. Incluso cuando pides dinero prestado, sólo tienes que pagar el interés habitual del mercado del 70 por ciento. Y aunque sea pequeño, te alquilaremos un pedazo de jardín, y tus ollas, sartenes y cosas...”

El débil Kō, aunque sabía muy bien que en realidad estaría mejor trabajando en el ferrocarril, no se atrevió a dejarlo y por eso se quedó atrapado en su sufrimiento.

VIII

Ella llegó a mi vida cuando recién comenzaba quinto grado. Ella era una de los veinte o treinta nuevos estudiantes que ingresaron a la escuela en ese momento. Guapa, tranquila, madura e inteligente, me gustó desde el principio. Ella debe haber sentido lo mismo por mí, porque rápidamente nos hicimos amigos y pronto confiábamos completamente el uno en el otro. Cuanto más estaba con ella, más me gustaba y nuestra relación en la escuela brillaba con la calidez de una intimidad fraternal.

Nuestra amistad era mi única felicidad. En casa no me querían, pero este niño me adoraba. Y en ella encontré a alguien a quien podía amar. Si no hubiera sido por ella, dudo que hubiera tenido ganas de seguir viviendo. Su nombre era Tami y su familia tenía una tienda que vendía artículos de papelería y zuecos de madera a doce chō de la escuela. Su padre había muerto cuando ella era joven, después de lo cual su madre fue enviada de regreso con su propia familia, dejando a Tami y a su hermana menor a cargo de los abuelos. Los abuelos no fueron malos, de hecho amaban a las dos niñas. Sin embargo, no pude evitar sentir lástima por Tami, por haber sido criada así por sus abuelos, y me pregunté si era por eso que siempre parecía tan retraída.

Tami me siguió a todas partes. Si había una palabra que no entendía o un problema aritmético que no podía resolver, me lo traía. Pero Tami tenía una constitución débil y a menudo faltaba a la escuela por un resfriado o fiebre. En invierno iba a la escuela con un algodón blanco alrededor del cuello. Cuando estaba enferma, a veces pasaba a visitarla de camino a la escuela o de regreso. Le agradaba a su abuela por esto y a menudo me regalaba dulces o útiles escolares. Nuestro amor se profundizó con el paso del tiempo y yo también me encariñé con su hermana menor.

Sin embargo, Tami y yo sólo podíamos disfrutar de nuestra compañía en la escuela, ya que a mí no me permitían ir a casa de amigos ni jugar en los campos del vecindario como lo hacían los demás niños. Los otros niños tiraban sus mochilas tan pronto como llegaban de la escuela y salían corriendo a jugar a un campo de césped a apenas una cuadra de la casa de mi tía. Si estaba barriendo o haciendo algún otro trabajo en el jardín, podía oírlos llamarme

entre sí. Sus voces se alzaron en risas y lágrimas, pucheros y enojo, y el canto de la rima de piedra, tijera y papel era tan claro que casi podría haber extendido la mano y tocarlos.

Al mirar a través de una rendija en la cerca pude ver a los niños y niñas persiguiéndolos, con su obi detrás de ellos. ¡Qué bien se lo estaban pasando! ¡Qué libres eran! Y qué triste me sentí al verlos porque yo tampoco era un "pobre don nadie". La abuela siempre me repetía que no éramos "pobres don nadie" como ellos y que no debíamos parecernos a ellos. "No tenemos la costumbre", dijo, "de dejar que nuestros hijos anden así de salvajes". Tuve que ser miserable, encerrado en casa, gracias a esta educación "refinada". Y saber que esto era sólo un pretexto para tratarme como a un esclavo en mi propia casa lo hacía aún más difícil de soportar.

Los vecinos sabían lo estricta que era la familia conmigo y lo duro que me hacían trabajar, y los niños del barrio normalmente no venían a invitarme a jugar. Sin embargo, de vez en cuando, cuando no había suficientes para completar un juego, o cuando por alguna razón querían incluirme particularmente, escuchaba una voz afuera de la puerta que me llamaba para que saliera y jugara.

¡Y cómo quería unirme a ellos! Pero sabiendo que eso era imposible, me quedé quieto y no respondí. Si estuviera afuera cuando vinieran, correría por detrás y me escondería, conteniendo la respiración. La abuela, enfadada por los llantos de los niños, salía y les decía que no tenía por costumbre dejar salir a Fumiko y que no volvería a visitarlos. Por la velocidad con la que huyeron, uno pensaría que los niños habían visto un fantasma. Después me regañarían y me acusarían de haber incitado a los niños a hacerlo, o de intentar dejar el trabajo, o de decirme que tenía un carácter mezquino...

IX

No poder jugar después de llegar a casa era una cosa, pero llegó el día en que me dijeron que debía regresar directamente a casa después de terminar la escuela, lo que significó perder mis cinco o diez minutos de juego en el camino a casa. Cuando la escuela salió temprano, tuve cinco o diez minutos para perder el tiempo de camino a casa, pero ¡ay de mí si alguna vez me atrapan! No hace falta decir que nunca me permitieron salir a la escuela ni siquiera cinco minutos antes.

Entonces sucedió algo que me causó muchos problemas. Nosotros, la gente de la zona alta, siempre habíamos atravesado las vías del ferrocarril cercanas cuando íbamos a la ciudad o a la escuela. Pero cuando el antiguo jefe de estación fue sustituido, esta vía fue cortada, de modo que ya no podíamos llegar al llamado barrio obrero sin dar un largo rodeo. Las personas para quienes esto era un inconveniente demasiado grande se mudaron al lado sur de las vías, con el resultado de que no quedaron japoneses en el lado norte, excepto dos o tres familias de la categoría de mi tía y la familia de un barbero pobre. Esto no habría importado excepto que significaba que la única con la que tenía que caminar a la escuela era la hija del barbero, una niña llamada Omaki.

Esta barbería era un lugar deteriorado a sólo media cuadra de la casa de mi tía. Consistía únicamente en una habitación pequeña y húmeda con suelo de tierra en la parte delantera de la casa y en ella sólo había una silla de madera con una pata rota atada con una cuerda y un espejo cuya superficie estaba medio agrietada.

Omaki y yo caminábamos juntos hacia y desde la escuela hasta que la abuela se enteró y puso fin a todo. "Fumi, no debes ir a la escuela con hijos de personas que se ganan la vida con la inmundicia de las cabezas de otras personas".

No tuve más remedio que obedecer. Por la mañana me tomaba mi tiempo para lavar y secar los platos para salir tarde de casa o escabullirme por la puerta de atrás e ir sola a la escuela.

Eso funcionó de camino a la escuela, pero no había manera de que pudiera evitar a Omaki en el camino a casa; e invariablemente quería caminar a casa conmigo. No podría haberle dicho: "No puedo caminar a casa con una persona pobre como tú", así que me quedé callado y traté de caminar un poco delante o detrás de ella, con miedo todo el tiempo de lo que mi tía la abuela si me viera.

Un día de verano, Omaki y yo salimos de la escuela poco después del mediodía. Habíamos recorrido sólo media cuadra cuando ella se detuvo y me dijo: "Voy a pasar por casa de mi tío; hay algo que quiero recoger. ¿Me esperarías, Fumi? Sólo tardaré un minuto. Su tío tenía una ferretería justo enfrente de donde estábamos. Se ganaba la vida bastante bien y evidentemente contribuía con algo a los gastos de la familia de Omaki.

¡Esta era la oportunidad perfecta para escapar! Reuní mi coraje y dije: "Oh, bueno en ese caso, discúlpeme si voy a casa antes que usted; Estamos bastante ocupados en mi casa".

Pero a Omaki le encantaba la compañía. "Oh, por favor", prácticamente suplicó, "no tardaré ni un minuto. Espérame, ¿quieres?

¿Qué podría decir? Acepté esperar a regañadientes y me apoyé contra la cerca frente a la casa. Omaki felizmente se apresuró a entrar. Pero pasaron tres, cinco, siete minutos sin señales de ella.

Me estaba preocupando y empezando a lamentar haber aceptado esperar. Ansioso y enojado con Omaki, decidí decirle que no podía esperar más. "Me voy a casa", grité dentro de la casa.

"Lamento tardar tanto", respondió disculpándose, y luego, para apresurar a su tía, "por favor". apurarse; Estoy haciendo esperar a Iwashita-san".

La tía de Omaki apareció y me dijo: "Oh, ¿Omaki te hizo esperar por ella? No me di cuenta. Hace mucho calor ahí fuera, por favor entre. El calor estos días es realmente extraordinario, ¿no?

Era tan raro escuchar una palabra amable que cuando alguien me hablaba en un tono de voz comprensivo fue suficiente para hacerme romper a llorar. Olvidé mi miedo y mi irritación y entré. Me senté en un rincón de la tienda donde esperaba que nadie pudiera verme desde afuera; pero apenas me senté comencé a preocuparme de nuevo. Seguí mirando hacia afuera con nerviosismo.

Y efectivamente, la suerte volvió a estar en mi contra. ¿A quién debería ver pasando en bicicleta frente a la casa sino a mi tío? Él también me vio y me lanzó una mirada pétrea al pasar. Estaba aterrorizada y me sentía más muerta que viva. Por un minuto pensé que mi corazón había dejado de latir, solo para descubrir al minuto siguiente que estaba latiendo con fuerza. Cuando recuperé el juicio, me levanté de un salto, me disculpé y salí volando de la tienda.

Corrí los siete u ocho chō hasta mi casa aturdido, con mi mochila rebotando en mi hombro. Sin embargo, cuando llegué a la puerta, estaba demasiado petrificado para entrar. Sentí las piernas como plomo. Finalmente reuní todo mi coraje y entré. Mi tía estaba cosiendo en la habitación de la abuela, como hacía a menudo. Me agaché respetuosamente en el pasillo y anuncié cortésmente, temblando todo el tiempo de miedo, que había vuelto de la escuela. Mi tía voló hacia mí. Me empujó, o más bien me dio una patada, sobre el suelo de tierra de la cocina. Aún no apaciguada, saltó detrás de mí con los pies descalzos y me golpeó por todo el cuerpo con su vara de medir. La abuela se unió al ataque. "Está bien. Te enseñaré para que aprendas muy bien", dijo mientras me pateaba con sus zuecos.

Cuando terminó la paliza, estaba demasiado débil para levantarme; Simplemente me quedé allí donde había caído y lloré, las lágrimas son mi único consuelo. Terminado este castigo corporal, la abuela me arrastró hasta el granero que había en el patio, me empujó dentro y cerró la puerta con candado desde fuera, tal como se hace en esta prisión. Los sacos de arroz sin cáscara que habían estado humeando todo el día bajo el cálido sol del verano hacían que el interior fuera sofocante. Pero lo que enfrenté primero, cuando comencé a recuperarme del shock de

lo que había pasado, era el dolor en los lugares donde me habían golpeado y pateado. Noté que mi peine se había roto y que mi cabeza estaba cortada. Y además no había almorzado y tenía un hambre voraz. Sin embargo, aquí no había nada para comer. Me apoyé débilmente en los sacos de arroz y, recogiendo algunos granos que estaban esparcidos a mis pies, pelé una a una las cáscaras con las uñas y masticé los granos. Pero entonces recordé lo que acababa de pasar y comencé a llorar de nuevo. Sin embargo, debía haber estado exhausto porque antes de darme cuenta me había quedado dormido.

Al día siguiente por la tarde me dejaron salir del depósito de cereales. Aunque su ira no había disminuido en absoluto, la abuela me entregó, sin decir palabra, un poco de calabaza. Lo devoré. Cuando terminé, mi tío se acercó y me dio una carta. "Ve y lleva esto a la escuela", dijo.

Pude ver que estaba dirigido a mi maestro. "¿Ahora, señor?"

"Sí, en este momento".

Me lavé la cara, me cambié y salí de casa. Aunque no conocía su contenido, podía imaginarme bastante bien que contenía una petición a mi maestro para que me amonestara por lo que había hecho. ¿Pero qué había hecho yo que fuera tan malo? Nuestro libro de texto de moral nos ordenaba ser buenos amigos unos con otros y no menospreciar a las personas que provenían de hogares más pobres que el nuestro. Pues, sólo dos o tres días antes, nuestro propio maestro nos había hablado del tema de la "amistad".

Podía recordar exactamente lo que había dicho. Estaba segura de que la maestra no me regañaría; de hecho, la idea de que estaba en camino hacia el único aliado que tenía me levantó el ánimo.

Evidentemente la maestra acababa de terminar de cenar. Estaba paseando por el jardín, vestido con un yukata, su niño en brazos.

"Buen día señor."

"Oh, Fumiko", me saludó la maestra con una sonrisa. "No estuviste en la escuela hoy. Qué sucedió... ¿te regañaron otra vez?"

La maestra sabía que siempre me estaban castigando por una cosa u otra y probablemente no pensó que fuera tan grave. O tal vez dijo esto para mostrar su simpatía. En el camino había pensado que si pudiera verlo y contarle lo que realmente había sucedido, él podría decirme qué hacer. Pero tan pronto como me dijo esto, rompí a llorar y no pude pronunciar una palabra. Todavía llorando, saqué la carta de mi bolsillo y se la entregué. Lo cogió sin decir palabra, rompió el sello y, tras echarle un rápido vistazo, lo enrolló de nuevo y lo metió de nuevo en el sobre.

"No sé qué has hecho, pero dice que por alguna mala conducta te van a sacar de la escuela".

Sus palabras me golpearon como un fuerte golpe en el pecho. Mi cabeza daba vueltas y sentí como si estuviera yendo caer. La maestra continuó.

"Pero no hay nada de qué preocuparse. Por supuesto, en realidad no te mantendrán fuera de la escuela, sólo te obligarán a quedarte en casa por un tiempo. Tendré una charla con ellos. Pero verás, es difícil lograr que su gente ceda una vez que han dicho que van a hacer algo. Lo único que puedes hacer es tener paciencia un rato y hacer lo que te digan".

¿Qué podría decir para hacerle entender? Y no tenía a nadie más a quien recurrir. Me sentí traicionada y me fui sin decir una palabra. Lloré a mares en un salón de clases vacío, pero la única respuesta fue el sonido de mis propios sollozos haciendo eco en la habitación. Nunca había sentido tan intensamente lo completamente sola que estaba en el mundo.

Por lo que había dicho el maestro, deduzco que él y mi tío habían hablado de mí más temprano ese día. En ese momento en que me habían hundido en las profundidades del aislamiento, percibí todo

Era demasiado evidente la cobardía y la falta de sinceridad contenidas en esa palabra, "maestro", y me di cuenta muy dolorosamente de cuán huecas y engañosas son en realidad sus bellas conferencias.

X

Esto fue a principios de junio. Al comienzo del nuevo semestre en septiembre, tal como lo había predicho el maestro, me permitieron regresar a la escuela. Pero en mi boleta de calificaciones del primer trimestre, la calificación de comportamiento había bajado a "B", la única vez que esto sucedió en todos mis años en la escuela. Sin embargo, ir a la escuela nuevamente revivió mi ánimo, por ahora podría ver a mi amada Tami.

Tami estaba en tercer grado y su hermana, Ai, acababa de empezar la escuela. Estaba en mi primer año de escuela primaria superior. Verlos a los dos y hacer pequeñas cosas por ellos era mi único consuelo en la vida, ¡y cuánto los había extrañado! Pero después de eso sólo tuve la compañía de Tami por un breve tiempo. Apenas había comenzado el segundo trimestre cuando tuvo que quedarse en casa por un resfriado que la aquejaba a menudo. Después de dos o tres días aproveché la hora del almuerzo para ir corriendo y preguntarle cómo estaba. Tami estaba encantada de verme, pero supe que no mejoraba; de hecho, el médico dijo que tenía neumonía. Pero mi visita la animó y empezó a hablar animadamente. Temí que eso no hubiera sido bueno para ella y decidí no visitarla por un tiempo. Más tarde supe de Ai que su condición había empeorado y que ahora tenía meningitis. Una vez más fui a verla durante mi pausa para el almuerzo.

Ella ya no era la Tami que conocía. No había ni rastro de la pálida sonrisa con la que me había saludado la última vez. Ella simplemente yacía allí, con los ojos muy abiertos y mirando sin ver. Cuando el médico dirigió la luz de su reflector hacia sus pupilas, ella ni siquiera parpadeó. Era inútil. Sus abuelos se sentaron allí en silencio y dolor. Lloré. Tami se estaba muriendo y nunca la volvería a ver.

Dos días después, todos los niños del colegio acompañaron los restos de Tami en el largo viaje hasta el crematorio en las montañas. Me eligieron para ir al día siguiente con dos o tres personas más a traer las cenizas.

La casualidad nos había unido en una amistad que duró sólo tres años, pero parecía que estábamos destinados a compartir una intimidad especial. Siendo mis propios antecedentes los que eran, es posible que haya sido particularmente comprensivo con el hecho de que ella perdiera a su padre por la muerte y luego fuera abandonada por su madre. Pero cualquiera que fuera la razón, había llegado a pensar en Tami como en una hermana menor. No fue sólo que me sintiera solo después de su muerte; era como si me hubieran arrebatado algo muy importante. Cada vez que algo en casa o en la escuela me recordaba a ella, rompía a llorar. Pasó un mes así.

Un día estaba apoyado en un álamo en la escuela mientras los otros niños jugaban en el patio, cuando Ai corrió hacia mí. "Iwashita-san, aquí es donde has estado", dijo, tirando de mí de la mano. "Todo el mundo te ha estado buscando; vamos. Oye, ¿qué te pasa?"

Incapaz de controlarme, la rodeé con mis brazos. "Ai, he estado pensando en tu hermana".

Su expresión inocente había desaparecido y ella también parecía triste. Entonces recordó algo. "Oye, Iwashita-san, ¿viste lo que te traje el otro día?"

"¿Qué trajiste...? ¿Dónde?"

"¡Qué! ¿No lo sabes? dijo en un tono entrañable. "El costurero que consiguió la hermana. La abuela dijo que lo tendrías como recuerdo y que te lo llevarías".

¡El costurero de Tami! Por supuesto que lo sabía. Era una preciosa caja lacada en negro con un diseño de pergamino dorado y todavía era nueva. ¡Y pensar que me lo habían regalado! ¡Qué maravilloso! Nunca dejaría que le pasara nada. Pero Ai se habría decepcionado si le hubiera dicho que la familia aún no me lo había dado, así que simplemente respondí: "Oh, ¿eso? Sí lo vi. Gracias."

Si realmente hubiera recibido esa caja, habría estado demasiado jubiloso para haber respondido con tanta frialdad, pero dadas las circunstancias, esto fue lo mejor que pude hacer. No quería que Ai supiera lo mal que me sentía, así que le sugerí que jugáramos con los demás. La tomé de la mano y salimos corriendo para unirnos al juego.

XI

¡Cómo quería esa caja! Si pudiera verlo, pensé, sería como volver a encontrarme con Tami. Ese día, tan pronto como llegué a casa de la escuela, encontré un pretexto para buscar en todos los armarios y cajones, pero el costurero no estaba por ninguna parte. Tenía que estar ahí en alguna parte, pensé, y todos los días inventaba excusas para ordenar los armarios y limpiar las habitaciones. Finalmente tuve que concluir que mi mala abuela lo había puesto en algún lugar donde nunca lo encontraría, y dejé de buscar.

Varios meses después, cuando estaba limpiando la habitación de mi abuela, descubrí un trozo de papel que se había caído detrás de la cómoda. Mi curiosidad despertó, estiré mi mano entre la cómoda y la pared y lentamente la saqué. Era una vieja carta polvorienta escrita con letra de niño por un "Sadako".

Sadako era hija del hermano mayor de mi abuela y una vez había sido adoptada en esta familia. Sin embargo, después de una pelea entre la abuela y su hermano, la hija regresó a su propia casa. Fue entonces cuando decidieron llevarme.

Metí la carta en mi bolsillo y fui a mi habitación para leerla. He olvidado la redacción, pero no el significado. Al parecer, los iwashitas habían enviado todo tipo de regalos a Sadako, incluida la ropa con la que me habían vestido en el pueblo de mi madre. También supe por la carta que me habían enviado el costurero de Tami, que había buscado por todas partes y que iba a ser un recuerdo de ella. a Sadako. También supe que estaban pagando las lecciones de baile, costura y arreglo floral de Sadako, mientras que aquí me trataban peor que a una sirvienta. El saludo al final de la carta era bastante explícito: "Mi querida madre".

No voy a lloriquear como un bebé por todas las demás cosas que estaban destinadas a mí pero que fueron enviadas a Sadako. Pero cuando supe que le habían enviado el costurero de Tami, qué enojada y triste me puse.

XII

Ya habían pasado tres años desde que el maestro, el Sr. Hattori, vino a nuestra escuela. Joven, lleno de energía y aficionado a los deportes, no perdió tiempo en instalar un tronco oscilante, una pértiga giratoria y otros aparatos de gimnasia en el patio de la escuela, todo para el gran deleite de los niños. Y ahora dijo que íbamos a empezar a cultivar.

Alquiló un gran terreno detrás de la escuela para nuestro jardín. Los niños formamos equipos de cuatro o cinco, y a cada equipo se le asignó un terreno. Para empezar se eligieron patatas.

porque no requerían muchos cuidados. Emocionados comenzamos a cavar nuestras parcelas y a hacer surcos como nuestro maestro nos mostró en la pequeña parcela que hizo. Imitamos lo que hizo y, después de esparcir fertilizante en nuestro campo, por fin estábamos listos para sembrar. Nuevamente nuestro maestro nos mostró cómo hacerlo en su trama.

“Escuchen todos”, gritó con entusiasmo, “dentro de diez días estas patatas de siembra estarán brotando. Piénselo: ¡brotes que surgen de estos terrones de barro! Y después, patatas pequeñas. Y cuando comemos patatas, se convierten en alimento para nuestro cuerpo. Y, ya sabes, para los agricultores las patatas son la planta más fácil de cultivar. Pero aun así, no se puede dejar que las patatas de siembra crezcan solas y esperar obtener una buena cosecha. Hay que darle mucho cuidado a las plantas.

Y no sólo con las patatas: los agricultores tienen que trabajar duro en todos sus cultivos. Por eso nunca debes burlarte de los agricultores. Sin los agricultores, el pueblo japonés no podría vivir. Y eso es cierto en todas partes, no sólo en Japón”.

Estábamos pendientes de cada una de sus palabras, porque estábamos diez veces más interesados en esto que en las materias de clase.

Las patatas de siembra absorbieron el calor del sol y empezaron a producir pequeños brotes. Los niños bailamos de alegría ante este milagro de la creación. Los brotes crecieron cada vez más. Salíamos al campo cada vez que podíamos, comparábamos el progreso de nuestros propios brotes de papa con los de nuestros vecinos y presumíamos de quién tenía los más altos. Medimos nuestros brotes con reglas, raspando la tierra para que parecieran más altos. Nuestro horario estipulaba sólo un período a la semana para la jardinería, pero esto no era suficiente, por lo que también dedicamos tiempo a nuestras otras materias.

Allí estaríamos, fertilizando y desyerbando en el jardín, el maestro en camiseta, las niñas descalzas y con los kimonos arremangados, los niños enfundados únicamente en calzoncillos. Todos estábamos empapados de sudor y cubiertos de tierra de pies a cabeza, pero no había ninguno de nosotros a quien no le gustara. De vez en cuando sonaba el “Ahora todos escuchen” del maestro y sabíamos que tenía algo que decirnos.

“Tenemos que amarnos unos a otros. Y no sólo personas; tenemos que amar las cosas también, todo. Pero el verdadero amor no surge fácilmente; tienes que trabajar duro en ello. Bueno, ¿qué te parece? ¿Estás empezando a amar estas plantas?

En otra ocasión dijo: “Mira cuánto trabajo se necesita para cultivar una sola papa. Nos echamos a perder comprando patatas en la tienda de comestibles. Nos las llevamos a casa y los cocinamos, los comemos y los disfrutamos. Pero no tenemos idea del trabajo agotador que tiene que realizar el agricultor para fabricarlos”. Siempre terminaba su pequeña charla diciendo: “Así que nunca debes menospreciar a los agricultores. Los agricultores tienen nuestras vidas en sus manos”.

No llovió. La tierra se secó y los brotes empezaron a marchitarse. Todos nos levantamos temprano y llevamos agua a nuestras plantas. Algunos incluso salieron por la noche a regarlas, así de atrapados estábamos en el destino de aquellas patatas. Y, por supuesto, yo estaba allí con el resto de ellos.

Sin embargo, un día, al llegar a casa de la escuela, me llamaron directamente a la habitación donde estaban mi abuela y mi tía. Mi tía empezó a interrogarme. “Fumi, ¿es cierto lo que hemos oído: que todos habéis estado jugando a ser granjeros en la escuela?”

“Sí”, respondí temblando, seguro de que me iban a regañar por algo. Sin embargo, mi tía no parecía especialmente enfadada. Se limitó a decir, como para sí misma: «Imagínese enviarlas, incluso a las niñas, con este calor a hacer como si fueran granjeras. Vaya, para empezar se van a rasgar la ropa...” Luego me dijo: “Supongo que tendrás que continuar con lo que has comenzado.

Pero después de esto, no más”.

Aunque lamenté no poder trabajar en el jardín en el futuro, al menos me sentí aliviado de no poder hacerlo. tener que dejar de fumar inmediatamente. La abuela, sin embargo, tenía una opinión diferente.

"No. No "después de esto". Tienes que parar ahora. No pagaremos matrícula para que te enseñen a cultivar. Es una lástima que hayas empezado, pero creo que podemos arreglárnoslas para vivir de alguna manera sin que tengas que salir a trabajar como granjero". Simplemente escuché mientras ella continuaba. "A partir de mañana no tendrás nada que ver con esa agricultura, Fumi. Y no intentes decirme que es una de tus materias escolares. Puedes quedarte en casa y no ir a la escuela el día que tengas esa materia, ¿me oyes?"

Debí tener una expresión rencorosa en mi rostro, porque mi abuela trabajaba cada vez más. Me levanté y comencé a mencionar otras cosas por las que regañarme.

"Y otra cosa. Siempre vuelves a casa con las correas de los zuecos rotas. Bueno, sé muy bien de qué se trata: te cuelgas y te balanceas en esa cosa y corres con los chicos. Siempre pareciéndose a esos pobres y vulgares niños. Eres una niña y debes comportarte como una niña que tiene al menos un poco de educación. Así que a partir de mañana todo eso de correr estará prohibido. Eso también se aplica al swing y al juego de la mancha. Y no creas que no sé lo que haces mientras estás en la escuela. Te vigilo desde la colina detrás de la casa..."

¡Ah! Finalmente me iban a arrebatar mi último pedacito de libertad. Aquí estaba yo, a los doce, trece años, el período más activo de mi infancia, y se me prohibiría todo tipo de juego excepto el período de ejercicio prescrito en la escuela, y todo porque mi ropa podría descolorarse con el sol, o ¡Las correas de mis zuecos podrían romperse! Qué prueba fue para una marimacho revoltosa como yo estar atada de pies y manos de esta manera. Ahora como adulta, cuando escucho a una madre gritarle a su hijo por ensuciar su ropa jugando en el barro, quiero gritarle: '¿Qué valoras más, a tus hijos o su ropa? No son los niños los que existen para la ropa, sino la ropa para los niños. Si ensuciar la ropa es tan horrible, que los niños anden con ropa vieja".

Los adultos hacen sufrir a sus hijos por las apariencias o para ahorrarse un pequeño problema. Pero es trabajo de un adulto, especialmente de una madre, ayudar a su hijo a desarrollar sus habilidades naturales. Es un error terrible privar a los niños de su libertad y robarles su personalidad.

¡Deja que tus hijos jueguen como quieran! Jugar libremente en esta tierra es el único privilegio que la naturaleza ha dado a los niños. Si se les permite jugar, crecerán y se convertirán en seres humanos sanos. De esto, al menos, estoy absolutamente seguro.

XIII

Fue al final de una de nuestras lecciones, cuatro o cinco días después de que la abuela hubiera pronunciado esta sentencia. Mirándonos desde su plataforma, el Sr. Hattori dijo en un tono encantadoramente casual: "Bueno, ¿qué dicen en casa acerca de que nos dediquemos a la jardinería? Apuesto a que algunos pensaron que era una buena idea, pero otros podrían haber dicho: 'Oh, no queremos que nuestros hijos hagan algo así'.

Nadie habló. La maestra llamó a un niño llamado Hosoda. "¿Qué tal en tu casa? ¿Hosoda? ¿Tu hermano no dijo nada?"

Este niño, que vivía con un hermano mayor que padecía tisis, dijo: "Mi hermano está contento. Dice que me hará fuerte".

"Mi padre también..."

Los niños murmuraban entre ellos, pero ninguno se atrevía a hablar. Parecía que el profesor iba a llamar a alguien y tuve el terrible presentimiento de que sería yo. Miré mi escritorio, tratando de pasar lo más discreto posible. Y efectivamente...

"¿Qué pasa con tu familia, Iwashita-san? Apuesto a que tu abuela dijo algo.

Quizás, pensé, había oído algo. Pero incluso si no, él conocía a mi familia lo suficientemente bien como para que no hubiera podido mentir. Sin embargo, si dijera la verdad...

"Sí. Bueno, umm... La abuela dijo que me decoloraría la ropa trabajando en la agricultura".

Una sonrisa sarcástica se dibujó en su rostro. "Hmm ya veo. Bueno, supongo que para alguien que se viste con ropa propia de una reina... —dijo con mal humor. Luego, con el libro de texto bajo el brazo, abrió de golpe la puerta del aula y salió enojado.

Los ojos de todos estaban puestos en mi ropa, y sentí que me ponía roja de vergüenza al darme cuenta de lo gastada que estaba. Llevaba una yukata blanca informe y remendada con un feo estampado índigo.

¡Cómo odiaba entonces al maestro! ¿Por qué tuvo que humillarme delante de todos? Él siempre estuvo predicando durante nuestro período de jardinería cómo debemos amar lo que trabajamos para cultivar, y aquí estaba...

Cuando llegué a casa no podía quitarme de la cabeza el incidente. También tenía miedo de haberle hecho daño a mi abuela de alguna manera al responderle así. Cuanto más lo pensaba, más sentía que tenía que decir algo y finalmente les conté lo que había sucedido.

No estaban enojados; de hecho, parecían casi triunfantes. La abuela simplemente se volvió hacia mi tía y le dijo: "Dios mío, esta estupidez es realmente el límite. Ni siquiera sabe la diferencia entre lo que hablas con los de afuera y lo que guardas silencio. Tendremos que tener cuidado en el futuro de no decir lo que realmente queremos decir delante de ella; ella hablará de cualquier cosa".

Siempre habían tratado de hacerme creer que todo lo que decían era absolutamente cierto. Ahora me di cuenta de que a menudo decían e hacían cosas que no debían repetirse. Nunca más podría creer implícitamente lo que decían. A partir de ahora tendría que pesar y medir todo.

XIV

Con todo lo que me habían quitado, tanto la escuela como el hogar eran un infierno. Pero debí poseer una obstinación que me salvó de ser completamente aplastado por más golpes que me dieran. Ahora también pude descubrir un mundo donde podía ser feliz, y cuando estaba solo, este mundo era todo mío. Recuerdo un momento, el único, en el que probé la alegría.

La familia de mi tía era propietaria de una montaña llamada Dae San, que mi tío había comprado cuando trabajaba en el ferrocarril y había plantado castaños. En ese momento estaba generando ingresos bastante grandes para la familia. La eulalia y la hierba de la pampa crecían a la altura de los hombros entre los castaños, y cada otoño se contrataba a hombres para cortar la hierba. Los ingresos obtenidos también fueron considerables.

En otoño, cuando las castañas se partían y caían al suelo, alguien de la familia, normalmente el tío, iba a recogerlas. Pero el tío no era muy fuerte y a veces no estaba para escalar la montaña; luego me encargaría yo mismo de recoger las castañas. Sólo en momentos como este pude encontrarme como una persona libre.

Esa experiencia de alegría ocurrió en el otoño del año en que fui despojado de todo. Mi tío estaba peor de salud que de costumbre y a menudo obtenía el permiso de mi abuela para ausentarse.

del colegio y vamos a recoger castañas. Cuando subía a la montaña siempre llevaba tabi y calzas y me ataba zori a los pies, porque había víboras y se sabía que había gente que había sido mordida. Equipado con una guadaña, un palo y una bolsa para guardar las castañas, salí de casa muy animado.

No lamentaba en lo más mínimo estar ausente de la escuela en días como ese. Escalar esta montaña yo solo fue mucho más divertido que ir a la escuela. Las castañas de color rojizo ya estaban a punto de estallar de sus cáscaras. Los arrancaba con el extremo bifurcado de mi palo, los movía debajo de mi zori y extraía las nueces. Si no salían con este método, los sacaba con el dorso de una azada. Después de recoger las castañas que aún estaban en las ramas, fui de un árbol a otro, buscando en el suelo nueces que ya se hubieran caído de sus rebabas.

En algunos lugares el suelo estaba casi desprovisto de vegetación, mientras que en otros la hierba crecía profunda y espesa. Un faisán, asustado, surgió repentinamente de la hierba y un conejo se alejó asustado. Al principio yo estaba demasiado sorprendido para moverme, pero mi miedo inicial pronto dio paso a una cálida sensación de intimidad con estas criaturas. "Oh, me diste un susto", murmuré. "No tienes que huir así. Después de todo, somos amigos, ¿no?"

Aunque el conejo y el faisán que huían no me prestaron atención. Aunque no me importaba. De hecho, sonreí para mis adentros ante las "cosas divertidas" y, dejando algunas de las castañas intactas en los grupos, pasé a otro lugar.

Mi saco se hizo pesado y mis piernas se cansaron. Dejé todo mi equipo y corrí directamente a la cima de la colina para descansar. No había nada allí arriba que realmente pudiera llamar árbol, pero ominaeishi amarillo, campanillas moradas y tréboles arbustivos estaban en flor por todas partes. Esta "montaña" no era muy alta (de hecho, nuestro maestro había afirmado una vez que no era una montaña en absoluto, sino sólo una "colina"), pero desde lo alto se podía contemplar todo Bugang. Al noroeste, más allá de los campos y arrozales, se encontraban varios edificios, incluida la estación de ferrocarril y la posada. Aunque Bugang se daba aires de ciudad, en realidad no era más que una aldea. Los edificios más llamativos fueron los de la policía militar; y desde uno de estos edificios vi ahora a un policía vestido de caqui arrastrar a un coreano al patio, arrancarle la ropa y golpearle las nalgas desnudas con un látigo. Podía escuchar la voz estridente del policía contando sus golpes: "Uno, dos, tres..." Casi sentí que escuchaba los gemidos del coreano al que azotaban.

No es una vista muy agradable. Me di la vuelta y miré hacia el sur. El hermoso Bu Yong Bong se elevaba en la distancia, y en su base, moviéndose tranquilamente de este a oeste como un obi de seda, el Baek Cheon brillaba intensamente con los rayos reflejados del sol de otoño. A lo largo de sus bancos de arena, una mula avanzaba pesadamente bajo su carga, y al pie de la montaña, entre los árboles, se asomaba aquí y allá una aldea coreana de casas bajas con techo de paja. La tranquila aldea que emerge vagamente de la niebla podría haber sido la escena de un cuadro chino.

Mientras contemplaba toda esta belleza, sentí que ahora, por primera vez en mi vida, estaba realmente viva. Abrumado por una sensación de bienestar, me dejé caer sobre la hierba y miré al cielo. Qué profundo era. ¡Si tan solo pudiera penetrar esas profundidades! Cerré los ojos y me entregué a pensar. Una brisa fresca agitó la hierba a mi alrededor y cuando volví a abrir los ojos, había una libélula posada en la punta de mi nariz. Mis oídos zumbaban con los sonidos de los grillos y los insectos campaneros.

Debía ser la hora del recreo, porque podía oír las voces fuertes de los niños jugando. Me puse de pie, y justo debajo de mí estaba la escuela y los niños jugando al fútbol.

Cada vez que la pelota caía al suelo los niños peleaban por ella con gran entusiasmo. Parecían estar divirtiéndose mucho. En la escuela siempre tenía que mirar con tristeza mientras los demás jugaban, pero ahora no sentía ni pena ni placer. Fue como si estuviera fusionado en la escena. Sentí que una fuerza brotaba de lo más profundo de mi interior y grité "¡Oye!" a nadie en particular. Por supuesto, no hubo respuesta, porque estaba completamente solo.

Sonó el timbre del colegio y los niños regresaron al aula. Bajé de nuevo al bosque de castaños. Me sentí tan alegre que comencé a cantar una canción que había aprendido en la escuela. No había nadie aquí que pudiera criticarme; Yo era libre como un pájaro. Canté hasta quedarme ronco, inventando también mis propias canciones. Las emociones que constantemente tenía que reprimir ahora surgieron libremente, sin inhibiciones, y me sentí reconfortado. Sediento, recogí algunas peras en el huerto junto a la choza donde guardábamos las castañas y las devoré, con piel y todo. Luego volví a caer al suelo para contemplar los trozos de cielo y nubes que asomaban entre los árboles. Me asaltó el olor sofocante de la hierba y el aroma de las setas silvestres, y los aspiré vorazmente.

¡Naturaleza! ¡Naturaleza en la que no hay engaño! Sencillo y gratuito, no deformas el alma de una persona como lo hacen los humanos. Quise gritarle gracias a la montaña con todo mi corazón... hasta que recordé la forma en que vivía; Entonces sentí ganas de llorar. Y lloré, una y otra vez, hasta que no quedaron lágrimas. Después de todo, este día en la montaña era el único momento que tenía para encontrarme a mí mismo. Este fue mi único día de liberación.

XV

Un día en la parte más calurosa del verano, la sobrina de la abuela, Misao, vino de visita. Esta mujer estaba casada con un hombre llamado Fukuhara que tenía su propio hospital en Gang Gyeong. Nunca había estado de visita antes y creo que casi nunca había escrito correspondencia; pero ella no era una persona vulgar como yo, y la familia Iwashita hizo todo lo posible para entretenerla.

Misao, una hermosa mujer de unos veinticuatro o veinticinco años, trajo consigo a su hijo, que aún estaba amamantando. Llegó vestida con un kimono de verano de gasa crepé cubierto con un llamativo estampado de flores, y lo había ceñido con un llamativo obi cargado de hilos de oro y seda. A pesar del calor, llevaba encima una chaqueta de crepé de seda. Con un collar de oro en el cuello y anillos de oro en los dedos, su atuendo no era muy armonioso, pero sí daba la impresión de una mujer muy acomodada.

Apenas se pronunciaron los saludos formales a su llegada cuando la abuela notó que el kimono de Misao estaba empapado de sudor. "Vaya, Misao, tu ropa está absolutamente empapada. Quítatelos y cámbiate y ponte otra cosa".

"Así es. Quizás cambie", respondió Misao. Se quitó la ropa que llevaba y la dejó caer sobre ella. La propia abuela las recogió y las sacó a secar al sol, extendiendo con cuidado cada prenda. Se aseguró de ponerlos donde pudieran ser vistos por las mujeres pobres del barrio que venían a sacar agua del pozo.

La abuela quedó debidamente impresionada cuando Misao le habló de la vida opulenta que llevaba en la casa de su marido. "Oh, Dios mío, ¿no es simplemente grandioso? ¿No eres tú el feliz? Tendrás que asegurarte de cuidar bien de ese marido tuyo".

La abuela estaba llena de bendiciones y amables consejos para Misao. Ella también cumplió con su parte, alardeando ante su visitante de su casa y de la alta posición que ocupaba en el área de Bugang. Siguieron haciéndolo durante uno o dos días sin agotar estos temas, y durante las pausas

en la conversación, mi abuela o alguno de los demás acompañaba a Misao por el jardín o en excursiones para ver su propiedad.

Estoy seguro de que yo también aparecí en su conversación. Misao obviamente me miró con desdén y apenas me habló. Si bien no me desagradaba especialmente, tampoco la consideraba muy agradable.

Misao tenía una amiga que vivía a sólo diez ri de Bugang, y parecía que no podía decidir si ir a visitarla o no. La abuela la animó. "¿Por qué no te vas? Podrás llegar allí en un abrir y cerrar de ojos en el tren".

Misao vaciló. "Pero tengo este hijo. Será un gran problema". Era obvio que ella quería que yo la acompañara a cuidar al bebé. La abuela recogió la pelota. "Eso está bien. Puedes hacer que Fumi cargue al bebé", dijo.

Oh, no, pensé. No me digas que voy a tener que cargar con este mocoso en este calor por esta mujer que se cree una especie de reina.

"Supongo que podría. Si ella estuviera dispuesta, estaría bien, pero... bueno, Fumiko, ¿lo harías? Misao

Estaba tratando de hacerme estar de acuerdo.

Evité dar una respuesta directa, algo que en cualquier otro momento habría provocado la ira de mi abuela sobre mí. Pero por alguna razón, esta vez pareció seguirme la corriente. En lugar de ordenarme que fuera, como lo haría normalmente, la abuela simplemente dijo a modo de sugerencia: "Oh, ¿por qué no te vas, Fumi?". Luego, cuando Misao estuvo fuera de la habitación por un momento, dijo suavemente: "Ahora, si no quieres, sólo dilo. Nadie te obligará a hacer algo que no quieras".

Al oír estas amables palabras mi corazón se ablandó y toda mi reserva desapareció. Quería llorar en el regazo de mi abuela. Respondí con toda la sencillez de un niño que confía en el amor de su madre. "En realidad, si está bien, no quiero ir".

"¡Qué!" La abuela explotó. Me agarró por la parte delantera de mi kimono y me sacudió. Antes de darme cuenta de lo que había sucedido, me había caído del porche y estaba acostado de espaldas en el suelo. Mirándome y lanzando su habitual sarta de invectivas, la abuela empezó a hablar.

"¡Qué! ¿No quieres ir? Tranquilízala un poco y esta mejilla es lo que obtendrás a cambio. Bueno, no es una cuestión de si quieres ir o no: por supuesto que irás. Solías cuidar de mocosos campesinos llorones, ¿no? Pero no voy a obligarte a ir. Oh, no.

¿No quieres ir? Bueno, eso está bien para mí. Ya no tienes por qué estar en esta casa y te agradeceré que te vayas. Así que sal ahora. ¡Afuera!"

La abuela se había puesto los zuecos del jardín y ahora estaba a mi lado empezando a pisotearme y patearme con todo lo que valía. Me quedé aturdido en el suelo mientras mi abuela se iba a la cocina. Pronto regresó con un cuenco de madera desconchado que usó el sirviente, que procedió a moler en mi pecho. Luego me agarró por el pelo del cuello y me arrastró por el suelo hasta la puerta trasera. Cuando me di cuenta de que me habían echado, ella había cerrado la puerta con llave y caminaba de regreso por el patio.

Estaba tan completamente exhausta y herida que no podía moverme. Creo que pasaron dos o tres coreanos y dijeron algo, pero yo ni siquiera hice ademán de levantarme. Simplemente me recosté boca abajo donde estaba y lloré.

Pero quedarme allí llorando no me iba a servir de nada. Nadie más pasó, y nadie iba a salir de la casa para llamarme. Sólo tenía ese cuenco desportillado que la abuela me había molido en el pecho, y eso no me iba a servir de mucho. Tendría que regresar y disculparme. Haciendo acopio de todo mi coraje, me levanté y caminé a tientas a lo largo de la pared.

Me dirigí a la puerta principal y entré. Me até las mangas para ir a trabajar y me puse a fregar con cuidado el sucio porche. Tan pronto como mi abuela me vio llamó a Kō para que hiciera el trabajo. Luego comencé a lavar los platos. Pero la abuela me hizo a un lado y se hizo cargo ella misma de la tarea. Cuando comencé a barrer el jardín, ella se acercó y me quitó la escoba sin decir palabra. Me dirigí a mi habitación como un perro callejero que regresa, abatido, a su guarida. Caí al suelo y me quedé inmóvil, mirando fijamente el viejo periódico colgado en la pared. Pero entonces recordé lo que había pasado y comencé a llorar.

Por fin llegó la noche. La abuela había sacado la estufa de barro portátil debajo del alero de la casa principal y estaba friendo tempura. Sólo estaba el jardín entre ella y mi habitación, y el olor del aceite pareció quemarme el estómago vacío. No había comido nada desde el desayuno.

El hijo pequeño de Kō se acercó a la abuela para devolverle un plato en el que probablemente le habían dado sobras a su familia. "Vaya, vaya, qué buen niño", dijo la abuela, dándole dos o tres trozos de tempura. Luego miró en dirección a mi habitación, se encogió de hombros y se rió.

Salí silenciosamente de la casa; pero una vez afuera no tenía adónde ir. Bajé al pozo comunal de los coreanos en la carretera justo debajo y miré sin rumbo fijo en su profundidad. Una mujer coreana que yo conocía vino con una olla de verduras para lavar. "¿Tu abuela te ha regañado otra vez?" preguntó en tono amable. Cuando asentí, ella dijo: "¡Pobrecita! ¿Por qué no vienes a nuestra casa? Mi hija está en casa".

Sentí ganas de llorar de nuevo, pero de alivio, no de tristeza. Podría haberme derretido en el calor de ella. gran corazón compasivo. "Gracias. Me gustaría", dije apreciativamente mientras la seguía.

La casa de esta mujer estaba ubicada en la colina detrás de la casa de mi tía y ofrecía una vista clara. de ello. Empecé a preocuparme de que tal vez pudieran verme desde allí también.

"¿Almorzaste?" ella preguntó.

"No. Desde esta mañana ..."

"Dios mío, ¿nada desde la mañana?" exclamó la hija sorprendida.

"Pobrecito." Ahí estaba, otra vez esa frase.

"Si no te importa que sea sólo arroz de cebada, por favor come un poco de arroz. Tenemos muchos".

Ya no podía controlar mis emociones; Me derrumbé y lloré. En los siete largos años que pasé en Corea, nunca me había tocado así un acto de bondad humana. Estaba tan agradecido y tenía tantas ganas de comer que podría haber saltado sobre la comida. Pero tenía miedo de que la familia me viera, miedo de mi abuela, que seguramente diría que no podía tener en su casa a un mendigo que tomaba comida de los coreanos. Rechacé la oferta y salí de la casa de los coreanos con el estómago tan vacío como siempre. Como no quería volver a casa, deambulé un rato por el campo de atrás, pero finalmente no me quedó más que regresar a casa. Ya era de noche y las lámparas de la casa estaban encendidas. La familia estaba en la sala de estar charlando durante la cena. Hice lo que siempre hacía en momentos como este: me arrodillé en la terraza fuera de la sala y me disculpé.

No hubo respuesta. Repetí la disculpa dos o tres veces, pero nadie me hizo caso.

La abuela finalmente me gritó. "Callate. No haces más que jugar todo el día; y cuando oscurece y no hay adónde ir, vuelves a casa, te disculpas con toda la dulzura posible y enciendes las lágrimas.

Oh, si eso no es propio de ti. ¿Qué pasa? ¿No había nadie que quisiera darte siquiera un plato de arroz? Bueno, no somos diferentes. ¡Aquí nadie va a poner arroz en tu plato, jovencita!

Todavía estaba mi tía. Me arrojaría a su misericordia y le haría escuchar mis disculpas. Pero ella ya se había unido a mi abuela para denunciarme. Misao estaba allí, pero por supuesto nunca habría intercedido por mí.

Cuando terminaron, mi abuela y mi tía recogieron apresuradamente los platos y luego, como era su costumbre, tomaron un banco afuera para pasar la tarde en el jardín. Ahora estaba solo en la casa y aprovecharía la oportunidad para comer algo. Sin embargo, no se encontró nada. Entonces recordé la caja de cables en la viga bajo el alero detrás de la habitación de la abuela. Sin embargo, cuando miré dentro, no había nada. Luego probé la caja fuerte para carne en el rincón de la cocina, abriendo la puerta con cuidado para no hacer ruido. Por lo general, dentro había al menos un tarro de azúcar; pero ahora estaba vacío.

Regresé a mi habitación y busqué a tientas la ropa de cama en la oscuridad. Después de colocarlo y colocar el mosquitero, me dejé caer tal como estaba, demasiado cansado para ponerme la ropa de cama. Sin embargo, no pude conciliar el sueño escuchando la animada conversación y las risas del jardín y las voces de los Minamis, que vivían cerca.

Oh, cómo los odiaba. Sin embargo, intentaba pensar las cosas detenidamente: ¿lo que había hecho era realmente malo? Tenía muchas ganas de poder entender qué era lo que había hecho mal; pero no lo sabía. Era más de la una cuando finalmente me quedé dormido.

Cuando desperté al día siguiente el sol ya estaba en el cielo. Ko estaba barriendo el jardín como de costumbre, la abuela preparaba el desayuno en la cocina y la tía, que se había hecho cargo de mi tarea de limpiar las habitaciones, se ocupaba enérgicamente de las puertas correderas y del almacén con el plumero.

¡Este era el momento de pedir disculpas! Podrían gritarme y chillarme, pero si fuera Ahora y sumergido en mi trabajo, tendrían que perdonarme. ¡Era ahora o nunca!

Pero completamente desprovisto de fuerzas, física y emocionalmente, cada vez que intentaba levantarme, volvía a caer. Naturalmente, no había comido nada desde la tarde de dos días antes, y ya tenía el estómago tan vacío que ya ni siquiera sentía hambre. Apenas podía levantar las piernas, por no hablar de levantarme y trabajar.

Mientras tanto, evidentemente habían terminado de comer. Misao y el tío habían salido, y la abuela y la tía se habían ido a algún lugar, tal vez al huerto. La casa estaba en silencio. Había dejado pasar mi oportunidad. "Bueno, eso es todo", suspiré. Ya no me importaba; pase lo que pase.

Este pensamiento me animó un poco. Después de dar vueltas con indiferencia durante un rato, puse los pies sobre la colcha que había puesto a los pies del colchón y pasé las siguientes horas medio dormido, medio despierto, mirando al techo. Entonces me despertó el ruido de los platos: debía ser la hora del almuerzo familiar. "Esto es todo", pensé mientras me obligaba a ponerme de pie. Luchando contra el mareo, me dirigí hacia donde estaban comiendo. Una vez más me arrastré, con la frente tocando el suelo. "Fui malo. Nunca volveré a hablar así voluntariamente", me disculpé con total sinceridad.

No, "sinceridad" no es la palabra correcta. "Seriamente", sí, como un preso con la soga alrededor del cuello, suplicando por su vida con toda la fuerza que tiene. No es que sirviera de nada. Dicen que la sinceridad mueve el cielo; mi abuela y mi tía, sin embargo, no eran el paraíso.

"El pescado de hoy está rico y fresco, ¿no crees?" La abuela dirigió su comentario a la tía, fingiendo que no me había oído. La tía, sin embargo, me miró fijamente y me regañó bien. "Si realmente lo sentías, ¿por qué no te levantaste esta mañana a primera hora para disculparte? Mientras sigas con esa terquedad, ciertamente no voy a hablar con tu abuela por ti".

Esto era más o menos lo que esperaba, pero la brusquedad de esta reprimenda me dejó paralizado. Me arrastré de regreso a mi habitación, caí boca abajo al suelo y lloré. Pero ya no tenía más lágrimas que derramar. Apoyándome contra la pared junto a la ventana, miré distraídamente mis piernas extendidas.

Entonces, sin más, porque había dejado de resistir, se levantó desde dentro y apareció ante mí en toda su sencillez: la muerte. Eso era todo: simplemente muere. Qué sencillo sería todo. Con ese pensamiento sentí que había sido salvo; y de hecho lo hice. De repente me sentí inundado de fuerza, en cuerpo y alma. Mis extremidades flácidas se tensaron y, antes de darme cuenta, ya estaba de pie, preocupaciones como mi estómago vacío quedaron atrás para siempre.

El expreso de las 12:30 aún no había pasado. ¡Sí, eso es lo que haría! solo tendría que cerrar Mis ojos y salto.

Pero no con este aspecto, no con estos harapos. Me cambié la combinación lo más rápido que pude, cogí un kimono ligero y un obi de muselina estrecho de mi caja en la esquina, y los doblé formando un pequeño paquete, que envolví en una tela de transporte. Tendría que darme prisa si quería lograrlo. Ocultando el bulto bajo mi brazo, salí por la puerta trasera. Corrí con todas mis fuerzas, radiante al pensar que lo dejaba todo atrás e iba hacia la salvación de la muerte.

Llegué al cruce justo al este de la estación. La señal todavía estaba alta. Bien, el tren llegaría pronto. Para no ser visto desde la elevación al este de la casa de mi tía, me cambié de ropa detrás del dique cerca del cruce. Enrollé mi ropa vieja en la tela y coloqué el bulto en un matorral de hierba cercano; Luego, agazapado detrás del dique, esperé el tren. No vino y no vino. Por fin me di cuenta de que ya había pasado.

Con eso sentí un miedo extraño de que incluso ahora estaba siendo perseguido por alguien y estaba a punto de ser detenido. Dios mío, pensé, ¿qué debo hacer? Entonces mi mente se volvió absolutamente clara y supe en un instante lo que haría. ¡El río, Baek Cheon! En sus profundidades índigo sin fondo ...

Crucé las vías y comencé a correr. Manteniéndome al amparo de los terraplenes, los árboles y los campos de kaoliang, recorrí los catorce o quince chō por caminos secundarios, sin pausa, hasta el lugar junto al antiguo mercado donde el río forma un estanque profundo. Afortunadamente no había nadie alrededor y, con un suspiro de alivio, me dejé caer sobre la grava. Ni siquiera sentí el calor abrasador.

Cuando los latidos de mi corazón disminuyeron, me levanté y comencé a llenarme las mangas de piedras. Pronto estuvieron bastante bien cargados, pero luego pareció que las piedras podrían deslizarse, así que me quité la enagua, la extendí en el suelo y puse más piedras dentro. Enrollé el bulto y lo até alrededor de mi cintura como un obi.

Todo estaba listo. Me agarré a un sauce junto a la orilla y miré hacia el estanque. El agua estaba perfectamente tranquila y tan oscura que casi parecía petróleo. Ni siquiera hubo una onda. Pero cuando miré hacia las profundidades comencé a imaginar que el dragón legendario estaba allí abajo esperando a que cayera, y este pensamiento me inquietó. Mis piernas se sentían débiles y comenzaron a temblar. En ese momento, el sonido de una cigarra atravesó el aire sobre mi cabeza.

Entonces miré, una vez, todo lo que había a mi alrededor. ¡Qué bonito quedó! Escuché atentamente los sonidos a mi alrededor y lo pacíficos y quietos que eran. Esto fue un adiós, un adiós a las montañas, a los árboles, a las piedras, a las flores, a los animales, al sonido de esta cigarra, a todo.... De repente me sentí triste. Pude escapar de esta manera de la frialdad y la crueldad de mi tía y mi abuela, pero aún quedaban tantas cosas, innumerables cosas, cosas hermosas, que amar. El mundo era mucho más vasto que la casa de mi abuela.

Todo mi pasado, madre, padre, hermana, hermano, mis amigos en casa aparecieron ante mi mente, llenándome de nostalgia. Ya no quería morir. Me apoyé en el sauce y pensé. Si muriera aquí, ¿qué dirían mi abuela y los demás de mí, de por qué morí? Podían decir lo que quisieran y yo nunca podría negarlo, reivindicarme. No puedo morir ahora, pensé. No, tengo que buscar venganza; Junto con todas las demás personas a las que se les ha hecho sufrir, tengo que vengarme de quienes han causado nuestro sufrimiento. No. No debo morir.

Bajé de nuevo a la orilla rocosa del río y me saqué las piedras de las mangas y de la ropa interior. falda, uno por uno.

XVI

¡Qué niño tan patético, decidido a morir y sin embargo incapaz de llevar a cabo el acto! Y como si no fuera suficientemente grotesco buscar la salvación en la muerte a una edad en la que debería haber estado creciendo y desarrollándose como la hierba tierna en primavera, ¿qué era lo único por lo que quería seguir viviendo? Venganza. Fue horrible, triste.

Con un pie sobre el umbral de la tierra de la muerte, de repente me di la vuelta. Regresé a lo que era para mí el infierno en la tierra, la casa de mi tía. Pero ahora un rayo de esperanza, aunque negro y sombrío, brilló para mí, y tuve la fuerza para soportar cualquier sufrimiento que me aguardaba.

Ya no era un niño; Dentro tenía un pequeño demonio con cuernos. Creció en mí una tremenda sed de conocimiento. ¿Qué tipo de vida vivía la gente en este mundo? ¿Qué estaba pasando en el mundo? No sólo en el mundo de los seres humanos, quería saber también sobre el mundo de los insectos y los animales, el mundo de los árboles y las hierbas, el mundo de las estrellas y la luna, todo el vasto mundo de la naturaleza. Lo que buscaba no era el aprendizaje miserable de los libros de texto escolares.

Me habían quitado todas las libertades. En la escuela eran deportes y juegos, en casa, todo. Pero la vida dentro de mí no era tan débil como para marchitarse y morir por eso.

En algún lugar, de alguna manera, tenía que encontrar una salida para esta voluntad de vivir.

Un día estaba apoyado contra la pared de la escuela mirando a los otros niños disfrutando de sus juegos cuando un amigo se me acercó con una vieja revista, Young People's World. "¿Es interesante?" Yo pregunté.

"Ajá, bastante interesante".

Quería leerlo de la peor manera. "Déjame verlo. ¿Podría tomarlo prestado?"

Ella me lo dejó y comencé en la primera página. Mientras los otros niños jugaban, yo devoré positivamente esa revista. Cada detalle fue fascinante, e incluso en clase no podía dejar de pensar en ello. Cuando terminaron las clases, me quedé en el aula para leerlo. Caminé a casa a paso de tortuga leyendo. En casa, robaba cada momento que podía para leer a escondidas.

La abuela me sorprendió, por supuesto, y me regañó, pero yo no estaba dispuesta a rendirme. Después de eso tuve que dejar de leer en casa, pero leo en el camino hacia y desde la escuela, durante el recreo e incluso, discretamente, durante la clase. Empecé a pedir prestados libros y revistas de todo tipo a mis amigos.

Sin embargo, tuve un problema cuando dejé la escuela, porque como entonces estaba en casa todo el tiempo, ya no podía pedir prestados libros. Estaba constantemente ocupado con el problema de cómo encontrar una manera de leer. La hija de una de las vecinas trajo el Mundo de las Señoritas.

o alguna revista parecida que recibía todos los meses. Se lo pedí prestado y le dije que me gustaría leer cualquier libro antiguo que pudiera tener. Ella trajo los números atrasados de un año entero y me los entregó justo en frente de mi abuela. Estaba fuera de mí de alegría, pero miré a mi abuela y a los demás con nerviosismo. Pero le dieron las gracias y aceptaron las revistas. Durante un tiempo pude leer abiertamente y, de hecho, leí uno o dos sin que la familia dijera nada. Pero la abuela no guardó silencio sobre el tema por mucho tiempo.

“¿Por qué si dejas que Fumi lea, ella se olvida de todo lo demás y deja ir las tareas del hogar? No decimos nada al respecto y eso sólo la hace más atrevida. Bueno, tendremos que dejar de leer de una vez por todas...” Naturalmente mi tía estaba totalmente de acuerdo.

“¡Oh querido!” Hice como si estuviera a punto de romper a llorar. —Pero ¿y si juro no leer nunca durante el día, sólo por la noche? Supliqué lo mejor que pude. Pero fue en vano: tomaron las revistas y se las devolvieron a su dueño.

La única lectura que cruzó por mis ojos después de eso fue el periódico. No es que me permitieran leer uno; Los periódicos no eran para niños, en la elevada opinión de la familia. La única manera de saber lo que había en ellos era escucharlos en las raras ocasiones en que la abuela los leía, ya que siempre leía en voz alta. De vez en cuando me aventuraba a echar un vistazo furtivo a los titulares de las noticias, o hojeaba las novelas por entregas cuando se suponía que debía estar haciendo la limpieza de la mañana o de la tarde. Quité el polvo de las puertas correderas y de los estantes con la mano derecha y con la izquierda sostenía el periódico. Si hubiera un artículo que pareciera particularmente interesante, lo llevaría al retrete para leerlo.

Había algunos volúmenes en la escasa estantería del tío que deseaba de la peor manera leer. Una vez, cuando mis tíos se fueron de viaje, me llevé uno de los libros. Era uno de los cuentos de hadas de Andersen; El tío no tenía mucho más.

No era fácil leer sin que mi abuela me viera. Ese día y el siguiente transcurrieron sin que me descubrieran, pero en la tarde del tercer día mi abuela se acercó silenciosamente a mí, de puntillas, como solía hacer, mientras yo estaba absorto en la lectura junto a esa letrina en un rincón del campo. Ella me sobresaltó con esa voz estridente suya. “Fumi, ¿te importaría romper esta rama por mí?”

“Oh, oh”, pensé, y rápidamente metí el libro en mi pecho. Sin embargo, era un volumen voluminoso de cuatrocientas páginas que me abultaba el kimono. La abuela se dio cuenta inmediatamente y sacó el libro de mi kimono. Me llamó “niña ladrona” y más.

“¡Que niño! Robar uno de los valiosos libros de tu padre. ¿Qué pasaría si lo hubieras ensuciado o lo rompiste, ¿qué podrías haber dicho para disculparte? ¡Oh, eres un niño horrible, lo eres!

Para la abuela y los demás, los libros no eran para leer; eran para adornar una habitación. Recogió el libro y lo guardó, junto con el resto de la escasa colección del tío, en el armario. Todos los vínculos con los libros, el último mundo, el último amigo que tuve, ahora se habían cortado. En los dos años transcurridos entre el momento en que dejé la escuela y el momento en que salí de la casa de mi tía, no pude leer nada. La única escritura a la que tuve acceso fue la de los trozos de periódico viejo que tapaban mis paredes, y los había leído tantas veces que me los sabía todos de memoria. Era irónico que, con sus elevadas reglas sobre que los niños no leyeran periódicos, la abuela y los demás tuvieran que pegarlas en mis paredes (algo que abordaré con más detalle más adelante). La razón, sin embargo, era simple: sería una auténtica estupidez gastar dinero en una habitación de servicio cuando bastaría con periódicos viejos. Eran bastante capaces de pisotear sus propios principios exaltados sin pestañear si era para su beneficio.

XVII

Mis estudios terminaron, sólo en la escuela primaria superior, en la primavera de mi decimocuarto año. La abuela no sólo no había cumplido su promesa de enviarme a una universidad para mujeres, sino que ni siquiera me había enviado a una escuela para niñas. Me habrían sacado de la escuela incluso antes, de no ser por el hecho de que la matrícula para la escuela primaria superior era la misma, cuarenta sen, que para la escuela primaria inferior. Además, no habría tenido buena pinta si no me hubieran enviado a la escuela primaria superior.

Después de graduarme mi vida se volvió insoportable. Al menos cuando iba a la escuela estaba fuera de la mirada de mi abuela la mitad del día; ahora toda mi vida, desde la mañana hasta la noche, estaba bajo su minuciosa inspección. Fue mucho peor que mi vida aquí en la cárcel.

El verano después de que salí de la escuela, mi abuela hizo un piso con troncos de pino en el almacén de atrás y lo cubrió con tres tatamis viejos: de ahora en adelante ésta sería mi habitación.

A mis espaldas se referían a esto como el "cuarto de servicio"; Ahora me había hundido en el puesto de sirvienta tanto de nombre como de hecho.

El cuarto de la criada daba al cuarto de mi abuela. Era sólo una parte del almacén, ya que estaba separado del cobertizo de madera por una delgada pared. Como tenía un tamaño de tres tapetes, debería haber sido suficiente para una persona, pero la mitad del espacio todavía se usaba para guardar cosas. Había cubos, barriles de encurtidos, teteras y cosas similares amontonadas en el área junto a la entrada, y en los estantes de la habitación había tinas de arroz lavadas, cajas y otros artículos envueltos en periódicos. Mis pertenencias consistían en una caja para mi ropa y ropa de cama descolorida. No sólo no había escritorio, sino que tampoco tenía ni un solo cojín para sentarme. Era una habitación oscura, húmeda, mohosa y lúgubre, y como ventana no había nada más que un agujero de aproximadamente la mitad del tamaño de una puerta corrediza excavado en la pared que daba a la habitación de mi abuela. Aquí es donde tuve que vivir, junto con toda esa basura, mañana y noche. A menos que hubiera trabajo que hacer en la casa principal, pasaba el día sola en esta deprimente habitación, trabajando en los kimonos que me daban para desarmar.

No era la monotonía de aquel almacén lo que odiaba; Estaba demasiado acostumbrado a la pobreza y al sufrimiento como para que eso me molestara. Lo que me volvía loco era el sinsentido de mi vida en este "cuarto de servicio". Algunos de mis compañeros de escuela habían realizado estudios superiores; otros trabajaban para mantenerse; otros, aunque estaban en casa, se dedicaban a prepararse para el futuro que les esperaba. Y aquí estaba yo, atrapada en el "cuarto de servicio", trabajando en trabajos ridículos para mi tía y sin poder aprender nada de lo que necesitaría para mi vida. Me importaban poco los refinamientos como los arreglos florales, la ceremonia del té o el baile, pero sí quería aprender las habilidades básicas necesarias para llevar una casa, como la costura y la etiqueta ordinaria. Ciertamente quería leer.

Pero todas estas cosas fueron descuidadas, incluso prohibidas. Los sencillos trabajos de costura que me daban de vez en cuando no me ayudaban en lo más mínimo a aprender a coser. (No habíamos tenido un buen maestro en la escuela y por eso no nos enseñaron prácticamente nada en ese sentido). En cuanto a cocinar, lo único que me dejaron hacer fue hervir el arroz y hacer la sopa de miso. No me iban a enseñar nada de lo que una mujer adulta necesita saber.

Era joven y ansiaba crecer y expandirme, pero no tenía una sola salida para mi energía. Yo era un montón de frustración. Una y otra vez me obsesionaron los temores de tener que pasar el resto de mi vida en esta atmósfera mohosa y sofocante, el "cuarto de servicio". Estaba al borde de un ataque de nervios.

Probablemente sufría de insomnio. Siempre me sentía cansado y apático y a menudo me quedaba dormido mientras trabajaba, pero no podía conciliar el sueño cuando llegaba la hora de acostarme. La mayoría de las noches daba vueltas en la cama hasta la una, las dos o incluso las tres de la madrugada. A veces sufriría

toda la noche sin pegar ojo y al día siguiente me sentía pesado, apático y con dolor de cabeza. A menudo me asaltaban vagas inquietudes. Mi vida, que para empezar era bastante desoladora, se había vuelto más deprimente que nunca.

XVIII

Por lo que he escrito, está claro que no conocí más que tratos crueles durante todo el tiempo que viví en Corea. Pero en realidad sólo he registrado una pequeña fracción de la historia de mi maltrato. Me abstuve deliberadamente de escribir sobre el tormento más típico y cruel que sufrí, para que el lector no pensara que estaba mintiendo o que solo tenía mi propia disposición retorcida a la que culpar por la forma en que me trataron. Estoy seguro de que hay muchos que, leyendo incluso este relato diluido, pensarán que sí. No puedo decir que no estuviera deformado y pervertido, porque lo estaba. ¿Pero qué me hizo pervertido?

Cuando era niña, era una marimacho y disfrutaba jugando los juegos revoltosos que practican los niños. Y ahora, como mujer adulta, no creo estar ni triste ni melancólica. Pero yo era exactamente lo contrario durante esos siete años en Corea. Me deformé porque, en lugar de ser amado, abusaron de mí. Me pervertí porque fui reprimido y despojado de toda libertad.

Aunque no siempre es así en la escuela, en casa no podía abrir la boca sin antes sopesar cada palabra. Ahora puedo hablar con total franqueza, pero ¿entonces? Nunca. Siempre tenía que intentar adivinar qué pensarían mi tía y mi abuela y luego intentar responder de una manera que no entrara en conflicto con eso. También cada acción debía sopesarse de la misma manera. Me encontré recurriendo a mentiras, comportamientos tortuosos y robos descarados. Lo que Rousseau dijo de sí mismo en Confesiones también se aplicaba a mí: el abuso me deformó hasta el punto de llegar a robar.

Como alguien que busca la verdad, la franqueza y la justicia, personalmente rechazo totalmente la opción de tomar lo que pertenece a otro. Desde que llegué a Tokio desde Corea, a pesar de lo apurado que he estado muchas veces, nunca he aceptado ni una pajita de manera deshonestas. Y sin embargo, en casa de mi tía robé. Me gustaría hablar ahora de lo que me llevó a hacer algo tan vil.

Sólo los pobres, los pequeños funcionarios y similares daban dinero a los niños y los dejaban salir a comprar cosas; esto era algo inaudito en los hogares de los ricos y bien educados. La casa de mi abuela valoraba mucho esta filosofía y se enorgullecía de su práctica. En consecuencia, nunca me dieron dinero para comprar lo que quería. Por lo general, alguien más me lo conseguía, o yo lo conseguía mediante una ficha.

Pero esta regla sólo se aplicaba en los casos en que tenía que comprar algo para mí, no cuando se trataba de comprar algo para la casa de la abuela. De hecho, después de que dejé la escuela y me convertí en el ocupante del "cuarto de servicio"; A menudo me daban dinero y me enviaban a hacer recados, y siempre en el "día de mercado".

En Corea, el mercado suele celebrarse cinco o seis veces al mes, pero en Bugang se celebraba el decimosexto día del mes según el antiguo calendario. El mercado de Bugang, que solía instalarse a lo largo del Baek Cheon, alguna vez fue uno de los mercados más concurridos de Corea; pero una vez terminado el ferrocarril, decayó y se trasladó al centro de la aldea, donde ahora atraía gente desde una distancia de quizás no más de tres o cuatro ri. Pero aun así, esto significaba unas mil o dos mil personas, y cualquiera que tuviera algo que vender, ya fueran carniceros, vendedores de alimentos, vendedores de telas, fabricantes de dulces, químicos o verduleros, venía de todas partes para atenderlos.

Los comerciantes de la comunidad japonesa no estaban dispuestos a dejar pasar esa oportunidad, ni los residentes japoneses despreciaron la oportunidad de realizar compras baratas en el mercado.

Por supuesto, habría sido completamente indigno de mi tía y su familia abrir un puesto en “un lugar como ese”, e incluso comprar allí, como “esos okamisan”, habría sido una vergüenza.

Sin embargo, como eran aún más fanáticos que la mayoría en cuanto a ahorrar un centavo, tuvieron que encontrar una manera de aprovechar las gangas allí, y fui yo quien siempre fue contratado para este trabajo. Así fue como me encontré en una situación en la que me vi obligado a recurrir al robo.

Era hacia finales de año y yo tenía catorce años. En aquella época no había mucho pescado y como el que había era bastante caro, la familia decidió que, en la medida de lo posible, prepararíamos platos con huevos para la mesa de Año Nuevo. Los huevos costaban diez sen por diez, y todos los días de mercado me enviaban a comprarlos.

Antes de partir siempre me decían: “Regatea mucho y consíguelos lo más barato posible. No debes comprarlos a un precio alto, ¿me oyes? Pero ¿cómo podía un niño como yo haber llegado a un acuerdo tan difícil? Ni siquiera sabía, de hecho, qué constituía un precio barato o caro para un artículo.

Un día llegué a casa después de comprar huevos como me habían dicho. La abuela colocó uno de los huevos en su mano, midió su peso y dijo: “¿Pagaste tanto por huevos tan pequeños como este?

Vaya, la esposa de Miura me acaba de decir que los huevos hoy son muy baratos. Apuesto a que compraste bollos dulces con esos pobres niños...”

¡Qué mala suya al sospechar de mí cuando había hecho todo lo posible para negociar con el vendedor! De hecho, me avergoncé de mí mismo porque había regateado tanto el precio que el vendedor se había enojado. Incluso cuando ya había hecho la compra me preocupé y pregunté a la gente de alrededor si no había pagado demasiado por los huevos. De camino a casa los saqué del envoltorio de paja y los pesé en la mano. ¿Qué más podría haber hecho para satisfacer a mi abuela? Después de todo, yo era sólo un niño y en la mayoría de los casos simplemente no podía comprar cosas tan baratas como un adulto. Mientras reflexionaba sobre lo que podía hacer para complacer a mi abuela, se me ocurrió una idea que me llevó a robar.

Los días que iba al mercado robaba siete u ocho monedas de cobre de la caja de cambio que había en el armario. Escondí las monedas en mi obi y cuando regresé del mercado se las entregué a mi abuela junto con el resto del cambio de las compras del día. Naturalmente, la abuela sería todo sonrisas; al menos ella no se enojó. Aunque estaba extremadamente preocupado, petrificado de hecho, de que ella se enterara, utilicé este plan durante dos o tres meses para ganarme su favor.

Sin embargo, hubo un problema. A veces en la caja de cambio sólo había monedas de plata, no de cobre; cualquier moneda de plata que desapareciera se habría notado de inmediato. Debe haber una manera mejor, pensé, y finalmente se me ocurrió otro plan.

En ese momento yo tenía quince años y era invierno. La mañana del día de mercado encontré una excusa para ir al almacén de arroz al final del patio. Sacos de arroz sin descascarar estaban apilados en lo alto del lado izquierdo, y a la derecha había cinco o seis cajas de arroz sin moler que me llegaban hasta el pecho. Quité la tapa de la caja más cercana a la puerta y, a la luz que entraba por la ventana, observé atentamente la superficie del arroz. Había sido suavizado y trazado con el dedo con el carácter de kotobuki. (Sabía que la abuela había hecho esto para frustrar a Kō, que tenía acceso al almacén y de quien sospechaba que robaba arroz).

Después de estudiar el personaje del arroz, practiqué escribiéndolo como lo había hecho mi abuela. Cuando estuve satisfecho de que podía hacer una copia razonable, rápidamente cogí cinco shō de arroz y los metí en una bolsa. Escondí la bolsa detrás de los sacos de arroz, volví a alisar la superficie del arroz y tracé el “kotobuki” que tantas veces había practicado.

Era hora de partir hacia el mercado. Cuando estuve seguro de que no había nadie alrededor, tomé la bolsa de arroz que había escondido y, escondiéndola debajo de mi haori, salí por la puerta trasera. Me mezclé con los coreanos que también iban al mercado con la esperanza de que la familia no me viera. En el mercado me perdí entre la multitud.

El mercado estaba abarrotado de gente dando vueltas. Estaba familiarizado con dónde vendían los distintos proveedores y dónde se realizaban las transacciones. Pero ¿cuál sería la mejor manera, me pregunté, de deshacerme del arroz que había traído? Quería cambiarlo por dinero lo más rápido posible para que algún conocido me viera y sospechara. Mi tío venía a veces al mercado y yo sabía que si alguna vez me veía allí, me encontraría en verdaderos problemas. ¿Debería ir al mercado del arroz? Pero tenía muy poco que vender. (No es que hubiera tenido el descaro de ir a hacer negocios a un lugar como ese). Varias veces me encontré con gente que conocía del vecindario; Ahora aparecían en mi mente como otros tantos espías de la familia de mi tía. Quedé reducido al estado de un ratoncito asustado e incluso pensé en tirar toda la bolsa de arroz a una zanja.

Pero mientras tanto el tiempo pasaba volando. Seguramente ya serían cerca de las cuatro, pensé, porque el sol se estaba poniendo. Si no llegaba pronto a casa seguramente me regañarían y me acusarían de haber comprado algo de comer.

Sabía que los okamisan del pueblo a menudo llevaban cosas de casa para cambiarlas por dinero con el que, a su vez, compraban lo que necesitaban. ¿Por qué no podría hacer lo mismo? Pero no, nunca podría hacer eso; no se vería bien. Y además, alguien podría verme e informarle a mi abuela.

Pero el tiempo se acababa y estaba desesperada. Haciendo acopio de todo mi coraje, decidí hacer lo que, para los okamisan de la aldea, era perfectamente normal. Antes de darme cuenta, me encontré frente a un restaurante regentado por la esposa de un coreano a quien conocía. ¡Aquí! ¡Yo iría a este lugar! Pensé. Pero todavía había algunos clientes dentro. “¡Si tan solo se dieran prisa y se fueran! ¡Si no vinieran más clientes! Oré mientras daba vueltas alrededor del área varias veces. Finalmente, tras comprobar que no había clientes dentro, entré. Luchando contra la culpa y la vergüenza que hacían que me ardieran los oídos, balbuceé mi propósito con voz débil.

“Ah, ah... señora. ¿Comprarías un poco de arroz, por favor? Es un buen arroz... Lo que quieras, dame por él...”

Cuando vi la mirada de sorpresa de la mujer me asusté más que nunca. ¿Y si ella dijera que no? ¿Y si le contó a mi abuela sobre mí? Quería meterme en un agujero. ¡Pero gracias a Dios! La mujer simplemente respondió: “¿Qué tipo de arroz es? Muéstramelo, por favor”.

¡Todo iba a estar bien! Lancé un profundo suspiro de alivio. Aunque no recuerdo bien cómo, logré coger el saco de arroz que había escondido detrás de la choza del carnicero y se lo mostré a la mujer. Abrió el saco y tomó un grano en la mano. “Es un buen arroz, está bien. ¿Cuánto tienes aquí? Cuando le dije que tenía cinco shō, dijo: “Sí, puedo ver que hay tanto. No hay duda de eso.”

Ciertamente hubo más de cinco shō. Cuando llené el saco puse cinco shō completos y algo más. Pero en este punto no podría haberme importado menos cuánto había. Quería finalizar la transacción lo más rápido posible y obtener mi dinero; no me importaba cuánto. “Sí, hay mucho. Y el precio... bueno, cualquier cantidad estará bien”, dije.

Por fin la mujer compró el arroz. Salí de la tienda agarrando el dinero que ella me dio. sin siquiera contarle. Luego me perdí una vez más entre la multitud.

¡Qué básico era todo! Pero por muy aterrorizado que siempre me ponía, lo hice una y otra vez para complacer a mi abuela, para encubrir la compra de cosas a un precio demasiado alto. Sin embargo, cada vez me volví más y más audaz, hasta que comencé a horrorizarme ante la persona en la que me estaba convirtiendo.

¡Si alguna vez se enteraran! Hasta el día de hoy, el mero pensamiento me hace estremecer. Sin embargo, curiosamente es en el miedo en lo que siempre pienso; No creo que lo que hice en sí estuviera tan mal. Me vi obligado a hacer lo que hice y no creo que se me deba culpar por completo. En todo caso, es el hecho de que tuve que ser mancillado de esa manera debido a la mezquindad y avaricia de mi abuela lo que me enoja.

XIX

Aunque me temo que he escrito demasiado sobre mi vida en Corea, esto ha sido necesario para que el lector entienda cómo, en el transcurso de mis siete años allí, me convertí en un “pervertido retorcido”. Ahora, sin embargo, ha llegado el momento de contarles mi salida de ese infierno en la tierra que es la casa de mi tía. Porque había llegado el momento en que debía escapar de las garras de mi abuela y de los demás, aquellas personas que me habían perseguido y burlado, me habían quitado mi libertad e independencia, destruido todo lo que había de bueno en mí, atrofiado mi desarrollo, torcido, deformado. , y me distorsionó, y al final me convirtió en una mujer ladrona.

Un día de la primavera de mi decimosexto año, mi abuela me llamó a su habitación para contarme yo lo siguiente.

“Ahora, Fumi, mañana tengo un pequeño recado que hacer y me voy a Dae Jeon. Pensé que ya que iba a ir de todos modos podría conseguirte un buen traje. ¿Qué opinas? ¿Irás a retirar tus ahorros del banco? Después de todo, usted no necesita particularmente el dinero, y no le servirá de nada simplemente conservarlo. No te estoy obligando, pero creo que sería lo mejor. Ya sabes, has llegado a la edad en la que deberías tener un buen conjunto.

Aunque nunca había deseado especialmente ropa fina, no me disgustó que me dijeran que me iban a comprar algo bonito para ponerme. Pero cuando la abuela me exigió que yo misma pagara el traje, me sentí realmente disgustada. Puede que fuera joven, pero sabía que eran ellos, no yo, los que debían pagar por ello. ¿Acaso la abuela no le había dado a Sadako ese traje de crepé que compró para engañarnos sin siquiera decírmelo? Y en los siete años que estuve allí ni una sola vez me habían hecho un kimono adecuado; el traje que me habían dado para que lo usara “para siempre”, un kimono estampado, había costado un yen y medio o dos yenes. Es cierto que me habían enviado a la escuela, pero ciertamente me habían trabajado bastante duro en el momento en que terminaron las clases. Y los dos años después de que dejé la escuela me trabajaron a tiempo completo sin pagarme ni un solo sen. Ahora aquí estaban, habiendo decidido que yo tenía edad suficiente para comprar un perno de meisen, exigiendo que les entregara mis ahorros, o mejor dicho, lo que quedaba de mis ahorros después de varios retiros por “rotura”. Eran tacaños, sin duda; pero esto iba demasiado lejos.

“No necesito un kimono” es lo que realmente quería decir. Sin embargo, al recordar cuáles podrían ser las consecuencias si molestaba a la abuela, no tuve más remedio que obedecer; Salí en el acto para retirar todos mis ahorros. Eran diez yenes en total: seis yenes que quedaban de mi depósito original después de deducir el pago por las cosas dañadas, más cuatro yenes del dinero para gastos que mi madre me había enviado mientras tanto.

Al día siguiente la abuela me compró un trozo de meisen. Era un patrón de cuadros aburrido sobre un fondo oscuro, el tipo de ropa que usaría una mujer de más de treinta años. Mi corazón se hundió cuando lo vi, pero por supuesto tuve que hacer una muestra de gratitud.

Para confeccionar el kimono se necesitaba material para la solapa de la falda y el forro. La abuela usó un viejo trozo de tela gris que tenía en casa para esto y, en su generosidad, le regaló un viejo trozo de satén negro para el forro de las mangas. Lo que sobró de mis ahorros lo destiné a comprar batista roja para el resto del forro. Sin embargo, esto no importaba; Lo que no podía entender era por qué se estaba metiendo en todo este problema. Pronto lo descubriría.

Alrededor del 3 o 4 de abril, al regresar de hacer un recado encontré una vieja maleta de mimbre en el estante de mi habitación. Lo bajé con cautela y miré dentro. Pero a excepción de un viejo trozo de papel de regalo cosido con un fino hilo blanco sobre un punto rasgado en la parte posterior, estaba vacío. "¿De qué se trata todo esto? No supones que debo ser... Inmediatamente pensé. Tenía ganas de bailar de alegría. Pero este sentimiento pronto dio paso a la ansiedad y, finalmente, al orgullo herido. "¡Así que finalmente me van a dejar!" Pensé. Sin embargo, no pregunté por la maleta y seguí con mi trabajo sin dar ninguna indicación de haberla notado. Cuatro o cinco días después, en la mañana del día once, mi tío me contó lo que me esperaba.

"Ya llevas mucho tiempo con nosotros y terminaste la escuela primaria superior. Estás llegando a la edad en la que deberías casarte, así que creemos que sería mejor que volvieras a Yamanashi. Da la casualidad de que tu abuela se marcha mañana para ir a Hiroshima y puede llevarte con ella. Prepara tus cosas".

¡Así que eso fue lo que fue! Me estaba haciendo viejo y si me retenían mucho más tiempo tendrían que gastar dinero casándome. Si me iban a enviar a casa, este era el momento de hacerlo. Probablemente ya a finales del año anterior habían tomado la decisión de enviarme a casa.

Pero no debo volver a casa con un aspecto demasiado andrajoso. Mi familia, los aldeanos, mi madre... todos me preguntaban sobre la escuela y sobre la ropa que me habían prometido. Si me veía muy mal sería obvio que no me habían tratado bien; Tendrían que enviarme a casa como mínimo con un kimono Meisen. Sin duda estos fueron los cálculos de la abuela cuando tomó mi dinero para el kimono.

Apenas había terminado de limpiar después de la comida cuando la abuela me ordenó que fuera a buscar mi ropa y la maleta de mimbre. Cuando los traje, ella y mi tía acomodaron mi ropa pieza por pieza y la repasaron minuciosamente, buscando cosas en los bajos de las mangas y apretando los cuellos, exactamente como se llevan las cosas a un preso en una prisión. son examinados. Luego dejaron a un lado toda la ropa que les quedaba demasiado ajustada en las mangas o que no les quedaba bien en algún otro aspecto y empacaron sólo aquellas cosas que parecían algo decentes. Pero aun así, lo mejor del lote consistía en cosas como el nuevo meisen haori con su forro gaseado y un traje meisen descolorido, remendado y flácido por el uso prolongado. El kimono de muselina de verano que había sido mi favorito se lo habían regalado a Sadako, y en su lugar había un kimono ligero de Isezaki meisen que tía nunca había usado una vez en los siete años que había estado allí porque el patrón no le atraía. Esto, evidentemente, fue un tremendo favor y llevó a la tía a decirle a la abuela: "Sabes, madre, cuando lo piensas, realmente pierdes por no tener tu propio hijo. Toda esta preocupación y el dinero que tienes para gastar..."

Mientras tanto, la abuela estaba empacando la ropa que había usado cuando había venido aquí, cosas que ya no me servían. "Puedes comprobarlo por ti mismo, Fumi, que estoy poniendo

el haori de muselina que usaste aquí, y puedes ver cómo he arreglado el dobladillo. El otro kimono blanco de verano no está aquí porque tú mismo lo rompiste.

Para evitar cualquier queja después de llegar a casa, añadió: "Y otra cosa que quiero dejar clara: cuando llegues a casa no les digas que sólo te traje toda esa ropa para que regresaras con ella". ¡Yo, escucha! Si hubieras sido bueno, todas esas cosas habrían sido tuyas. Tu corazón no estaba en el lugar correcto; por eso no los conseguiste. No tienes a nadie a quien culpar excepto a ti mismo, ¿ves?

Por supuesto, lo único que pude decir fue "Sí". Pero en mi corazón respondí: "No soy un niño ya sabes".

Al día siguiente, después de almorzar temprano, la abuela y yo partimos. El viaje de la abuela a Hiroshima, planeado hace algún tiempo, tenía como objetivo organizar el envío de Sadako a la escuela de niñas. Además, había sido invitada a la boda del hijo mayor de la familia de Misao, que era la casa principal de la abuela.

Cuando nos fuimos, mi tío me dio exactamente cinco yenes como "dinero para gastar". Eso fue todo; esa fue la suma total de lo que recibí de la familia Iwashita. Kō había traído nuestro equipaje a la estación y la tía nos despidió. Al poco tiempo llegó el tren y la abuela y yo lo abordamos. Aunque había vivido en este lugar durante siete años completos, no derramé ni una lágrima al irme. De hecho, esta fue la oración que surgió de lo más profundo de mi infelicidad en ese momento.

"¡Oh tren! Hace siete años me engañaste y me trajiste a este lugar, luego te desahogaste y me dejaste enfrentar dificultades y pruebas solo. Cuántas cientos, miles de veces has pasado tan cerca, sólo para lanzarme una mirada y seguir tu camino. ¡Pero ahora, por fin, has venido por mí! No me olvidaste. ¡Oh, llévame lejos! ¡Rápido! ¡En cualquier lugar! ¡Date prisa y llévame lejos de este lugar!

De nuevo en casa

Llegué a la estación de mi ciudad natal tres días después. Era de noche y Chiyo, una joven dos o tres años mayor que yo, estaba en la estación para recibirme. Ella había venido del Templo Enko, donde una vez había estado mi padre. Chiyo me vio de inmediato y corrió hacia ella, tomando mi mano firmemente entre las suyas. "Bueno, bueno, Fumi, bienvenido a casa".

"Gracias. Por fin he vuelto.

Nos quedamos allí un rato, con las manos entrelazadas, sin decir una palabra. No había nada que yo quería decir; Mi corazón estaba demasiado lleno de felicidad y vergüenza.

"¿Dónde está tu equipaje?"

"No tengo ninguno. Hay una maleta de mimbre, pero, por supuesto, no llegará hoy.

"Eso es cierto. Bueno, entonces volvamos a casa".

Salimos de la estación y partimos inmediatamente hacia mi pueblo. Pero como ya era de noche y no hubiéramos podido llegar a casa antes del anochecer, paramos a pasar la noche en el templo de mi tío, que estaba exactamente a mitad de camino. (Tendré más que decir sobre mi tío más adelante). Llegamos a casa al mediodía del día siguiente.

Era un glorioso día de primavera y, a medida que nos acercábamos al pueblo, éste brillaba bajo la brillante luz del sol. El trigo empezaba a madurar y las flores de colza eran de un amarillo brillante. Una curruca cantaba en las colinas y el aire estaba fragante con el olor de las dafnes. La casa de la familia de mi madre estaba justo delante de mí. Cuando crucé el puente de troncos sobre el arroyo hacia el este y llegué al frente de la casa, vi al tío trabajando en el huerto.

Había salido de Corea en tal estado de excitación que mi único pensamiento había sido salir de ese infierno lo más rápido que pudiera. Le había implorado al tren que me llevara fuera de Corea (a cualquier lugar) y rápidamente. ¿Pero adónde se suponía que me había llevado? Este lugar en el campo en Kōshū era, por supuesto, donde tenía que ir; ¿Pero qué me había llevado a creer que éste podría ser mi verdadero hogar? Cuando vi el pueblo y a mi tío parado allí, me sentí más deprimido que nunca. El tío dejó de cavar cuando me vio.

"Por fin he vuelto, tío. Perdóname. No soy bueno." Cuando logré sacar esto ya estaba en lagrimas.

"Fumi, está bien. Creo que puedo adivinar lo que pasó".

Mi amable tío, que normalmente nunca decía una palabra y cuyo rostro apenas sabía lo que era sonreír, ahora sonreía y me consolaba. Se apoyó en su azada y me miró con cariño.

"No hay nada por qué llorar. ¡No te veo por un tiempo y mira lo grande que te pones! Bueno, ya eres mayor y las cosas saldrán bien. No te preocupes."

Había tenido miedo de lo que dirían cuando llegara a casa, pero aquí estaba el tío, no sólo no regañándome, sino extendiéndome la mano de cariño y bendición. Sentí la alegría de que me quitaban un gran peso de encima. "Esta es realmente mi casa", pensé.

El tío dejó de trabajar para llevarme a la casa. La tía estaba en la cocina preparando la comida del mediodía y ella también tuvo palabras de bienvenida. "Dios mío, ¿eres tú, Fumi? Has vuelto con nosotros.

¡Dios mío, qué grande has crecido!

El abuelo estaba en el jardín y la abuela estaba alimentando con hojas de morera a los gusanos de seda que tenían en su habitación, pero ambos vinieron corriendo cuando escucharon mi voz. "¡Oh, es Fumi! Ella realmente ha vuelto a casa. Todo es tan repentino que pensé que tal vez mis oídos me estaban engañando. Bienvenido a casa", dijo el abuelo.

"¡Qué grande eres! ¿Has estado bien? Estábamos preocupados. No escuchamos nada", añadió la abuela.

Chiyo y yo nos lavamos los pies en el pozo y luego entramos a la casa. Aunque era lo que algunos llamarían "en mal estado", inmediatamente me sentí como en casa.

Pronto llegó la hora del almuerzo y todos se reunieron alrededor de la mesa. La comida fue sencilla, pero a mí me supo como un banquete suntuoso; Al menos, estaba agradecido por el hecho de que la comida se comiera tan fácilmente. Mientras comíamos me inundaron de preguntas y les conté brevemente, en fragmentos, sobre Corea, Bugang, la casa de la tía y la escuela. Sin embargo, de cómo había sufrido en Corea, de lo duro que había sido, de cómo habían abusado de mí, de estas cosas no dije nada. No dije nada, pero me di cuenta de que lo habían adivinado todo.

Como mis abuelos comían por separado, ellos no estaban; entonces cuando mi tío se fue De regreso al campo fui a la habitación de mis abuelos. Nuevamente hablé de muchas cosas.

Le habían avisado a mi madre de mi regreso y vino a primera hora de la mañana siguiente. Mamá había envejecido mucho, pero ahora estaba bien vestida. "¡Cómo has crecido!" dijo, con lágrimas en los ojos. Ajustó el peine en mi cabello y acarició mi espalda. Entonces notó mis brazos. "¡Estos brazos! Están cubiertos de cicatrices de congelación", exclamó. "Deben haberte tenido lavando desde la mañana hasta la noche". De repente empezó a llorar.

No había olvidado cómo mi madre una vez hizo oídos sordos a mis súplicas frenéticas y se fue y me abandonó, pero me alegré de la preocupación que ahora mostraba por mí. El hecho de que acababa de llegar de Corea, donde todos abusaron de mí a sus anchas, me hizo aún más agradecido.

Mi madre quería saber todo sobre mi vida en Corea, hasta qué punto me habían enviado a la escuela, etc. Entonces me di cuenta de que no había escrito nada sobre cómo era realmente. Cada línea de las pocas cartas que envié fue censurada por la abuela y los demás, tal como mis cartas están censuradas aquí en prisión. Siempre tenía que asegurarme de incluir frases como "Soy feliz y tengo todo lo que quiero. No te preocupes por mí", así que mi madre probablemente pensó que estaba viviendo la existencia feliz que mi abuela había prometido que sería mía. No entré en cómo había sido realmente la situación en Corea. No tengo gusto por quejarme, y aunque se lo hubiera dicho, dudo que ella hubiera sido capaz de entenderme. Lo único que le dije fue que sólo me habían enviado a la escuela primaria superior, que Sadako iba a ser la heredera de los Iwashita y que yo ya no era de utilidad para la familia Iwashita.

"Pensé que algo era gracioso. En las primeras letras decía 'Iwashita Fumiko'; cuando cambió a 'Kaneke Fumiko' tuve la sensación de que algo debía haber sucedido", dijo mi madre.

"Nunca imaginé que te enviarían a casa así, sin una prenda de vestir y sin decir una palabra", la abuela se unió al abuso de los Iwashitas. Entonces los dos comenzaron a recordar las cosas que la abuela había dicho y hecho cuando vino a buscarme desde Corea, maldiciendo a los Iwashitas por todos y cada uno de ellos.

La casa había cambiado mucho en los siete años que estuve fuera. Mis abuelos ahora estaban completamente separados de la familia principal en su habitación en la parte de atrás, y la puerta de ciprés que separaba las dos partes de la casa había sido cerrada con clavos. El agua del estanque de atrás era baja y estaba llena de hojas y barro, mientras que el jardín que mi bisabuelo había hecho con tanto cariño

estaba cubierto de maleza más allá del reconocimiento. Los dos cobertizos de almacenamiento al oeste de la casa principal habían sido derribados y ahora crecían allí cebollas.

La atmósfera dentro de la casa también había cambiado. Las dos parejas, mis abuelos, mi tío y su esposa, evidentemente no podían vivir en armonía bajo el mismo techo, de ahí la puerta herméticamente cerrada, y las dos generaciones vivían sus vidas separadas. Mis abuelos se ganaban la vida a duras penas trabajando en el campo del local y criando algunos gusanos de seda para ganar dinero.

Mi tío, que tenía una constitución débil y nunca le había gustado la agricultura, mantenía a su familia principalmente vendiendo ropa nueva y usada. Para entonces ya tenía cuatro hijos, y la hija mayor, a quien solía llevar en brazos cuando volvía a la escuela, tenía ahora la misma edad que yo cuando vivía allí antes: nueve años.

Mi madre estaba casada, pero no era la familia con la que se había casado en Enzan. Incapaz de adaptarse allí, regresó a casa poco después de que yo me fuera a Corea y volvió a trabajar en la fábrica de seda.

El sacerdote del templo de Enko luego arregló un matrimonio para ella con un sacerdote que conocía, pero el hombre era evidentemente un avaro tan terrible que la madre se escapó antes de que ella hubiera estado allí dos meses. Después de esto, volvió a trabajar, por tercera vez, en la hilandería Yamaju-gumi en Jōshū. Esto fue a instancias de sus padres y familiares, quienes estaban preocupados por poner fin a una aventura tan comentada que estaba teniendo. El hombre, que era considerado un inútil, era el segundo hijo de una familia llamada Sone, y a menudo había estado en la casa de Kaneko en los días en que estaba mejor. Luego, mi madre se casó con un hombre llamado Tahara, que tenía un negocio de hilo de seda cerca de la estación de Enzan. Había estado casado antes. Aquí era donde ella vivía cuando regresé.

Como registré anteriormente en estas memorias, mi madre había tenido relaciones o había vivido con varios hombres, y después de que yo fui a Corea, ella repitió este patrón una y otra vez. No es que quiera culparla por eso ahora. Creo que mi madre tenía un sentido muy vago de la virtud, pero también tenía una voluntad extremadamente débil y simplemente no podía vivir por sí misma; necesitaba un hombre que la apoyara o que prometiera apoyarla. Y cuando hombres acomodados o capaces de brindarle una vida cómoda le ofrecían matrimonio cuando ella no tenía marido (y siempre lo hacían), su familia la empujaba a casarse, ya fuera para su verdadera felicidad o no. Por un lado, su familia estaba ansiosa por evitar la desgracia de tener en casa a una mujer joven cuyo primer matrimonio había terminado en divorcio, y por otro, estaban ansiosos por tener el beneficio de tener conexiones con una familia adinerada.

Para una mujer como mi madre, que se había escapado con un hombre que apenas sabía cuál era su destino sólo para regresar a casa y tener relaciones con toda una serie de hombres, una verdadera propuesta de matrimonio sin condiciones por parte de una familia adecuada era obviamente fuera de la cuestión. No es de extrañar que las únicas parejas que pudiera entablar fueran con hombres que también tenían un pasado.

Pero por cierto que esto fuera, el hecho es que mi madre nunca pudo estar contenta con lo que tenía; ella siempre volvía corriendo a casa diciendo que no podía aguantar a ese hombre. Al final, todos la descartaron como una mujer totalmente carente de perseverancia y comenzaron a preguntarse si incluso en el caso de su primer matrimonio con Saeki ella no había tenido al menos tanta culpa como él. Y las repercusiones no se detuvieron en mi madre; Todas las personas involucradas en estos partidos, mis abuelos, mis tíos y finalmente el sacerdote del templo Enko, terminaron peleándose por su culpa. En el caso de este matrimonio con Tahara, tampoco la casa resultó ser lo que la casamentera había prometido, y cada vez que mamá regresaba a casa, inmediatamente comenzaba a quejarse sin cesar.

Incluso ahora, aunque al principio escuchó con indignación lo que yo decía sobre Corea, pronto empezó a doblar el oído de mi abuela con aburridos relatos de sus propios males. Sentí pena por ella cuando escuché por lo que había pasado, pero las cosas de las que se quejaba no eran nada comparadas con lo que yo había sufrido en Corea. Si me había abstenido de decir ni una sola cosa sobre eso, ¿por qué ella tenía que comportarse así sobre sí misma? Tener que escuchar esos cuentos sombríos, cuando por fin pude respirar de nuevo después de mi liberación de ese infierno, era más de lo que podía soportar.

Acabábamos de reunirnos, pero las quejas de mi madre me llevaron al punto en que deseaba alejarme de ella y de mi abuela. ¿Pero a dónde iba a ir? Si me quedara en la casa principal, la de mi tío, heriría los sentimientos de mis abuelos. Y habría sido incómodo para mí ir al templo de Enko, dada la relación de mi madre con el sacerdote de allí. Aquí estaba yo, necesitando reencontrarme después de mi regreso de Corea, sin un lugar donde establecerme y vivir en paz.

Y así fue que me encontré deambulando sin rumbo por el pueblo. Entonces, un día, tal vez cuatro o cinco días después de mi llegada, estaba parado frente a la puerta de la casa cuando dos o tres antiguos amigos de la escuela, con hoces en las manos y cestas en la cabeza, subieron la colina. . Intercambiamos saludos, más al estilo de los adultos que de los niños, y luego les pregunté adónde iban.

"Vamos a recolectar warabi", dijeron.

Quise acompañarlos y les pedí que me esperaran. Ellos cumplieron con gusto. Entré a la casa y me preparé sin decírselo a nadie, luego salí corriendo para unirme a ellos.

El arroyo de montaña que seguimos estaba lleno de cantos rodados y sus aguas eran cristalinas. Knotwood, frambuesa y udo de montaña crecían profusamente entre los árboles del espeso bosque. Muchas de las plantas que recién estaban brotando o que ya tenían hojas eran plantas que nunca había visto antes. Las reinitas de las colinas distantes y del valle cercano se llamaban unas a otras en la quietud del bosque húmedo. Y cuando salimos de este bosque, montañas que casi parecían cubiertas de hierba se elevaban a nuestro alrededor envueltas en una suave niebla.

Por supuesto, las montañas no estaban realmente cubiertas de hierba. Había mucha maleza alta, pero era demasiado temprano para que hubiera follaje, que aparecería en mayo, así que no tuvimos problemas para llegar hasta aquí. Los helechos que brotaban por todas partes parecían mejillas cubiertas de hilo dental, y el warabi estaba acurrucado como si tuviera un peinado al estilo occidental. Fue el placer más exquisito arrancar las plantas desde la raíz y arrojarlas a las cestas.

Nos fuimos en diferentes direcciones para escoger, llamándonos unos a otros, charlando y finalmente cantando. Cuando nuestras cestas estuvieron llenas hasta el borde, partimos hacia casa.

Entré a la casa sintiéndome como un héroe conquistador. "Abuela, he estado recogiendo warabi", dije mientras dejaba la pesada canasta frente a mi abuela, anticipando una respuesta complacida. Sin embargo, ella no estaba contenta.

"¿Warabi? A tu abuelo no le gusta el warabi", dijo, sin siquiera molestarse en mirarlo.

"Oh, bueno, supongo que se lo llevaré a tía y tío".

Pero a la abuela tampoco le gustó esto. Estas personas eran su propia familia y compartían el mismo techo, sin embargo, la relación entre los dos hogares había llegado a un punto tan bajo que ni siquiera podía enviarle al otro esta pequeña bondad. "No hay ningún llamado para dárselo a la casa principal. Llévalo a Motoei", dijo.

Motoei era el menor de mis tíos. Cuando era niño había sido amable y tranquilo y era el favorito de los demás tíos. Parece que la familia incluso había querido convertirlo en sucesor de

la jefatura de familia, ya que a mi tío mayor no le gustaba la agricultura; pero desde los doce o trece años había expresado un fuerte deseo de ser sacerdote. Había ido al templo de Erin, a solo un ri de distancia, en la aldea vecina, para convertirse en discípulo del sacerdote de allí, que era el abad principal de la secta Rinzaï en ese momento. El tío estaba ahora en la casa de retiro de Bogetsuan del abad jefe de los granjeros, ahora retirado, en las instalaciones del Templo de Erin.

El día que regresé de Corea pasé la noche en este Bogetsuan con Chiyo, y así conocí a mi tío de vista. Al día siguiente, llevé el warabi a Bogetsuan como me había sugerido la abuela. Encontré al tío en cuclillas en la terraza delantera cuidando el bonsái. Llevaba un kimono negro liso atado con un obi blanco. Levantó la vista ante mi saludo y una sonrisa se dibujó en su rostro.

"Oh, Fumi. Me alegra verte", dijo, sentándose en la terraza. "Bueno, ¿por qué no te sientas?"

Puse el warabi frente a él y le dije que había sido idea de la abuela traerlo. Tomó el paquete de tela y me agradeció. "Bueno, ¿qué te gusta más: Corea o aquí?" Luego preguntó. Sin embargo, no quería entrar en el tema de Corea. "Supongo que son más o menos iguales" Respondí. Luego le pregunté: "¿No te sientes solo aquí solo?"

"A veces lo hago; pero me gusta la libertad". El tío sonrió al decir esto.

Aunque no podría haber dicho por qué, sentí que mi tío era la persona más refinada que jamás había conocido. Sin embargo, no tenía nada especial de qué hablar con él, así que di un paseo por el recinto.

A diferencia de los jardines de las casas de los campesinos, éste estaba limpio y las plantas y los escalones estaban todos arreglados estéticamente. Aunque, por supuesto, no tenía absolutamente ningún refinamiento que aportar a esta escena, me invadió una sensación de su belleza. Di la vuelta a la casa de retiros y me encontré en el recinto del templo de enfrente. Era un templo bastante grande y tenía un jardín bastante grande. Los árboles también eran grandes. Pero fue la paz del lugar lo que me atrajo más que nada; Mi mente estaba tranquila aquí. No tuve que escuchar ninguna charla deprimente, ni nada doloroso que me agobiara. Sentí que había encontrado la paz por primera vez. Cuando regresé a Bogetsuan, mi tío estaba en la cocina cocinando algo. "Fumi", dijo cuando me vio, "entra y lee el periódico o algo así; Te estoy preparando algo de comer".

Estaba a punto de entrar cuando noté un perro a mi lado. Amo a los perros y siento algo providencial cuando me encuentro con uno. Empecé a jugar con eso. "¿Es este tu perro, tío?"

"Sí."

"¿Cuál es su nombre?"

"As."

"¿As? Que nombre tan gracioso. ¡Aquí, As! ¡Aquí, As!"

Ace retozó y saltó sobre mí, moviendo la cabeza y la cola y olfateando. Me fui de nuevo, esta vez con Ace, rodeando el lugar hasta el pie de la montaña y el borde de los arrozales.

Había habido un perro en la casa de mi tía en Corea, y ahora pensé en él, recordando cómo lo habían hecho dormir en el suelo desnudo en las gélidas noches de invierno. Solía acurrucarse junto a mí, con la nariz goteando, la cabeza gacha y meneando la cola, como si pudiera entender la pena y el dolor que sentí cuando me echaron sin nada que comer. Pensé en las veces que me había aferrado al cuello de ese perro, llorando para mis adentros. Recuerdo haberme escapado por la noche para poner una estera donde dormía el perro. Siempre me asocié con ese perro. Sentí que éramos como hermanas, unidas patéticamente en nuestra explotación y sufrimiento. También recordé el momento en que yo era un niño pequeño que

mi padre había matado a puñaladas a un pobre perro. Abrazando a Ace, susurré, tanto para mí como para el perro: "¿Estás feliz, Ace?" En ese momento llamó el tío.

"Fumi, entra. El almuerzo está listo".

Dándole otro abrazo al perro, entré. En el breve tiempo que estuve caminando, mi tío hirvió el warabi que había traído y lo cocinó en una fuente para huevos. También había arroz caliente. Hacía mucho tiempo que no comía algo así. Después del almuerzo, algunos jóvenes sacerdotes del Templo Erin vinieron a visitarnos. Eran tres o cuatro años mayores que yo, lo justo para hacerlo divertido. Charlamos un rato y, antes de darme cuenta, éramos amigos. Hablé tan desinhibidamente con esos sacerdotes que cuando pensé en ello después me sentí realmente avergonzado. Incluso jugábamos a las cartas como en Año Nuevo; Realmente se sintió como el Año Nuevo.

Cuando cayó la tarde me fui a casa. Mamá ayudaba a la abuela con los gusanos de seda y, como siempre, se quejaba. "Oh, no; Otra vez no", pensé. Sólo me hizo extrañar mucho más la diversión que había tenido esa tarde en casa del tío: poder olvidarlo todo, sentirme liberada, libre, relajada y, además de eso, llenarme de una energía que me recorrió desde cabeza a pie. Después de eso, fui a casa de mi tío cada vez que pude.

En la boca del tigre

UNO de mis parientes le había informado a mi padre que yo había regresado de Corea y vino desde Hama-matsu a verme. Este era el padre que nos había abandonado a mi madre y a mí cuando yo era tan joven. Fue a manos de su familia, en casa de mi tía y mi abuela en Corea, que me trataron tan mal. Que yo sintiera algún afecto por él estaba fuera de discusión. En todo caso, sentí repulsión. Mi padre, sin embargo, todavía parecía sentir algún tipo de apego después de todos estos años, e incluso quería ejercer su autoridad sobre mí, algo que me pareció bastante absurdo. Sin embargo, mi padre no se quedó mucho tiempo en casa del abuelo. Cuando supo que mi tío estaba en el pueblo vecino me dijo que lo llevara allí. Cumplí, no por obediencia, sino porque disfrutaba visitar a mi tío.

El tío estaba muy contento de que mi padre hubiera venido a verlo. Mi padre también fue tan amable como podría ser, muy diferente de la actitud que había adoptado en casa del abuelo.

"Vaya, ha pasado mucho tiempo. Qué bueno verte", dijo el tío con cariño.

"Ha sido un largo tiempo. Pero ya te has tranquilizado bastante bien, ¿no? te has convertido bastante intelectual, ¿eh? Dijo mi padre en un tono magnánimo, aunque medio burlón.

"Fue en Okitsu donde me hospedaste esa vez, ¿no?" Dijo el tío, con una sonrisa irónica en su rostro.

"Tenía diecisiete entonces, así que supongo que han pasado seis años".

"Así es. Viniste a verme en mis días en Okitsu, ¿no? Entonces eras sólo un niño..."

"Sí, pero hablaba bastante en serio, ¿no te parece?" Dijo el tío con una risa sugerente.

"Oh, seguro que lo eras", respondió el padre, riendo en el mismo tono.

Se referían a la época en que el tío abandonó temporalmente el sacerdocio para convertirse en marinero. Estuvo un tiempo en casa de mi padre, esperando que apareciera un trabajo en el mar. Pero tal vez sea mejor que cuente aquí algo del pasado de mi tío.

Como mencioné antes, cuando tenía doce o trece años, su tío anunció que quería ser sacerdote. Mi abuelo, que había decidido que mi tío sucediera en el cargo de cabeza de familia, hizo todo lo que estuvo a su alcance para disuadirlo, pero fue en vano. La abuela, sin embargo, se puso del lado de su hijo.

"Ahora, papá, si tanto lo desea, ¿por qué no dejarlo? Cuando este niño nació, su cordón umbilical estaba enrollado sobre sus hombros y bajaba por su pecho como la estola de un sacerdote. Eso puede haber sido una señal de que estaba destinado a ser sacerdote y hacer algo por sí mismo".

Después de pensarlo un rato, el abuelo cedió. "Quizás tengas algo ahí. Uno. Una cosa es segura: el sacerdocio es una vida mucho más fácil que la que jamás tendrá como agricultor".

No mucho después, el tío se convirtió en novicio en Erin Temple. El templo de Erin es famoso por alguna conexión histórica con Takeda Shingen, y allí había muchos sacerdotes jóvenes como el tío. El tío asistió a la escuela primaria mientras vivía en el templo y recibía su formación sacerdotal. Durante su formación, el sacerdote principal le prestó especial atención.

El tío, sin embargo, no se había sentido atraído por el sacerdocio por motivos religiosos ni por ninguna inspiración espiritual. Había entrado en ello por la misma razón superficial que los otros jóvenes.

sacerdotes: ofrecía una vida suave y fácil. Entonces, cuando cumplió los dieciséis o diecisiete años y comenzó a ser atacado por los dolores del sexo, empezó a tener dudas sobre la vida religiosa.

La vida religiosa parece extremadamente pacífica; pero la paz no tiene mucho interés para los jóvenes. De hecho, a los jóvenes no les importa en lo más mínimo una vida pacífica; sólo las personas castradas quieren la paz. Los jóvenes sanos quieren una vida más vigorosa; Quieren una vida en la que puedan estirar sus brazos, sus piernas, sus deseos hasta donde puedan. El tío también se sentía así y era extremadamente frustrante para él no poder hacer lo que quería.

Finalmente el tío tomó una decisión. Rompió sus vestiduras en jirones, las arrojó bajo el suelo de la habitación de los sacerdotes y se escapó. Fue entonces cuando se perdió con mi padre en Okitsu. Quiso la suerte que hubiera una vacante en Yokohama para un marinero, y el tío se puso a trabajar en un barco de vapor con destino a Kyushu.

La vida en el mar supuso un gran cambio para el granjero de las remotas montañas de Kōshū y, en comparación con la pacífica vida en el templo, significó mucho trabajo duro. Pero estaba el mar sin límites, el cielo azul que se extendía sin fin, las olas, el viento, el aire limpio y fresco y los modales estridentes de los marineros sanos; en otras palabras, suficiente para alimentar el espíritu juvenil del tío. Sin embargo, cuando el barco regresó a Yokohama, esta agradable vida en el mar terminó; El tío desembarcó y encontró a la familia allí esperándolo. Lo llevaron nuevamente a casa contra su voluntad.

El abuelo y el resto de la familia, así como el sacerdote principal del templo de Enko, le hicieron saber al tío lo que pensaban. "Tienes que pensar en tu futuro; No vas a llegar a ninguna parte como marinero. Eres el estudiante favorito del sacerdote principal, y el sacerdote principal será puesto a cargo de la sede en Kioto. A medida que él suba, tú también subirás, ¿verdad? Lo que tienes que pensar ahora es mantenerte en buena relación con el sacerdote principal y sentar las bases para tu futuro".

El tío no tuvo más remedio que regresar al templo. Sin embargo, ya no tenía sus puras intenciones anteriores; Regresaba a la vida religiosa sólo porque todos se lo decían. Finalmente acompañó a su maestro a Kioto, y allí prosiguió su educación general en la Academia Hanazono.

Fue en Kioto donde la degeneración sacerdotal del tío tuvo su modesto comienzo. Mientras asistía a la academia, persiguió a la hija de un hombre que tenía una tabaquería. Cuando su maestro enfermó y los dos regresaron a Bogetsuan, el tío se fue con Chiyo del templo de Enko; de hecho, se enamoró de ella.

Bogetsuan es donde pasé la noche con Chiyo a mi regreso de Corea. Dormimos los tres juntos en un trastero en la parte de atrás. Yo estaba exhausto después de dos días y dos noches en el tren y dormí profundamente, ajeno a lo que estaba pasando, pero los dos aprovecharon la oportunidad para disfrutar toda la noche.

Todos en Enko, los aldeanos, incluso mis abuelos, sabían de la relación del tío con Chiyo; pero nadie hizo ningún escándalo por eso. De hecho, aunque no lo dijeron, se mostraron complacidos. Fue "la solución perfecta", por así decirlo. Yo, sin embargo, desconocía el pasado de mi tío en ese momento. Lo que yo sentía por él era simplemente una especie de afecto amistoso.

Sabiendo que a mi padre le gustaba beber, el tío sacó el sake y trajo algo de comer. Él y mi padre se pasaban las tazas, recordaban viejos tiempos y se divertían sin cesar chismorreando e insultando a los familiares. Luego empezaron a hablar de las circunstancias actuales del tío y de mí. Para entonces ya se había consumido bastante sake. El padre miró ahora al tío directamente a los ojos y se dirigió a él en un tono formal de

voz. "Hablando de Fumiko, en realidad vine hoy porque tenía algo de lo que quería hablarte, Motoei. Me pregunto si podríamos ir a otra habitación..."

"¿Es eso así? Por qué ciertamente. Allá... El tío se levantó y le hizo un gesto a mi padre.

Los dos se trasladaron, con las piernas muy inestables, a otra habitación. Estaban hablando de algo que no estaba destinado a mis oídos, pero que sin duda me preocupaba. Me sentí incómodo y molesto por esta intromisión innecesaria. Sin embargo, no hice nada, excepto sentarme allí, callando. Los dos cuchichearon por un rato, y cuando la conversación pareció haber terminado y parecía que estaban listos para salir de la otra habitación, el tío continuó hablando en un tono de voz normal. "Si lo hicieras, estaría bien. Y, sobre todo, sería por su propia felicidad". Luego, él y mi padre regresaron a la habitación donde yo estaba y una vez más tomaron sus tazas con muy buen humor.

¿De qué habían hablado allí dentro? No pregunté y ninguno de los dos parecía dispuesto a iluminarme. Sin embargo, en un momento dado, mi padre se volvió para dirigirse a mí.

"No he hecho nada por ti en todos estos años, pero no es porque no me importara; simplemente no fue posible. Pero ahora las cosas me van bastante bien. Soy bastante conocido en Hamamatsu y quiero llevarte de regreso conmigo... para compensar lo que hice. ¿Qué te parece, Fumi? ¿Irás?

Ni me agradaba ni confiaba en mi padre. Pero como no tenía nada que hacer en el campo, en casa del abuelo, pensé que sería mejor ir a la ciudad y divertirme un poco.

Acepté volver a Hamamatsu con mi padre.

La noche que llegué a la casa de mi padre en Hamamatsu descubrí lo que él y mi tío habían dicho sobre mí en esa habitación de la casa de mi tío. Cansado por el viaje en tren, me había acostado temprano; pero tan pronto como me quedé dormido, me despertó de repente el sonido de una conversación en la habitación contigua. Me esforcé por escuchar lo que se decía. Evidentemente, padre y tía estaban hablando en la cama, y la palabra "Fumiko" seguía apareciendo en su conversación.

"¡Están hablando de mí!" Me di cuenta. De repente me tensé y levanté la cabeza de la almohada para intentar entender lo que decían. Padre hablaba en voz baja.

"Motoei aún no es el sacerdote principal de ese templo, pero si simplemente se establece no hay duda de que el puesto será suyo.... Por lo que me dijo, ese templo fue construido para ser el lugar de retiro del abad, por lo que no hay feligreses. Pero hay propiedades que pertenecen al templo e ingresos anuales por concepto de alquiler, por lo que proporciona una vida bastante fácil..."

"Oh, eso es todo", pensé, volviendo a recostarme para volver a dormir. Pero entonces escuché la palabra "Fumiko" de nuevo y una vez más fue todo oídos.

"Según la esposa del anciano sacerdote, Fumiko pasó la noche allí con la chica del templo Enko tan pronto como regresó. Y ella dice que Fumiko siempre está en el templo visitando a Motoei. Si me preguntas, ella es suave con él..."

Me sobresalté cuando escuché esto. Aunque estaba completamente sola en la habitación, podía sentir que mi cara se sonrojaba. "¿Podría ser verdad?" Me pregunté, pero inmediatamente descarté la idea por considerarla absurda. padre fue en.

"Bueno, no me andé por las ramas. Salí y se lo dije: '¿Te casarías con Fumiko?' Yo pregunté. ¿Y él? No lo dudé en absoluto; él estuvo de acuerdo de inmediato.... ¿Y qué pasa si la gente habla un poco? Si llevamos a Fumiko a ese templo, no tendrá que preocuparse por comer por el resto de su vida. Y lo mejor de todo es pensar lo que significará para nosotros".

¡Así que mi padre quería casarme con mi tío! Incluso había conseguido la palabra del tío al respecto. ¡Qué horrible, intentar venderme como esclavo a mi tío! Esto fue un sacrilegio. Y no fue sólo

mi padre; Allí estaba mi tío, un hombre que había hecho nada menos que los votos del sacerdocio, comportándose poco mejor que una bestia inmundada. Incluso ahora, pensar en ello me pone furioso.

Curiosamente, sin embargo, en aquel momento no sentía ni lo uno ni lo otro sobre el asunto.

Aunque estaba en una época de mi vida en la que estaba desarrollando un interés por el sexo opuesto, nunca había pensado con quién podría casarme. No fue un problema para mí y, sin preocuparme, me volví a dormir.

Más tarde me di cuenta del significado de este incidente y me enojé amargamente. Mi padre estaba dispuesto a venderme, como si fuera un objeto, a mi tío para obtener la propiedad de Bogetsuan. Y mi tío estaba dispuesto a comprarme para satisfacer su lujuria por la carne de una virgen. Sí, eso era todo, nada más que lujuria. Este hombre que había concluido una transacción inmoral para tomar a su sobrina por esposa era en realidad un terrible demonio sexual. Supuestamente había renunciado a todos los deseos de la carne para morar en los reinos celestiales puros del sacerdocio, pero corría tras el sexo como una pequeña bestia. Estaba hablando con Chiyo al mismo tiempo que intentaba localizarme para su "diversión". Y ni siquiera un mes después de haberle prometido a mi padre casarse conmigo, estaba persiguiendo a otra mujer más. Me enteré de esto más tarde por el propio tío.

"Pasaron aproximadamente dos semanas después de eso [cuando mi padre y yo fuimos de visita]. Chiyo trajo a una amiga suya de Tokio cuyo nombre era Mizushima para visitarla y se quedaron a pasar la noche conmigo. ¡Qué cosa tan hermosa era Mizushima! Tenía a Chiyo completamente superada. Por qué incluso fui a la estación a despedirla cuando se fue. Y cuando escuché que tenía una hermana menor, de dieciséis o diecisiete años, apenas pude soportarlo. Supongo que fue unos cuatro o cinco días después cuando me escabullí del templo y fui tras Mizushima a Sugamo en Tokio para ver a la hermana. ¿Pero adivina que? La hermana menor resulta ser una niña baja, morena y sencilla. Me sentí como un tonto. ..."

Todavía mantenía correspondencia con mi tío cuando escuché esta historia. Nuestras cartas no eran cartas de amor de ninguna manera. Yo, al menos, sólo escribía para satisfacer una especie de fascinación vaga y desenfocada. Pero aun así, no sentí ningún rencor hacia el tío cuando escuché esto. Ni siquiera estaba particularmente celoso.

"¿Por qué fuiste tras la hermana menor?" Recuerdo haberle preguntado. "Si esta Mizushima era tan hermosa, ¿por qué no la amabas?"

El tío se rió.

"Uh-uh. Puede que fuera hermosa, pero seguro que no era virgen.

¡Eso fue todo! En aquellos días lo único que el tío deseaba eran vírgenes. Fue porque yo también era virgen, y sólo por esa razón, que le había hecho esa ridícula promesa a mi tonto padre de casarse conmigo.

Mi padre vivía en Shimotare-chō en Hamamatsu. Tenía una pequeña y cuidada casa alejada de la calle que probablemente alquiló por unos veinte yenes. Tenía todos los muebles habituales, incluida una caja fuerte para alimentos, un hibachi y una cómoda, lo que sugería que mi padre estaba mucho mejor ahora que en los días que yo conocía. Una vez mi tía me confió que, aunque mi padre "se portaba bien", dada su naturaleza perezosa, las cosas les resultaban difíciles. Aun así, sus circunstancias eran mucho mejores que antes y no había comparación.

Como en el pasado, el trabajo que hacía ahora el padre no era más que una fachada. Aparentemente era un reportero, pero trabajaba para un periódico de mala reputación que se dedicaba a la extorsión. Como toda la gente del pueblo temía el periódico, exteriormente trataban a mi padre con gran respeto. Mi padre era una de esas personas a las que se evitaba lo más posible.

Me hizo gracia descubrir que mi padre seguía siendo tan supersticioso como siempre. Todas las mañanas rezaba a los dioses Inari y Kojin que estaban consagrados en un estante colgado del techo contra la pared.

en la sala de estar. En el nicho de la sala de ocho esteras en la que se entretenía a los invitados había un rollo de caligrafía que, según mi padre, había sido escrito por algún sacerdote famoso. Decía: "Hágase tu voluntad". (No traería nada mientras el sacerdote estuviera vivo, claro está, pero una vez muerto, costaría una buena suma.) El padre, el gran discípulo del destino, todavía se aferraba a sus creencias supersticiosas con tanta tenacidad como siempre.

En un soporte frente al pergamino había una caja larga y estrecha en la que estaban escritas las palabras: "Genealogía de la familia Saeki". Al lado había un jarrón viejo que la tía había comprado en una tienda de artículos de segunda mano, pero que, según insistía mi padre, valía una buena cantidad de dinero. Y cerca de la alcoba, estratégicamente colocado para ser visible desde la entrada, había un escritorio sobre el que se amontonaban algunos papeles manuscritos, sobres, dos o tres libros jurídicos y un antiguo diccionario inglés-japonés que tenía peor aspecto si se exponía durante mucho tiempo. en un puesto de algún mercado nocturno. Padre esperaba que con esta fachada su carácter inferior y su cabeza vacía no fueran evidentes.

¿Por qué el Padre tuvo que vivir esta vida basada en mentiras? ¿Por qué sólo le importaban las apariencias? Aunque ya no era joven, seguía siendo tan holgazán inútil como siempre. Y, sin embargo, en casa se comportaba como si fuera un modelo de virtud.

Si mi tía estaba trabajando en la cocina, por ejemplo, y yo estaba leyendo en mi habitación, mi padre gritaba algo, aparentemente una reprimenda para mí, pero que en realidad estaba destinado a los oídos de mi tía. "Fumiko, ¿qué crees que estás haciendo? Aquí estás dejando que tu madre haga todo el trabajo mientras tú te diviertes. Date prisa, entra y ayuda a tu madre".

Más tarde, cuando mi tía no estaba, me sentaba frente a él, derramaba algunas lágrimas y hacía todo lo posible para explicarme sus verdaderas intenciones. "Fumiko, te regaño mucho, pero no debes malinterpretar. No quiero conducirte como a un esclavo, pero hay apariencias en las que pensar. Si soy estricto, es sólo por tu propio bien. No debes olvidar que sólo eres un hijastro de tu madre".

¡Oh, qué lástima, Padre, tener que rebajarse a semejante postura! Sabía perfectamente bien que no tenía ningún derecho a ceder ante mi tía como madrastra. Mi padre olvidó convenientemente lo que él mismo había hecho una vez y actuó como el justo defensor de la moral para obligarme a actuar como un hijastro en deuda, aunque la propia tía habría sido la última persona que me hubiera puesto en tal situación. De hecho, mi tía realmente se preocupaba por mí y cada vez que mi padre me sermonaba así, después hablábamos de ello y nos reíamos mucho.

Después de dos o tres semanas de esto, comencé a darme cuenta de que no encajaba en el ambiente de la casa de mi padre, que no pertenecía aquí. Lo más difícil de soportar fue el culto de la mañana. Todas las mañanas, antes del desayuno, mi padre, mi tía y mi hermano pequeño se reunían frente al nicho para ofrecer sus piadosos respetos ante la "Genealogía de la Familia Saeki". Esto se hizo con toda seriedad y con absoluta corrección. Pero ¿cómo iba a esperar que yo, a quien ni una sola vez en mi vida se me había permitido llevar el nombre Saeki, me inclinara con ellos ante esta genealogía Saeki? Sin embargo, mi padre siempre estuvo pendiente de mí durante toda esta ceremonia. Intentó imponerme un respeto que simplemente no estaba en mi corazón y que no podía soportar. Seguramente debió sentir cómo me sentía por mi actitud y me consideró la niña más descarada, insincera, arrogante e "indigna" que pueda imaginarse.

En Hamamatsu me enviaron a una escuela de artes prácticas para niñas para estudiar costura porque mi tío le había dicho a mi padre que coser era lo más importante que debía saber la esposa del sacerdote en Bogetsuan. Pero como ya he comentado antes, no me gustaba coser, o mejor dicho, no se me daba bien porque nunca había tenido un buen maestro. Sin embargo, los otros estudiantes de la escuela estaban bastante avanzados y

El profesor no se molestaba en dar instrucciones a un principiante como yo. Así, aunque tenía que asistir a clases, lo único que hacía era charlar con los demás estudiantes y perder el tiempo. Por supuesto, mi padre se enojó cuando se enteró, lo que sólo aumentó mi frustración.

La escuela terminó para las vacaciones de verano a mediados de julio. Mi tío Motoei, con quien había mantenido una correspondencia regular, me había invitado a visitarlo cuando terminaran las clases. Queriendo alejarme de Hamamatsu y gravitando naturalmente hacia lo de mi tío, aproveché la oportunidad para regresar a Kōshū.

Eran alrededor de las dos de la tarde y llovía a cántaros cuando llegué a la estación de Enzan. Sintiéndome mal por el viaje, me senté en un banco de la sala de espera, esperando que mis náuseas pasaran y que dejara de llover. Sin embargo, cuando la lluvia no daba señales de amainar, decidí ir a casa de mi madre a pedir prestado un paraguas.

La casa de mi madre estaba ubicada en un campo a unos tres o cuatro chō de la estación. Llegué hasta allí, refugiándome bajo los árboles y los aleros de las casas a lo largo del camino. Sin embargo, no podía ir abiertamente a la casa de mi madre porque sabía que ella le había dicho a la familia que no tenía hijos.

Todo lo que podía hacer era esperar afuera y esperar llamar su atención. Había un seto alto junto a la casa, y hice como si me estuviera refugiando allí de la lluvia y miré para ver qué pasaba.

Debía ser la hora del té, porque podía escuchar la voz estridente y la risa de mi madre y la de las hijas; pero aunque esperé bastante tiempo, mamá no apareció. Intenté ver lo que pasaba dentro a través de una abertura en el seto, pero con la lluvia no pude ver ni a mamá ni a nadie más.

La lluvia caía con más fuerza que nunca. No podía entrar, pero tampoco podía volver con toda esta lluvia. Por fin apareció del campo de moreras un granjero con pantalones rasgados a la altura de las rodillas y un sombrero de juncia que llevaba un cubo de excremento. Justo cuando estaba a punto de entrar a la casa, corrí hacia él y le dije: "Eh, discúlpeme. Su esposa ...", Me pregunto si su esposa está en casa, señor.

"Sí, ella está en casa", respondió, mirándome con cierta sospecha. No dijo más, pero y rápidamente desapareció por la puerta trasera hacia la casa.

Probablemente les esté diciéndolo ahí dentro, pensé. Sospecharían y saldrían, y odiaba pensar en el alboroto que se produciría. No había nada que hacer más que volver a la sala de espera de la estación de Enzan.

Todavía con náuseas y empapado, me sentí tan mal cuando regresé a la estación que vomité las naranjas que había comido en el tren. Me tumbé un rato en el banco. Entonces alguien se acercó a mí y pronunció mi nombre. Cuando levanté la cabeza, a mi lado estaba el tío de la familia Komatsuya (el hermano menor del marido de la hermana menor de mi tía Hamamatsu).

"Fumiko, ¿qué pasa? ¿Te enfermaste en el tren? ¿Te sientes mal?"

"Sí. Me mareé y luego me empapé por completo bajo la lluvia".

"Eso es muy malo. Espera un minuto y..." Antes de que las palabras salieran de su boca, había desaparecido, pero pronto regresó con algo de Jintan para mí. Aunque no me gusta mucho Jintan, le di las gracias y me metí varias bolitas en la boca. El hombre se sentó a mi lado y me masajeó los hombros y la espalda. Al cabo de un rato me sentí mucho mejor y la lluvia también parecía haber amainado un poco. "Gracias. Me siento mucho mejor ahora. Supongo que me iré a casa", dije mientras empezaba a recoger mis cosas.

"¿No tienes un paraguas, Fumiko?" preguntó el hombre.

Le dije que no y le conté que había ido a casa de mi madre a pedir prestado uno pero al final ni siquiera entré; después de todo, era un pariente. Incluso le pregunté sobre las circunstancias actuales de mi madre. "¿Mi madre se ha establecido allí ahora?"

"Sí. Dicen que se lleva bien con ellos", respondió el hombre. Luego me dijo que me pediría prestado un paraguas a alguien cercano y que iría con él. Lo seguí fuera de la sala de espera. Giró a la izquierda frente a la estación y asomó la cabeza por la puerta de una casa aproximadamente a una cuadra de la calle que parecía un lugar para comer. Tuvo unas palabras con la "amante" mientras yo permanecía impaciente afuera.

"Entra. Entra y descansa un poco", me llamó la mujer. El hombre se quitó los zapatos y entró a la casa, subiendo al segundo piso. No había nada que hacer más que seguir. Una chica joven, con las mangas atadas para ir a trabajar con una faja roja, vino detrás de nosotros con dos cojines y un cenicero. ¿De qué se trata todo esto? Me preguntaba.

"¿Podrías darte prisa y pedirme prestado el paraguas? Si no llego pronto a casa, oscurecerá". Intenté apurar al hombre, pero parecía haberse calmado y empezó a dar largas caladas a su cigarrillo. "Oh, te traeré el paraguas ahora mismo. Pero pensé que tendrías hambre, así que pedí tempura".

"Pero no tengo hambre. Y además, mi estómago aún no se ha calmado".

"Oh, no te preocupes. Todavía es temprano."

Mientras tanto, la muchacha había traído dos cuencos, los colocó delante de nosotros y volvió abajo. Mi estómago realmente todavía estaba revuelto, pero por cortesía jugué con la tempura con mis palillos. Sin embargo, pronto los dejé y esperé a que el hombre terminara. Por fin terminó. Lo presioné nuevamente para que tomara el paraguas.

"Oh, está bien", dijo. Se hurgó los dientes con un palillo, se levantó y se acercó a la ventana detrás de mí. La abrió un poco y miró hacia afuera. "¡Que suerte! Ha dejado de llover", dijo, más para sí mismo que para mí.

¡Oh, gracias a Dios! Pensé. "¿La lluvia ha parado? Oh, eso es maravilloso. Déjeme ver ..."

Sucedió cuando me levanté para mirar. De repente mi cabeza daba vueltas. ¡Qué demonio era ese hombre! Me ponché una y otra vez. Luego, como un animal herido, bajé a ciegas el estrecho tramo de escaleras.

¡Este no era el hombre que pensaba que era! Cuando regresé de Corea, mi abuela me llevó a visitar a los Komatsuya, la familia con la que se había casado mi tía menor. Había confundido a este hombre con el cuñado de esa tía. Ahora me di cuenta de que era uno de los hombres que había visto en la casa del barrio de los Komatsuya donde había ido a bañarme.

Esta es la primera vez que hablo de este incidente con alguien. Sin embargo, es posible que ya no esté en esta tierra por mucho tiempo y no hay razón para ocultarlo ahora. Debo exponer a la luz todo lo que ha tenido una fuerte influencia en mi vida, mi pensamiento y mi carácter. Escribo esto no para darle al juez una información más sobre mí, sino para arrojar luz sobre una realidad que tiene un significado mucho más amplio.

El vórtice del sexo

VOLVÍ a la casa de mis abuelos en Somaguchi, pero éste no era mi verdadero hogar más de lo que lo había sido el lugar de mi padre. Parecía que, sin importar dónde me quedara, no era más que un parásito patético y sin hogar. Y con las constantes peleas, el ambiente en casa de la abuela era asfixiante. El único lugar donde podía respirar libremente era el templo de mi tío Motoei, y atraído por algo que ni siquiera podía definir, me encontraba dando vueltas allí la mayor parte del tiempo.

Chiyo era, por supuesto, otra visitante frecuente del templo del tío. Chiyo realmente amaba a mi tío; pero más o menos por esa misma época recibió una propuesta de matrimonio, o más bien, la recibió su padre. (Él no era, estrictamente hablando, su padre, sino un hermano cincuenta años mayor que ella. Sin embargo, no es necesario entrar en eso aquí.)

Un día, Chiyo recibió un telegrama urgente llamándola a la casa de su hermana casada en un pueblo llamado Isawa. Se puso inmediatamente su buena ropa y partió. Sin embargo, resultó que no era nada importante. Un invitado había llegado de Tokio, y solo querían que Chiyo estuviera allí para servirle té al hombre y salir corriendo a comprar pasteles y cosas así. En un momento de su estancia, produjeron un trozo de tela para el haori de un hombre y le dijeron que lo cosiera lo más rápido posible. Naturalmente, también atendía a los invitados durante las comidas.

Chiyo regresó después de sólo dos o tres días. Poco después, la invitada concluyó las negociaciones matrimoniales para la mano de Chiyo con su hermana y su marido. La propia Chiyo no tenía absolutamente nada que decir al respecto. Ya tenía a alguien a quien amaba, pero no se le permitía ni siquiera elegir a su propio marido. La habían vendido como una esclava, poco mejor que una mercancía.

Chiyo quedó destrozada. Estaba tan molesta que incluso empezó a perder peso. Habló de todo con mi tío y conmigo y nos preguntó si no había alguna forma de salir de este matrimonio. Pero el tío, de quien todo dependía, ya no sentía por ella tanto ardor como antes. Por supuesto, no tenía la menor intención de casarse con ella, porque Chiyo ya no tenía la frescura intacta que hubiera requerido en una novia. Ella le suplicó, pero él no se conmovió. Podría discutir el asunto con ella con total calma. “Oh, es realmente triste. Y voy a sufrir tan bien como tú, ¿sabes? Pero realmente no hay mucho que podamos hacer al respecto. Es el destino; y me temo que ninguno de nosotros puede vivir fuera de los dictados del destino”.

¡Pobre Chiyo! La estaban obligando contra su voluntad a un hombre que ni siquiera conocía. Sin embargo, cuando en su angustia recurrió a su amante, el hombre de su propia elección, encontró en él a un extraño. Oh Chiyo, ¿a quién te quedaba a quien recurrir?

Y sin embargo, a pesar de todo esto, los dos mantuvieron su relación como antes, tío: con la mujer que ya había abandonado, con la mujer que, por cuestiones del “destino” o lo que sea, ya había tomado la decisión de irse. entregarse a otro hombre—y a Chiyo—con el hombre que sabía que ya la había abandonado, trazando en su corazón la imagen del centro comercial que sería su nuevo amante sobre el cadáver sin vida de un amor que estaba muerto y desaparecido.

Estaba tanto en el templo de mi tío que mis familiares empezaban a preocuparse; Tenían miedo de que si los compañeros sacerdotes del tío se enteraran, podrían provocar su ruina. El resultado de la familia

Las deliberaciones de Ily eran que debía mantenerme alejado de mi tío y encontrar a alguien más que ocupara mi lugar. La persona que le recomendó fue la segunda hija mayor de la actual casa de mi madre, una niña llamada Yoshie. Además de venir de una buena familia, Yoshie también era bonita, buena cosiendo y tenía la edad justa para mi tío.

Mi tío había visitado la casa de mi madre varias veces, así que, por supuesto, conocía a Yoshie. De hecho, ya mantenía una relación bastante íntima con ella, al menos emocionalmente. Mientras tanto, Yoshie se preocupaba lo suficiente por mi tío como para pelearse por él con una compañera de clase, una chica que le había presentado a su tío y que posteriormente le había enviado una carta de amor.

Mis familiares no fueron los únicos que le llevaron propuestas de matrimonio a mi tío. Durante el período en que frecuentaba su templo, un sacerdote de un templo rural cerca de Nara, un hombre que mi tío había conocido cuando estaba en Kioto, le pidió a mi tío que se casara con su hija.

"La hija es muy guapa", me había confiado entonces el tío, "y si fuera Kioto, no me importaría. ¿Pero muy lejos de Nara...?"

El tío recibía a menudo cartas de mujeres. Nunca ocultó nada; siempre me dejó leerlos. No estaba celoso, porque pensaba que mi tío era un amigo íntimo del que era natural que lo supiera todo. Y, sin embargo, al mismo tiempo había dentro de mí un anhelo insatisfecho, nacido quizás de la soledad que me produjo tener que crecer demasiado pronto, un algo indefinible que ardía constantemente dentro de mí y que me sentía obligado a perseguir.

Era el veintiséis o veintisiete de agosto y las vacaciones de verano casi habían terminado. Estaba de visita en casa de los Komatsuya y por la tarde mi abuela vino a ver a mi tía por algo. Esa noche, mi tío nos llevó a la abuela y a mí a ver una película en la ciudad.

La película ya había comenzado cuando llegamos. Después de mucho buscar, el tío y la abuela encontraron asientos en un rincón de atrás. Sin embargo, no había ningún asiento vacío para mí, así que me paré y miré desde la parte trasera del teatro. Cuando terminó la primera parte de la película, me di cuenta de que había un joven parado inmediatamente a mi izquierda. Estaba vestido con ropa azul oscuro y llevaba una gorra de estudiante. Lo miré y luego me volví para ver la segunda parte de la película. Al cabo de un rato el joven me habló.

"Disculpe. ¿Esto es tuyo? Creí sentir algo en mi pie hace un momento, y cuando busqué encontré esto". El joven sostenía con cautela un peine de celuloide de esos que se usan para hacer moños. Me sentí la cabeza, pero mi peine todavía estaba allí. "No, no es mío", respondí.

"Oh, me pregunto qué debería hacer", murmuró para sí mismo. Luego llevó el peine a la ventana de atrás y lo colocó en el alféizar. Cuando regresó, se dirigió a mí en un tono de voz que sugería que ya éramos viejos amigos.

"¿De qué trataba la primera parte de la película?"

"No sé; Sólo vine yo mismo", respondí secamente, pegando mis ojos en la pantalla.

Sin desanimarse en lo más mínimo, el joven mantuvo una conversación constante. Mirando retrospectivamente el incidente, creo que intuí lo que el joven buscaba, pero no podía simplemente ignorarlo porque yo también estaba atrapado en un vórtice de deseo, aunque no podría haber dicho para qué. Así, después de intercambiar sólo unas pocas palabras con él, llegué a pensar en este joven como en un viejo amigo.

Entonces el joven tomó mi mano. Esto me tomó bastante por sorpresa, pero no hice ningún movimiento para liberarme de su agarre. Racionalicé que habría sido vergonzoso provocar una escena entre esa multitud, pero lo que realmente sentí fue que habría sido una lástima alejarlo. Me quedé allí, con mi mano en la suya. Luego me apreté la mano y metió en ella un trozo de papel cuadrado y rígido, que cogí sin decir palabra y lo metí en la manga de mi kimono. Me moría por saber qué era, así que al salir lo saqué de mi manga y lo miré debajo de la lámpara.

en la entrada del cine. Era una tarjeta de visita pequeña, floreada y con adornos dorados, con el nombre del joven, "Segawa", y su dirección escrita en ella.

Al final de las vacaciones de verano volví a Hamamatsu, aunque me sentía más como si me arrastraran hacia atrás por el cuello. Era de noche cuando llegué a la casa; La puerta del jardín estaba cerrada y parecía como si la familia hubiera salido a alguna parte. Pero conocía el lugar lo suficientemente bien como para pasar por debajo de la cerca, abrir la puerta y entrar a la casa por el fregadero cerca de la letrina.

Hacía calor, así que lo primero que hice fue abrir la casa. Luego me quité la ropa, que estaba empapada de sudor. No había comido en el tren y tenía mucha hambre. Encontré algo de comida en el armario de la cocina y estaba comiendo solitariamente las sobras cuando oí el sonido de zuecos de verano delante de la casa. Era mi tía.

"Oh, Fumiko, has vuelto. Cuando vi la casa abierta, por un momento me asusté".

"Acabo de volver. Tenía hambre, así que pensé en comer algo. ¿Te importa si tengo este pescado también?"

"No, en absoluto. ¿Cómo están todos en Kōshū?"

"Todo el mundo está bien. Pero... ¿dónde estabas, tía?"

"Esta noche fue la feria en Akibasan. Hace mucho calor y todo eso, y no teníamos nada especial que hacer. Así que nos fuimos todos".

"Oh. ¿Dónde están padre y Ken?"

"Los dos se detuvieron en casa de los Ishibashi. Pero no quería quedar así, así que volví directamente a casa".

Mientras hablábamos, la tía se puso una yukata recién lavada y almidonada, luego se sentó frente al hibachi y comenzó a hurgar en busca de brasas enterradas para hacer té. Para entonces ya había recogido los platos y lavado, así que ahora podía relajarme.

"Fumiko, ¿te gustaría ver algo bonito?" Dijo la tía. Luego se levantó, se acercó a la cómoda y sacó algo envuelto en papel del cajón superior. "Compré estos esta noche", dijo, mostrándome dos anillos grabados en oro.

Me quedé estupefacto. "Dios mío, ¿te hiciste rico o algo así?"

"Fumi, ¿estás bromeando? Esto no es oro", dijo la tía con una sonrisa divertida. "Vaya, los dos sólo me costaron cincuenta sen. Si los usara todos los días, se decolorarían en poco tiempo; pero si los uso cuando me visto, creo que engañarían a cualquiera".

La tía se puso uno en cada uno de sus dedos anulares y los miró como para determinar si realmente parecían dorados o no. "No está mal, incluso si son falsos", dijo, como para convencerse a sí misma. "¿Recuerdas ese reloj de tu padre y sus gafas? También son falsos. Aunque han pasado dos años desde que los recibí, no se han descolorido en absoluto".

¡Ah! También la tía había sucumbido finalmente a la influencia de mi padre. ¿Por qué esta gente tenía que ser tan tosca y vanidosa? Acababa de regresar y ya empezaba a no gustarme. Las diferencias entre nosotros se estaban volviendo dolorosamente claras, y el deseo de tener una vida propia, aparte de ellas, se hacía cada vez más fuerte.

Cuatro o cinco días después de este incidente le escribí al Segawa que había conocido en la película. Sin embargo, no sabía qué decir, así que copié palabra por palabra las frases que recordaba haber leído en las cartas que mi tío había recibido de sus admiradoras. Envié la carta con el nombre de un hombre en la dirección del remitente. Segawa respondió inmediatamente con una carta llena de frases en inglés entrecortado y enviada en un sobre rosa con el nombre de una mujer en la dirección del remitente.

Regresé a la escuela, pero lo odié más que nunca. No podía hacer esa miserable costura y las materias escolares eran completamente tontas. Por desesperación más que nada, hice todo lo posible para enfrentarme a los profesores de la escuela. En casa lo único que hacía era leer, cuando conseguía algo, claro. Porque en casa de mi padre no había mucho más que libros de cuentos insípidos y aburridos. No podía comprar libros nuevos porque mi padre nunca me daba dinero para gastar. Al límite de mi ingenio, le pedí a mi padre que me dejara ir a Tokio, pero él se negó, por supuesto.

"Ridículo. Recuerda, eres una mujer", despotricó. Luego se lanzó a un sermón sobre su gastada filosofía. "¿Crees que dejaría que una joven se escapara así a Tokio? Tienes que estar bromeando. Parece que no sabes cómo es la gente. Simplemente deje que un hombre se acerque a una mujer en la calle para preguntarle direcciones y la gente lo verá raro. Y una vez que de una mujer se habla así de ella, se acaba, se la marca. Y además, no eres libre de andar por ahí donde quieras. Estás bajo mi cuidado y mientras yo sea responsable, no lo permitiré".

Mi padre ya había olvidado lo que él mismo había hecho. Sin embargo, lo que decidiera fue la última palabra; Si estuve de acuerdo o no, no importaba en lo más mínimo. ¿Pero tenía que permanecer bajo su tiranía para siempre? No tenía nada que leer en casa, pero él era tan estricto que me prohibía incluso asistir ocasionalmente a una conferencia para aliviar mi aburrimiento. La vida joven necesita expandirse y crecer; no puede evitar hacerlo.

Finalmente decidí dejar la odiada escuela de costura. No pedí permiso a nadie, ni a mi padre ni al maestro; Simplemente me fui. Padre, por supuesto, estaba lívido de rabia. Pero ya no iba a obedecerle ni, debería decir, a someterme más a su tiranía. De ahora en adelante tendría que cuidar de mí mismo. Dejé lo de mi padre y regresé al campo.

El abuelo, sin embargo, ya no me permitía frecuentar el templo del tío. Tuve que mudarme a casa de los Komatsuya y luego me obligaron a ir a la escuela de costura del pueblo. Había escapado de un infierno sólo para ser forzado a entrar en otro; pero de éste no tenía poder para escapar. Todavía no era mayor de edad y no tenía dinero que me permitiera llevar el tipo de vida que quería. Así que aquí estaba yo, atado a una vida que no había elegido yo.

¿Tuve entonces la culpa de haber cedido a la desesperación? Sí, por supuesto que lo era. Estaba profanando mi propia vida con mi conducta. Pero creo que puedo ser perdonado. De hecho, tengo que ser indulgente conmigo mismo, porque no hay nadie más que lo sea, nadie que me comprenda o simpatice conmigo. Estaba demasiado deprimida para hacer nada en la casa y ciertamente no ayudaba con los niños. Me iba bien si lograba lavar mi propio plato de arroz después de las comidas.

Segawa había sido estudiante de cuarto año en una escuela secundaria local, pero abandonó sus estudios o se vio obligado a abandonarlos. Cuando llegué a casa de los Komatsuya, él estaba en Tokio asistiendo a una escuela de contabilidad. Mantuve correspondencia con él, pero al mismo tiempo visitaba el templo de mi tío siempre que podía. Las cartas y las cosas que recibí de Segawa las guardé en las pertenencias que guardaba en un armario en el templo del tío.

La boda de Chiyo seguía posponiéndose y ella seguía viendo a su tío como siempre. Una vez me encontré en el templo cuando ella estaba allí; Ella había traído a una amiga con ella ese día. Era de noche y el sol ya se había puesto. La cena había terminado, pero Chiyo aún se quedó, poniéndose su hakama sólo para quitársela y volver a doblarla. Podía adivinar cómo se sentía y la insté, como siempre hacía, a que se quedara. "Chiyo, es tarde; ¿Por qué no te quedas a pasar la noche? Si te quedas, yo también puedo quedarme".

Por supuesto, eso era exactamente lo que Chiyo quería hacer, pero debido a la amiga, dudó. La amiga, sin embargo, percibió cómo se sentía y la animó a quedarse conmigo. "Fumiko también estará aquí, así que no pensarán en ello en el Templo Enko. Quédate a dormir, ¿por qué no?"

"Pero tendrás que volver a casa sola", dijo Chiyo superficialmente.

"Oh, estaré bien", dijo la amiga mientras se iba sola, luciendo ligeramente molesta.

A diferencia de esa primera noche cuando acababa de regresar de Corea, esta vez no pude dormir muy profundamente. Pero ahora no sentía nada más que simpatía por Chiyo. Más tarde, como recuerdo de su despedida, el tío le envió a Chiyo un anillo de perlas que ella siempre había querido. Era un símbolo de que su relación había terminado para siempre.

Finalmente, a mediados de noviembre, se arreglaron los planes de boda de Chiyo. La ceremonia de boda iba a tener lugar en Tokio, pero en el templo de Enko se celebró una reunión sencilla en la que se sirvió un guiso de pescado y verduras para que ella pudiera despedirse de la gente del pueblo. Todos vinieron de buen humor para desearle lo mejor a Chiyo.

Hubo mucho bullicio mientras los aldeanos servían la comida. El rostro del invitado de honor, sin embargo, mostraba una expresión de profunda tristeza. La expresión de Chiyo era tan triste que el sacerdote principal del templo Enko murmuró un comentario al respecto justo delante de ella. "Es curioso, nunca en mi vida había visto una boda tan sombría. Esto es un templo, pero uno pensaría que estamos celebrando un funeral, no una boda".

Y en verdad, si éste no fue el funeral de Chiyo, ¿qué fue? Esa noche Chiyo se levantó sin molestar a nadie y escribió una larga carta al tío. Esta iba a ser su despedida definitiva y eterna. Cuando fui al templo al día siguiente, Chiyo me acompañó hasta el cuarto oscuro al lado del salón principal y luego me entregó la carta.

"Fumi, toma esto, ¿quieres?" Los ojos de Chiyo estaban hinchados por el llanto y todavía había lágrimas corriendo por sus mejillas. Mi corazón estaba con ella y yo también lloré mientras la abrazaba con fuerza. Más tarde, ese mismo día, Chiyo se empolvó la cara, hinchada por el llanto, se puso su kimono formal y, acompañada por cuatro o cinco amigos hasta las afueras del pueblo, partió hacia su nuevo hogar.

Dos semanas después de su boda, Chiyo le envió una carta a su tío. Abrió el sobre y lo revisó rápidamente. "Tsk... ella está tratando de hacerme el ridículo". Tenía una sonrisa cínica en su rostro, pero no parecía particularmente enojado, ni siquiera triste. Arrojó la carta frente a mí. No recuerdo las palabras exactas, pero hablaba de su nueva vida, de que había un criado, una criada, una enfermera, muchos pacientes, de lo bien que estaban y de cómo todos la llamaban okusan. Chiyo había olvidado por completo la angustia del medio mes anterior y ahora estaba evidentemente perfectamente contenta con su nueva vida.

Al final del año, Segawa terminó su curso intensivo de contabilidad y regresó a casa. Su casa estaba a sólo tres chō de la de los Komatsuya, y nos veíamos todas las mañanas y todas las noches. Segawa no pudo venir a verme abiertamente porque, por mucho que me pusiera de mal humor, tenía que ir a clases de costura y ayudar en la casa durante el día. Todas las noches venía y silbaba ante la puerta de cristal de la tienda de los Komatsuya o fumaba un cigarrillo en la oscuridad para hacerme una señal; Luego salía de casa con alguna excusa para unirme a él. A veces obtenía permiso para salir, pero normalmente simplemente me escabullía por la puerta trasera.

El frío invernal fue suficiente para congelarnos el aliento. Éramos jóvenes y apasionados y no permitíamos que el frío nos molestara en lo más mínimo. Caminábamos por los oscuros caminos del pueblo o paseábamos por los terrenos de un templo cercano envueltos en una sola capa. A veces nos escabullíamos en el gran y desierto salón principal del templo para abrazarnos y besarnos. Me escapé y deambulé hasta las dos o tres de la mañana con Segawa así durante aproximadamente dos semanas.

Pero mientras llevaba esta vida sin rumbo y apática, nunca abandoné mis verdaderas metas y esperanzas. ¿Cuáles fueron estos? Leer todo tipo de libros, adquirir todo tipo de conocimientos y vivir la vida al máximo.

Pero yo era pobre. No podía pasar largos años en la escuela con el dinero de otra persona como lo hacían los hijos e hijas de los ricos. ¿Qué debía hacer? Después de pensarlo mucho, decidí que la mejor solución era asistir a una escuela de niñas de la prefectura y convertirme en maestra. Una vez que fui independiente financieramente, pude, poco a poco, estudiar las cosas que me interesaban. Podía obtener una beca para ir a la escuela normal, y el poco dinero que necesitaba para gastar lo obtenía de mi familia. Decidí pedirle a mi tío que me proporcionara la pequeña cantidad de gastos escolares que no cubriría la beca y luego me dediqué a prepararme para el examen. Mi paseo nocturno con Segawa redujo un poco mi tiempo de estudio, pero lo compensé usando bien el resto de mi tiempo y estudiando mucho.

Se acercaba el comienzo del curso escolar. Envié por el prospecto de la escuela y completé el formulario de solicitud. Sin embargo, cuando llevé el formulario a casa del tío, él me saludó con una expresión sombría que era bastante propia de él. Descarté esto como soledad por la partida de Chiyo e inmediatamente expuse mi asunto. "Traje el formulario de solicitud. ¿Podrías por favor ponerle tu sello?

"¡Solicitud! Supongo que se refiere a la solicitud de admisión a la escuela de profesores", dijo, más sombrío que nunca. "Atractivo. He estado pensando y quiero que pospongas todo eso por un tiempo. Verás, creo que deberías volver a casa de tu padre en Hamamatsu.

"¿Por qué?" Pregunté, atónito por esta respuesta totalmente inesperada.

"Oh, nada especial", dijo el tío, con una pequeña sonrisa en sus labios. "De todos modos, pronto sabrás el motivo", continuó, adoptando una vez más un tono hosco. "Ahora mismo estoy ocupado. ¿Por qué no te vas a casa?

Me quedé destrozado. Al principio no pensé que hablara en serio; pero lo había dicho tan claramente que no podía haber estado simplemente bromeando o amenazándome. ¿Mi única esperanza, mi única ruta de escape, sería completamente cortada de esta manera? A estas alturas ya no podía llorar. Regresé a casa de los Komatsuya en un estado de desesperación y me quedé despierto toda la noche tratando de descubrir de qué se trataba, en qué podría estar pensando el tío.

Al día siguiente, el tío vino a casa de los Komatsuya con la abuela de Somaguchi. Luego compró dos billetes para Hamamatsu y nos subió a la abuela y a mí en el tren. Cuando nos instalamos le pregunté a la abuela de qué se trataba todo el asunto, pero no supo decirme nada. "Ni siquiera yo lo sé. Pero Genei [Motoei] dijo que vendría en dos o tres días, así que supongo que lo sabremos entonces".

No podía creer que la abuela fuera tan inocente como decía. "Bueno, entonces, ¿qué hizo? ¿Vienes conmigo? Yo pregunté.

"Oh, no hay ninguna razón en particular. Sólo vine porque Genei me lo dijo. Y además, ha pasado mucho tiempo.

"Ha pasado mucho tiempo desde que vi a Takano".

No la interrogué más. Sin embargo, me sentí lleno de aprensión y sentí que una terrible El peligro se acercaba a mí.

Llegamos a la casa del padre. Habiendo salido de allí después de discutir con él, probablemente ni siquiera me habrían dejado entrar a la casa si hubiera estado solo. Pero como la abuela estaba conmigo, el padre no dijo nada. Mi tía estaba encantada de ver a la abuela. Sin embargo, estaba deprimido y no tenía ganas de hablar con nadie, ni con mi padre, ni con mi tía, ni con mi abuela. Sólo quería estar sola y pensar, y de hecho me fui sola a otra habitación a leer el periódico y

pensar. La abuela no parecía haberles contado nada sobre mí. Sólo la había oído decir que el tío vendría más tarde.

Cuando por fin llegó el tío, no me dijo nada que me iluminara y, al menos en mi presencia, no dijo nada de mí ni a mi padre ni a mi abuela. Pero entonces padre y tío empezaron a beber.

La abuela estaba con ellos y yo estaba solo en otra habitación. El tío le estaba diciendo algo a mi padre en voz baja, pero aunque me esforcé por oírlo, no pude entender lo que era. Sin embargo, era evidente que mi padre estaba furioso por algo. Gritaba cosas como "el tonto" o "¡Oh, si ese tipo estuviera aquí ahora!" y el tío intentó hacerle callar. Sin embargo, por los fragmentos que pude recoger, pude adivinar de qué estaban hablando. Me puso furioso pensar que ellos hablaran de mí de esa manera, y quise entrar corriendo y insultarlos. Pero lo contuve todo.

Lo que fue pasado, fue pasado. Lo que importaba ahora era el futuro.

Cuando terminó la conversación, el tío se fue inmediatamente a casa; ni siquiera pasó la noche. Recuerdo sus palabras de despedida en la puerta: "Le he contado todo a tu padre y quiero que escuches bien lo que tiene que decirte".

Miré a mi padre. La mirada en su rostro hinchado indicaba que le hubiera gustado Me han pateado en ese mismo momento.

Fue todo lo que pudo contenerse hasta que el tío se fue. Estaba arrodillado en el tatami en la entrada donde me había despedido de mi tío, y una vez que se hubo ido, mi padre se volvió hacia mí y me dijo con voz tensa por la rabia: "¡Animal! ¡Pequeña zorra! Me dio una patada en el hombro y me caí, gimiendo. Sentí que el hueso de mi hombro estaba roto, pero estaba demasiado aturdido como para intentar levantarme.

"Bueno, bueno", continuó el padre, "¿no eras tú la pequeña coqueta? Tuviste que ir y tirarme barro en la cara, ¿verdad? Apuesto a que es por eso que te enviaron de regreso de Corea. Sí, apuesto a que era eso. Muy bien, haz lo que quieras; mira si me importa...."

"¿Qué? ¿Qué hice? Repliqué enojado, habiendo recuperado mi ingenio.

"¿Qué quieres decir con '¿Qué hice?' Cruzas tu corazón y me preguntas eso. Bueno, ¿lo sabes ahora o no? Porque si no lo haces, te lo diré bien". Dicho esto, mi padre volvió a patearme, esta vez en la pierna.

"Papá, ¿qué estás haciendo? ¡Detener! ¡Basta, digo! Tía había entrado corriendo desde la cocina, agarró a mi padre del brazo y se colocó encima de mí para protegerme.

"¿Qué crees que estás haciendo? ¿Por qué estás defendiendo esto? ¡Apartese del camino!" Padre gritó. Pero la tía no se movió.

"Ya, ya, ya es suficiente. Tendré una buena conversación con ella más tarde", dijo la abuela para calmar al padre, aunque ella misma temblaba como una hoja.

"Haz lo que quieras. Lo he tenido." Arrojando estas líneas de rechazo final, el padre se retiró a otra habitación. La tía se levantó y me levantó. Me arremangó la manga y me masajé el hombro. "¿Estás bien? Él no te lastimó, ¿verdad? Papá es demasiado rudo".

"No, es nada. Estoy bien", respondí mientras intentaba mover el brazo que había sido pateado. Mi tía me llevó a otra habitación y la abuela se unió a nosotras.

"¡Oye, Takano, tráeme un poco de sake!" gritó padre. La tía, murmurando algo para sí misma, entró en la habitación donde estaba el padre. La abuela y yo estábamos demasiado absortos en nuestros propios pensamientos para hablar. Debí pasar así cerca de media hora cuando el padre, con el rostro rojo por la ebriedad, partió hacia el pueblo. La tía se reunió con nosotros y se sentó. Por fin pude pedir una explicación. "¿Qué dijo el tío sobre mí?"

"¡Mmm! Es tu padre el culpable de todo esto", dijo la tía, mirándome a mí y a mi abuela. "Imagínese, intentar casar a una sobrina con su tío. Sólo quería hacerse con el dinero del templo de Genei. Por supuesto que eso no iba a funcionar. Y cuando no fue así, se enoja. Bueno, el culpable es el que está tan enojado ahora".

"¿Qué quieres decir? ¿Qué no funcionó? Aunque sabía en general lo que debía haber sucedido, quería estar seguro.

"Verás, tu tío vino aquí para liberarse de su promesa de casarse contigo", dijo la tía en un tono que indicaba que pensaba que todo el asunto era ridículo. "Oh, insistió en que le escribías a un joven malo, salías de noche, te comportabas como un loco..."

Por la forma en que la tía relató lo que se había dicho, estaba claro que simpatizaba conmigo por completo. Sólo tenía un comentario que hacer. "Si está tan preocupado por la conducta correcta, ¿por qué no reflexiona un poco sobre sí mismo?"

Todo estaba muy claro ahora. No tenía nada más que preguntar ni nada más que decir. Aprendí sobre el sexo relajado y sentí curiosidad por el sexo antinatural cuando tenía cuatro o cinco años. Ahora que tenía dieciséis o diecisiete años y me sentía atraído por algo indefinible en el sexo, mi padre y mi tío querían hacerme creer que albergaba un gran mal. Bueno, si era tan malo, los dos tenían que hacer un pequeño examen de conciencia. Yo no había hecho más que ellos; De hecho, ni siquiera había llevado a cabo el acto, simplemente coqueteé con él. El padre apareció de repente y hizo alarde de su autoridad sobre la niña que había abandonado diez años antes, negociando su venta al "dios de la fortuna" de un pequeño templo. Mi tío no me había tratado mejor que a un juguete. Ahora me habían descartado como a una prenda usada, me habían pateado y pisoteado.

No era necesario que me defendiera; No había nada más que quisiera preguntar. La abuela tampoco me lo reprochó.

"Bueno, es mejor así", se limitó a decir, "tanto para Genei como para Fumi. Esperábamos que esto sucediera durante mucho tiempo, pero no había nada que pudiéramos hacer. Todo salió bien".

Pobre abuela. El tío sólo la había traído por seguridad. Sabía que la familia se oponía a unirnos y la quería aquí en caso de que mi padre armara un escándalo porque se retractaba de su promesa. Pero resultó que ella no era necesaria; Mi padre descargó toda su ira conmigo.

A pesar de lo que pasó, no me echaron de la casa de mi padre. De hecho, sin perspectivas concretas, no estaba en condiciones de irme. Al menos por el momento, mi padre y yo tendríamos que vivir bajo el mismo techo con nuestras ideas radicalmente diferentes. Sin embargo, el estallido final no se hizo esperar. Todo empezó con una discusión bastante trivial sobre mi hermano menor Ken. Antes de entrar en eso, sin embargo, será mejor que aproveche esta oportunidad para completar el registro sobre Ken.

Como ya sabe el lector, mis padres acordaron cuando se separaron que yo sería criado por mi madre y mi hermano, que entonces tenía tres años, por mi padre. Ken había sido sacado de los brazos de su propia madre, pero esperando recibirlo en su lugar estaba mi tía. Parece que sus primeros años los pasó en gran pobreza, pero como mi tía era una mujer muy ingeniosa, él no tuvo que sufrir lo que yo pasé. Mi tía quería mucho a Ken. Aunque solía decir que se sentía obligada a cuidar al hijo de la hermana a la que había agraviado en el pasado, por lo que observé, no había nada de la frialdad de la típica relación madrastra-hijastro entre ella y Ken. En todos los aspectos, mi tía amaba a Ken como si fuera su propio hijo. Cuando le llegó el momento de empezar la escuela y ella se dio cuenta de que él no podría ir por ese negocio.

En cuanto a no estar registrada, mi tía hizo caso omiso de las objeciones de mi padre y lo registró de inmediato como su propio hijo ilegítimo.

Pero debido a las ideas equivocadas de su padre, Ken no tuvo tanta suerte en cuanto al tipo de educación que le iban a dar. A diferencia de mí, Ken era grande; pero era un chico muy gentil, tranquilo por naturaleza y extremadamente introvertido, tanto que ni siquiera podía hablar con extraños. En la escuela, aunque era bueno en dibujo y caligrafía, no le iba bien en otras materias.

Mi tía sabía, por sus largos años de pobreza, que no podían permitirse una educación prolongada y prolongada y quería que Ken se dedicara directamente al negocio. Pero mi padre, que no pensaba en la naturaleza de Ken ni en lo que podían permitirse, quiso tontamente enviarlo a la universidad para estudiar derecho y convertirse en un hombre distinguido. Mi padre consideraba que las personas que conocían la ley eran las mejores personas que existían; cualquiera menos era un imbécil.

Éste era el plan de mi padre para Ken, y su política educativa estaba dirigida a lograrlo. Aunque Ken no tenía inclinación por aprender, su padre estaba decidido a adquirir una. A veces sentaba a Ken frente a él y le pedía que leyera o hiciera sumas. Si Ken tropezaba con su lectura o no podía resolver un problema, su padre le decía lo lento que era y le daba un fuerte golpe en la cabeza.

Como si esto no fuera suficientemente malo, mi padre también tuvo que imponerle a Ken sus anticuadas ideas feudales. Le haría rendir homenaje ante ese "árbol genealógico de Saeki" y le diría que nunca debe deshonrar a las 123 generaciones de descendientes del ministro Fujiwara, Lord Fulano de tal.

"Nací en esta ilustre familia Saeki y, por muy pobre que haya sido, los demás nunca me han ridiculizado. Vaya, aquí mismo en Hamamatsu hay muchas personas más ricas que yo, pero todos me llaman 'Saeki-san', 'Saeki-san' y me tratan como a sus mejores.

Y todo se debe a mi genealogía. No debes tomar a la ligera la educación de una persona..."

Sin darse cuenta, el impresionable joven había caído bajo la influencia de su padre y empezaba a pensar como él. Siempre había considerado todo esto ridículo. Ahora expreso con palabras la opinión crítica que tenía sobre el trato que mi padre le dio a Ken. Esta fue una de las razones del distanciamiento entre mi padre y yo.

Justo cuando estaba planeando ingresar a la escuela de maestras de mujeres, mi padre hizo que Ken tomara el examen de ingreso a la escuela secundaria de la prefectura. Con el tiempo lo enviaría a la universidad para estudiar derecho y, si todo iba bien, lo convertiría en ministro de Justicia, si no en primer ministro. Cuando Ken logró aprobar el examen, la alegría de su padre no tuvo límites. Alabó a Ken hasta los cielos. "¡Excelente! ¡Bravo! Una astilla del viejo bloque. Sigue así, muchacho. En Occidente, ya sabes, algunas personas incluso obtienen su título de abogado a los veintidós o veintitrés años.

Padre le ordenó a tía que cocinara el plato festivo de arroz rojo y celebramos el lanzamiento de la carrera de Ken. Mi padre consumió aún más sake de lo habitual. Luego pronunció un sermón frente al árbol genealógico y él y Ken inclinaron la cabeza hacia el tatami en reverencia a la genealogía. Al día siguiente, mi padre empeñó algo de ropa y llevó a Ken a la ciudad a comprar lo que necesitaba para la escuela.

Los zapatos que había pedido llegaron aproximadamente una semana después. El padre los examinó cuidadosamente y luego hizo la siguiente revelación. "Sabes, Ken, había dos tipos de zapatos. Un par costaba ocho yenes y el otro, doce yenes. Bueno, derroché el dinero y te compré el par de doce yenes.

Fuera de sí de alegría, Ken se puso los zapatos y se fue a la escuela. Sin embargo, regresó por la tarde decepcionado y enojado. "Padre, mentiste".

"¿Qué quieres decir?"

"Usted sabe lo que quiero decir. Cuando llegué a la escuela descubrí que mis zapatos no son tan caros. unos; ellos son los baratos".

"No", respondió el padre, algo nervioso, "tu padre nunca mentiría. Ésos son los de doce yenes".

Ken no le creyó. "Pero Umeda y Suzuki dijeron que los suyos eran los de ocho yenes y que son exactamente iguales a los míos. También había gente con los de doce yenes, y se podía ver que estaban mucho mejor hechos y eran de mejor cuero.

El padre tosió para disimular su vergüenza y luego respondió con aire sereno. "No. Puede que tu padre sea pobre, pero yo nunca haría nada que te hiciera sentir pequeño. Tu padre pagó doce yenes por ellos, no te equivokes.

Ken todavía no le creía a su padre, pero no habría servido de nada seguir discutiendo, así que se fue a su habitación. Dejó su mochila en el suelo y expresó su ira hacia mi madre y hacia mí, que estábamos cosiendo cerca.

Mi padre siempre juzgaba el valor de una cosa por su costo. Cuando compraba algo, primero preguntaba el precio y luego decidía en consecuencia si era bueno o no. Cuando compraba algo para sí mismo, ni siquiera le decía a su esposa ni a su hijo el precio real; lo daría entre un 20 y un 30 por ciento más, a veces dos o tres veces el precio real. Siempre me había desagradado esa naturaleza tan básica de mi padre, pero esta vez la encontré particularmente molesta y dije lo que pensaba en voz lo suficientemente alta como para que él pudiera escucharla.

"¿Alguna vez has visto a alguien con un orgullo tan ridículo? En lugar de mentirle a su propio hijo y decirle que había comprado zapatos por doce yenes cuando sólo pagó ocho, ¿por qué no le dijo que uno no mide el valor de una persona por cuánto cuestan sus zapatos?

Mi padre se puso de pie de un salto, se acercó y me pateó. "¡Callarse la boca! Esa no es manera de hablarle a tu padre. No voy a tener en casa a una hija ingrata como tú. ¡Salir! ¡Ahora! ¡Salir! Esta casa no ha tenido más que problemas desde que llegaste. Mi casa estaba perfectamente tranquila antes de que llegaras y ahora, maldita sea, no haces más que provocar problemas. ¡Salir! ¡Sal ahora mismo!

Ken estaba demasiado aturdido para reaccionar, pero la tía intentó calmar al padre. "Basta, papá. no digas ese tipo de cosas."

No tuvo ningún efecto; en todo caso, mi padre se volvió más abusivo que nunca.

"No es de extrañar que te hayan echado de Corea. No fue culpa de ellos, fue toda tuya. ¿Quién querría una chica descarada, obstinada, terca y retorcida como tú? No me sorprende que te hayan despedido. Mira, hasta tu padre está harto de ti. Bueno, no puedo tener a alguien que no traiga más que problemas a la casa; Hay que pensar en Ken. ¡Vamos, lárgate! ¡En este momento!

Mi padre me había agarrado del pelo y procedía a arrastrarme brutalmente por la habitación. La tía lo agarró del brazo y sollozó: "Basta, papá. ¡Detener!"

El incidente terminó ahí, pero lo que mi padre había dicho era cierto: no había habido más que problemas desde que llegué. Mi padre y yo no podíamos estar de acuerdo en absolutamente nada. De hecho, desde el incidente con mi tío nos habíamos convertido en enemigos virtuales. Éramos incompatibles y ninguno podía descansar hasta que el otro fuera derrotado. Hacía algún tiempo que tenía intención de abandonar la casa de mi padre y sólo había estado esperando el momento. Ahora ese momento había llegado.

¡Adiós padre!

MI TÍA intentó que me quedara. “Si te vas ahora”, dijo, “los familiares dirán que te hice la vida imposible”. Pero ya no podía soportar esta vida. Ya había decidido ir a Tokio, donde encontraría trabajo y mis estudios. Mientras tanto tenía que prepararme, así que ahora me dedicaba a tareas mundanas como lavar y remendar mi ropa. Cuando llegó el periódico, inmediatamente recorté los anuncios de empleo en Tokio y de escuelas que ofrecían inglés y matemáticas, y los guardé en mi maleta de mimbre.

No es que no me preocupara. ¿Saldrían bien las cosas, me pregunté, cuando llegara a Tokio? ¿Habría alguien a quien pudiera acudir en busca de ayuda? La furia del padre disminuyó, pero nunca se habría ofrecido a ayudar. Incluso si hubiera estado dispuesto, ¿qué podría haber hecho? Tendría que arriesgarme; porque tenía que irme, pasara lo que pasara. Entonces un día simplemente decidí irme. Esa noche le dije a mi padre: Mañana salgo para Tokio.

Ni mi padre ni mi tía intentaron detenerme. Al día siguiente me alejé solo de la casa de mi padre. Tenía en mi bolsillo diez yenes y con esa cantidad tendría que pagar mi billete. No tenía ni una sola mesa, ni siquiera una colcha para dormir. Mi padre ni siquiera me había dado un paraguas para protegerme de la lluvia. Muy bien, me protegería de la lluvia, la nieve y el frío, de todo, con mi propio cuerpo. No tuve miedo. Mi cuerpo estaba tenso por la excitación, tenso hasta el punto de estallar.

En la primavera de mi decimoséptimo año, dejé este hogar falso para buscar la vida que realmente me pertenecía. Estaba seguro de que esa vida me esperaba, en alguna parte. Adiós padre, tía, hermano, abuela, abuelo, tío: todas las relaciones en las que el destino me ha colocado. Ha llegado el momento de separarnos.

¡A Tokio!

PARA ALGUIEN que tiene una meta, decidido a forjarse una nueva vida, particularmente en el campo académico, ningún lugar podría resultar más atractivo que Tokio. Esto es cierto no sólo para los jóvenes ricos que cuentan con todos sus gastos cubiertos; Incluso para alguien como yo, de las filas de los más pobres, apenas capaz de conseguir el pasaje del tren, Tokio ejerce una atracción irresistible. Puede que no sea tan perfecto como parece, pero a una mujer joven e ingenua le parece un verdadero paraíso en la tierra, que promete todo lo que desea. Tokio, ciudad de mis sueños! ¿Cumplirás mi único deseo y me darás una vida propia? Sí, creo que lo harás, sé que lo harás, a pesar de las dificultades y pruebas que te esperan.

Enfrenté la infelicidad en el momento en que salí del útero y después soporté malos tratos dondequiera que fuera, ya fuera Yokohama, Yamanashi, Corea o Hamamatsu. Nunca había podido ser "yo mismo". Pero ahora estoy agradecido por todo mi pasado. Sí, estoy agradecido por mi padre, mi madre, mis abuelos, mi tío, mi tía, por un destino que determinó que no naciera en una familia adinerada, por todo lo que me trajo tanto sufrimiento. Porque si me hubieran criado entre esas personas, sin querer nada, sólo habría adoptado las ideas, el carácter y la forma de vida de esas personas a quienes tanto odio y desprecio, y probablemente nunca me habría encontrado a mí mismo. Pero gracias a un destino que no me bendijo, ahora, a los diecisiete años, me encontré a mí mismo. Había llegado a la edad en que podía ser independiente, podía crear una vida propia, y Tokio iba a ser el terreno vasto e intacto sobre el cual construiría esta nueva vida. ¡A Tokio!

Casa del tío abuelo

Cuando por fin llegué a Tokio, fui directamente a ver a mi tío abuelo en Minowa. Había pensado en él cuando todavía estaba en Hamamatsu pero no había escrito; de hecho, nunca le había escrito en mi vida. Sin embargo, estaba seguro de que él me acogería. Sólo sería durante el breve tiempo que me llevaría conseguir un trabajo. Al final resultó que, cuando aparecí en su puerta, el tío abuelo estaba feliz de tenerme.

No es que la gente de casa del tío abuelo entendiera o apoyara lo que yo quería hacer. Todas las noches, después de que el tío abuelo tomaba su taza de sake, me hacía sentar a su lado y luego empezaba a dar un discurso largo y divagante.

“Ahora, Fumi, deberías pensar un poco en esto. Tienes el corazón puesto en ir a la escuela, pero incluso si estudias mucho y eres capaz de pagar tus estudios, no ganarás más de cincuenta o sesenta yenes al mes como maestro de escuela, como máximo. ¿Crees que puedes vivir de eso? Bueno, está bien, tal vez puedas mientras estés soltero. Pero algún día te casarás. Te casas y tienes un hijo. Bueno, sólo mira lo que se siente cuando quedas embarazada; Ninguna mujer respetable va a la escuela con una gran barriga. Así que, después de todo, no podrás sustentarte enseñando. Ahora, lo que creo que deberías hacer es esto: quedarte aquí por un tiempo, estudiar costura y luego casarte con algún hombre de negocios agradable y estable. Di lo que quieras, es el dinero lo que cuenta en este mundo. Un poco de conocimiento no te hará ningún bien”.

Para una persona como el tío abuelo, ésta era una reacción perfectamente natural y agradecí su consejo. Si lo hubiera tomado, estoy seguro de que habría estado dispuesto a cuidar de mí, aunque probablemente me habrían tratado como a una criada. Pero no podía soportar la idea de volver a depender de nadie; Ya había sufrido bastante por eso. El deseo de tener una vida propia e independiente era demasiado profundo. "Gracias", le dije, "pero una mujer como yo simplemente no podría convertirse en la esposa de un comerciante”.

—insistió el tío abuelo. “Todo el mundo piensa así cuando es joven. Los jóvenes siempre están llenos de sueños. Pero será mejor que intentes pensar en esto seriamente”.

Mi tío abuelo me predicaba este tipo de cosas noche tras noche hasta que llegó a ser más de lo que yo podía. podría aguantar. “Por favor, déjame hacer lo que quiero”, le dije. “Ya he tomado una decisión.”

“Ya veo”, dijo, algo molesto. “Bueno, haz lo que quieras; pero no esperes que te cuide”.

“Por supuesto que no. No vine con la intención de pedirte que me ayudes. Encontraré una manera de poner Yo mismo durante la escuela”.

“Mmm. Bueno, ¿por qué no haces eso?”

Ahora finalmente pude salir y empezar a buscar una manera de poder asistir a la escuela. Este Así es como construiría una nueva vida para mí.

El consejo que me dio el tío abuelo no fue irrazonable; de hecho, se basó en su propia experiencia. Era el tercer hermano menor del abuelo y, cuando era joven, se había casado con un miembro de la familia de un pequeño comerciante de sake del pueblo vecino. Sin embargo, no contento allí, había tomado su

familia a Tokio. Al principio, el tío abuelo esperaba recibir algo de educación; pero no funcionó y acabó abriendo una tienda de ropa usada.

El tío abuelo no tenía ningún talento especial para los negocios, pero a consecuencia de muchos fracasos se había vuelto extremadamente tacaño. Era tan cauteloso que nunca daba un paso sin una gran deliberación. Gracias al ahorro y la prudencia, había ahorrado dinero a lo largo de los años y, poco a poco, se había convertido en un éxito. Él también había recibido un poco de ayuda del destino.

Justo cuando el tío abuelo empezaba a acumular algunos ahorros, su esposa empezó a "volverse rara". Como hombre, tenía que pensar en su orgullo y, además, el comportamiento de su esposa era perjudicial para el presupuesto familiar. Entonces, aunque tuvieron tres hijos, el tío abuelo decidió divorciarse de ella. Se volvió a casar y su segunda esposa resultó ser una administradora extremadamente capaz. Con esto, la suerte del tío abuelo mejoró considerablemente.

Cuando llegué, el hijo mayor ya se había ido de casa y vivía con su madre en Nihonzuzumi y tenía una tienda de ropa. Los dos hijos menores fueron criados por la segunda esposa. Los amaba como a sus propios hijos y se acercaron tanto a su madrastra que la llamaban "mamá"; cuando su madre biológica venía de visita, la llamaban "tía".

La mayor de las dos era una mujer, Hanae. Su hermano era todavía un niño cuando se casó, por lo que su marido fue adoptado en la familia para suceder al tío abuelo como cabeza de familia. El marido de Hanae tenía tan poco dinero como mi tío abuelo, y la fortuna de la familia siguió creciendo.

La historia de cómo este hombre llegó a la familia es interesante, y sé que no es mentira porque Lo escuché de la propia Hanae.

"Yo tenía tu edad en ese momento: diecisiete años. Había terminado la escuela primaria y estaba yendo a una sastrería del barrio para recibir lecciones de costura. Un día, a mediados de otoño, mi madrastra me dijo, cuando volví a casa a almorzar: "Hoy estaremos ocupados, así que te quedarás en casa y no asistirás a tu clase de costura de la tarde". Bueno, me quedé en casa y pronto terminó la peluquera diciendo que me iba a arreglar el pelo. Pensé que era un poco extraño, pero hice lo que me dijeron, saqué mi tocador y me senté. El peluquero procedió a quitarme el moño rojo, deshacerme el cabello y luego volver a recogerlo al estilo takashimada.

'¿Para qué me arreglas el pelo así?' Le pregunté, pero ella simplemente respondió que eso era lo que mi madre le había dicho que hiciera. Sin embargo, todavía no sospechaba; Pensé que tal vez me iban a llevar a una obra de teatro o algo así. Después de todo, yo era sólo una niña. Entonces me di cuenta de que habían limpiado la casa, lo cual era inusual, y que todos estaban terriblemente ocupados. Lo siguiente que supe fue que habían traído pescado crudo, pescado entero asado y sopa de la pescadería de al lado. Había suficiente para diez personas y ya habían llegado cuatro o cinco de mis familiares. Me pregunté qué diablos estaba pasando y le pedí una explicación a mi madre.

"'Esta noche es tu boda. Ahora date prisa y cámbiate', dijo. La madre sacó un kimono que ella había hecho sin mi conocimiento y un obi y me dijo que me los pusiera.

"Me quedé completamente estupefacto; No podía imaginar lo que significaba todo esto y pensé que debían estar bromeando. Sin embargo, no podía hacer nada, así que me puse el kimono como me habían dicho y me llevaron a la gran habitación del segundo piso. Y entonces, ¿qué opinas? Efectivamente, allí estaba el hombre que había visto hablando con mi padre alrededor del mediodía, sentado allí vestido con un kimono formal. Luego mis familiares nos sentaron a mí y al hombre uno al lado del otro, nos hicieron intercambiar el saké nupcial y nos felicitaron.

"¿Qué piensa usted de eso? Realmente algo, ¿no? Esa fue nuestra boda. Y el novio era el sobrino de mi madrastra. Bueno, Fumi, aquí estoy y nunca me he enamorado ni una sola vez. No es muy emocionante, ¿verdad?

El novio, Gen, había sido obligado a contraer matrimonio de la misma manera. Gen era un sastre altamente cualificado de ropa de estilo occidental y había trabajado durante mucho tiempo en Nagasaki. Un día lo llamaron repentinamente a casa de sus padres y en menos de tres días esto fue lo que sucedió. Se trataba de nuevo de un caso de padres que casaban a sus hijos para sus propios fines sin pensar en lo que las propias partes interesadas podrían sentir al respecto.

Como era de esperar de alguien a quien le gustaba el tío abuelo, Gen resultó ser muy honesto y frugal. Dirigió la tienda de segunda mano de su suegro y al mismo tiempo abrió su propia sastrería. Cuando estuve allí, tenía tres o cuatro aprendices trabajando para él. Su sueño, dijo, era amasar una fortuna de diez o veinte mil yenes cuando tuviera treinta años.

No es sorprendente que mi deseo de obtener una educación no fuera recibido con entusiasmo en un hogar así.

chica de noticias

LLEVABA poco más de un mes en casa de mi tío abuelo cuando encontré una manera de ganarme la vida.

Un día estaba paseando por la ciudad preguntándome cómo iba a poder ir a la escuela cuando encontré unos folletos colgados en postes telefónicos. "Bienvenidos estudiantes con dificultades.

Keisetsusha", dijeron. Yo acababa de llegar del campo, recuerda, y cuando vi ese cartel pude haber saltado de alegría.

"¡Bienvenidos estudiantes con dificultades!" Probé las palabras una y otra vez. Me gustó especialmente el nombre del lugar, Keisetsusha [que evoca una imagen de estudio por el brillo de las luciérnagas o la luz reflejada en la nieve] e inmediatamente partí a buscarlo.

Este Keisetsusha estaba en una pequeña calle secundaria de Uenomachi, cerca de Ueno Hirokoji. Afuera colgaba un cartel que decía "Agencia de Periódicos Shirahata". La puerta exterior de cristal estaba cerrada. Había dos mesas en el piso de tierra de la tienda, que tenía solo tres tsubo de área, y un joven estaba inclinado sobre una de ellas revisando algo en lo que parecía ser un libro de cuentas. Abrí la puerta con temor y llamé al joven. "Disculpe."

Levantó los ojos del libro de cuentas y me dirigió una mirada poco alentadora.

"Umm, he venido por un trabajo. ¿Está el comerciante?"

El joven dio una respuesta evasiva y desapareció hacia atrás. Por fin apareció un hombre corpulento, corpulento y de tez rojiza, que resultó ser el comerciante. Le dije que quería pagar mis estudios y le pedí trabajo. Al principio simplemente me miró fijamente; Su respuesta, cuando llegó, fue cortante. "Es un trabajo bastante duro. Me temo que una mujer no podría aguantar".

Sentí que podía manejarlo, sin importar lo difícil que fuera. Además, es posible que nunca vuelva a tener una oportunidad como ésta. Simplemente tenía que conseguir este trabajo. "Voy a aguantar sin importar lo difícil que sea. Por favor dame una oportunidad."

No estaba convencido. "He tenido dos o tres mujeres que lo intentaron, pero no pudieron seguir haciéndolo. muy largo. Además si viene una mujer va a haber problemas con los hombres".

"Oh, no", dije tan convincentemente como pude. "He tenido una vida muy dura. Cuando pienso en lo que he pasado, sé que puedo hacer cualquier cosa. Y como puedes comprobar por ti mismo, soy como un hombre. No habrá ningún problema entre los hombres y yo".

Después de pensarlo un rato, el comerciante estuvo de acuerdo. "Está bien. Te daré una oportunidad. Puede empezar en cualquier momento". Parecía bastante alegre ahora e incluso me pareció del tipo caballeroso.

"Gracias. Lo haré lo mejor que pueda."

El comerciante se puso manos a la obra. "Ahora mismo hay diez personas trabajando para mí, todos hombres, y se quedan en esa casa de enfrente. Eres mujer, entonces no podrás quedarte allí, pero puedes quedarte aquí. Te descontaré quince yenes de tu sueldo para comida, alquiler y alquiler de ropa de cama, y te daré un lugar en Sambashi, el mejor lugar que tenemos. No debería ser difícil ganar lo suficiente para pagar tus gastos escolares allí".

Regresé en un estado de euforia a la casa de mi tío abuelo en Minowa, recogí mis cosas y regresé a la Agencia de Periódicos Shirahata lo más rápido que pude.

Empecé a vender la noche siguiente. La esposa del comerciante, con su hijo a la espalda, me llevó al lugar en Sambashi. Explicó procedimientos como cómo usar la cesta de transporte, doblar la

papeles y llamadas a los clientes. Luego me llamó la atención sobre un truco del oficio que consideraba particularmente importante.

“Mire, si un cliente simplemente dice: 'Dame un documento', no debes preguntar cuál. Tienes nueve artículos diferentes aquí, ¿verdad? Lo que haces es darle un yūkan de Tokio. La mayoría de los clientes simplemente lo aceptarán y seguirán su camino. Sólo si dicen que no quieren ese, les preguntas qué quieren y se lo das, ¿ves? Tenemos un contrato especial con Tokyo yūkan, por lo que tenemos que vender tantos como podamos”.

Tuvimos que intentar vender el yūkan de Tokio porque la comisión era buena; pero no fue fácil. Para empezar, este periódico no se vendió bien y, como era un periódico vespertino, a menos que uno se deshiciere de él rápidamente mientras aún había luz, perdía la pequeña ventaja que tenía y no tenía suerte.

Cuando comencé en la Agencia de Periódicos Shirahata, el gerente me dio un anticipo para cubrir la matrícula de la escuela y otros gastos, y comencé la escuela. Me instó a inscribirme en una escuela secundaria para niñas, pero ya estaba harta de las escuelas secundarias para niñas; No estaba dispuesto a tomarme todas estas molestias para poder ir a la escuela si sólo fuera por eso. Seleccioné tres materias: inglés, matemáticas y chino clásico. Mi objetivo era aprobar el examen de certificación para niñas graduadas de secundaria e ingresar a la escuela de medicina para mujeres. Saqué los recortes de periódico que había guardado de Hamamatsu y elegí Seisoku en kanda para inglés, Kensū Gakkan para matemáticas y Nishō Gakusha en Kōjimachi para chino. Aunque pagué la cuota de un mes en Nishō, debido a un conflicto de horarios no asistí ni a una sola clase. Entré a la clase de álgebra de nivel elemental en Kensū Gakkan y a la sección matutina de primer año en Seisoku.

Casi no había estudiantes mujeres ni en Seisoku ni en la academia de matemáticas. Había elegido deliberadamente escuelas donde estudiaría con niños. Dada la vida que llevaba, no podía molestarme en socializar con un grupo de chicas en la escuela y tener que preocuparme por la competencia por la ropa y cosas por el estilo. Además, aprendí por experiencia en la escuela secundaria para niñas de Hamamatsu que las escuelas para niñas tienen un nivel bajo y que ni los estudiantes ni los profesores son muy serios. Sólo me haría retroceder si me uniera a esa clase de personas. También había vanidad, aunque inconsciente, en mis motivos. Pensé que al ir a una escuela con niños estaba demostrando que era mucho mejor que otras niñas. También creo que quería vengarme de los hombres: competiría con ellos y les mostraría que podía defenderme.

En la agencia de periódicos Shirahata, la “Keisetsusha”, había otros estudiantes como yo abriéndose camino en la escuela. Dos de ellos, uno de los cuales se llamaba Fujita, fueron a la escuela secundaria de Tokio. Había un chico alto y aburrido llamado Yoshida que asistía a la escuela nocturna en el Kokumin Eigakkai y un estudiante regordete llamado Okayama que tartamudeaba y que asistía a un curso vespertino en Denki Gakkō. También hubo otros cuyos nombres no recuerdo. Uno fue a la escuela secundaria Kinjō, dos fueron a Fukyu Eigo y uno estaba tomando el curso de examen de ingreso en la escuela intensiva Seisoku. Los que iban a la escuela durante el día piratearon la edición nocturna y los estudiantes de la escuela nocturna vendieron la edición matutina. Así, aunque vivieran en la misma casa, podían pasar tres o cuatro días sin que se dijieran nada.

Además de estos estudiantes trabajadores, había tres o cuatro vendedores habituales. Uno era un hombre de unos treinta y dos o treinta y tres años apodado “Kisaburo sin brazos”. Se había pillado el brazo con una máquina en una fábrica de algodón donde solía trabajar y se lo habían arrancado a la altura del hombro. Había otro hombre que tenía el cuello hinchado de escrófula sucia, estaba ciego de un ojo, tullido y tenía el brazo izquierdo colgando inútilmente; él también era bastante retrasado. Según recuerdo, había otro hombre con cabello largo color bronce que envolvió en un rollo en la parte superior de

esta cabeza; Parecía tener unos cincuenta años. El "pelo largo", como lo llamábamos, siempre se detenía en algún lugar de camino a casa para beber sake barato y decía muchas tonterías; pero a todos les gustaba a pesar de sus maneras payasadas porque era muy amable y cuidaba paternalmente a los jóvenes.

Los estudiantes trabajaron a comisión. Los tres hombres, sin embargo, compraban los periódicos ellos mismos, y los periódicos que no se vendían en la tienda los recompraban al precio vigente para los periódicos viejos, dos rin por periódico. Este arreglo no fue tan bueno como parece, ya que, naturalmente, los tres obtuvieron los peores lugares de venta. Realmente tuvieron que esforzarse para ganar lo suficiente para alimentarse.

Había un hombre en este grupo que era diferente de los demás; Evidentemente se había graduado en la Universidad de Waseda, creo que en filosofía. Hablaba poco y siempre estaba leyendo un librito en alemán, con una expresión de preocupación en el rostro. Su nombre era Hirata y era lo que supongo que se podría llamar nuestro supervisor. Cuando llegaban los periódicos, su trabajo consistía en hojear la portada en busca de algo espectacular: "¡Siete personas asesinadas en Asakusa!" o "¡Conflagración en Fukagawa!" por ejemplo, y garabatearlo con trazos gruesos, resaltados con círculos dobles en rojo, en los papeles que colgaban del frente de nuestras canastas. Cuando terminaba salía con su abrigo corto y una banda atada alrededor de su cabeza a vender en el área de Ikenohata a Yushima. Siempre fue una especie de enigma para mí.

En el área de Sambashi de Venó, donde trabajaba, no se permitía tocar campanas, así que tuve que gritar "¡Periódico de la tarde! ¡Periódico de la tarde!" a todo pulmón para atraer clientes. Al principio las palabras se me atascaron en la garganta y no salió nada. Me tomó unos buenos diez días llegar a poder gritar sin problemas.

Por la mañana fui a Seisoku, donde estudié hasta el mediodía. Luego fui a Kensū Gakkan hasta las tres de la tarde, cuando regresé a casa para comer apresuradamente arroz frío. A las cuatro ya estaba en las calles de Sambashi con mi cesta de periódicos. Entonces era verano y el sol caluroso de la tarde me daba en la cabeza. Cubierto de polvo y sudor y gritando sin parar a todo pulmón, tuve una sed insoportable, pero la esperanza que me llenaba me permitió superar todas estas dificultades.

Un día, la chica de la tienda de soba cercana vino a comprar un periódico y me pidió que cambiara un billete. Por supuesto, tenía bastantes monedas pequeñas, así que me alegré de poder hacerlo. Ella dijo con simpatía: "Debes tener mucho calor. No es fácil, ¿verdad?"

"No", respondí agradecido por su preocupación, "pero no es sólo el calor; mi garganta esta tan seca que Ya no me queda voz".

La muchacha volvió a la tienda y poco después volvió con una vasija de barro y un cuenco. La olla contenía agua turbia de soba. Bebí un poco y le agradecí efusivamente. Realmente me hizo sentir mucho mejor y, una vez recuperadas las fuerzas, seguí vendiendo una vez más. Cuando tuve sed, fui a buscar la vasija de barro de donde la había dejado al pie del puente y bebí más agua de soba.

Tener agua fue de gran ayuda, pero por otro lado, tan pronto como recogí tres o cuatro yenes de cambio, parecía que la sirvienta volvería otra vez pidiéndome que le cambiara el dinero, y por supuesto tendría que complacerla. .

Esto continuó durante unas dos semanas. Entonces, una noche, cuando la esposa del gerente estaba revisando mis ventas de la noche, me dijo, bastante molesta: "Kaneko, ¿por qué siempre traes dinero en denominaciones tan grandes?" Le conté lo que había pasado, pero ella no se conmovió. "No puedo permitir este tipo de cosas", dijo. "Necesito este pequeño cambio, ¡así que por favor ya no te encargues de hacer cambios gratis!" La esposa del gerente ganó un poco de dinero adicional.

de una comisión que recibió cuando llevó el pequeño cambio que los vendedores de noticias cobraban a un cambista, algo que yo no sabía.

Vendimos durante aproximadamente ocho horas, desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche, y tuvimos que estar de pie todo ese tiempo. Mucha gente pasó hasta las 7:00, y siendo esa la hora que querían leer el periódico de la tarde, estábamos demasiado ocupados vendiendo para pensar en lo cansados que estábamos. Pero a las 9:00, cuando las cosas se calmaron, empezamos a aburrirnos, la tensión disminuyó y de repente nos dimos cuenta de lo agotados que estábamos. Mis piernas se sentían débiles por estar allí tanto tiempo, por lo que a menudo me apoyaba en un poste telefónico para descansar. A veces me quedaba dormido así y me despertaba sobresaltado cuando me caía.

Era peor los días en que llovía repentinamente. La mayoría de los clientes pedían que los llevaran a casa, por lo que había poca gente en la calle; y las personas que vinieron tenían demasiada prisa para preocuparse por un periódico. Además, en esos momentos no podía evitar fijarme en las personas que estaban en apuros. Si, por ejemplo, se rompiera la tira del zueco de alguien, mi bondadoso terminaría rompiendo mi toalla de mano para abrocharla.

La gente es interesante. Ayudé no por ninguna cualidad particular de mi carácter, sino porque era lo único que podía hacer. Sin embargo, la gente estaba ridículamente agradecida y hacían todo lo posible para tirar un billete o algo así en mi canasta. Probablemente también querían mostrar su simpatía por una joven que se abría camino en la escuela, porque incluso en momentos en que no había ningún motivo especial para ello, muchas personas se negaban a aceptar los dos o tres sen de cambio que les esperaban.

Kizo ["Kisaburo sin brazos"] me había dicho en privado que los vendedores teníamos derecho a conservar propinas como esta, y lo consideré apropiado. Por lo tanto, cuando tenía dificultades para gastar dinero, ponía este dinero extra en mi propio monedero, pero por lo demás se lo entregaba al gerente de la tienda sin decir nada. Cuando el gerente comparó el dinero que traje con la cantidad de papeles y descubrió que sobraba dinero como este, me lo devolvió.

Sin embargo, este no fue el caso de su esposa. Si alguna vez la ingesta pareciera un poco corta, algo que sucedía cuando había muchas ventas de tres por cinco sen, se quejaría; pero las veces que había dinero extra ella actuaba como si no se diera cuenta y lo guardaba en su propia caja de cambio.

Varios grupos celebraron reuniones callejeras en la zona donde vendía. Uno de ellos, el Ejército de Salvación, invariablemente aparecía una vez por semana para dar sermones en las aceras. Al mismo tiempo aparecía a menudo otro grupo formado por tres o cuatro personas vestidas con kimonos formales y con gorras de estudiante. La gran linterna que llevaban llevaba las palabras "Ejército Budista de Salvación". Cantaban un himno budista y comenzaban a predicar en un intento de ahogar los himnos y el animado acompañamiento de panderetas del Ejército de Salvación. A veces también aparecía un grupo de socialistas. No tenían linternas ni nada parecido, pero tan pronto como llegaban sacaban folletos y los pegaban en la pared junto al cartel del lugar "Guisado de Pollo"; luego se turnaban para pronunciar discursos en voz alta, acentuados por gesticulaciones enérgicas, apartándose frecuentemente el largo cabello de los ojos. Los tres grupos ocasionalmente chocaban, cada uno argumentando en contra de lo que había dicho el anterior. En noches como ésta, los transeúntes quedaban tan absortos con esta gente que era muy difícil vender periódicos.

Una de esas noches estaba tan disgustado por mis malas ventas que finalmente me di por vencido y me quedé allí, con mi canasta colgando, escuchando los discursos. Un joven se me acercó y me dijo: "Eres de Shirahata, ¿no?".

Me sorprendí un poco, pero respondí: "Sí, lo estoy".

"Mi nombre es Haraguchi. Solía estar en Shirahata. Saluda al Sr. Shirahata de mi parte, ¿quieres? dijo, entregándome un folleto titulado algo así como "Revolución rusa".

Unas cuatro o cinco noches después, el mismo grupo volvió a pronunciar sus discursos. Cuando terminaron, intentaron vender los cinco o seis folletos que habían traído (creo que el título era "Si la sociedad fuera socialista") a la gente que se había congregado. No tenía idea de qué era el socialismo, pero sentí que debía comprar uno y tímidamente pedí una copia. "¿Ah, de verdad?" El joven al principio se mostró sorprendido pero luego me entregó un folleto. "Serán cuarenta sen".

El hombre que previamente se había identificado como Haraguchi escuchó esto. "Oye, ella debería ser uno de nosotros", dijo. "Déjala tenerlo al costo". El otro hombre dijo entonces que podía quedármelo por veinte sen.

Y, de hecho, no pasó mucho tiempo antes de que yo fuera "uno de ellos". Entonces me di cuenta de que el hombre que me había entregado ese panfleto debía haber sido Takao, el Takao [Takao Heibei] que luego fue asesinado por Yonemura [Yonemura Kaichirō, líder de una banda derechista]. También descubrí que este era el grupo que formó Rōdōsha [Sociedad de Trabajadores] en Sugamo.

Tratar de vender el periódico en las noches en que llovía era absolutamente miserable. Tenía un paraguas, pero el dobladillo de mi kimono pronto quedó salpicado de barro y, lo que es más importante, los periódicos se mojaron tanto que se pegaron y se rompieron fácilmente cuando los toqué. Cuando hacía buen tiempo, siempre dejaba la mayor parte de los papeles debajo de la barandilla del puente y guardaba sólo unos pocos en mi cesta a la vez. Pero, por supuesto, en los días de lluvia esto era imposible; Tuve que soportar el peso de todo desde el principio. Y, debido a las bajas ventas, la carga no se aligeró mucho a medida que avanzaba la noche. La pesada cesta me dolía tanto que a veces pensé que se me rompería el hueso del hombro. Para empeorar las cosas, como una mano estaba ocupada sosteniendo el pesado paraguas de hule, todas las transacciones, como entregar los papeles y dar el cambio, debían realizarse con una sola mano. A veces dejaba caer el papel al barro y me ponía tan nervioso que el cliente, con prisa por coger el tren que había llegado, me gritaba: "Deja de perder el tiempo y sigue adelante; Me harás perder el tren."

Una noche tuve la mala suerte de que durante la primera hora cayera un aguacero y apenas conseguí ventas. A las diez todavía me quedaban más de la mitad de mis papeles. La ducha ya había terminado, pero mis clientes hacía tiempo que se habían ido a casa y seguramente no volverían a salir a esa hora. En la calle sólo había alrededor de un tercio del tráfico habitual. Lancé un grito ronco: "¡Periódico de la tarde! ¡Periódico de la tarde!" pero las pocas personas que había alrededor pasaron de largo. Me apoyé en el poste telefónico mojado y miré las manecillas del gran reloj frente a mí. Las perspectivas de vender más periódicos eran bastante escasas y quería volver a casa. Esa noche, sin embargo, las manecillas del reloj parecían haber dejado de moverse por completo. Llamaba superficialmente cada vez que pasaba alguien, pero, por supuesto, nadie se detenía a comprar un periódico. De hecho, cuando me olvidé de gritar y me quedé allí parada, un par de personas, creo que motivadas más por lástima que por otra cosa, se detuvieron.

Cuanto más tarde, menos gente había en la calle. El desánimo, sumado al cansancio, finalmente se apoderó de mí y decidí que, aunque todavía era un poco temprano, no iba a vender más periódicos y mejor me iba a casa.

Ya casi en casa, salí de la calle principal hacia el callejón. Cuando pisé las tablas de la alcantarilla cerca de la casa, el administrador debió escucharlo, porque gritó desde el segundo piso: "¿Quién viene a casa a esta hora?"

"Soy yo, Kaneko", respondí, mirando hacia arriba. El gerente y otra persona, un invitado supongo, Estaban sentados allí con una botella de cerveza entre ellos.

"¿Kaneko? Pero todavía es temprano. Aún no son las once, ¿verdad? Su tono, aunque no enojado, no sugería que estuviera a punto de ceder. "Nadie más ha regresado, ¿sabes? Tienes un lugar tan bueno y aquí estás de regreso antes que nadie".

"Sí, pero no estaba vendiendo nada. Con la ducha de la tarde, todos los clientes se fueron".

El director no se mostró en absoluto comprensivo. "Seguramente pasarás una mala noche de vez en cuando. mientras. Pero tienes que aguantar hasta que se acabe el tiempo; de lo contrario, el lugar se estropeará".

Me arrastré hasta mi puesto, pero ya casi no había transeúntes. Ya no estaba de humor para gritar "periódico de la tarde", y las pocas veces que lo hice, el eco lastimero que reverberó desde el bosque en Venó solo subrayó mi propio estado mental desolado.

Me apoyé en la barandilla del puente y esperé, con lágrimas rodando por mis mejillas, a que pasara el tiempo. Encima del gran reloj se ven dos o tres estrellas en el despejado cielo nocturno.

Entonces un rickshaw vacío se acercó desde la calle principal y se detuvo frente a mí. El joven que lo tiraba silenciosamente dejó los ejes. "Disculpe. ¿Podría darme dos o tres trabajos? él dijo.

"Por supuesto. ¿Cuáles te gustaría?

"Oh, cualquiera, lo que te quede".

Me di cuenta que sólo quería comprar los periódicos porque sentía pena por mí y no le di ninguno. Pero no podía quitarle los ojos de encima. Llevaba una gorra de estudiante, pero la insignia estaba cubierta con un trozo de papel. Estaba seguro de que era un estudiante que trabajaba para poder ir a la escuela como yo. El recuerdo de que estaba haciendo todo esto para poder ir a la escuela me llenó de orgullo y de repente me sentí mucho mejor.

"Vas a ir a la escuela, ¿no?" Yo pregunté. "¿Cuál es tu escuela?"

Él sonrió pero no respondió. Repetí la pregunta dos o tres veces. "La misma escuela que tú", respondió finalmente. "Estamos en la misma clase."

"¿Qué! ¿La misma escuela, la misma clase?"

"Así es. Supongo que no te fijaste en mí, pero te conozco desde hace mucho tiempo. Te quedas dormido mucho en clase, así que estaba seguro de que estabas avanzando en la escuela. Y te he visto vendiendo periódicos aquí muchas veces.

Estuvimos allí hablando un rato, y en el transcurso de la conversación me dijo que se llamaba Itoh y que pertenecía al Ejército de Salvación local; En otras palabras, era cristiano. Había estudiado en una escuela de veterinaria en Azabu pero no había podido pagar las tasas. Se enfermó y finalmente dejó la escuela. Ahora estaba estudiando álgebra en Kensū Gakkan con miras a regresar a la escuela el siguiente semestre. Siendo la única niña en la escuela, yo destacaba y él no tuvo problemas para reconocerme cuando llegó a este lugar con el grupo del Ejército de Salvación. Evidentemente, Itoh había estado vigilándome durante algún tiempo.

Sólo una semana después de empezar a vender el periódico de la tarde, estuve a punto de ser engañado por un hombre especializado en atraer a estudiantes pobres. El gerente me había dicho que tuviera cuidado y después tuve cuidado con los hombres. Pero me di cuenta de un vistazo que Itoh no era de ese tipo. De hecho, me sentí afortunado de haber conocido a alguien como él. Antes de irse me dio algunos consejos.

"Te vas a cansar de este trabajo. Puede que ahora no te importe, pero poco a poco te irá endureciendo. Deberías intentar encontrar algo más. Si tienes algo en mente, no dudes en hablarlo conmigo. Como puedes ver, yo no soy nadie, pero estaré encantado de hacer todo lo que pueda para ayudar".

En ese momento me alegré tanto de escuchar esto que podría haber llorado. Cuando nos separamos mi corazón se llenó de gratitud.

La agencia de periódicos Shirahata había anunciado que esto haría posible que los estudiantes que trabajan obtuvieran una educación. Y efectivamente había allí todo un grupo de estudiantes que iban a la escuela gracias a los trabajos proporcionados por la agencia, personas como yo que nunca habrían podido ir solas. Sabía que debería agradecerle al Sr. Shirahata por darme la oportunidad de ir a la escuela. Pero no creo que el Sr. Shirahata pueda afirmar que nos está "salvando" a los estudiantes, poniéndonos así en deuda con él. Porque si bien es cierto que el Sr. Shirahata hizo posible que estudiáramos, también es cierto que se mantuvo gracias a nosotros, los estudiantes. Y por lo que pude ver, el Sr. Shirahata estaba recibiendo mucho más de lo que daba.

Aunque al principio no me di cuenta, después de haber estado allí durante diez o doce días me di cuenta de que el carácter del Sr. Shirahata era muy parecido a mi padre, y que su casa era muy parecida a la mía. Pero no era sólo el carácter el culpable de sus actos; Señor. Shirahata pudo continuar como lo hizo porque se quedó con la mayor parte del dinero que los estudiantes traíamos.

El Sr. Shirahata tenía dos esposas, la mujer que vivía con él en ese momento y la mujer que ella había expulsado; en otras palabras, su ex esposa. Se podría suponer que ya no veía a esta "ex" esposa, pero no es así. Él seguía cuidándola, por lo que se podría decir con verdad que tenía dos esposas.

La historia que escuché decía que conoció a su actual esposa en una casa de té en Asakusa. El hecho de que hubiera echado a su ex esposa sugeriría que era una persona bastante segura. Sin embargo, este no fue el caso. Era una mujer extremadamente nerviosa y viciosa y propensa a ataques de histeria incontrolables.

Como si dos no fueran suficientes, el señor Shirahata tenía otra mujer más en Funabashi, y al menos una vez cada tres días se empapaba con colonia e iba a verla. Para vengarse de su marido, su actual esposa tomaba veinte o treinta yenes de lo que los vendedores habíamos traído y salía a comprarse un kimono o un obi. De hecho, esto sucedió una vez mientras estaba allí.

El Sr. Shirahata se enojó y su esposa le atacó el negocio de la otra mujer. Tuvieron una gran pelea, después de la cual su esposa se volvió loca, bajó a la calle principal de enfrente por un obi de brocado que ató a la barandilla del segundo piso y se fue en un rickshaw. Pasó toda la noche deambulando por Mukōjima y terminó topándose con la casa de una amiga en Honjo, donde se sentó aturdida durante dos días y sus noches, sin comer ni beber nada y murmurando para sí misma como si estuviera contando dinero. Cuando eso pasó tuve que hacer todas las tareas del hogar, desde conseguir la comida hasta cuidar a los tres niños.

Mientras una de las esposas se comportaba así, la otra vivía en un barrio apartado de Shitayazaka Moto-chō. Aunque el alquiler lo pagaba el Sr. Shirahata, ella tenía que ganarse la vida a duras penas para ella y sus dos hijos con la venta del centenar de periódicos que compraba en la tienda. No le dieron un buen lugar para vender y sólo ganó dos yenes, incluso si lograba vender todos sus periódicos. La otra esposa siempre buscaba fallas y la acosaba de maneras mezquinas, como entregarle los papeles tarde. No la trataba mejor que a una mendiga.

Fue triste tener que presenciar una situación aquí que se parecía tanto a la de mi propia familia. Pero en este caso había dinero, y dinero arrancado del sudor de los estudiantes empobrecidos, y esto de alguna manera empeoró las cosas.

¿Cómo era mi propia vida en la Agencia de Noticias Shirahata? A las cuatro de la tarde salí a vender periódicos y regresé a las doce. Pero no pude acostarme directamente porque todas las ventas se registraban en mi habitación. Esto no fue un problema cuando el Sr. Shirahata hizo la revisión, ya que mantuvo el trabajo a un lado de la habitación. Pero cuando su esposa lo hizo, toda la habitación quedó llena de basura.

con papeles, y ella hizo tal alboroto que quedarse dormido era imposible. Normalmente ni siquiera lo intentaba y, para quitarme el sueño, iba a la cocina a lavar los platos que habían sobrado de la comida de esa mañana o a lavar el arroz para el desayuno del día siguiente. La esposa, sin embargo, pronto se aprovechó y me tenía haciendo este trabajo todo el tiempo; Por lo tanto, siempre era la una o las dos cuando terminaba mi trabajo. Sin embargo, tuve que levantarme al día siguiente a las siete.

Aunque me levanté a las siete, eran las ocho cuando limpié la habitación y preparé el desayuno. Mis clases comenzaron a las ocho en punto. Sin embargo, tenía un viaje de treinta minutos en tren hasta la escuela, de modo que incluso si pudiera salir de casa a las ocho, nunca podría llegar a toda la clase del primer período. Además de esto, la esposa me ordenó llevar a dos de los niños al jardín de infantes y, cuando me hicieron pasar un mal rato, no llegué a la escuela hasta el final del segundo período.

Estuve en Seisoku hasta el mediodía y en Kensū Gakkan hasta las tres, y tan pronto como llegué a casa de este último tuve que irme inmediatamente a trabajar. Cuando llegué a casa a medianoche estaba cubierto de suciedad y sudor, pero ya era demasiado tarde para ir al baño público. Me hubiera gustado tener un poco de tiempo para mí al menos los domingos, pero limpiarme a mí y a mi ropa con su carga de suciedad me llevó la mayor parte del día, lo que prácticamente no me dejaba tiempo para descansar.

Estaba tan cansado por el exceso de trabajo y la falta de sueño noche tras noche que cuando llegué a la escuela y me recosté en mi escritorio inmediatamente me quedé dormido. Por más que intenté mantenerme despierto, el cansancio se apoderó de mí. Por supuesto, no tenía idea de lo que decía el profesor. Ni siquiera sabía lo que había escrito con el bolígrafo que tenía en la mano. Le había dicho al Sr. Shirahata ese primer día que podía manejar cualquier cosa y aguantar cualquier cosa, y realmente estaba haciendo lo mejor que podía. Pero por mucho que el espíritu estuviera dispuesto, la carne simplemente no podía cumplir. Finalmente me di cuenta de que por mucho que lo intentara, era imposible. Ya no podía seguir con esta vida.

Decidí dejar la agencia de noticias Shirahata, pero no podía hacerlo hasta que hubiera devuelto los doce o trece yenes que me habían prestado para la matrícula escolar y la ropa. No tenía el dinero. Itoh, el hombre del rickshaw, quería ayudarme a pagar la deuda y encontrarme un buen trabajo. "Estando atado así a ellos", dijo, "no vas a poder estudiar y solo terminarás mal. Deberías salir de allí tan pronto como puedas y encontrar algo que te dé cierta independencia".

No parecía muy realista. ¿Cómo podría Itoh ser de ayuda cuando a él mismo le estaba costando tanto salir adelante? Por lo tanto, me acerqué a Haraguchi, el hombre que había conocido a través de las charlas sobre el socialismo, y le pedí ayuda para conseguir algo de dinero. Sin embargo, no quiso involucrarse y me dijo rotundamente que no podía ayudarme.

Tendría que esperar el momento oportuno hasta que apareciera algo. Mientras tanto, alguien escuchó que quería irme (probablemente me había quejado con alguno de los otros de lo difícil que estaba pasando y mencioné que quería encontrar otro trabajo), porque un día el Sr. Shirahata, con cara hosca, me llevó a un lado para asar.

"Kaneko, he oído que estás haciendo planes para irte. ¿Es verdad?"

Había planeado dejar a Jeep en silencio para irme hasta que pudiera devolver el dinero, pero cuando él salió y me preguntó así, no pude mentir. "Sí. Verás, estoy demasiado cansado para estudiar, así que pensé que después de pagarte lo que te debo, te pediría que me dejaras ir".

"Podría haberlo sabido. Te dije desde el principio que esto sucedería", dijo, endureciendo su expresión. "Está bien, si quieres irte, adelante. De hecho, te agradeceré que salgas de aquí mañana".

Tuve que asentar, porque no había esperanzas de quedarme después de esto. ¿Pero qué iba a hacer? ¡Estaba en quiebra, sin trabajo y sin perspectivas de futuro.

Aquí estaba yo, teniendo que irme al día siguiente, y ¿qué hizo el Sr. Shirahata anoche sino cambiarme a Hongō San-chōme, uno de los peores lugares? De este modo logré, durante aquella noche, aumentar mi deuda en cincuenta sen. Como me despidieron, naturalmente supuse que el gerente cancelaría lo que le debía. Sin embargo, más tarde supe que justo después de que me fui, el señor Shirahata tomó un rickshaw hasta Minowa, habló mal de mí durante mucho tiempo con mi tío abuelo y le presentó una relación detallada de todo lo que le debía. Parece que tomó una gran caja de pastel elegante, poniendo al tío en una posición en la que se sintió obligado a entregar el dinero en ese mismo momento. Mi tía abuela realmente me dejó tenerlo después y me hizo disculparme con mi tío.

Vendedor ambulante

Era de noche cuando salí de la agencia de noticias Shirahata. No tenía adónde ir porque no había tenido tiempo de hacer ningún arreglo. Y ahora, por suerte, estaba lloviendo a cántaros. Me paré en el pavimento de piedra frente a los grandes almacenes Matsuzakaya sin saber qué hacer.

Después de reflexionar sobre mi situación sin mucho resultado, finalmente recordé a un tal Akibara, un líder de pelotón del Ejército de Salvación en Kuromon-chō a quien había conocido una o dos veces a través de Itoh. Iría y le pediría a Akibara que me alojara a pasar la noche.

Como no tenía paraguas, me subí el dobladillo del kimono y me deslicé por el barro en mis zuecos bajos de un refugio de una casa a otra hasta llegar al cuartel general del pelotón. Era miércoles o jueves y normalmente el lugar habría estado cerrado, pero las lámparas estaban encendidas como si se estuviera celebrando una reunión y parecía haber gente dentro. Al principio dudé en entrar; pero no podía quedarme afuera para siempre, así que me armé de valor, abrí la puerta y entré. Había unas treinta personas sentadas en bancos; Pude ver a Itoh en la segunda o tercera fila desde el frente. Me vio de inmediato y se acercó. "Finalmente me han despedido", espeté.

Itoh me llevó a la esquina. "Hablemos de ello más tarde. Estamos teniendo una reunión especial y el Mayor K de la sede de Kanda está aquí para dar una dirección. Llegaste justo a tiempo; estamos por empezar. ¿Por qué no te sientas?"

Itoh me dirigió a la sección de mujeres donde me senté. Me trajo un himnario y una pequeña Biblia, que abrió en el lugar sobre el cual se hablaría esa noche y luego regresó a su lugar. Pero no estaba en condiciones de leer la Biblia. Me invadieron pensamientos inquietantes y sentí como si me fueran a arrastrar a un pozo profundo.

En ese momento comenzó la reunión. Debió haber oraciones e himnos, pero nada de eso asimiló. Simplemente hice lo que todos los demás hacían. Cuando ellos inclinaron sus cabezas, yo incliné la mía; cuando ellos se levantaron, yo también lo hice. Ni siquiera el sermón del Mayor K logró calar. Al cabo de un rato, sin embargo, el estado de ánimo debió afectarme, o tal vez había empezado a calmarme, porque algo de lo que decía el mayor empezó a calar. Pero para entonces ya estaba al final.

Cuando terminó el sermón comenzaron los himnos. ¡Qué poderoso era el ritmo, como olas enormes que lo abarcaban todo! Me invadió una sensación de ser elevado sobre aquellas olas y transportado a algún lugar grande y vasto. El mayor siguió orando, tan conmovido por lo que decía que prácticamente se atragantó con sus propias palabras. Había asumido tan completamente el sufrimiento del alma por cuya salvación oraba que uno sentía que su oración no podía evitar ser escuchada. Luego, terminada su oración, comenzó el "testimonio" de los fieles. Un joven que parecía un dependiente de una tienda se levantó y dio testimonio de cómo la fe lo había salvado de una condición de sufrimiento completamente desesperada. La anciana que estaba a mi lado dijo: "Estoy muy feliz porque el Señor Jesús me ha salvado", y todos respondieron con gritos de "¡Amén!". y "¡Aleluya!"

Algunas personas, abrumadas por la emoción, gritaban: "¡Oh, sí, Señor!" Luego Itoh pasó al frente, se arrodilló ante la mesa y oró. Parecía estar orando principalmente por mí, por mi salvación.

No podía quedarme donde estaba. Sentí que había algo ahí fuera, algo en lo que debía confiar, que me llamaba. Estaba siendo atraído por una fuerza que no entendía, y antes de darme cuenta me encontré a los pies del líder del pelotón, con la cabeza inclinada hacia el suelo, llorando. El líder del pelotón gritó "¡Amén!" y me levantó. Luego empezó a hacerme todo tipo de preguntas, a las que respondí con franqueza entre sollozos. El líder del pelotón anotó todo en un cuaderno, luego se arrodilló y oró con voz temblorosa de fervor "por nuestra hermana que ha sido salvada". Itoh y algunos otros agregaron sus oraciones de agradecimiento. Embriagado por la emoción, olvidé todas las preocupaciones y me uní a todos los demás para alabar a Dios. Antes de darme cuenta, me había convertido en miembro de la comunidad cristiana.

Itoh me alquiló una habitación en Shimbana-chō en Yushima y luego me abasteció de jabón por valor de tres o cuatro yenes de un comerciante que conocía. Ahora era vendedora de jabón en polvo. Vendí en Nabe-chō en Kanda. A las cuatro o cinco de la tarde, justo cuando en las calles empezaba a sonar la bocina del vendedor de tofu y la gente empezaba a pensar en preparar la cena, yo ponía las treinta bolsas de jabón en polvo, cinco o seis periódicos viejos, y una lámpara de doble mecha en un lavabo de hojalata que Itoh me había comprado, lo envolví todo en un paño de algodón a rayas y me dispuse a mi nuevo negocio.

Mi nuevo stand estaba ubicado en la esquina del cruce en forma de T de la calle que va desde Nabe-chō y las vías del tren. A mi lado había un vendedor de libros usados que vendía Kōdan kurabu, revistas infantiles y ukiyoe; y junto a él estaba una anciana que vendía mazorca de maíz asadas. Tenía una estufa de carbón de barro instalada sobre una plataforma y se sentaba detrás de ella, sobre una caja, avivando las brasas bajo el maíz. Justo enfrente de mí, al otro lado de la calle, había un comerciante de ropa usada. A su lado había un anciano, bigotudo y vestido con una hakama, que tenía en su puesto una serie de artículos dudosos que, según él, eran focas asadas, semillas de cicadas y cosas similares, cuyas virtudes expuso como si estuviera entregando un conferencia. A lo largo del travesaño de la T había varios puestos que vendían cosas como plumas estilográficas, macetas con plantas y juguetes.

La primera noche me presenté inmediatamente al comerciante de ropa usada de enfrente y al vendedor de libros usados que estaba a mi lado. El vendedor de ropa parecía bastante resbaladizo, pero el vendedor de libros parecía un anciano bastante agradable. "Bueno, bueno, ¿y qué estás vendiendo?" preguntó, mirándome dubitativamente, con una sonrisa en sus labios.

"Jabón en polvo", respondí.

"Oh, un vendedor ambulante de jabón, ¿eh? Bueno, buena suerte." El anciano observó, divertido, mientras yo montaba el negocio. Cuando ya no pudo soportar ver la forma inepta en que lo hacía, se acercó y me mostró cómo organizar las cosas y me dio algunos consejos sobre cómo hacer negocios.

Toda la gente aquí se ganaba la vida con estos puestos nocturnos, por lo que, naturalmente, no lo tuvieron fácil. Pero al menos tenían puestos que realmente parecían lugares de negocios. ¿Pero yo? Ni siquiera tenía una plataforma donde exhibir mis mercancías; estaba escrito en cuatro o cinco hojas de periódico que extendí sobre el suelo desnudo. En total eran menos de treinta bolsas de jabón, con una pequeña y tenue excusa de lámpara en el medio. Era una posición miserable y lo parecía. Allí me senté detrás de la mercancía, también sobre un trozo de periódico, con un lector abierto en mi regazo, esperando con tristeza a que llegara un cliente.

El hombre que vendía a mi lado era amable y atractivo. Su cara estaba perpetuamente sonrojada por el sake, y cada vez que sentía que los efectos desaparecían me entregaba su puesto con un "Ocúpate de las cosas por un minuto, ¿quieres, muchacha?" y desaparecía en la licorería cercana para tomar un trago. . A medida que avanzaba la noche y llegaban cada vez menos clientes, sacaba un libro jōruri o

algún otro artículo de su stock y, con sus ojos viejos y arrugados parpadeando detrás de sus gafas, canta en tono melancólico. Cuando se aburría de esto, recurría a mí.

"Muchacha, ese puesto que tienes allí se ve tan lúgubre que casi esperarías ver aparecer uno o dos fantasmas. Toma, ¿por qué no le das un poco de polvo?», decía, arrojándome su plumero, con una sonrisa afable en el rostro.

Como no tenía clientes, siempre me aburría, así que, naturalmente, entablaba conversación con él. "Eso no ayudará, tío. Ninguna cantidad de polvo compensará la falta de plataforma. Todo el polvo que la gente levanta al pasar cae directamente sobre la mercancía. Pero hoy lo pasé realmente mal. Cuando llegué aquí, el suelo estaba tan mojado que parecía como si alguien hubiera rociado agua por todas partes, así que tuve que esperar a que se secara. Pero aun así, basta con mirar el jabón y los periódicos: prácticamente empapados".

"Mmm. Está bien húmedo. No tan bien, ¿eh?"

"Por supuesto que no, tío. En la parte de atrás de los sacos dice que no se debe dejar que se mojen".

"Bueno, entonces deberías montar una plataforma".

"No necesito que nadie me diga eso. El problema es que no tengo dinero. Pero dime, tío, ¿qué tal eso? Dije, señalando con la cabeza hacia la caja vacía en la que estaba sentado. "¿Me prestarías esa caja vacía en la que estás sentado? Es perfecto para una plataforma".

"¿Qué! ¿Esta caja?" Sus ojos se abrieron como si estuviera sorprendido ante la sola idea. "Oh, no podría hacer eso. Podría resolver tus problemas, pero entonces estaría en un aprieto. Sería aniquilado. ¿Un anciano como yo teniendo que estar de pie toda la noche? Dios mío, Dios mío", se rió.

Así nos convertimos en buenos amigos y buenos vecinos. Pero esto a su vez me entristeció: ¿Por qué, pensé, no podría haber tenido un padre o un abuelo como este hombre?

Mi configuración tenía un aspecto tan sombrío que la mayoría de la gente pasaba sin siquiera darse cuenta. Si se daban cuenta, normalmente era simplemente para echar un vistazo antes de seguir su camino. De vez en cuando, algún joven podía hacer como si estuviera tratando de decidir qué comprar entre mi amplia selección, sin duda para burlarse de mí, y luego tal vez comprar uno o dos sacos para divertirse. Normalmente me daban un billete de cincuenta sen o un yen para pagar el jabón de diez sen, y entonces mis buenas relaciones con el anciano me resultaban útiles. Le pedí al cliente que esperara y le entregaba la factura al anciano para que la cambiara. Me retuve diez sen del cambio que le di al cliente.

Mis ventas de una noche sólo ascendieron a cincuenta o setenta sen en el mejor de los casos. Estaba operando con una comisión del 30 por ciento, por lo que no es de extrañar que no pudiera ganar lo suficiente para comer. Había días en los que, incluso si utilizaba todo el dinero de mis ventas, no tenía suficiente para pagar mi manutención. Mis existencias disminuyeron gradualmente y mi puesto parecía cada vez más abandonado con cada noche que pasaba. El anciano que estaba a mi lado se dio cuenta de esto y me habló de ello.

"Esto no está bien, muchacha. Ya sabes, la gente es divertida. Incluso si solo van a comprar una libreta de papel, si pueden, les gustaría comprarla en una tienda elegante. Así que a una tienda que le va mal le irá cada vez peor, mientras que a una tienda que prospera le va a ir cada vez mejor. Si quieres vender, tienes que hacer que tu lugar luzca bien".

Tenía toda la razón. A medida que pasaban los días y la mercancía disminuía, vendía cada vez menos y, al mismo tiempo, el estado de mi bolsillo iba decayendo constantemente. Siempre estaba fantaseando: ¡Oh, cómo desearía tener veinte yenes! ¡Si tuviera veinte yenes podría manejar bien este puesto y realmente poder estudiar! Sin embargo, este trabajo era mucho más fácil que vender el periódico de la tarde y estar de pie constantemente. Así, a pesar de que no vendí prácticamente nada, me quedé afuera en el aire húmedo, en el suelo desnudo al lado de la carretera, hasta que todos los demás se retiraron para pasar la noche.

Generalmente cerraba la tienda alrededor de las diez y, cubriendo los doce chō hasta Yushima a buen ritmo, llegaba a casa a las once. Para entonces la puerta ya estaba cerrada con llave y todos estaban en la cama. Agarrando mi bulto de tela en una mano, golpeé la puerta con la otra y grité para intentar despertar a la mujer de la casa. Pero al no tener el corazón (¡o el valor!) para seguir así por mucho tiempo, entonces iba a los terrenos del templo Kanda Myōjin, abandonado para pasar la noche por los vendedores de sidra y hielo dulce, y me acostaba en una de las bancos bajo los enrejados de glicinas. Aunque era verano, las noches eran bastante frescas; pero los mosquitos me atacaron tan despiadadamente que me fue imposible dormir. Finalmente acerté con el truco de cubrirme la cabeza con la tela en la que envolví mis cosas, bajarme las mangas del kimono y dormir hecho un ovillo. Normalmente estaba tan cansado que dormía como un tronco, pero a veces me despertaba en mitad de la noche la lluvia que me azotaba... o un policía. Entonces tendría que acompañarlo a la cabina de policía.

No podría seguir así para siempre. Cuando llovió cuatro o cinco días seguidos no gané ni un sen. No podía permitirme una comida, por no hablar de tres. Finalmente, con las pocas existencias que me quedaban, comencé a intentar vender de casa en casa.

Para un novato como yo, este fue el trabajo más difícil que podría haber elegido. Todos los días regresaba a casa de la escuela, me cambiaba mi hakama por un kimono y salía con mis pertenencias. ¿Pero crees que podría reunir el valor para entrar en la casa de alguien? Cada vez que subía a una casa me decía: "Ay, no querrían este jabón; si entro, sólo me arrancarán la cabeza de un mordisco..." Nunca me atrevía a dar el paso y entrar, así que desperdiciaría todo el día caminando sin rumbo como un perro callejero, desgastando mis piernas rígidas.

Entonces me reprochaba ser tan cobarde o intentaba justificarme pensando que mi vacilación se debía únicamente a que no había perdido completamente mi orgullo; pero ninguno tuvo el menor efecto. Cuando llegaba la noche y estaba desesperado sin importarme, llamaba a una puerta de las cien o más por las que había pasado durante el día; pero casi siempre me rechazaban.

Un día caluroso, al final de la tarde, estaba deambulando por la zona de Yaegaki-chō de Nezu, con mi sucio bulto de algodón rayado en la mano, sin ninguna sombrilla protegida de los abrasadores rayos del sol. No tenía dinero, pues hacía cuatro o cinco días que apenas había hecho ningún negocio digno de mención, y casi me desmayaba de hambre y de calor. Había llegado al punto en el que ya no podía permitirme el lujo de sentirme avergonzado o frenado por mi debilidad de corazón. Entré en una estrecha calle lateral, pasé por siete u ocho casas y llegué a una casa muy cuidada con un pequeño jardín. En el interior pude ver a una mujer que parecía ser la dueña de la casa sentada frente a una cómoda junto a la ventana de la habitación de la entrada, mientras un peluquero le arreglaba el cabello. Eso es todo; ¡esta es la casa! Entraría. Pero entonces, ¡no lo sabrías!, me acobardé de nuevo y me quedé allí, indeciso, en la entrada. Sin embargo, después de hablarme otra vez, finalmente abrí la puerta de cristal y entré. "Disculpe", dije, temblando como una hoja.

"¿Sí?" fue la respuesta desde el otro lado de la puerta corredera.

"Señora, me pregunto si le importaría comprar jabón en polvo; es barato y realmente deja las cosas limpias..."

Estaba a punto de sacar la mercancía de la tela, pero la mujer me dio un rápido rechazo antes de que tuviera la oportunidad.

"Lo siento, pero ahora estoy ocupado".

"Ocupado"... ? ¡Ella pensó que yo era un mendigo! Me sentí como si me estuviera recuperando de un golpe en la cabeza. Até el bulto que había empezado a deshacer y salí de casa como un perro al que han pillado robando. Al salir los oí hablar.

"Oh, qué molestia. Esos niños mendigos vienen ahora todos los días. Al principio sentí pena por ellos y les daría cinco o seis sen, pero esto no tiene fin. Últimamente he decidido simplemente rechazarlos".

"Sí, señora. Esa es la mejor manera. Sigues sintiendo lástima por ellos y terminas con los tuyos. cartera vacía".

"¿No es la verdad?" Luego risas.

Mi coraje ganado con tanto esfuerzo se hizo añicos, mis piernas se sentían más pesadas que nunca. El sol se estaba poniendo cuando reanudé mi deambular, y mi único pensamiento era conseguir algo de comer. En ese momento vi a una mujer al final de un camino, con el cabello recogido rápidamente con un peine, lavando ropa, y a su lado un niño de siete u ocho años que parecía ser su hijo. Tenía un kimono ligero sobre la tabla de fregar y, mientras lo limpiaba, regañó al niño. "Oh, qué chico más travieso. Mira este nuevo kimono; Nunca le quitaré la grasa".

Fui directo. Cuando vendía en el puesto nocturno solía poner aceite de máquina en un paño blanco y luego demostraba lo limpio que podía quedarlo. Le recomendé el jabón a la mujer con total confianza. "El anuncio saldrá a la luz. ¿Te lo muestro?"

"Bueno, ¿por qué no me dejas un bolso?", Dijo la mujer, sacando el bolso del bolsillo y dándome veinte sen completos. Le di las gracias y tan pronto como tuve el dinero en la mano salí corriendo de ese callejón hacia la calle principal. Volé a una tienda de dulces que había visto desde afuera y comí dos platos de pasteles de arroz. Como no había comido en todo el día, esto no fue suficiente para saciar mi hambre, pero al menos me hizo sentir un poco mejor.

Estaba empezando a acostumbrarme a vender. Pero aunque ir a las casas de la gente no fue una experiencia tan traumática como al principio, todavía no vendía mucho. Si vendía treinta sen por día, eso era realmente un logro. Pero treinta sen con una comisión del 30 por ciento significaban sólo nueve sen para mí, lo cual no era suficiente para mantener el cuerpo y el alma juntos durante un día. Por lo tanto, cuando se vendieron mis existencias iniciales, ni siquiera pude reabastecerlas. Como caminaba constantemente, mis zuecos estaban prácticamente desgastados hasta el suelo. Sin embargo, no podía permitirme unos nuevos, así que a menudo llevaba zuecos recogidos de los montones de basura de las casas grandes de las afueras de la ciudad. Usaba zuecos de hombre, zuecos de niña, cualquier tipo que pudiera encontrar.

Ahora tenía tiempo para ir a la escuela, pero sólo asistía a Seisoku porque no podía pagar las cuotas de las otras escuelas. Yo estaba en el segundo año. Había un curso especial de verano y tuve que salir de casa a las siete para asistir. Me levanté temprano, leí un pasaje de la Biblia, oré un rato de rodillas junto a la pared y luego me fui a la escuela. No podía lavarme la cara antes de irme, ya que había vendido mi lavabo, así que lo lavé de camino a la escuela en el lavabo a la entrada del baño en el parque Yushima. Cuando tenía dinero, pasaba por el puente Shōhei y desayunaba en un restaurante barato debajo del puente del ferrocarril; cuando no lo hacía, tomaba el atajo a la escuela desde Juntendō pasando Ochanomizu.

Algo bueno me pasó en este curso especial. Una de las dos o tres mujeres de la clase, Kawada, me traía un gran almuerzo con mucho arroz todos los días. Kawada era la hermana menor de un socialista y vivía en Totsuka.

Sin embargo, estaba al final de mi cuerda. Entonces tuve una idea. Recogí dos o tres prendas de invierno y fui a una casa de empeño. El comerciante levantó la vista de su ábaco y me saludó cuando entré a la tienda oscura. Sin embargo, una mirada a mi aspecto desaliñado le convenció evidentemente de que yo no era un cliente prometedor, e inmediatamente volvió a su ábaco y a su libro de cuentas. Tímidamente saqué lo que había traído y le pedí al comerciante que me diera algo de dinero.

“¿Quién te habló de este lugar?” dijo malhumorado. “No hago negocios con gente como tú. que apareció de la nada”.

“Nadie me habló de eso. Vivo cerca, por allá. Puedes comprobarlo tú mismo si quieres”.

Pero el hombre no quería tener nada que ver conmigo. Mantuvo la mirada fija en su libro de cuentas como para decir que lo estaba molestando muchísimo. “Eso está muy bien, pero tengo la regla de no hacer negocios con personas sin una presentación de alguien”.

Fui a casa y saqué el contenido de mi maleta de mimbre para ver si había algo que pudiera vender. Lo único que prometía algo de dinero era un libro de referencia de álgebra que había comprado en una librería de segunda mano por un yen cincuenta sen cuando trabajaba en la agencia de noticias y un diccionario inglés-japonés por el que había pagado unos tres yenes. . No necesitaría el libro de álgebra por un tiempo, así que lo llevé a una librería de segunda mano. Pensé que obtendría al menos setenta u ochenta sen por ello, pero sólo obtuve veinte. Más tarde, cuando vi una etiqueta con el precio de un yen y veinte sen en la misma tienda, me enojé.

Sin embargo, veinte sen me parecían bastante buenos en ese momento. Tan pronto como tuve el dinero en la mano, corrí a un restaurante barato y comí hasta que los dolores del hambre se calmaron.

De vez en cuando me encontraba con Itoh en este lugar para comer. Él mismo no ganaba mucho con su trabajo nocturno en rickshaw, pero cuando yo tenía mucha necesidad, él se limitaba a comer y me traía veinte o treinta sen. Si por casualidad me lo encontraba de camino a casa desde la escuela, a menudo íbamos juntos al “restaurante”.

Pero de lo único que hablaba Itoh en esos momentos era de la fe. “¿Cómo está el estado de vuestra fe estos días?” Fue lo primero que dijo cuando nos conocimos. Y si teníamos un problema del que hablar, sin importar si estábamos en la calle o justo frente a una casa, Itoh primero se arrodillaba y oraba con gran fervor.

Itoh me dijo que tenía que ir al servicio de adoración el domingo por la mañana y que debía orar siempre que estuviera sufriendo o teniendo problemas. “La oración os dará fuerza”, decía siempre con entusiasmo. Sin embargo, sus palabras no tuvieron mucho peso para mí; después de todo, ¿de qué me iba a servir un poco de fuerza? Sin embargo, fui a la iglesia y oré como me dijeron.

No creía en los milagros y se lo dije a Itoh y Akibara. Tenía que tener fe, decían; si tuviera fe, llegaría el entendimiento. Aunque no lo creía, confiaba en Itoh. Fui a la iglesia el domingo, oré, incluso me levanté temprano en la mañana para limpiar el baño en mi casa de hospedaje sin decírselo a nadie, “para servir a los demás”, todo porque Itoh me lo dijo. Estaba sirviendo a Dios y a mis semejantes, pero ¿dónde estaba mi recompensa? Hacía tres días que no comía. Busqué un nuevo trabajo, pero ni siquiera éste me lo concedieron. Además de todo esto, el alquiler de la casa de huéspedes estaba vencido y el propietario había venido exigiendo que me lo pagaran. Por supuesto que no tenía dinero.

Finalmente decidí seguir el consejo que Akibara me había dado una vez y trabajar como sirvienta. Reuní las pertenencias que aún no habían sido vendidas y salí de casa. Al salir dejé mis cosas en la entrada y, con una profunda reverencia, me despedí. “Gracias por todo lo que has hecho por mí”.

La mujer, que estaba comiendo con su marido en la habitación de la entrada, ni siquiera se molestó en dejar sus palillos, pero simplemente respondió secamente: “No lo menciones. Adiós.”

Aunque mi habitación estaba pagada, había dormido en una plataforma de madera para no interrumpir su sueño. Había limpiado el baño cuando no era necesario, cuando yo mismo estaba tan ocupado que ni siquiera tenía la oportunidad de usarlo. Pero todo eso no significaba nada para ella. ¿Era realmente cierto lo que enseñaba el cristianismo? ¿No era simplemente algo para anestesiar los corazones de las personas? Si la sinceridad y el amor fueran

incapaz de cambiar a las personas y hacer del mundo un lugar mejor para vivir, ese tipo de enseñanza era sólo un engaño.

Mucama

AKIBARA me ayudó a conseguir trabajo como empleada doméstica en la casa de un comerciante de azúcar llamado Nakagi en Asakusa Shōten-chō. Había once personas en la casa: la pareja mayor, que rondaba los cincuenta y tantos años, su hijo mayor, su esposa y sus dos hijos pequeños, dos hijos menores, un dependiente de la tienda, una criada y yo. El anciano maestro había dejado el negocio en manos de su hijo y ya no tenía nada que hacer en casa. Estaba fuera la mayor parte del tiempo y regresaba sólo una vez cada cuatro o cinco días. Más tarde supe que frecuentaba un lugar cerca del parque Asakusa donde pasaba días y noches enteros bebiendo y jugando con otros hombres de su calaña. También tenía una amante cerca del parque, y allí era donde pasaba la mayor parte de su tiempo.

Llevaba aproximadamente un mes en esta casa cuando vino a verme una mujer que aparentaba unos veinticinco años. “Estaba visitando el Santuario Shōten y pensé en pasarme por aquí”, dijo. Más tarde la esposa me dijo que la mujer era la amante de su marido. Con su haori de rayas anchas sobre sus hombros y su peinado recogido hacia atrás, era la mujer más inteligente del mundo.

La esposa del amo era casi una fanática de la limpieza. Pero aunque hizo que todos usaran pantuflas incluso en el tatami, no le importó pisar directamente el piso del retrete con esas mismas pantuflas. Debí haber tenido una tez fina cuando era joven, porque incluso entonces estaba bastante fresca. Se preocupaba tanto por su aspecto que siempre pasaba buenas dos horas en el baño.

En las ocasiones en que el viejo maestro regresaba a casa, los dos se enfrentaban a través del largo hibachi y ella arengaba largamente, evidentemente sobre la señora. Varias veces lo vi enojarse y decirle “cállate”. Luego se levantaba y se marchaba, aunque acababa de regresar.

Mientras tanto, el joven maestro era un hombre corriente y anodino cuya conducta era irreprochable. Su esposa era una mujer muy atractiva. No había nada malo en su relación; de hecho, eran una pareja inusualmente unida.

Pero parece que las cosas no fueron muy fáciles entre suegra y nuera, esta última completamente intimidada por la primera. El hijo invariablemente se ponía del lado de su esposa, incluso delante de los demás, algo que molestaba muchísimo a la mujer mayor. Ella siempre se quejaba de esto y de vez en cuando incluso se desplomaba en ataques de histeria durante el largo hibachi.

El hermano menor, Gin, de unos veinticuatro años, era el miembro más puntilloso y al mismo tiempo el más tacaño de la familia. Todavía era soltero y pasaba mucho tiempo dando vueltas por la casa. Cuando no había nadie más cerca, abrazaba y besaba a su cuñada, para consternación de la tímida mujer. No se conformaría con una esposa, dijo, que no fuera al menos tan guapa como su cuñada; y aunque no tenía ninguna perspectiva concreta a quién dárselas, había comprado un paraguas de mujer y había hecho imprimir delicadas tarjetas de visita con adornos dorados y sólo con la palabra “Nakagi”, que guardaba con anticipación en el cajón de su cómoda.

El hermano menor, Shin, fue a una escuela secundaria privada en Kanda. Era un tipo bastante diferente al de sus hermanos mayores. Alto, delgado, silencioso, de facciones severas pero hermosas, tenía un aire sombrío. No era un gran estudiante y se rumoreaba entre los empleados que

no pudo aprobar sus cursos a pesar de haber llevado un saco de azúcar a la casa de su maestro.

No sé a cuánto ascendía la riqueza de esta familia, pero ya estaba dividida entre los miembros, y los únicos fondos comunales eran lo que la familia gastaba todos los días en sus comidas.

Ahora tenía un lugar donde vivir, pero estaba enferma en el corazón por haber abandonado la escuela, el único objetivo de mi venida a Tokio, para trabajar como empleada doméstica. Saber que allí nunca podría sentirme como en casa me deprimió doblemente. Necesitaba desahogarme con alguien, y aunque no tenía ninguna idea particular que proponerle matrimonio, le escribí a Kawada después de un tiempo de estar allí. Ella vino de visita al día siguiente. Me alegré tanto de verla que podría haber bailado de alegría. Pedí un poco de tiempo libre y salimos los dos a caminar. Cuando le dije todas las cosas que no podía escribir en la carta, ella se mostró más comprensiva que nunca.

"Sabes, mi hermano pronto abrirá una imprenta en la ciudad. ¿Qué tal trabajar allí? Entonces podrás ir a la escuela".

Si hubiera sido posible, por supuesto que hubiera querido hacer esto. Pero habría significado unirme a los socialistas, y sentí que esto habría sido una traición a Itoh y a todo lo que había hecho por mí. "Gracias. No podría pedir nada mejor, pero..." Le hablé de Itoh. "Significaría ir en contra de Itoh, y simplemente no podría hacer eso".

"Entiendo lo que quieres decir", dijo Kawada. Ella guardó silencio, pero luego su rostro se iluminó. "Sabes, creo que estaría bien. Podrás devolver los favores que este Itoh te hizo. Por supuesto, no los espirituales, sino los materiales. Si eso es lo que se interpone en tu camino, creo que podré conseguir algo de dinero".

Había querido romper con el cristianismo; Además, es posible que una oportunidad como ésta nunca vuelva a presentarse. Por lo tanto, por presuntuoso que haya sido, decidí aceptar la oferta de Kawada.

Dos días después, llegó un giro postal de Kawada por veinticinco yenes. Lleno de gratitud, fui a la oficina de correos a recoger el dinero. Luego, después de agradecer a la señora de la casa por lo que había hecho por mí, pedí que me dejaran ir. Sin embargo, a la matrona le acababan de cortar un absceso en la mano. Ella contempló la mano vendada con expresión de consternación y me dirigió la petición.

"O-Fumi, si nos dejas ahora, simplemente no sé qué haré. ¿Qué pasa con la joven esposa tan débil y ahora embarazada, y Kiyo [la otra criada] incapaz de defenderse... y solo mira lo que le pasó a mi mano...?"

Ella me había puesto en aprietos, pero sentí que no podía volver a Kawada. "Si entiendo. Pero me temo que nunca volveré a tener una oportunidad como ésta".

Pero ella no me dejó ir. "Por favor, ayúdanos hasta que mi mano mejore".

No podía simplemente hacer oídos sordos y marcharme. Mis planes tendrían que ser abandonados. Acepté aguantar el resto del año. Me produjo un gran dolor tener que traicionar la bondad de Kawada, pero no tuve otra opción. Eso sí, devolvería el dinero. Kawada, sin embargo, no aceptó la devolución del dinero.

Itoh venía al menos una vez cada tres días para hablar de religión con uno de los empleados, Yamamoto, y los demás miembros de la familia que eran co-creyentes. Sin embargo, se acercaban los exámenes y estaba tan ocupado tratando de ganarse la vida que le costaba encontrar tiempo para estudiar. Quería darle la suma global que había recibido de Kawada. Evitaría declaraciones pomposas acerca de pagarle por lo que había hecho y simplemente le diría que lo quería.

usar el dinero para poder estudiar. Esto decidido, esperé su próxima visita. Sin embargo, no vino.

Esperé y esperé, pero como él todavía no aparecía, hice un giro postal y lo envié junto con una carta que decía algo como esto: "Te escribiré más tarde para explicarte. Te envío algo de dinero extra que casualmente tengo. Creo que al menos debería ayudarte durante un mes. Por favor, descansa un rato del trabajo y dedícate a estudiar para tus exámenes". Naturalmente, firmé "Kaneko" en la dirección del remitente para que pareciera como si la carta fuera de un hombre.

Itoh vino dos o tres días después. Cuando se fue lo acompañé, como siempre, hasta la parada del tranvía. Cuando nos quedamos los dos solos, sacó a relucir la carta. "Gracias por el dinero. Pero tu carta realmente me sobresaltó. De ahora en adelante, si hay algo de lo que quieras hablarme, espera a que venga. Por favor, no me envíes más cartas. Si la gente pensara que recibo cartas de una mujer, perderían la confianza en mí".

"Me di cuenta que. Pero no pude esperar más. Y a propósito escribí una firma masculina en el sobre".

"Le agradezco su consideración, pero por favor no me envíe ninguna carta".

Desanimado, me disculpé. Luego se fue. No podía culparlo; En todo caso, este incidente me hizo confiar en él más que nunca. Las veces que Itoh hizo una visita, siempre lo despedí cuando se fue. Por la noche podía ser "hasta esa farola" o "hasta ese poste" hasta que terminábamos caminando y hablando un buen trecho. Sin embargo, la gente de la casa no sospechaba en absoluto, porque confiaban en nosotros dos.

La vida era un poco más fácil ahora que ya no tenía la carga de la escuela; Entonces fue mi turno de ayudar a Itoh. Si ahorrara uno o dos yenes en propinas, le daría el dinero. Aunque no tenían nada especial que hacer a esa hora, la familia tenía la costumbre de quedarse despierta hasta las doce o la una; Utilicé este tiempo libre para hacer cosas para Itoh.

Una noche, después de una visita, salí, como de costumbre, a despedirlo. Salí por la puerta trasera con un bulto grande. "¿Ey qué es eso?" preguntó con sospecha.

"¿Este? Bueno, hace frío, sabes, así que pensé en hacerte un cojín... y, bueno, un almohada también. No tienes cojín, ¿verdad? Y supongo que tu almohada está bastante sucia".

"¿Cómo supiste que mi almohada estaba sucia?" Itoh preguntó con sorpresa.

"¿No te acuerdas? Yamamoto, de la tienda, tomó una siesta cuando estuvo en tu casa no hace mucho, y cuando regresó dijo que tu almohada estaba más sucia que la ropa de cama de un chiquero. Así es como lo sé. Y así supe que no tenías un cojín donde sentarte".

"¿Y entonces hiciste esto para mí?"

"Así es. Iba a utilizar la muselina de las mangas de mi prenda interior; pero tenía algo de rojo y no pensé que quedaría bien. Compré una tela estampada de algodón, me temo que no muy buena, y la hice con eso. Es más grande y grueso que el tamaño normal, por lo que debería resultar cómodo. Solo adiviné con el tamaño de la almohada, así que si no te gusta, dímelo y lo haré de nuevo".

Itoh me agradeció profusamente, lo que me llenó de alegría.

Nunca olvidaré la noche del 30 de noviembre. Itoh, que no había venido por un tiempo, apareció esa noche de repente. Estaba pálido y con un aspecto enfermizo, nada parecido a él. Me apresuré a realizar mi trabajo, preguntándome qué podría haber pasado. Cuando se fue, obtuve permiso del maestro para despedirlo.

Itoh se mantuvo callado durante siete u ocho cuerdas, hablando sólo para responder mecánicamente a lo que dije. Sin embargo, cuando llegamos a un lugar bastante oscuro donde no había mucha gente, se detuvo abruptamente y comenzó a hablar en tono confidencial.

"Fumiko, tengo una confesión que hacer. Te juzgué mal. Quiero decir... bueno, pensé que eras una chica mala. Pero recientemente he empezado a comprender que en realidad eres una persona verdaderamente amorosa. Conozco al líder del pelotón desde hace mucho tiempo, y también a muchas otras mujeres creyentes; pero eres la primera que ha sido tan cálida, gentil... femenina. Pido disculpas por no haberme dado cuenta antes".

Sus palabras me sorprendieron. Y por la expresión de su rostro me di cuenta de que hablaba absolutamente en serio. Esas palabras, "chica mala", me dolieron y me hicieron sentir como si me hubieran atravesado con una aguja afilada. Pero la "primera mujer cálida" que siguió me avergonzó. Me sentí feliz y entristecido al mismo tiempo.

Había escuchado todo esto en silencio. Entonces de repente me di cuenta de que habíamos pasado Kaminarimon y estábamos en el Puente Kikuya. Cuando vi en el reloj de la parada del tranvía que eran más de las once y noté que las tiendas de los alrededores empezaban a cerrar, me detuve en seco. "Son más de las once. Supongo que deberíamos decir buenas noches".

"Sí, es bastante tarde", dijo Itoh, aunque no con mucha convicción. Normalmente era él quien me instaba a volver a casa, pero esta noche no parecía capaz de despedirme. "En realidad, todavía me gustaría decir un poco más. ¿Caminarías conmigo hasta Ueno? Puedes tomar el tren a casa".

Mi corazón había vencido a mi razón y acepté. Empezamos a caminar de nuevo, ambos preocupados por nuestros propios pensamientos. Cuando llegamos al estanque Shinobazu en Ueno nos detuvimos. La noche estaba bastante tranquila y no había nadie alrededor. Itoh se agachó bajo un sauce al lado del estanque y comenzó a escribir con una ramita en el suelo.

"Como dije, desde que llegaste a Yushima, me ha costado muchísimo tratar de mantener mis emociones bajo control; pero últimamente he llegado al punto en que ya no puedo seguir más. Ya no puedo pensar en ti sólo como un vecino. Creo que sabes lo que quiero decir.... Incluso en casa, cuando leo un libro, mis pensamientos vuelan hacia ti. Me siento tan sola si no te veo ni siquiera por un día que no puedo soportarlo. Con cosas así no avanzo nada en mis estudios y mi fe empieza a flaquear. El mes pasado me sentí tan miserable que podría morir..."

Esto es lo que secretamente esperaba que sucediera. Era todo lo que podía hacer para evitar que mi corazón saltando de mi pecho. Pero me contuve y escuché en silencio lo que siguió.

"Lo pensé bien y decidí que tengo que olvidarte y volver a ser la persona que era antes de conocernos. Es lo mejor para los dos. Hacer algo tonto cuando no tenemos perspectivas de vivir juntos sería un gran pecado. Estaríamos arruinando nuestras vidas, ¿no lo ves? Y eso ciertamente no sería bueno..."

¿Por qué tiene que pensar así? Me pregunté, decepcionado. Pero continuó, alzando la voz como para fortalecer su resolución. "Así que he decidido que esta noche será absolutamente la última vez que te vea. A partir de ahora no volveré a verte ni a pensar en ti. Hoy es el último día de noviembre; Vine a verte hoy porque este será el día de nuestra despedida. Entiendes lo que siento, ¿no? No volveré a ir nunca más a tu casa. Voy a sacar lo mejor de mí mismo....

Digamos adiós ahora. Rezaré por tu felicidad". Terminado este discurso, se puso de pie.

Fue toda una decepción. ¡Qué cobarde discípulo del amor! Quería decir algo, pero parecía que Itoh estaba a punto de irse, así que simplemente respondí: "Ya veo; bueno adios." Se alejó rápidamente sin volverse, como si estuviera tratando de escaparse de alguien. Seguí su figura que se alejaba con la mirada hasta que se perdió de vista. Me sentí sola, triste y... divertida.

La familia de Nakagi Sugar Store llevaba una existencia muy desorganizada. Shin iba a la escuela y por eso tenía que salir de casa a las siete, lo que significaba que teníamos que levantarnos a las cinco para llevarle el desayuno. Apenas una hora más tarde se levantaría la joven pareja, seguida por Gin sobre las diez. Finalmente, alrededor de las once, la matrona se levantaba y bloqueaba la pequeña cocina durante casi media hora lavándose la cara. La sopa de miso se enfriaba y había que recalentarla tres o cuatro veces. Luego, cuando la matrona hubiera terminado su desayuno y se hubiera ido con una ofrenda de daikon al Santuario Shōten, sería hora de comenzar a preparar el almuerzo para la joven pareja. Así pasamos todo el día en la cocina. En realidad, sin embargo, las comidas de la mañana y del mediodía no fueron lo peor. Por la noche nos mandaban a buscar comida y teníamos que ir a buscar comida de estilo occidental, donburi, sushi, guisos o lo que a la familia le apeteciera. Como se levantaban tan tarde, salíamos corriendo a recibir estos pedidos a las nueve o diez de la noche, a veces incluso a las once o doce de la noche.

Fue realmente un programa muy agotador; En términos de trabajo duro y falta de sueño, era tan malo como cualquier trabajo que hubiera tenido. Sin embargo, tenía un gran deseo de servir fielmente a la familia. No. Para ser honesto, realmente no quería servirles; Quería agradecerles. Me levantaba temprano, por ejemplo, para estar ocupada en el trabajo preparando el desayuno cuando la otra criada, O-Kiyo, se levantaba. Y cuando los amigos de Shin vinieron, hice todo lo posible para hablarles sobre la escuela, mirar sus cuadernos y presumir señalando errores, todo para que no pensarán en mí simplemente como una sirvienta. De hecho, estaba tratando de sacar a codazos a mi compañero de trabajo y brillar por mi cuenta. Incluso llevé mis esfuerzos por exhibir mi superioridad hasta el punto de herir el orgullo de Shin. Mirando retrospectivamente todas las cosas que he hecho en mi vida, no hay nada que me reproche tanto como esto. ¡Qué malo y vil fui! Cada vez que pienso en ello me estremezco.

Por fin llegó el día tan esperado, el 31 de diciembre. Logré terminar mi trabajo poco después de medianoche, y después de recoger mis cosas y arreglarme el cabello, fui ante la familia a despedirme.

“Gracias”, dijo la mujer mayor, “has sido de gran ayuda. Este es tu pago del maestro. Nos hubiera gustado darte más, pero como Kiyo, que es mayor que tú y ha estado aquí todo el tiempo, se queda, no habría estado bien. Espero que lo entiendas”. Mi pago estaba envuelto en un trozo de papel y atado con un cordón rojo y blanco. Me lo presentó en una bandeja.

Libre por fin, tomé mi paquete de cosas y salí por la puerta de la cocina. Por suerte, el último tranvía pasó justo cuando llegaba a la parada. Iba a Koishikawa, donde vivía Kawada. Sólo había trece o catorce personas en el carruaje, así que me senté en un asiento largo y vacío cerca de la puerta y saqué el paquete de pago que me habían dado los Nakagis. Me quedé estupefacto al encontrar dentro sólo tres billetes de cinco yenes. ¡Esto por tres meses y una semana de duro trabajo sin apenas tiempo para dormir o descansar! No podría haberme sentido más desconcertado. Sentí ganas de gritarme maldiciones por mi estupidez. Por supuesto, fue culpa mía por no hacerles especificar mi salario al principio. Pero en esto sólo había hecho lo que Akibara me había aconsejado. “No hables de dinero con ellos”, me había dicho, “no es agradable. No tienes que decir nada. Los Nakagis son una casa de comerciantes honrada y nunca te harían daño.

¿Cómo llamaría ella a esto? Me preguntaba. Tenía tantas ganas de ir a la escuela; Había recibido una oferta tan buena de Kawada y lo había desperdiciado todo por ellos, por los Nakagi, porque me necesitaban. ¿Qué me dieron como compensación? Ni siquiera llegaba a los cinco yenes al mes. Eran personas que vivían en el regazo del lujo; he aquí un anciano que tenía una amante y pasaba sus días en casas de citas y jugando; aquí había una anciana que tardaba dos horas en asearse; personas que se quedaban despiertas hasta altas horas y dormían hasta tarde como querían, todos

mientras trabajaban con sus sirvientas sin descanso y les permitían dormir sólo cuatro o cinco horas por la noche.... ¡Qué injusticia! ¡Qué egoísta!

Pero estaba más furioso conmigo mismo que con ellos. Aplasté los billetes y el papel en mi puño y los metí en mi manga.

Vagabundo

DESPUÉS DE DEJAR EL AZUCARERO me quedé con varios "izquierdistas". Al final, sin embargo, volví a casa de mi tío abuelo en Minowa. "¿No te dije que esto sucedería?" lo regañó.

"¿Cómo esperabas pasar por la escuela vendiendo periódicos y vendiendo en un puesto nocturno? Ni siquiera un hombre podría hacerlo, y mucho menos una mujer. Será mejor que abandones esta idea de la escuela".

Sin embargo, el tío abuelo no me obligó a abandonar la esperanza a la que me había aferrado con tanta tenacidad; Se dio cuenta, supongo, de que habría sido imposible. Comencé a asistir a la escuela nuevamente y ayudé con las tareas del hogar en casa del tío abuelo.

Me levanté a las cinco y bajé la luz eléctrica para poder estudiar mientras cocinaba el arroz y hacía la sopa de miso. Cuando todo estuvo listo para los demás, que aún dormían, comí y me fui a la escuela. Cuando regresé por la tarde, inmediatamente me vi inundado con el lavado, la limpieza y la preparación de la cena.

Aunque estaba tan ocupado aquí como en casa del comerciante de azúcar, estos eran mis propios parientes, así que tenía un poco de flexibilidad en cuanto a horarios. Me daban cinco yenes para gastos cada mes, de los cuales pagaba dos yenes para la matrícula escolar y dos yenes y treinta sen para el billete del coche. Los setenta sen que me quedaban me dieron lo justo para comprar pluma y tinta. Yo tenía en aquella época un deseo avaricioso de leer, y me resultaba difícil no tener suficiente dinero para comprar siquiera un solo libro.

Mientras estaba en la escuela conocí a dos socialistas. Uno era un coreano llamado Seo, un hombre que rara vez hablaba y que siempre tenía una expresión de sufrimiento en su rostro. Estaba sentado en el escritorio directamente a mi izquierda, y en cada momento libre estaba absorto en una copia de la revista Kaizō.

Seo no estaba allí porque su familia era rica. Al igual que yo, apenas pudo mantener al lobo alejado de la puerta. Creo que debió haber llegado al punto en que ya no podía permitirse el lujo de ir a la escuela, porque después de un tiempo ya no venía a clase. Aproximadamente un año después, cuando Pak y yo vivíamos juntos, Seo se unió a nuestro grupo y ayudó a publicar nuestro periódico. Sin embargo, Seo tenía una constitución débil y a menudo enfermaba. Posteriormente regresó a su casa y durante nuestro primer invierno en prisión me enteré de que había muerto de pleuresía en un hospital de Seúl.

El otro socialista era un hombre llamado Ōnobō. Creo que lo habían despedido el año anterior durante la huelga de los empleados del tranvía de Tokio. Su escritorio estaba justo frente a mí y solía leer con voz chillona. En aquella época pertenecía a un sindicato, "Shinyūkai" [Sociedad Fraternal] o algún nombre parecido, pero no hablaba muy en serio; era uno de esos socialistas "más o menos".

Sin embargo, a menudo traía documentos, panfletos y folletos sindicales a la escuela, y gracias al material de lectura que recibí o que me prestó, comencé a comprender la ideología y el espíritu del socialismo.

El socialismo no tenía nada particularmente nuevo que enseñarme; sin embargo, me proporcionó la teoría para verificar lo que ya sabía emocionalmente de mi propio pasado. Yo era pobre entonces; Soy pobre ahora. Por eso he sido sobrecargado de trabajo, maltratado, atormentado, oprimido, privado de mi libertad, explotado y gobernado por gente con dinero. Siempre había albergado un profundo antagonismo hacia las personas con ese tipo de poder y una profunda simpatía por las personas con orígenes como el mío. La simpatía que sentí por Kō, el sirviente de la casa de mi abuela en Corea; el sentimiento, casi

en cuanto a un camarada, hacia el pobre perro que tenían; y la simpatía ilimitada que sentí por todos los coreanos oprimidos, maltratados y explotados sobre los que no he escrito aquí pero que vi mientras estaba en casa de mi abuela, todas fueron expresiones de esto. La ideología socialista simplemente proporcionó la llama que encendió este antagonismo y esta simpatía, que durante mucho tiempo ardió en mi corazón.

¡Oh cómo quiero... dar mi vida, darlo todo, en la lucha por esta miserable clase mía!

Pero no sabía qué hacer con estos sentimientos. Estaba impotente. Aunque quería hacer algo, no estaba preparado; No sabía cómo proceder. Después de todo, ¿qué era yo sino un joven solitario, sin dirección y rebelde, hirviendo de descontento y revuelta?

Un día, en este período inquieto y atormentado de mi vida, tuve el siguiente encuentro. Regresaba a casa de la escuela y acababa de doblar la esquina del camino al lado de la tienda de mi tío abuelo hacia la puerta trasera cuando alguien me llamó: "Fumiko, Fumiko". Me di vuelta para ver quién podría estar llamándome para encontrar a Segawa. ¡Qué sorpresa! Podía sentir mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

"¡Bondad! ¡No me digas que eres tú, Segawa! ¿De qué se trata todo esto?"

"He estado esperando aquí durante años", dijo, sonriendo.

"¿Has estado esperando aquí? ¿Pero cómo supiste... quiero decir, que estaba aquí?"

"Oh, lo sabía. Te busqué por todas partes. Pero eso no importa. Ven aquí. Tengo algo que decirte." Segawa me llevó de vuelta a la dirección de donde había venido y los dos nos quedamos allí hablando un rato, escondidos de la casa por una valla de madera.

Resultó que no había venido con ningún propósito en mente; sólo quería verme y que fuera a visitarlo a su alojamiento. Se había enterado de que yo estaba aquí por mi tío, el sacerdote, a quien había conocido en un curso nocturno en alguna universidad privada. Segawa evidentemente ahora tenía un trabajo en una oficina pública. Aunque nunca se me había pasado por la cabeza desde que llegué a Tokio, al toparme con él de esta manera, me sentí atraída de nuevo. Nos separamos después de que le prometí visitarlo.

Se acercaban las vacaciones de verano y mi padre me envió unos yenes para que volviera a casa durante las vacaciones. No tenía ningún deseo particular de ver a mi padre, pero fui porque pensé que sería una buena oportunidad para darle un descanso a mi cuerpo, agotado por la vida en Tokio.

La visita le dio a mi carne cansada un descanso necesario. La ciudad estaba tranquila, casi dormida, comparada con el ajetreo y el bullicio de Tokio. Mientras estuve allí me levanté temprano y caminé junto al mar, o entre los arrozales y los campos mojados por la niebla de la mañana. Me sentí como si estuviera paseando por una tierra libre y, uno con la naturaleza, sacaría el pecho, abriría mucho la boca y respiraría grandes bocanadas de aire limpio y fresco.

Sin embargo, el ambiente en casa de mi padre era el mismo que dos o tres años antes. En todo caso, la presunción, la vanidad, las posturas viles y la mezquindad que tanto me deprimían eran peores que nunca. No hubo nada más que fricciones, peleas y discordias entre nosotros dos.

Cuando ya no pude soportar más estar en casa de mi padre, fui a Kōshū. Pero aquí también fue más de lo mismo. Mi madre había dejado la casa de los Tawara y estaba trabajando en la hilandería. Mi abuela y mi tía estaban contentas de que yo pudiera asistir a la escuela, pero seguían sermoneándome sobre cómo cuidar de mi madre cuando terminara la escuela y consiguiera un trabajo docente. Aquí yo prácticamente me estaba matando tratando de trabajar y estudiar al mismo tiempo, sin tener la menor idea de lo que me esperaba, y me iban a cargar con el deber hacia mi madre, la madre que había abandonado a su hijo para poder para perseguir su propia felicidad.

Tampoco pude quedarme más allí. Tuve que regresar a Tokio.

Regresé a Tokio a finales de agosto. Cuatro o cinco días después de mi regreso, una tarde estaba en la ciudad haciendo un recado cuando me pilló la lluvia mientras cambiaba de tranvía en Kasuga-chō.

La casa de Segawa estaba en el barrio, y como hacía tiempo que no lo veía, decidí ir allí. Subí corriendo las escaleras y, sin avisar, por supuesto, abrí la puerta corrediza de la habitación de Segawa.

Estaba en su escritorio escribiendo una carta o algo así, pero sonrió cuando me vio.

"Oh, eres tú, Fumi. Me diste un comienzo".

"Quedé atrapado en esta terrible lluvia. ¡Mírame! Mi pelo, mi ropa... absolutamente empapados". Me paré detrás de él y extendí la falda de mi kimono. "¿Qué estás haciendo?" Pregunté, mirando en dirección a su escritorio.

Segawa rápidamente cubrió la carta y la guardó en el cajón del escritorio. Luego se apoyó casualmente contra el escritorio. "Bueno, ¿por qué no te sientas?"

Por supuesto, yo no era una joven educada; "delincuente grosero" habría apostado ter me describió. Me senté con las piernas cruzadas y la falda mojada del kimono extendida sobre las rodillas.

"¿Y cuándo volviste?"

"Hace cuatro o cinco días.

"Ese fue un viaje bastante largo. ¿Dónde estuviste vagando durante esos cincuenta o sesenta días? Quería escribir, pero no sabía dónde enviar una carta. Es posible que me hayas dejado saber de ti al menos una vez".

"Pero no tenía nada sobre qué escribir".

"Ah, claro. No escribes a menos que tengas algo sobre qué escribir. Mmm. Y apuesto a que cuando estás lejos de mí te olvidas de mí por completo, ¿no?"

"Bueno... tal vez sí. Apuesto a que eso es lo que tú también haces.... Pero tengo hambre. ¿Qué tal pedir algo de comida?"

Los huéspedes ya habían comido, así que Segawa pidió algo de soba para mí. Cuando se encendieron las luces de la calle había dejado de llover; pero ya había decidido no volver a casa y me dispuse a quedarme. Segawa y yo estábamos sentados hablando cuando pasaron dos hombres. Parecían tener unos veintitrés o veinticuatro años. Uno era alto y de tez clara; el otro era de complexión media, cara estrecha, pelo largo peinado hacia atrás y llevaba gafas negras con montura de concha.

Segawa me los presentó. El que tenía el pelo largo era un socialista coreano del que Segawa ya me había hablado. Su nombre era Hyeon, aunque normalmente usaba el nombre japonés de Matsumoto. El alto era un amigo de Hyeon llamado Cho. Segawa me había dicho una vez que Hyeon vivía en la pensión y "siempre había dos policías siguiéndolo, un verdadero pez gordo". Por eso estaba particularmente interesado en él. Sin embargo, no había nada fuera de lo común en él, ni dijo nada que indicara que era socialista. Los dos se fueron después de sólo una breve charla, aparentemente no queriendo entrometerse mientras yo estaba allí.

Esa noche dormí con Segawa, como siempre, en su único juego de edredones. A la mañana siguiente, la criada de la pensión trajo una bandeja con el desayuno, para uno. Segawa no le pidió que me trajera nada y él mismo tomó el único juego de palillos. "Fumi, ¿quieres comer? Podría dejarte un poco de mi porción..."

"Está bien", dije, reprimiendo mis verdaderos sentimientos, "comeré cuando llegue a casa". me apoyé en El escritorio y abrió una revista. Cuando Segawa terminó de comer, se acercó a la ventana.

"Fumi, ven aquí. Afuera se está muy bien".

Respondí con indiferencia y luego abordé un tema en el que había estado pensando. "Hiroshi, seguimos así, pero ¿qué haremos si quedo embarazada?" Llevaba algún tiempo preocupándome por esto. Estaba aterrorizada ante la idea y, sin embargo, también fantaseaba con que ya era madre y abrazaba al niño invisible en mi corazón. Pero Segawa simplemente se volvió levemente hacia mí, se estiró, bostezó y luego respondió como si no pudiera haber estado menos preocupado.

"¿Qué quieres decir con 'qué haremos'? ¿Qué tengo yo que ver con eso?"

Me sentí totalmente abandonado. Pero Segawa seguramente sólo estaba diciendo esto; realmente estaba pensando seriamente en lo que yo había dicho y ahora me diría lo que pensaba. Sin embargo, no dijo nada. Tomando su violín de la pared junto a la ventana, se sentó en el marco bajo de la ventana y comenzó a tocar si no tenía ninguna preocupación en el mundo.

Sabía que no nos amábamos, así que no puedo culpar por completo a Segawa. Sin embargo, creo que en una situación como ésta debería haber hecho lo correcto. Pero no, eludió por completo toda responsabilidad. Entonces me di cuenta, muy dolorosamente, de que para él no había sido más que un juguete.

Solitario y lívido de ira, me levanté abruptamente y salí de la habitación. Segawa dijo algo para tratar de detenerme, pero lo ignoré y bajé al lavabo al pie de las escaleras traseras. En una habitación cercana vi a Hyeon, el hombre que me habían presentado la noche anterior. Llevaba un yukata de rayas llamativas y estaba leyendo un libro en una mesa junto a la ventana. Quería entrar en su habitación, pero sentí que como acababa de conocerlo no sería correcto. Abrí el grifo y comencé a lavarme la cara. Mientras lo secaba con la toalla, miré nuevamente en dirección a la habitación de Hyeon. Había dejado su libro y me estaba mirando.

"Buen día. Lamento haberme entrometido anoche", dije.

"Oh, no. Yo fui quien se entrometió. Anoche estuvo lloviendo, pero ciertamente hace lindo hoy, ¿no?"

Fui a su habitación y miré desde la puerta los arbustos del jardín que había al otro lado.
"Tienes una bonita habitación y vistas al jardín."

"¿Por qué no entras? No estoy ocupado." Hyeon movió una silla al lado de la mesa, yo entré y me senté. Luego comencé a mirar alrededor de la habitación con gran interés. Las paredes estaban cubiertas de fotografías y retratos de revolucionarios famosos y de documentos que parecían folletos políticos. Me levanté y los miré con atención; Una de las fotos me llamó especialmente la atención.

"Oye, ¿estas personas no son del grupo G?"

"Sí. ¿Los conoces?" Preguntó Hyeon mientras tomaba la foto y la ponía sobre la mesa.

"Ajá, tres o cuatro de ellos", dije, inclinándome sobre la imagen. "Este es T", dije, señalando,

"Y este es H. Este es S. Y este eres tú, ¿no?"

Hyeon también se inclinó sobre la imagen, de modo que nuestros rostros prácticamente se tocaban. "Tienes razón. Ese soy yo."

"Ya me lo imaginaba. Cuando te vi anoche pensé que eras así, pero habría sonado gracioso preguntártelo, así que no dije nada."

Parecía complacido de poder considerarme un camarada, y ahora que el hielo estaba roto, inmediatamente abandonó su reserva. Yo también sentí cierta familiaridad, sobre todo porque él era coreano. Era como la felicidad de encontrarme con un viejo amigo después de una larga ausencia.

Ahora podríamos ser perfectamente sinceros. Le conté cómo había vivido durante siete años en Corea y él me habló de su casa allí. Dijo que venía de Seúl, donde era el único hijo varón de una familia adinerada y de alto nivel social. Ahora estaba matriculado en el curso de filosofía en la Universidad de Tōyō, pero casi nunca iba a clases y pasaba sus días con sus amigos.

"Oh, ¿entonces trabajas en el movimiento todo el tiempo?" Yo pregunté.

"Oh, no", respondió con una sonrisa triste. "Verás, soy un 'pequeño burgués', un 'intelectual'. No tendrían a alguien como yo en el movimiento".

Yo no estaba seriamente involucrado en el movimiento ni pertenecía a ningún grupo en particular en ese momento. Por lo tanto, no había necesidad de menospreciar a Hyeon o condenarlo al ostracismo. Simplemente me alegré de haber encontrado en él un amigo, alguien que sentía lo mismo que yo.

En ese momento, sin embargo, oí el sonido de pasos en zapatillas que se apresuraban por el pasillo. Cuando me di vuelta para ver quién era, allí, de pie en la puerta, estaba Segawa. "Fumi, no puedes irrumpir así en las habitaciones de la gente. Vamos."

"¡Qué!" Toda mi ira reprimida explotó. "Esto no es asunto tuyo", grité. "Puedo cuidarme mucho, gracias. ¡Haré lo que quiera, así que cállate!"

"Pero mira, estás molestando a Hyeon. Aún es el amanecer y ya estás aquí convertirme en una molestia".

"¡Callarse la boca!" Grité más fuerte que nunca. "Si Hyeon no se opone, ¿qué derecho tienes a decirlo?" ¿cualquier cosa? Deja de meterte en los asuntos ajenos. ¡Toma tu lonchera y ponte en marcha!

"¡Recordaré eso!" Segawa enfureció mientras salía. Pero no creo que ese día fuera a trabajar sintiéndose muy herido. En cualquier caso, nunca volvió a venir después de eso.

La sirvienta se había quedado escuchando todo esto con asombro e incredulidad. Sin embargo, esto no me molestó en lo más mínimo, porque en ese momento yo creía firmemente en hacer lo que a uno le gustaba sin importar lo que pensarán los demás. Seguí hablando con Hyeon durante casi una hora después de eso, charlando de muy buen humor, emocionado, supongo, por el puro placer de haber regañado a Segawa.

Eran las nueve y media cuando me fui. Había recorrido una o dos cuadras cuando escuché que alguien me llamaba desde atrás. Era Hyeon. Él corría detrás de mí, vestido con traje y con una corbata bohemia. Esperé a que me alcanzara.

"¿Has comido?" preguntó. "Yo todavía no he tenido nada. La comida en la pensión es bastante mala, así que pensé en salir a comer. ¿Te importaría venir? No te quitaré mucho tiempo".

"Oh, me encantaría hacerlo. Yo tampoco he comido todavía".

"Perfecto. Vamos."

Subimos por la carretera que sube desde las vías hasta llegar a una oficina de correos. Esperé mientras Hyeon entraba. Se acercó a la ventanilla de giros postales, para recoger su dinero, supongo. Pronto regresó y guardó algo en el bolsillo interior de su traje. Luego subimos al segundo piso de un acogedor restaurante de estilo occidental al lado del Santuario Tenjin. Todavía era temprano, por lo que no había otros clientes. Hyeon y yo ya éramos como dos viejos amigos.

Cuando llegué a casa de la escuela al día siguiente, había una carta para mí de Hyeon. "Entrega especial" estaba escrito en rojo en el pequeño sobre blanco de estilo occidental. La carta en sí, escrita en papel de buena calidad, decía que Hyeon quería que fuera esa noche al puente Kangetsu en Ueno.

Era uno de esos días insoportablemente calurosos de finales de verano y el puente estaba cubierto de gente que intentaba respirar un poco de brisa. Crucé lentamente, escudriñando cada rostro, pero no había señales de Hyeon. Seguramente no podría haberme estado engañando.... ¡Ah! ¡Allí estaba, esperándome al otro lado! Inmediatamente tomó mi mano.

"Fumiko, gracias por venir. Sabes", dijo mientras caminábamos por el parque, "me has cautivado por completo".

Yo también hablé con franqueza de mi cariño por él. Entramos nuevamente en un pequeño restaurante y le conté todo, tanto mis circunstancias presentes como mis sueños para el futuro. Entonces Hyeon me hizo una promesa. Dijo que encontraría un lugar donde pudiéramos vivir juntos.

Estaba enamorado. Si pasaban incluso unos días sin ver a Hyeon, me sentiría miserable e iría a buscarlo. Mis búsquedas solían ser infructuosas y regresaba a casa exhausto.

La familia de casa del tío abuelo empezó a vigilar de cerca mis movimientos y se hizo más difícil escapar. Cada vez que conocía a Hyeon le preguntaba sobre la casa. Sacaba los anuncios de alquiler de su bolsillo como prueba de que "buscaba todos los días". Estaba desesperada por tener un lugar propio para poder alejarme de la casa de mi tío abuelo.

Una noche, pasadas las nueve, estaba sentada en la sala cosiendo algunas cosas para el invierno cuando Hyeon me llamó. "Fumi, ¿eres tú? ¿Sabías que Kunō estaba bastante enfermo?... ¿No lo sabías? En realidad, acabo de descubrirlo yo mismo. Parece que está en estado grave. Pensé en ir a verla. ¿Por qué no vienes tú también?

Kunō era socialista, una mujer de unos treinta y cinco años. Tenía dos hijos con cierto intelectual, según me dijeron, pero había abandonado a su marido para dedicarse por completo al movimiento. La había visto varias veces. Vivía una existencia precaria con un joven socialista y llevaba una lucha militante. No sabía que estaba enferma. Por supuesto que tuve que ir a verla. "Sí, iré. Espérame. Me iré de inmediato".

"Voy a estar esperando. Llega aquí tan pronto como puedas.

Obtuve permiso para salir; pero mientras me preparaba para irme, escuché un comentario de Hanae que obviamente estaba destinado a mis oídos. "Es sólo una mentira. Quiere ver a ese tipo, ¿cómo se llama?, así que le pide que la llame".

Aunque me alegré de estar en camino a ver a Hyeon, honestamente estaba pensando sólo en Kunō en ese momento y por eso no me ofendieron los comentarios de Hanae.

Unos treinta minutos más tarde llegué a la casa de hospedaje donde Hyeon había dicho que me estaría esperando. Me llevaron a la habitación de un amigo, donde encontré a tres o cuatro hombres tumbados hablando.

"Buenas noches", dije. "Siento haberte hecho esperar. Bueno, Matsumoto, ¿nos vamos? Estaba parado en la puerta abierta tratando de apurar a Hyeon. Sin embargo, no hizo ningún movimiento para levantarse y se quedó allí, riendo. Uno de sus amigos se levantó y tomó mi mano para atraerme.

"Oye, todo eso fue sólo una mentira", dijo. "Pero ahora que estás aquí, entra".

"¿Qué! ¿Una mentira?" Hice como si estuviera enojado, pero en realidad estaba contento. "Vamos. Que es todo esto ¿Sobre llamarme y todo? ¿Qué está sucediendo?"

"Fumi, es así", dijo Hyeon. "Hace un tiempo estuvo aquí un flautista ciego y nos pusimos tan tristes y nos dejamos llevar por la música que hasta lloré. Pero entra. ¡Nos sentimos solos, eso es todo!". Hyeon parecía bastante triste; su voz en realidad temblaba de emoción.

"¿Qué voy a hacer con ustedes, niños mimados?"

Parecían tremendamente contentos de que me uniera a ellos. "Realmente fue una noche solitaria", dijo el amigo cuya habitación era. "Pero ahora que estás aquí, las cosas se han alegrado un poco". Pidió toda una variedad de platos de estilo occidental y chino. Los hombres bebieron cerveza y comieron fruta; hablamos, reímos y cantamos. Aunque estaba preocupado por la hora y por tener que llegar a casa, no me atrevía a dar por terminada la noche e irme. Pronto eran más de las diez y luego las once. Sin embargo, nadie hizo ademán de marcharse; de hecho, los hombres empezaron a jugar a las cartas. Las cartas son mi pasatiempo favorito, así que una vez más me dejé llevar. Lo siguiente que supe fue que ya no se oía el ruido de los tranvías que pasaban. Terminé pasando la noche. El hombre que vivía allí alquiló una habitación suya para Hyeon y para mí.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, lo primero que pensé fue en la gente de casa del tío abuelo. Las palabras de Hanae la noche anterior resonaban en mis oídos. Aunque no había sido mi intención engañarla, de hecho no había ido a ver a Kunō. Había ido a ver a Hyeon y no había regresado a casa. No podía soportar pensar en el disgusto y la ira con que ahora me verían.

Todos nos reunimos nuevamente en la habitación del amigo de Hyeon. Una vez más pidió comida al estilo occidental. Cuando los hombres hubieron comido, reanudaron el juego de la noche anterior. Pero no pude comer ni participar en el juego. Me senté en el alféizar de la ventana que daba al jardín, perdido en mis pensamientos. "Matsumoto" Finalmente dije: "¿No podrías dejar el juego por un minuto? Hay algo de lo que quiero hablar contigo antes de irme a casa".

Hyeon se levantó de mala gana y fuimos a la habitación en la que nos habíamos alojado la noche anterior. "Mira, Hyeon", dije cuando nos sentamos, "salir y dormir fuera de casa de esta manera... se está volviendo difícil para mí quedarme allí. Bueno... de lo que hablamos, ¿qué está pasando? ¿Por qué no puedes darte prisa y decidir?

Hyeon había prometido desde el comienzo de nuestra relación que alquilaríamos una casa y viviríamos juntos en un lugar tranquilo lejos del centro de la ciudad. Pero desde entonces no había dado la menor señal de querer seguir adelante y yo estaba empezando a dudar de su sinceridad. Sin embargo, cuanto más fuertes crecían mis dudas, más parecía aferrarme a él. Y ahora dormía tanto fuera que me resultaba difícil volver a casa.

"Oh, eso, quieres decir", respondió, claramente incómodo. "Bueno, estoy buscando una casa, pero... de hecho, hay una casa. Un amigo mío en Ueno. Lo está alquilando, pero... bueno, ahora mismo ha regresado a su ciudad natal. Me temo que no hay manera de que podamos resolverlo. Pero haré algo al respecto pronto".

Como siempre, nada más que evasión. Sólo estaba tratando de encontrar una manera de salir de esto sin quedar mal. ¿Qué había que decir? Tendría que esperar y confiar en su vaga promesa. Pero todavía quedaba el problema de Hanae; Tendría que cumplir lo que le dije anoche.

"Está bien. Lo dejaremos así por el momento. Pero, ya sabes, anoche les dije que iba a salir a ver a Kunō. No puedo simplemente irme a casa así; Necesito algo que muestre como prueba de que he estado en su casa. Le regalé un kimono mío para que lo empeñara esta primavera. Quiero llevármelo a casa para que piensen que realmente fui a verla".

Le estaba pidiendo dinero a Hyeon, lo cual, para dos personas enamoradas, no habría sido inusual. Pero si sólo me estuviera utilizando, podría afirmar que le estaba pidiendo un pago por tener sexo, una idea que me parecía repulsiva. Pero mi necesidad de conseguir ese kimono superó estas consideraciones y solté la petición.

"Oh sí. Veo. Creo que está bien. ¿Por qué no haces eso? Hyeon buscó en sus bolsillos, pero no encontró nada y me pidió que esperara mientras él iba a su habitación a buscar algo de dinero. Dejó la puerta corredera entreabierta cuando salió. Por el vestíbulo pasaron dos doncellas con escobas en mano. Escuché un susurro: "Oye, Sumi, ¿quién crees que es?". y el otro responde: "Probablemente una puta que trabaja en pensiones".

Hyeon regresó y puso un billete de cinco yenes en mi mano. Me tragué las lágrimas y lo tomé.

Los hombres todavía estaban muy animados cuando salí de la pensión. Eran más de las diez y llovía, aunque no con fuerza. No tenía paraguas ni zuecos adecuados para la lluvia, pero como tenía que usar el dinero que tenía para sacarme el kimono, caminé hasta la casa de Kunō en Sugamo con mis zuecos bajos. Cuando llegué estaba empapado y salpicado de barro. Rápidamente entré a la entrada. "¿Alguien en casa?"

"¿Sí?" alguien respondió. Pero no fue Kunō quien apareció.

"Disculpe, pero ¿Kunō está aquí?"

"¿Kuno? No conozco a nadie con ese nombre".

Salí completamente desconcertado y me dirigí a la Rōdōsha (Sociedad de Trabajadores) cercana para tratar de averiguar qué pasaba, pero no había nadie allí a quien yo conociera. Sin embargo, al menos pudieron decirme el paradero de Kunō. "¿Kuno? Ella fue con Mikimoto a Osaka", dijo uno de ellos.

"Dios mío, eso es una lástima".

"¿Había algo por lo que querías verla? Disculpe, pero ¿cómo se llama? El hombre me invitó a quedarme, pero me fui sin siquiera decirles quién era. Sabía dónde Kunō había empeñado mi kimono y fui allí.

"Sí, lo tenía", dijo el empleado cuando le describí el artículo, "pero desafortunadamente se acabó el plazo y lo deseché. La perseguí varias veces por eso, pero ella ni siquiera hizo un solo pago".

En ese momento sentí como si me hubieran cortado el único salvavidas que me quedaba. Me sumergí en un abismo de desesperación donde hasta las lágrimas eran irrelevantes. No es que quisiera el kimono para sí; Tenía que tenerlo. Pero aparte de mi necesidad actual, ¡sentí que lo que Kunō había hecho era muy cruel! Al menos, este incidente me ha desengañado de la ingenua noción de que la "gente del movimiento" era una especie de seres humanos apartados. Este brusco despertar fue como caer desde la cima de un hermoso sueño a la realidad de un lodo inmundo.

Mi tío del templo se había enfermado y había venido a casa de mi tío abuelo en Minowa. Su salud ahora estaba completamente quebrantada y era un hombre lamentable. Al verlo en esta condición, ya no pude albergar ningún resentimiento por lo que me había hecho. De hecho, lo llevé de un hospital a otro en busca de una cura, pero en ningún lugar le ofrecieron esperanza alguna.

Cuando, a pesar de estos esfuerzos, el tío finalmente se fue a casa, lo despedí en la estación de Iidamachi. "Adiós y cuídate", le dije.

"Gracias. Y estudias mucho".

Aunque mi tío no se dio cuenta, yo sabía que estaba al borde de la muerte. La idea de que ésta sería nuestra "última despedida" me llenó de tristeza. Cuando su tren partió, volví sobre mis pasos. Quería ir a algún lugar y librarme de esta depresión, pero me quedé allí dejando pasar un tranvía tras otro.

Mirando distraídamente hacia la farola, sentí que tenía que estar con un hombre. Y el hombre que quería ver era aquel a quien ya ni siquiera podía llamar amante. Corrí hacia un teléfono e intenté llamar a varios lugares donde pensé que podría estar Hyeon hasta que finalmente lo contacté.

"Esto es perfecto", dijo, "tenía ganas de verte para decirte algo". Quedamos en encontrarnos en casa de Cho en Hongō.

Llegué a casa de Cho dos o tres minutos después que Hyeon. "¿Qué era lo que querías decirme?" Yo pregunté.

"Bueno... umm, lo que quería decirte era..." Entonces Hyeon prosiguió con su rodeo para informarme que él y Cho iban a estudiar a Alemania y que esto sería un adiós.

Pero ya no parecía importar.

"¿Ah, de verdad? Bueno, eso es bonito."

"Pasemos un buen momento para nuestra despedida", dijo Cho. Mandó pedir algo de licor y comida al estilo occidental.

No sentí ni tristeza ni humillación, pero un sentimiento de desesperación decididamente se estaba apoderando de mí. Bebí un vaso de whisky tras otro, no sé cuántos, hasta que ni siquiera pude levantarme.

Después de esto me fue imposible quedarme en casa de mi tío abuelo. Dejé su casa, con el corazón roto por mi amor perdido.

¡Un trabajo propio!

DESPUÉS DE DEJAR la casa de mi tío abuelo, me encontré trabajando en un pequeño restaurante en Hibiya. Se la conocía como la “oden socialista” porque el propietario simpatizaba con el socialismo; de hecho, él mismo parecía ser socialista. El lugar atraía a personas de inclinación intelectual como periodistas, socialistas, oficinistas, escritores y similares. Atendía a los clientes aquí durante el día y iba a la escuela por la noche, con el acuerdo de que la tienda pagaría mis cuotas escolares y el billete de tren.

Hasta ese momento había asistido a la escuela diurna, pero ahora pasé a clases nocturnas donde me hice amiga de una mujer llamada Niiyama Hatsuyo. Hatsuyo es probablemente la única mujer de su clase con la que me cruzaré en mi vida. ¡Cuántas cosas aprendí de ella!

Pero no es sólo lo que ella me enseñó; Gracias a Hatsuyo, obtuve la calidez y la fuerza de una verdadera amistad. Después de que Park y yo fuéramos arrestados, una de las personas en la jefatura de policía evidentemente le preguntó a Hatsuyo quién era su amiga más cercana. Al parecer, sin dudarlo un momento, dijo mi nombre. Sin duda, ella también era mi amiga más cercana. Hatsuyo, sin embargo, ya no es de este mundo. ¡Oh, cómo me gustaría tenderle la mano ahora mismo! Pero sé que ya no hay nadie que pueda aceptarlo.

Hatsuyo era dos años mayor que yo, sólo veintiuno en ese momento. Era extremadamente inteligente y tenía lo que se podría llamar, en el buen sentido de la palabra, una personalidad “masculina”. Tenía una voluntad fuerte y no se dejaba dominar por quienes la rodeaban; ella era una mujer que tenía la fuerza para mantenerse firme.

La familia de Hatsuyo no era acomodada, pero tampoco era un proletariado lumpen como la mía. Lo cual no quiere decir que lo haya pasado fácil. Su padre había sido un gran bebedor y había descuidado a sus hijos; Murió cuando Hatsuyo estaba en su segundo año en la escuela secundaria para mujeres. Poco después, contrajo una enfermedad pulmonar y tuvo que ir a su ciudad natal en Niigata para recuperarse. Al parecer, en esa época, preocupada por el problema de la muerte, comenzó a estudiar budismo. Sin embargo, su enfermedad no fue demasiado grave y regresó a Tokio para graduarse con honores de la escuela secundaria número 2 o 3.

La gente se dio cuenta de su potencial y la instaron a continuar sus estudios superiores. Pero con su padre muerto, su madre estaba muy ocupada tratando de criar a la hermana menor de Hatsuyo. Hatsuyo no pensó en aumentar la carga de su madre y, en lugar de continuar su educación, se dedicó a buscar un medio para mantenerse. Asistió a una escuela de mecanografía, se convirtió en mecanógrafa y empezó a trabajar como empleada en una empresa dirigida en ese momento por un inglés. Por la noche asistía a Seisoku para mejorar su inglés.

No recuerdo exactamente cómo me hice amiga de Hatsuyo, pero las cuatro o cinco estudiantes de la escuela nocturna estaban todas sentadas juntas al frente del salón de clases, así que al principio simplemente intercambiamos saludos corteses. Pero su asiento estaba al lado del mío, y un día la oí debatir con un estudiante sobre el problema de la muerte: aproveché la oportunidad para entrar en la conversación. Por supuesto, me había sentido atraído por Hatsuyo y todo lo que ella hacía desde el principio y quería conocerla. Esto es lo que dijo sobre el problema de la muerte.

"Tengo una enfermedad pulmonar, por eso he pensado tanto en la muerte. Creo que no es tanto la muerte misma lo que la gente teme sino el dolor de ese instante de pasar a la muerte. La razón por la que me siento así es que la gente no le teme al sueño, aunque la pérdida del conocimiento durante el sueño es, se podría decir, una especie de muerte temporal".

Al escuchar esto, recordé vívidamente los sentimientos que había experimentado cuando estaba en Corea cuando decidí morir. Me uní a la conversación para decir que, según mi propia experiencia, pensaba que la opinión de Hatsuyo estaba equivocada.

"No estoy de acuerdo contigo. Puedo afirmar por experiencia propia que lo que la gente teme al morir es la soledad de tener que abandonar este mundo para siempre. Aunque las personas tal vez no sean conscientes de todos los fenómenos que las rodean en circunstancias normales, la idea de que aquello que las convierte en ellas mismas se perderá para siempre es algo terriblemente solitario. Durante el sueño, lo que somos nosotros mismos no se pierde, simplemente se olvida".

Por supuesto, no creo que ninguna de nuestras posiciones fuera del todo correcta; pero esta discusión nos brindó la ocasión para que los dos empezáramos a hablar entre nosotros.

"¿Realmente te has enfrentado a la muerte?" Me preguntó Hatsuyo.

"Sí, lo he hecho", respondí. Los dos continuamos la conversación de camino a casa después de terminar la escuela; Pronto fuimos buenos amigos. En retrospectiva, creo que no fui influenciado tanto por la propia Hatsuyo sino por lo que leí en los libros que recibí de ella. Siempre quise leer libros pero no podía pagarlos. Pero cuando me hice amigo de Hatsuyo, tomé prestados y leí casi todos sus libros. Fue ella quien me prestó El trabajador Sergiev, un libro que me impresionó mucho. También me había prestado La noche antes de la muerte y me había hablado de la idea de Bergson, Spencer y Hegel, o al menos de sus nombres. Los libros que ella me presentó y que tuvieron la mayor influencia en mi pensamiento fueron los de los nihilistas. Fue en esa época cuando conocí a personas como Stirner, Artsybashev y Nietzsche. Caía la tarde y el cielo plomizo presagiaba lluvia inminente, si no nieve. Salí de la tienda de oden a las cuatro, pero como aún faltaban dos horas para que comenzaran las clases, fui a ver a un amigo de Hyeon que vivía en una casa de hospedaje cerca de la escuela.

"Adelante", dijo Jeong tan pronto como me vio. "He estado esperando que vinieras. Tengo algo bueno para ti". Sacó una carta del cajón de su escritorio y me la entregó.

La carta era de Hyeon y parte de ella estaba dirigida a mí. Decía que había recibido un telegrama informándole que su madre estaba en estado crítico y que había tenido que regresar a casa a toda prisa. Se disculpó por no poder despedirse. Sin embargo, esto era una completa mentira; Había decidido hace algún tiempo volver a casa.

Tiré la carta a un lado encogiéndome de hombros, ni siquiera particularmente enojada. Jeong tampoco tenía nada que decir al respecto. De hecho, parecía haber estado esperando a que terminara para poder mostrarme tres o cuatro páginas de pruebas de galera, que ahora sacó. Eran de un octavo mensual de ocho páginas que iba a publicar, proyecto del que ya me había hablado antes.

"Oh, ya salió", exclamé, ansiosa por compartir la emoción de Jeong. El contenido, sin embargo, resultó ser cosas que habían sido escritas hacía algún tiempo, las cuales había leído en manuscrito. Pero hubo un elemento que me llamó la atención. Era un poema corto en una esquina de la última página.

¡Oh, qué poema tan poderoso era! Cada frase me atrapó. Cuando terminé estaba prácticamente extasiado. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho y sentí como si mi existencia misma hubiera sido elevada a nuevas alturas. No estaba familiarizado con el nombre del autor, Pak Yeol, y pensé

al principio que podría ser un seudónimo. Pero no, la persona que había escrito este poema no podía ser uno de los coreanos que yo conocía.

"¿Quién es este... este Pak Yeol?" Yo pregunté.

"¿A él? Oh, es amigo mío", respondió Jeong sin darle importancia. "Aunque todavía no es muy conocido. Un tipo bastante pobre".

"¿Oh? Pero este hombre tiene una gran fuerza. Nunca había visto un poema como este".

Si Jeong no tuvo el ingenio para reconocer el valor del autor, yo ciertamente lo tuve. mi reacción lo hizo Aunque no le agrada mucho. "¿Qué tiene de bueno?"

"No es cosa de nadie en particular; es el poema en su conjunto. ¡Es más que bueno, es poderoso! Siento que acabo de descubrir aquí en este poema algo que estaba buscando".

"Realmente te dejaste llevar, ¿no? ¿Le gustaría conocer al autor?"

"Seguro que lo haría. En serio, preséntame, ¿quieres?"

En ese momento me di cuenta del suave sonido de una ligera nieve en polvo que caía afuera. El reloj del pasillo de abajo dio las seis y se oyeron las voces bulliciosas de los estudiantes que bajaban las escaleras. "Oye, ¿no tienes que ir a la escuela?" Jeong me lo recordó.

"¿Escuela?" Respondí con indiferencia: "¿A quién le importa la escuela?"

"¿Qué quieres decir?" Jeong parecía desconcertado. "Pensé que eras el estudiante con dificultades, el esclavo. esforzarte para poder ir a la escuela".

"Era. Al principio estaba tan entusiasmado que no me habría perdido ni un día, aunque eso significara estar sin comer. Pero ya no más."

"¿Qué pasó?"

"Oh, nada especial. Simplemente ya no estoy interesado en intentar salir adelante en este mundo".

"¿Qué! Pero si dejas la escuela, ¿qué vas a hacer?"

"Esa es la pregunta; ha estado mucho en mi mente. Quiero hacer algo, pero no sé qué. Estoy seguro, sin embargo, de que no es esclavizante pagar mis estudios. Creo que hay algo que debo hacer, que tengo que hacer, pase lo que pase, y estoy tratando de descubrir qué es ese algo".

Aunque una vez había puesto todas mis esperanzas en poder ir a la escuela, creyendo que así podría hacer algo por mí mismo, ahora me di cuenta con demasiada claridad de la inutilidad de esto. Ninguna lucha por una educación ayudará a uno a salir adelante en este mundo. ¿Y qué significa salir adelante de todos modos? ¿Existe algún grupo más inútil que los llamados grandes pueblos de este mundo? ¿Qué tiene de admirable ser admirado por los demás? No vivo para los demás.

Lo que tenía que conseguir era mi propia libertad, mi propia satisfacción. Tenía que ser yo mismo. Había sido esclava de demasiada gente, juguete de demasiados hombres. Nunca había vivido para mí. Tuve que hacer mi propio trabajo; pero ¿qué fue? Tenía tantas ganas de encontrarlo y ponerme a lograrlo. él.

Sin duda fue Hatsuyo quien me influyó para pensar de esta manera. Además del estímulo de los libros que me dejó leer, estaba el ejemplo de la propia Hatsuyo y su estilo de vida. Pero cualquiera que fuera su origen, esos pensamientos me habían preocupado durante algún tiempo.

"Tienes razón", dijo Jeong completamente de acuerdo. "Estoy seguro también de que todos tenemos algo ante nosotros lo que debemos hacer".

Continuamos hablando de una variedad de cosas con una seriedad que nunca antes habíamos tenido. Luego, recordando que esa noche había una conferencia sobre "pensamiento socialista" en Seinen Kaikan en Mitsushiro-chō, me despedí de Jeong y fui a la escuela para invitar a Hatsuyo a la conferencia. Los dos salimos de la escuela y caminamos por calles cubiertas de nieve.

Poco a poco fui empezando a entender cómo funciona la sociedad. Hasta entonces la verdadera forma de la realidad había estado apenas velada, pero ahora todo empezó a aclararse. Entendí por qué alguien pobre como yo nunca podía estudiar y salir adelante en este mundo, por qué también los ricos se hacían más ricos y los poderosos podían hacer lo que quisieran. Sabía que lo que predicaba el socialismo era verdad.

Pero no podía aceptar el pensamiento socialista en su totalidad. El socialismo busca cambiar la sociedad por el bien de las masas oprimidas, pero ¿lo que lograría es realmente para su bienestar? El socialismo crearía un levantamiento social "para las masas", y las masas se jugarían la vida en la lucha junto con aquellos que se habían levantado en su nombre. Pero ¿qué significaría para ellos el cambio resultante? El poder estaría en manos de los líderes y el orden de la nueva sociedad se basaría en ese poder. Las masas volverían a ser esclavas de ese poder. ¿Qué es entonces la revolución sino la sustitución de un poder por otro?

Hatsuyo ridiculizó los movimientos de personas como los socialistas o, en el mejor de los casos, los vio con frialdad. "No puedo", dijo, "mantener una filosofía fija sobre la sociedad humana. Lo que hago es reunir a mi alrededor a personas que sienten lo mismo que yo y vivir el tipo de vida que me parece correcto. Ésa es la clase de vida más realista y que tiene mayor significado".

Un miembro de nuestro grupo llamó a esa visión "escapismo", pero yo no estuve de acuerdo. Yo también creía que era imposible cambiar la sociedad existente para que fuera beneficiosa para todos; tampoco podía abrazar ningún ideal determinado para la sociedad. Pero en una cosa me diferenciaba de Hatsuyo. Sentí que incluso si uno no tuviera una visión ideal de la sociedad, uno podría tener su trabajo que hacer. Si tuvo éxito o no, no era asunto nuestro; bastaba con que creyéramos que era una obra válida. Creía que la realización de ese trabajo era de lo que se trataba nuestra vida real. Sí. Quiero realizar un trabajo propio; porque siento que al hacerlo nuestras vidas están arraigadas en el aquí y ahora, no en una meta ideal lejana.

Una noche muy fría me salté mi clase de conversación en inglés para ir a casa de Jeong, algo que hacía a menudo. Abrí la puerta corredera de su habitación sin previo aviso, como también era mi costumbre, y saludé en voz alta. Jeong estaba sentado junto al hibachi con un hombre que no conocía; Los dos estaban discutiendo algo en voz baja. El extraño, que aparentaba tener veintitrés o veinticuatro años, era de mediana estatura, delgado y tenía el pelo espeso, negro azabache, que le caía suelto hasta los hombros. Vestía ropa de obrero de paño azul y un abrigo marrón, cuyos botones colgaban de los hilos en inminente peligro de caerse. Las mangas del abrigo estaban desgastadas hasta los codos y las rodillas de los pantalones del hombre estaban tan raídas que tenían agujeros enormes.

"¡Adelante!" Jeong gritó a modo de bienvenida.

El extraño me dirigió una breve mirada, luego se calló y dirigió su mirada hacia las brasas humeantes.

"Hace mucho frío, ¿no?" Dije mientras entraba en la habitación y me sentaba junto al hibachi.

"No te he visto en unos días. ¿Surgió algo? -Preguntó Jeong.

"No, nada especial", respondí, luego le dirigí algunas palabras al extraño. "Estoy seguro de que te vi junto al escenario el otro día en el concierto ruso para aliviar el hambre en Chūka Seinen Kaikan. Estabas allí, ¿no?

"Oh, ¿lo era?" dijo, luego rápidamente se puso de pie.

"Oh, no tienes que ir", dije apresuradamente para detenerlo. "Continúa con tu conversación. No vine por nada en particular".

El invitado no respondió; simplemente se quedó allí mirándome fríamente bajo sus espesas cejas a través de sus gafas negras con montura de concha. Su presencia era abrumadora. Luego se despidió bruscamente de nosotros y se fue.

"Oye", gritó Jeong, poniéndose de pie y corriendo hacia el pasillo detrás del extraño. "¿Dónde te vas a quedar esta noche? Puedes quedarte conmigo, ¿sabes?"

"Gracias, pero esta noche me quedaré en casa de un amigo en Komagome", dijo con un dejo de triste resignación.

Me sentí muy pequeña, como si hubiera hecho algo mal.

"Jeong, ¿cómo se llama ese hombre?"

"¿A él? Ese es Pak Yeol, el autor de ese poema que tanto te entusiasmó".

"¡Qué! ¿Ese hombre es Pak Yeol? - exclamé sonrojándome.

"Sí, ese es el hombre", respondió Jeong con calma.

Hice todo tipo de preguntas sobre Pak Yeol y descubrí que había sido un hombre de rickshaw, revendedor de billetes, cartero, estibador y muchas otras cosas también. Sin embargo, en ese momento no tenía trabajo y cada noche dormía en casa de un amigo diferente.

"Vaya, vive como un perro callejero. Entonces, ¿de dónde saca esa poderosa presencia? Él lleva a sí mismo como si fuera un rey".

"Todo el tiempo andando así viviendo de sus amigos, ¿eh?" Dijo Jeong con un toque de desprecio. Sin embargo, al ver mi disgusto, añadió: "Pero ese hombre realmente es algo. ¿Cuántos de nosotros pensamos tan seriamente y actuamos con tanta convicción como él?"

¡Oh, qué razón tienes! mi corazón gritó. Algo se agitaba dentro de mí, a punto de nacer.

¿Qué estaba obrando dentro de este hombre? ¿Qué fue lo que lo hizo tan fuerte? Quería descubrirlo y hacerlo mío.

Dejé a Jeong para regresar a la tienda y en el camino me di cuenta. "¡Eso es todo! ¡Eso es lo que estoy buscando, el trabajo que quiero hacer! Lo tiene dentro de él. Él es lo que estoy buscando. Él tiene mi trabajo". Una extraña alegría hizo que mi corazón diera un vuelco. Estaba tan emocionado que no pude dormir esa noche.

Temprano a la mañana siguiente fui a ver a Jeong para decirle que quería conocer a Pak y para pedirle que nos presente.

"Pero él siempre está a la deriva. Es difícil conseguirlo cuando lo quieres", dijo Jeong.

"Eso está bien. Sólo dile que venga a mi tienda. Todo lo que tienes que hacer es transmitirle ese mensaje".

Jeong aceptó ayudar. Pero Pak no vino. Después de cuatro o cinco días fui a ver a Jeong nuevamente. "¿Le dijiste?"

"Sí. Lo vi en una reunión hace dos o tres días y se lo dije".

"¿Que dijo él?"

"No mucho en realidad. Él simplemente dijo: 'Ya veo'. No parecía muy interesado".

Estaba algo desanimado. Quizás no le molestaría alguien como yo. Pero no me rendí y esperé el día en que él apareciera. Pero pasaron diez días, luego veinte, y Pak seguía sin venir a verme. Ahora estaba desolado. Su ausencia pareció poner el sello a mi inutilidad. Incluso tomé la decisión de dedicarme a una profesión, tal vez convertirme en mecanógrafa como Hatsuyo, para poder vivir por mi cuenta. Luego, aproximadamente un mes después de haberle pedido a Jeong que me transmitiera mi mensaje (creo que fue el cinco o seis de marzo), Pak apareció en la tienda. Verlo hizo que mi corazón latiera con fuerza.

"Oh, finalmente viniste", dije en voz baja, dejando a los dos grupos de clientes que había estado esperando para acompañar a Park a una mesa en la esquina. "Esto es perfecto. Espérame un ratito y me voy contigo".

Le traje a Pak algo de arroz, daikon guisado y tofu. Cuando llegó el último momento para ir a la escuela, subí a recoger mis cosas. Le había pedido a Pak que saliera de la tienda un poco antes que yo y ahora salí con mi mochila en el brazo como siempre. Pak me estaba esperando afuera y salimos juntos hacia la calle por donde pasaba el tren. Sin embargo, cuando llegamos allí, Pak se detuvo en seco. "Vas a ir a Kanda, ¿no? Tengo algo que hacer en Kyōbashi, así que me despediré aquí". Comenzó a caminar a paso rápido.

"¡Espera un minuto!" -dije corriendo tras él. "Vuelve mañana. Tendré algo bueno para ti".

"Gracias. Lo haré." Luego se fue, dejándome frustrada.

Llegó a la tienda alrededor del mediodía del día siguiente. Me senté junto a su mesa y dije en voz baja para que los demás clientes no me oyeran: "¿Nos encontraríamos conmigo frente a la escuela esta noche? Hay algo de lo que quiero hablar contigo".

"¿A qué escuela vas?"

"Kanda Seisoku."

"Está bien, estaré allí".

Por fin me sentí seguro y esperé a que llegara la noche. Efectivamente, él estaba allí tal como lo había prometido, parado bajo los árboles desnudos frente a la escuela. "Gracias. ¿Has estado esperando mucho?"

"No, acabo de llegar".

"¿OOO lo hiciste? Gracias. ¿Caminamos un poco?"

Elegimos un lugar donde había poca gente. Sin embargo, no hablamos; De lo que quería hablar no era del tipo de charlas triviales que se hacen en la calle. Estaba buscando un lugar más tranquilo y relajado. Cuando llegamos a la avenida Jimbō-chō, vi un gran restaurante chino. "Entremos aquí", dije y subí las escaleras. Pak me siguió sin decir una palabra. Nos sentamos en una pequeña habitación del tercer piso y el chico trajo té. Le pedí que trajera dos o tres platos, dejándole la elección a él. Cuando el chico se fue, levanté la tapa de la taza de té.

"¿Sabes cómo se supone que debes beber este té? Si lo bebes sin tapa, parece como si las hojas de té se metieran en tu boca. Pero me parece gracioso beberlo con la tapa puesta".

"¿Cómo se supone que debes beberlo? Nunca he estado en un lugar elegante como este, así que no lo sé", dijo, quitando la tapa y luego volviendo a colocarla como lo había hecho yo. "Pero es una bebida, así que supongo que cualquier forma de tomarla estará bien. Seguramente no existe ninguna regla al respecto, ¿verdad? Incliné ligeramente la tapa y bebí por la abertura.

"Ah, claro. Esa debe ser la manera de hacerlo", dije mientras hacía lo mismo. El té no era muy bueno.

Comimos la comida tal como la traía el niño. No avanzaba mucho con la comida, pero Pak comió como si estuviera hambriento. Quería abordar el tema del que había venido a hablar, pero el ambiente era rígido y era difícil hablar. Al final, sin embargo, tuve un comienzo incómodo.

"Bueno, creo que probablemente escuchaste de Jeong que quería ser tu amigo".

"Sí. Dijo algo sobre eso". Pak levantó la vista del plato y me miró.

Nuestros ojos se encontraron. Me sentí muy avergonzado, pero llegado a este punto, no me quedaba más que expresar lo que tenía en mente. Fui en.

"Bueno, uhh... iré directo al grano. ¿Tienes esposa? O... bueno, si no es exactamente una esposa, ¿alguien como, digamos, una amante? Porque si lo haces, quiero que nuestra relación sea solo entre camaradas. Bueno... ¿y tú?"

¡Qué propuesta tan torpe! ¡Qué escena tan cómica! Cuando pienso en ello ahora me sonrojo y quiero estallar en carcajadas. Pero en ese momento hablaba muy en serio.

"Estoy soltero".

"Veo. Entonces, lo que quiero preguntarles... espero que podamos hablar con absoluta franqueza entre nosotros".

"Por supuesto."

"Bueno, entonces... verás, soy japonés. Pero creo que puedo decir que no tengo prejuicios contra Kore-
respuesta Sin embargo, me pregunto si tienes algún sentimiento contra mí".

Sabiendo lo que los coreanos sentían por los japoneses, pensé que era necesario preguntar esto directamente.
apagado. Tenía miedo de las emociones que Pak podría albergar como "coreano".

"No. No es la gente corriente a la que odio; es la clase dominante japonesa. Y hasta siento un vínculo
con gente como tú que no tiene prejuicios".

"¿En realidad? Gracias." Sonreí con alivio. "Pero hay algo más que quiero preguntar. ¿Estás trabajando en el movimiento
nacionalista? Verá, viví durante bastante tiempo en Corea y creo que entiendo cómo se sienten los nacionalistas. Pero yo
mismo no soy coreano. No he sufrido el tipo de opresión por parte de Japón que sufren los coreanos y no siento que pueda
trabajar en el movimiento de independencia con esa gente. Entonces, si estás en el movimiento independentista, lo siento, pero
no puedo trabajar contigo".

"Hay puntos en los que simpatizo con la gente del movimiento independentista", dijo Pak. "I
Yo mismo intenté participar en el movimiento nacionalista en algún momento. Pero no ahora."

"¿Entonces estás completamente en contra del movimiento nacionalista?"

"De nada. Pero tengo mi propia forma de pensar y mi propio trabajo que hacer. no puedo participar en
el frente nacionalista".

Me sentí tremendamente aliviado; ya no había nada en el camino. Sin embargo, todavía no sentía que hubiera llegado el
momento de sacar a relucir el punto principal. Hicimos una pequeña charla una vez más. Sentí más que nunca una fuerza en
él y me sentí cada vez más profundamente atraído. Por fin abordé el tema. "He encontrado lo que estaba buscando en ti.
Quiero trabajar contigo."

"No sirve de nada", dijo Pak en un tono escalofriante. "Sigo viviendo sólo porque parece que no puedo morir".

Para entonces ya debían ser cerca de las ocho. Acordamos volver a vernos y le pedimos el cheque al chico. Fueron tres
yenes.

"Pagaré. Hoy tengo algo de dinero", dijo Pak mientras vaciaba los bolsillos exteriores de su abrigo.

Contenían tres o cuatro cigarrillos Golden Bat, un par de billetes arrugados y siete u ocho monedas de cobre y plata. Lo detuve.

"No. Pagaré. Creo que soy más rico que tú."

Salimos juntos del restaurante.

Después de eso nos vimos a menudo y pudimos hablar sin ningún tipo de incomodidad. Estábamos tranquilos porque
nuestros corazones eran uno. Por fin llegamos a un entendimiento final. El asunto se resolvió en el piso de arriba de un pequeño
restaurante en Misaki-chō; Terminamos alrededor de las siete. Era demasiado tarde para ir a la escuela y demasiado temprano
para regresar a casa, así que caminamos junto al foso oscuro en dirección a Hibiya. Las noches todavía eran frías y
entrelazamos las manos en el bolsillo del abrigo de Pak, dejando que nuestros pies nos llevaran a donde quisieran. No había
un alma en el parque. La quietud de la noche sólo era rota por el débil eco de un tren lejano; la única luz era el brillo silencioso
de las estrellas en el cielo arriba y las lámparas de arco en la tierra abajo.

Pak habló con una animación poco común. Dijo que había nacido en una zona rural de Gyeong Sang Bug Do. Provenía de
una familia plebeya que había sido campesina durante generaciones, aunque entre sus antepasados había habido varios
eruditos y personas en altas posiciones sociales. El padre de Pak murió cuando él tenía cuatro años. Su madre era una persona
extremadamente gentil.

mujer, y el joven Pak se aferraba a ella hasta el punto de que no podía dormir por la noche si primero no le ataban las piernas. Pak fue a la escuela del templo de la aldea cuando tenía siete años y luego a la escuela regular que se construyó en la aldea cuando tenía nueve. Como estudiante inusualmente brillante, quería continuar con sus estudios, pero la fortuna de la familia decayó en ese momento y el hermano mayor de Pak decidió que Pak trabajaría en la granja. Esto lo hizo hasta los quince años cuando, incapaz de reprimir su deseo de estudiar, se escapó a Taegu y tomó el examen para la escuela secundaria regular.

Aprobó con una nota tan alta que su hermano cedió y, aunque fue duro para la familia, le mandó los gastos del colegio. Pak tomó cursos por correspondencia de la Universidad de Waseda aproximadamente en esa época y leyó obras de escritores japoneses. Su pensamiento comenzó a moverse constantemente hacia la izquierda.

Fue por esa época cuando decidió unirse al movimiento independentista. Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de su falsedad. En opinión de Pak, incluso si los gobernantes cambiaran, esto significaría poco para el pueblo. Luego, en la primavera de su decimoséptimo año, llegó a Tokio.

La vida de Pak después de llegar a Tokio fue una lucha larga y amarga, y se encerró cada vez más en sí mismo. Ya había perdido interés en los movimientos dependientes de la pluma o de la lengua y estaba decidido a abrirse camino por sí mismo.

Pak no me dijo todo esto de una vez. De hecho, no es un hombre que hable mucho de sí mismo. Sólo me contó fragmentos y yo los junté a partir de lo que otras personas me contaron más tarde. Hablamos principalmente del futuro, no del pasado. Abrigamos vagas esperanzas y hablamos de las tareas que teníamos por delante. Entonces Pak mencionó algo que había estado en su mente.

"Fumiko, quiero mudarme a un albergue para hacer un trabajo de movimiento serio. ¿Qué opinas?"

"¿Un albergue de mala muerte? Pienso que es una buena idea."

"Pero sería asqueroso, ¿sabes? Habría chinches y esas cosas. ¿Crees que podrías soportarlo?"

"Creo que puedo. Si no puedes soportar pequeñas cosas como esa, es mejor que no intentes nada en primer lugar".

"Por supuesto que tienes razón". Después de una breve pausa, Pak empezó de nuevo. "Fumiko, dicen que la burguesía se va de luna de miel cuando se casa. Pero ¿qué tal si conmemoramos nuestra convivencia publicando una publicación secreta?"

"Eso suena interesante; Vamos", dije sin pensarlo mucho. "¿Qué publicaremos? Tengo La conquista del pan. Podríamos traducir eso".

"Eso ya ha sido traducido. Y además, no quiero publicar nada de otros. Es mejor si nosotros dos escribimos algo nosotros mismos, aunque no sea tan bueno".

Nos involucramos completamente en la planificación de esta empresa y, antes de darnos cuenta, estábamos fuera del parque y en una calle muy transitada. Parecía haberse hecho bastante tarde. "Me pregunto qué hora es. Tengo que volver a casa a las nueve", dije de mala gana.

"No sé. Pero espera aquí; Iré a ver ". Pak se acercó a mirar el reloj en la garita de policía situada frente al cruce del tranvía. Ninguno de nosotros había tenido nunca un reloj. "Faltan las nueve menos diecisiete minutos", dijo cuando regresó.

"Oh, entonces tendré que irme a casa".

"Puedes quedarte otros treinta minutos, ¿no? Después de todo, la escuela termina a las nueve y luego Te lleva diez minutos en tren, ¿verdad? Así que todavía te quedan veinticinco o treinta minutos".

"Gracias Señor. ¿Qué haría yo sin ti?"

Volvimos a tomarnos de la mano y volvimos al parque, encontramos un banco debajo de unos árboles y nos sentamos allí, perfectamente quietos, con las mejillas congeladas juntas, hasta que llegó el momento de irnos. Nos despertamos

De mala gana y se dirigió a la salida del parque. Por fin rompí el silencio. "¿Dónde pasarás la noche?"

Pak pensó por un momento y luego dijo con voz melancólica: "Supongo que iré a la casa de un amigo en Kojimachi".

"Bueno, está bien. ¿Pero no te sientes solo así y sin hogar?"

"Claro que me siento solo", murmuró Pak, sin quitar los ojos del suelo. "Está bien cuando estás bien, pero cuando estás enfermo.... Incluso las personas que normalmente son amables no quieren que las molesten en momentos como ese".

"Eso es cierto. La gente puede ser fría, ¿no? Estás un poco delgada, pero ¿has estado gravemente enferma, quiero decir, desde que llegaste a Tokio?"

"Sí, la primavera pasada. Tuve un caso grave de gripe y nadie me cuidaba. Pasé tres días en un albergue de mala muerte en Honjo, sin comer ni beber, simplemente tumbado allí gimiendo. Tenía miedo de morir así".

Me invadió la emoción y mis ojos se llenaron de lágrimas. Apreté la mano de Pak. "Si tan solo hubiera sabido..."

Pronto, sin embargo, Pak dijo con voz perfectamente serena: "Bueno, adiós. Te estaré viendo." Soltó mi mano y se subió a un auto para Kanda. Recé en mi corazón mientras lo veía irse: Por favor, espera. No pasará mucho tiempo. Estaremos juntos tan pronto como termine la escuela, y entonces siempre estaré contigo. Nunca dejaré que sufras enfermedades o cosas así. Si mueres, moriré contigo. Viviremos juntos y moriremos juntos.

Epílogo

TERMINO aquí el relato de mi vida. No soy libre de registrar nada de lo que pasó después de esto excepto mi vida junto con Pak. Pero al escribir esto he logrado mi propósito.

¿Qué me hizo como soy? No tengo nada más que decir sobre esto. Es suficiente que haya puesto toda mi vida aquí. Creo que el lector con sentimiento comprenderá bastante bien este registro. Mi presencia pronto será borrada de esta tierra. Creo, sin embargo, que todo fenómeno continúa existiendo como tal en eterna actualidad aunque sea físicamente borrado.

Ahora dejo la pluma con la que he escrito este torpe relato, perfectamente tranquilo y en paz. ¡Una bendición para todos aquellos a quienes amo!

Glosario

hay	fruto de color púrpura rojizo que crece en una vid en bosques; Akebia quinata Decne
buen festival	Festival budista en agosto que incluye visitas a tumbas ancestrales, bailes tradicionales comunales, etc.
cho	aproximadamente 109 metros; en este trabajo, denominado “bloque” cuando se hace referencia a él en entornos urbanos
daikon	rábano blanco largo
donburi	tazón de arroz grande; plato de arroz servido en un tazón grande
ir	Juego de mesa jugado con guijarros blancos y negros.
haori	prenda larga, holgada y parecida a un abrigo
happi	librea de trabajador
hibachi	estufa de carbón utilizada en el interior
Jintan	nombre de marca de tabletas para el aliento comunes
jōruri	una balada dramática
kana	escritura silábica japonesa
kasuri	patrón de salpicaduras o tela tejida en tal patrón.
katakana	charrán
familiares	una de las dos formas de kana
Kodan kurabu	1.323 libras
kotatsu	“Club de cuentos”
koto	calentador de pies cubierto con una colcha
kotobuki	instrumento musical con cuerdas estiradas sobre una caja de resonancia larga y convexa
kyōgen	"Felicidades"
tetas	interludio cómico realizado como complementario entretenimiento durante un programa de Noh
miso	tela común como la que podría usarse para fundas de cojines
mochi	Pasta de judías
obi	pastel de arroz que se come como alimento básico en las comidas de Año Nuevo
oden	faja larga y ancha que se usa con un kimono
okamisan	plato guisado
okusan	Solía referirse a una mujer casada de carácter común.
ominaeshi	estado
-----	solía referirse a una mujer casada de clase media sólida o superior
también	Planta perenne con flores amarillas del familia Valerianáceas; Patrinia scabiosaefolia
es	2,44 millas
shamisen	1/1000 yenes
shō	1/100 yenes
soba	instrumento de tres cuerdas con cuello largo
o	jugado con púa
takashimada	0,477 galones estadounidenses
	fideos de trigo sarraceno
	calcetines digitalizados
	El peinado del asistente de la corte se popularizó como un

JEAN INGLIS estudió historia de Indonesia en la Universidad Gadjah Mada de Jogjakarta y antropología en la Universidad Católica de Washington. Reside en Japón desde 1970, ha trabajado como editora independiente en Tokyo University Press, Ampo: Japan-Asia Quarterly Review y New Asia News, y desde 1975 ha realizado traducciones independientes para Japan Quarterly, Fukuinkan Shoten, Ampo y Lingua. Gremio. Sus libros incluyen Ohkuno Island: Story of the Student Brigade, Japanese Transnational Enterprises in Indonesia y Drug Crime: The Hidden Story of Chloroquine (de próxima publicación). La Sra. Inglis también escribe y habla activamente sobre la cuestión de Timor Oriental, es coeditora de Higashi Chimoru tsushin (noticias de Timor Oriental) y es miembro fundador de la Coalición Japón para un Timor Oriental Libre.

La biblioteca anarquista

Anti-Copyright



Kaneko Fumiko

Las memorias carcelarias de una mujer japonesa

abril de 1997

theanarchistlibrary.org